

Luis Mateo Díez

Las Estaciones Provinciales



Lectulandia

Marcos Parra es el héroe perdido de unos tiempos tan perdidos como malbaratados. Un héroe del fracaso, más zascandil de lo que debiera, menos donjuán de lo que quisiera, un vividor, entrañable y voluntarioso. Estamos en la España de los años cincuenta en una ciudad de provincias. Y la vida, en el ir y venir de este personaje inolvidable, corre como un rumor por las calles y plazas, bares, despachos, domicilios, afueras y poblados, en los encuentros y desencuentros de una arriesgada investigación cuyo secreto Marcos Parra intenta esclarecer.

Lectulandia

Luis Mateo Díez

Las Estaciones Provinciales

ePub r1.0
Sibelius 27.08.15

Luis Mateo Díez, 1982

Editor digital: Sibelius
ePub base r1.2

más libros en lectulandia.com

*Pelo de ceniza
tu ciudad raposa.
Con la luz degollada
y metida en un saco.*

Agustín DELGADO. «DISCANTO.»

CAPÍTULO PRIMERO

1

Me había acostado a las cuatro de la madrugada y a las nueve sonaba el teléfono como una chicharra loca. No hay respeto para las aves nocturnas. Tuve intención de dejar que la chicharra siguiese cantando hasta aburrirse, pero estaba bañado en sudor, las sábanas me aprisionaban las piernas como trapos mojados y la humedad de la almohada me hizo pensar en un llanto ajeno. Era una sensación de desasosiego y telarañas en la cabeza. Salir de Morfeo como de un hospital no precisamente esterilizado.

A la chicharra se unió en seguida la campana de los capuchinos y entonces se quebraron los zócalos de la habitación, bailó la lámpara en compases de vals mareante y por el centro del cerebro se me incrustó la cuchilla. Justo el filo de la navaja que ahonda el dolor de la resaca.

Me deslié de las sábanas, salté desnudo sobre las baldosas, abrí la puerta de la habitación, corrí por el pasillo y cogí el teléfono. Contagiosas penumbras apenas mordidas por láminas de luz desde las contraventanas cerradas. El polvillo incandescente entre los resplandores. La voz de Benito Calamidades me atacó sin piedad.

—¿Dónde te metes? Afrodisio está que se sube por las paredes. Ven en seguida.

Más allá de su voz se adivinaba el murmullo de una actividad nerviosa.

—¿Qué pasa?

Iba a librarme de la molesta legaña que cerraba mi párpado izquierdo como una esquirla cuando la propia voz de Afrodisio, que le había arrebatado el teléfono a Benito, silbó con la virulencia del sable en la batalla.

—Parra, te doy un cuarto de hora.

La comunicación se cortó y me quedé escuchando las intermitencias, un ahogo de señales que parecían surgir de mi propio cerebro abotargado.

Tómate la libertad de un sueño reparador después de una noche medianamente gloriosa y verás cómo nadie está dispuesto a perdonarte esa inocente decisión. No hay mayor desgracia que padecer la jerarquía de los pobres de espíritu.

Para librarme de la amenaza del director en funciones fui siguiendo un calculado programa de rehabilitación, imprescindible para superar los decrépitos tormentos en que estaba sumido: una ducha de agua fría; la búsqueda de ropa limpia, dificultada por la ausencia de doña Chelo, que se había ido a su pueblo a San Roque; el peligroso afeitado con la barbera mellada, y ese arpegio de colonias que infunden cierta laxitud refrescante. El tono presentable del ciudadano de medio pelo que ha sabido desprenderse a tiempo del polvo de sus ratoneras.

Abrí todas las ventanas, amontoné la ropa sucia en el barreño de la cocina, sacudí el colchón, tiré las colillas por la ventana del cuarto trastero.

Desde el campanario de los capuchinos la figura aconejada del lego Belarmino, el del sursum corda, me dio el santo y seña alzando el brazo izquierdo mientras

mantenía la mano derecha en la frente haciendo visera. Con esa cotidiana bendición uno puede andar por la vida con la certeza de que en la gloria de los justos tiene butaca reservada. El lego, setenta y tantos años, acabará en los altares según aseguran sus admiradoras terciarias. Cualquier día, habida cuenta de sus galopantes cataratas, le veré despeñarse desde la torre.

Toda la inquina de agosto estaba en las calles. La luz agotadora que desde las primeras horas bruñe los pavimentos, el sol que cuarteja tejados y fachadas, las calinas del secaño como algodones etéreos o nubes de polvo que no se mueven. La tortura estival de una mano demasiado caliente que poco a poco se cierra sobre el cuello de la ciudad dejándola sin respiración.

Por el paisaje de las fuentes secas y las plazas asoladas la ruta hacia el periódico me pareció un suplicio a anotar en la cuenta de Afrodiseo.

¿Qué razones fundamentales podían inducir a una amenaza tan perentoria? ¿Cómo diablos la voz de mando puede adquirir ese tono admonitorio y tajante, tan ajeno a la urbanidad debida entre gentes que comen del mismo pesebre? ¿Hay alguna disculpa para la autoridad inflada como un globo de verbena en un segundo de a bordo, cuyas dioptrías corren parejas con su imaginación de miope?

Eran preguntas sin respuestas, pero algo alentadoras para quien se las formulaba, y a medio camino busqué la sombra casi sepulcral del Isma para hacer por la vida con un café doble y una ensaimada de desecho.

—¿Te pilló el fuego? —me preguntó Venceslao el cerillas nada más entrar.

Tardé un momento en reaccionar ante este surrealista manco y perspicaz, que tiene la mala costumbre de poner la zancadilla a los clientes o sorprenderles con un ambiguo corte de mangas, que él considera como una deferencia muy propia de su condición de caballero mutilado.

—Todavía no caen centellas —le contesté.

—¿Pero te pilló o no te pilló? —volvió a inquirir.

En la barra Celedonio me enseñaba un pocillo sin asa.

—Mira, Parra, a éste se la arrancó el mismo obús que dejó a ése sin la de meneársela.

Me senté en el taburete evitando a Venceslao que murmuraba:

—Toda la ciudad huele a chamusquina.

Mojé la ensaimada en el café y me vi en el espejo de las estanterías, entre el anís de las Cadenas y el licor de Lima.

He ahí la novedad de un rostro tocado por los malos pasos. Ni el rasurado ni la colonia podían ahuyentar la pérvida blancura azuladoamarillenta, pálido color suspiros de parranda.

—Dame los litines, Cele —le pedí luego al barman.

Cuando entré en el periódico el benemérito Argüello me lanzó una mirada de sabandija desde la garita. Tener a un sordomudo en funciones de conserje puede resultar chocante para las personas ajenas a la casa. Uno está curado de espantos. El benemérito Argüello es el suegro de Donato, el titular, y le supe en los permisos. En épocas normales ejerce de sacristán en la Colegiata. El latín es una lengua muerta, la suya también, tal vez ayuda a misa con el sentimiento.

Arsenio bajaba las escaleras cargado de papeles y sudando como un turco. Chocó conmigo en el rellano.

—El niño perdido y hallado en el templo —musitó con su voz de atiplado catequista y siguió escaleras abajo.

El vaho de la redacción, esa gruesa sobaquina donde se inmiscuyen agrios vapores del retrete cercano, polvillos del plomo linotípico y emanaciones de tintas tiernas, azotó mis mejillas y olfato. La sucia palmadita que uno olvida minutos después de sumergirse en tan dulce atmósfera.

Algo desentonaba con meridiana claridad en el ambiente.

Acostumbrados a la indolencia veraniega, llevábamos un mes con el nunca pasa nada como comfortable divisa; el clamor de máquinas y trajines se parecía a la erupción de un volcán.

El escueto paisaje humano se atareaba como para paliar las voces de mando de Afrodiseo, un trueno que salía de su despacho igual que en los mejores momentos de su úlcera duodenal y amenazadora.

De puntillas me fui a la vera de Benito, descamisado y derrumbado sobre la máquina como si una viga le hubiera caído en la cabeza.

—Parra, menos mal que llegaste, estoy hasta aquí —y señalaba la nuez de su garganta con el índice tembloroso.

—¿Se hundió la catedral? —pregunté inocente.

Desde los ángulos estratégicos de la redacción las miradas de Rovira, don Baudilio, Chumilla y Alipio el botones vinieron hacia mí con el mismo estupor que las de los familiares del difunto Lázaro cuando salió de la tumba.

Tras la cristalera del despacho de Afrodiseo se oía una cruda arenga dirigida a Paco el regente.

—Hueles a humo —le indiqué a Benito.

—Déjate de bromas, he estado toda la noche en el incendio.

Todavía tardó unos segundos en darse cuenta de que yo me encontraba en la más pura inopia.

—¿Dónde demonios has podido meterte para no enterarte de nada?

Hacer un guiño de complicidad o encogerse de hombros, cualquier cosa puede servir para que Benito divague en sus presunciones siempre en la misma dirección.

—No me lo digas.

—Hazme un resumen antes de que Afrodísio me eche la zarpa.

Paco salía del despacho con cara de haberlas recibido todas en el mismo lado.

—Un caserón en La Ventilla. Ardió como la yesca.

—¿Tan poca cosa para tanto lío?

—Hay un muerto.

La voz de Afrodísio escupió mi nombre y los queridos compañeros me miraron como al reo en trance de subir al cadalso.

—Cógelo por los cuernos —me animó Benito.

Entré en el despacho, cerré la puerta, me senté en el vértice de la mesa sin prestar mucha atención al ocupante.

Afrodísio sudaba ante la máquina y los papeles derramados. Se había quitado las gafas. De su nariz de pájaro pendía una gota. En los ojos le brillaban las heridas de la úlcera.

—Director, tomo nota de la merecida filípica, interpongo el correspondiente mea culpa y quedo a tu entera disposición.

Tardó un momento en hablar. Lo hizo después de secarse nariz y frente con el pañuelo y aliviarse la corbata.

—Marcos, no te voy a aguantar ningún cachondeo. Tampoco quiero leerte la cartilla, porque allá tú con tu conciencia. Pero me ha sentado a perros. Llevamos un mes de holganza y cuando hay algo importante te esfumas. Somos o no somos profesionales, ese es el quid.

—¿Por dónde quieres que empiece?

—Benito se está cargando él solo el reportaje. Ponte al habla con el Jefe del Parque, una entrevista de última hora, lo que sea, y pícale. Vamos a cerrar algo más tarde. Tenemos una noticia y quiero explotarla. ¿Qué te parece esto?

Las pruebas de los titulares de primera página surgieron en sus manos ablandando su rostro, que llegó a esgrimir una sonrisa de satisfacción y orgullo.

—A seis columnas y cuerpo ochenta y dos —explicó como si me estuviera enseñando un trofeo profesional, la trucha más grande que hubiera pescado en su vida.

—Muy bonito —dije cogiendo las pruebas.

Afrodísio se levantó, estiró los brazos y fue hacia la ventana. Después se volvió y quedó mirando la lámpara del techo, seis velas falsificadas con polvo de siglos en las bombillas diminutas.

—Vamos a quitar las telarañas de los ojos de los lectores. Quiero un fogonazo de tinta. Quemarles las cejas.

Vi en Afrodísio al misionero visionario ante la tierra nueva.

—Si hay un muerto se puede tocar la veta fúnebre sentimental —sugerí.

—Hay un muerto y hay, a lo que parece, varias bestias achicharradas. La noticia tiene, por debajo del suceso espectacular, un filón subterráneo bastante vidrioso.

Me miró sin bajar del barco.

—Pues entremos a fondo.

Volvió a sentarse en la mesa.

—Parra, por ahora me conformo con la estricta información. Y no te creas que voy a echar en olvido tu injustificable desidia. Localiza al del Parque y no levantes cabeza en toda la mañana.

Me cuadré como un recluta.

—¿Ordena usted alguna cosa más?

Había comenzado a repasar unas fotografías. Habló sin mirarme, pero con la navaja viperina en los labios.

—Las malas noches se graban en las ojeras. Es difícil borrar determinadas huellas.

Me contuve para no responder.

—Dile a Chumilla que entre. Estas fotos parecen del pim, pam, pum.

Sujeté la puerta hasta que Chumilla, después de una señal y con cara de haber dormido de pie, entró, cerré y correspondí al respetable, que me seguía expectante, con el gesto de Pío XII en las manifestaciones de San Pedro.

—A mí me hubiera estrellado el tintero en la cabeza —masculló Rovira retrepado en su taburete de puntilloso confeccionador—. Se le ha subido la jefatura al moño.

Al pasar al lado de don Baudilio, que punteaba sobre la máquina la hucha del pobre contrastándola con sus cuentas, pisé algo blando. Bajo mi zapato se arrugó una teja lustrosa. Don Baudilio debió sentir el dolor en el corazón.

—Dámela, Parrita, es la tercera vez que me la pisan esta mañana y acabo de estrenarla.

Le dije a Alipio que me buscara el teléfono del Parque de Bomberos y me senté junto a Benito.

—Cuéntame algo más.

Benito dejó de teclear. Encendió un pitillo con la colilla del que tiraba e hizo un gesto de desamparo.

—El caserón está al final del barrio, como a doscientos metros del bloque de Regiones Devastadas. Un viejo chisme que fue fábrica de alpargatas. Estaba declarado en ruina, desmantelado. La dueña es una vieja que vive en Santander. Doña Clotilde Paniagua. En el barrio no la conoce ni Dios.

—¿Y el muerto?

—Sin identificar. Tal vez un mendigo. Tienen el cadáver en el depósito, daremos un toque al juzgado dentro de un rato.

—¿Qué más?

Benito me indicó los folios que llevaba escritos.

—¿Por qué no lo lees? Tengo la cabeza como un bombo. El fuego debió empezar a eso de las once. Causas desconocidas, aunque en el Parque te dirán que el fiambre hizo lumbre o tiró una colilla, vete a saber. Lo cierto es que aquello ardió como la yesca. Quedan justamente las paredes. El barrio se volcó con calderos, palanganas y

hasta orinales. Los bomberos no te puedes imaginar qué pifia. Si no llega a ser por los paisanos arde la Ventilla entera.

—¿Y las bestias que dice Afrodisio?

Benito se iluminó con una sonrisa malévolamente.

—Las bestias eran por lo menos media docena de burros abiertos en canal y colgados de las vigas, y otra media que esperaban el cachetero atados a un pesebre. Y con eso sabes tanto como yo.

Sonreí a mi vez.

—Otro matadero de los que no huele la ronda de abastos.

—Pues sí señor, como el que tanto dio que hablar el año pasado.

Le cogí a Benito un pitillo del paquete, lo encendí. Con la primera bocanada se me iba la imaginación hacia una bella historia de carne fraudulenta, industriales rodados en las canchas del estraperlo, un bonito asunto al que Calamidades y yo habíamos prestado atención y que el siniestro volvía a ponernos en el plato. Buen tema para dejar de aburrirnos como ostras en un agosto tan parco en noticias que ni siquiera la Deportiva fichaba a nadie.

—No te puedes imaginar lo que fue aquello —siguió Benito—. El vecindario soliviantado, los bomberos sin saber qué hacer. Y entre el marasmo, los rebuznos de los burros achicharrándose. Pobres bestias.

Se le alargaba la cara bajo el recuerdo de la hoguera y los inocentes.

—¿Qué te ha dicho Afrodisio de eso?

—Mutis. Incendio, heroico comportamiento de los vecinos, dudosa eficacia del Cuerpo, mención al fallecido y anécdotas de la tragedia. Quiere un parte colorista con muchas bengalas. Algo que justifique los tipos de esos titulares desmesurados que desempolvó.

—Después hablamos con él. Hay que pincharle. Si nos da carta blanca encendemos una bomba y se la ponemos en la mismísima almorrana a los industriales.

Benito se animó.

—Una bomba de mondongo, longanizas y paletillas.

—Tan municipal y espesa como las intervenciones de don Sebastián Riello en el Pleno.

Alipio el botones me dio el teléfono del Parque. Chumilla salía del despacho de Afrodisio como de un ring donde le hubiesen derrotado a los puntos. Rovira le miró meneando la cabeza y volvió a repetir:

—Se le ha subido la jefatura al moño, ya es castigo.

—Estoy en el laboratorio —advirtió Chumilla antes de desaparecer.

El Parque comunicaba. Afrodisio asomó en la puerta.

—Benito, ¿acabas de una vez?

Benito había vuelto a teclear.

—Ya lo tengo casi apagado, director.

—Parra, ¿hablas o no hablas?

Le mostré el teléfono en mi mano.

—Chaval —le dijo a Alipio—, baja y avisa a Arsenio que es para hoy. Y llévale esto a don Paco.

—Si usía me concede un momento —aventuró Rovira con la sorna indefinida y volviéndose en el taburete—. Aquí la página diez no me cuadra.

Afrodisio fue a su vera.

—O quitamos la publicidad de Lozas Lesmes y Ultramarinos El Montañés o le cortamos la crónica a don Jesús.

—Corta por lo sano. Lo de don Jesús apesta ya con tanto veraneante ilustre.

—Luego dice que yo le tengo manía —se disculpó Rovira.

Afrodisio regresó al despacho. Estuve marcando siete u ocho veces hasta que logré comunicar.

—Aquí Marcos Parra, del «Vespertino». Quiero hablar con el jefe.

Un lapso de dos minutos y una voz cantarina me llenó la oreja de cordialidad.

—Buenos días. Encantado. Soy Julián Centeno.

—Quiero noticias del incendio.

—A su entera disposición. Los trabajos están concluidos. Sólo queda un retén de seguridad. Misión cumplida.

Acerqué bolígrafo y papel.

—¿Se saben las causas?

—Pues no, hay que peritar con calma. Estamos en ello. Pero si lo desea le adelanto mi hipótesis. El difunto fue el agente provocador, apuesto doble contra sencillo. Un fuegucito para calentar las sopas, una colilla al albur. Cualquier cosa. Tenga en cuenta que el inmueble estaba abandonado, vigas semipodridas, materias de desecho que prenden como gasolina. Si el difunto es un mendigo, como pensamos, podía estar enfermo o borracho, dispuesto a dormirla sin enterarse de nada. No tardaremos en ofrecerles nuestro parte.

—Los espectadores tuvimos ocasión de presenciar una actuación del Cuerpo bastante deficiente.

La voz se atipló.

—Lo niego. Hay mucho infundio contra nosotros. Esa es una apreciación que no puedo admitir.

—Tal vez cuentan con equipo pasado de moda.

—Estoy de acuerdo en que en el presupuesto podían ser más generosos con nosotros. Hay material que renovar y la dotación se queda corta. Pero siempre cumplimos a conciencia. El incendio se superó en un tiempo más que aceptable.

—Con la ayuda el vecindario.

—Mire, el vecindario ayuda y no ayuda. Las catástrofes desatan el pánico, los nervios se encrespan. Pero pensar, como sucedió, en un riesgo inmediato para el bloque de Regiones, que era el que estaba más cerca, y para el barrio, fue algo

totalmente absurdo. Nuestro plan de contención, el dispositivo de seguridad, y le ruego que esto lo diga así, fue perfecto y preciso. Acorde a las normas más acrisoladas. Por favor, no sean ustedes quisquillosos. El Cuerpo de Bomberos es heroico y abnegado, derrocha amor propio, se lo digo yo. Por eso nos duele más el juicio apresurado e injusto de los profanos.

—También los espectadores escuchamos unos, digamos, aterrorizados rebuznos, y usted perdone. Es algo que está dando pie a muchas cábalas.

La voz se hizo delgada como un junco.

—Perdone que me remita en exclusiva a la parte técnica del siniestro, que es la única que me compete. Nuestra misión era apagar el fuego, efectuar los salvamentos, si los hubiere, y activar los dispositivos de seguridad.

—¿Cómo hallaron el cadáver?

—Perdone otra vez, pero de eso debe usted hablar con el juzgado de guardia, ellos lo levantaron.

—¿No hubo ningún otro hallazgo?

Pude adivinar una sonrisa forzada.

—Cenizas y humo. Aquello era un almacén de polvo.

—¿Qué más puede decirme?

—Sólo rogarle que recuerden la disciplina y sacrificio de nuestro Cuerpo. Y que no sean quisquillosos, por favor.

—Muchas gracias.

—A usted.

Era cuanto podía sacarle a un estricto funcionario preocupado en no mojarse ni la punta de los pies.

Me puse a la máquina y elaboré un preámbulo lleno de baldías inquisiciones antes de concederle la palabra al oráculo del Parque.

Arsenio había vuelto con sus galeradas, entraba en el despacho de Afrodisio y salía limpiándose las manos como Pilatos.

—Tienes cara de haber dormido al sereno —me dijo con su gracia más sosa que la sopa de un diabético.

—A otros se les pone igual en la Adoración Nocturna —le contesté.

Benito cantaba el punto final de su rollo incendiario. Se desperezó hacia atrás antes de incorporarse y su colmado cenicero cayó al suelo con un estrépito de cristales hechos añicos. La úlcera de Afrodisio chilló tras la cristalera.

—¿Vais a estaros quietos?

El dudoso equilibrio de Benito, apoyado en las patas traseras de la silla, se fue a pique ante el estruendo y la voz del director. Cayó de espaldas rozándose la cabeza en la pared, igual que un saco. Todos nos levantamos al mismo tiempo. Afrodisio asomó en la puerta.

—¿Pero qué demonios sucede?

Los zapatos de Calamidades surgían por encima de la mesa pedaleando en el aire.

Las manos buscaban sin suerte un asidero. Los folios del reportaje le resbalaban por el pecho.

—Sacarme de aquí, echarme una mano —gritaba.

Le cogimos entre don Baudilio y yo y le pusimos de pie. Afrodisio cerró la puerta del despacho murmurando.

—No en vano te llaman Calamidades.

Benito se acariciaba con gesto dolorido la nuca y los riñones.

—Para haberme roto la crisma.

Le ayudamos a recoger los folios. Alipio vino con la escoba.

—Te has quedado blanco.

—Un accidente laboral —masculló Rovira con sorna sin levantar los ojos de su cuadrícula.

Y entonces Benito, como si le hubieran pinchado, corrió hacia al absorto confeccionador y se le encaró a un metro.

—Sabandija. Métete la lengua en el calcetín. A mí ni me dirijas la palabra.

Del blanco había pasado al cianótico sin la más leve transición.

—Oigo un desagradable mosconeo —dijo Rovira sin inmutarse—. Alipio, ¿por qué no abres un poco más las ventanas?

—Ladilla —apostrofó Benito—. Me buscas y me vas a encontrar.

Teníamos ya sin remedio una nueva reyerta. Un viejo asunto de odios tribales que nunca llegarían a las manos, pero que sonoramente podían alcanzar puntos más álgidos que los de los conejos en el apareamiento.

Rovira se volvió con calma estudiada hacia su contrincante.

—A usted ni le conozco ni le considero.

Y después la cita clásica:

—Uno ha recibido la suficiente educación como para hacer oídos sordos a las palabras vanas.

Y tornaba a su cuadrícula.

Benito se iba convirtiendo progresivamente en un manojo de nervios. Don Baudilio me miraba. Teníamos la experiencia nefasta del arbitraje contemporizador. Sabíamos que la contienda necesitaba cubrir su derrotero verbal hasta desinflarse por sí misma. El propio Afrodisio lo sabía y por eso estaba haciéndose el sueco.

—¿De qué educación hablas? ¿Cuándo te has visto tú en un colegio de pago?

Rovira llevaba la ventaja de la calma, aunque por dentro le corroyeran los gusanos.

—Usted necesita sacudirse el pelo de la dehesa. Necesita pulirse para hablar conmigo. Y los hermanos de Champagnat dieron en hueso al intentarlo, según se ve. Es imposible sacar otra cosa que no sean bellotas del alcornoque.

—A ti, sabandija, los agustinos te echaron de Calahorra por tripero.

El tema tribal entraba en danza.

—Profesé de novicio y merecí sus respetos.

—Y el de las correas.

—Los padres agustinos, caballero, ejercen una pedagogía moderna. Lo que haya visto entre maristas allá ellos y usted.

—Los agustinos —remachó Benito con infinito desprecio—, una orden de desertores del arado.

Rovira se incorporó accionado por el resorte de la indignación.

—Una orden con licencia para todos los sacramentos. Y no como los maristas, que son legos, un cruce de maestros de escuela y sacristanes.

Las voces subían de tono.

—Cíteme santos —pedía Rovira—, dígame cuántas peanas consagradas ocupan esos señores del babero. Compáreme, si puede, al beato Marcelino con el Obispo de Hipona.

Rovira estaba ya electrizado.

Don Baudilio se decidió a meter baza con esa voluntad enmendadora tan inútil como peligrosa.

—Bueno, bueno, no os pongáis así.

Benito caminó hacia su mesa. Cogió los folios y los golpeó contra la máquina.

—No consiento que un miserable exclaustado me insulte.

El taburete de Rovira cayó al suelo. Don Baudilio apenas pudo sujetar al confeccionador.

—Usted se traga esas palabras.

—Por Dios —suplicó don Baudilio al tiempo que veía rodar de nuevo su teja por el suelo.

Benito cerraba los puños.

—Ven aquí, si eres hombre, sabandija.

La voz de Afrodisio, que ya se hacía esperar, decretó combate nulo.

—No quiero oír más gritos. Se acabó. Benito, tráeme el reportaje.

Calma chicha tras la barata tempestad.

Don Baudilio intentaba componer la teja lacerada y Rovira liaba un cigarro como buscando sosiego en la minuciosa operación de la petaca y el librito. Sus labios mascullaban un mudo soliloquio con gran aparato de gestos y salivaciones. Benito se encerró en el despacho de Afrodisio.

Volvía al plácido tecleo con una indómita desgana, desalentado entre el sudor que me hacía cosquillas en los sobacos y me perlaba la frente.

Las ventanas de la redacción, abiertas de par en par, como tres ojos sin párpados, dejaban entrar la vaharada luminosa que ya estaba abrasando el paisaje de torres y tejados.

El ventilador con las aspas quietas pendía sobre nuestras cabezas, inútil y absurdo, convertido desde hacía una semana en un enfermo incurable.

Cuando liquidé el último folio Rovira se me acercó limpiándose la cara con el pañuelo.

—Nos vamos a deshidratar —dijo.

—De algo hay que morir.

Me miró con cara de náufrago, asintiendo, apartó los folios y se apoyó en mi mesa.

—¿Has pensado lo del permiso?

—Por mí no hay problema. Habla con Afrodisio.

—Es que me fastidia hacerte la faena. La parienta se ha empeñado en que vayamos a su pueblo y tiene que ser a partir del quince, porque luego van mis cuñados. Yo por los chavales, que así se olean.

—Habla con él. Lo cambiamos. De verdad que no tenía pensado nada.

—Como eres el único que puedes echarme una mano.

Se quedaba mirando el ventilador, momentáneamente ensimismado en las aspas inmóviles.

—No te cases, Parra. Eso del matrimonio es un folletín —dijo absorto en sus pensamientos.

Comencé a recoger los folios.

—Hablaré con él, pero si te viene mal dímelo. Tampoco se hunde el mundo.

Se iba hacia su puesto limpiándose las manos.

—Es un pueblo del Páramo que no tiene ni río, fíjate qué plan, pero como nos falló lo de Educación y Descanso.

Con los folios en la mano entré en el despacho de Afrodisio. Benito discutía con él.

—No podemos aventurarnos. Y te dije bien claro que ni lo mentaras.

Benito se encogió de hombros al verme e hizo un gesto de disgusto señalando a Afrodisio, que peinaba el original con la estilográfica. Afrodisio me miró sombrío por encima de las gafas.

—Haz lo que quieras, pero ten en cuenta que los rebuznos los escuchó todo el barrio —advirtió Benito y se fue a la ventana con las manos en los bolsillos.

—¿Llamasteis al juzgado?

Me senté y cogí el teléfono.

—¿Con quién puedo hablar?

—Pregunta por Corsino, el número está ahí apuntado —me indicó Benito.

Marqué. La voz de Corsino el Oficial tardó un minuto en contestar con su timbre de chicharra.

—¿Qué hay del fiambre? —le pregunté.

—Identificado —anunció Corsino satisfecho, después de saludar y recordarme una añeja deuda de mus—. Toma nota si quieres. Arsenio Valderas García, hijo de Acisclo Valderas —deletreaba con acento procesal— y de Encarnación García, natural de Serrilla, municipio de Matallana, nacido el cuatro de noviembre de mil ochocientos ochenta y tres. Sin oficio conocido. Estuvo unos meses en el asilo y se escapó. A lo mejor, Parrita, te suena más como el Cribas.

La estampa del Cribas con la lata del vino y los mendrugos en la mano, la zamarra costrosa, las barbas amarillas, las polainas y las abarcas que daban a sus pasos un andar más lento que el de las locomotoras en maniobra, me llenó los ojos y recordé su voz salmodiando la limosna con el pareado: para un cuartillo y para un cuarterón, para un librilla y para un porrón.

—¿No hay ninguna duda?

—Ninguna, Parrita. Hasta la hermana Eulalia, la de las hermanitas, le ha reconocido. El cadáver parece que está menos chamuscado de lo que puedas suponer. Esta tarde se le hace la autopsia. ¿Vale?

—Gracias, Corsino.

—A mandar.

Colgué. Afrodisio y Benito me miraban expectantes.

—Era el Cribas —dije y cogí un pitillo del paquete de Afrodisio.

—¿El Cribas?

—Un mendigo. ¿No me digas que no le has visto nunca? Desde La Ventilla hasta El Ejido le conocían hasta las piedras.

—No me doy cuenta —afirmó Afrodisio.

Benito se sentó en el borde de la mesa. Podía adivinar el recuerdo de la misma estampa en sus ojos abstraídos. ¿Cuántas colillas le habríamos visto recoger en el bodegón de Miche, en el Pelao y en Casa Aparicio? ¿Cuántos porrones se habría bebido a nuestra salud?

—Era un viejo lleno de asma y de pulgas —dijo Benito—. Un buen paisano.

—¿Y qué se le habría perdido en el caserón?

—A lo mejor olió los chorizos de burro y entró a picar.

—O a dormir la mona. Lo cierto es que él ya no va a contárnoslo.

—Añade el dato y dile a Paco que cerramos.

Afrodisio ojeó mi entrevista.

—Llévate esto también.

Benito salió con los papeles.

Fumaba en silencio sin poder borrar aquella sombra parsimoniosa del Cribas tan habitual en las esquinas, en las tabernas y en las callejas, un espectro de mugre que emitía la monótona cantinela como quien reza el rosario de la aurora sin haberse despertado del todo.

Afrodisio se quitó las gafas.

—¿Te vas a quedar ahí toda la mañana?

—Estoy pensando en el viejo. Y en la ocasión que tenemos para tirar de la manta en este asunto.

—Marcos, yo estoy en funciones. No quiero líos.

—Pero tampoco quieres hacer una hoja parroquial.

Volvió a ponerse las gafas después de repasar los cristales con el pañuelo.

—Sólo te pido que nos des vía libre a Benito y a mí.

—¿Y qué vais a hacer?

—Recoger toda la información que podamos y dejártela aquí, encima de la mesa.

—¿Para archivarla o para la caldera?

Afrodisio encendió un pitillo, cruzó las piernas y se me quedó mirando con cara de comadreja.

—Cuando la tengas podrás decidir. O que decida Cayetano cuando vuelva. Tú no arriesgas nada.

—Tendría que consultar con don Benigno.

Acentué mi gesto de desánimo con intención de levantarme. Un suspiro dramático y concluyente del que Afrodisio se resintió.

—Si para cualquier minucia tienes que dar cuenta al Consejo, será mejor olvidarlo. ¿Qué pintas tú y qué pintamos nosotros?

—Don Benigno —quiso disculparse Afrodisio— es persona comprensiva. Yo me cubro las espaldas.

—Don Benigno está en Babia. O somos profesionales o no lo somos, ése es el quid, como tú tantas veces repites. ¿Quién manda aquí en este momento? Déjate de pamplinas.

Le tenía acorralado y el pitillo tembló en sus dedos.

—No te exaltes. Vamos por partes. Discutamos el asunto.

—No hay nada que discutir, Afrodisio. No se trata de ninguna proposición deshonesta. No vamos a vendimiarnos a ninguna María Goretti. Calamidades y yo nos dedicamos a recoger información y luego vemos lo que todo esto da de sí. Conocemos el paño. Sabemos dónde echar los reteles.

Apagó el pitillo en el cenicero, cogió la estilográfica.

—Bueno, bueno, está bien. Pero me vais a asegurar dos cosas: absoluta discreción y ningún paso comprometedor para el periódico.

—No te preocupes.

—Y átame corto a Calamidades.

—Benito cuando quiere es un sepulcro.

Salí del despacho con el humor contrariado por las ridículas vacilaciones de Afrodisio.

Rovira y don Baudilio corregían galeradas en la mesa grande y Alipio regaba el suelo con el botijo en un vano intento de refrescar el ambiente.

—¿Se le puede entrar? —inquirió Rovira señalando con el dedo el despacho.

—Si esperas un poco a lo mejor se le enfría la úlcera —le advertí.

—Te queda el hueco de estrenos en la página ocho —me recordó—. Pero si no vas a hacerlo la liquidamos con un anuncio.

—La ventilo ahora mismo.

Me senté ante la máquina, comprobé en la agenda cuatro o cinco datos de un

petardo de Cifesa que había visto la tarde anterior en el Mari, mientras dormitaba al lado de una pareja sofocada en los sudorosos meneos de la oscuridad, y por primera vez en la mañana me acordé de Claudia.

Si este triste papel, feo, católico y sentimental, no tuviera la divisa del bonete, lo que equivale a un estricto cinturón de castidad, sería grato poder dedicarle mi columna a Claudia: la fresca gracia de esa estupenda artista con tantas tablas, fabulosa en la Danza de la Serpiente, lo más destacado del elenco en el teatrillo de Rosita Yen, como muy bien había dicho Mariano Olmedilla en radio falange.

La esperanza de otra noche agitada entre sus brazos me hizo sonreír con esa complacencia de las buenas promesas, favorable caldo de cultivo para superar la idea de que este mundo es un valle de lágrimas. Si el ceniciento Belisario, guarda nocturno de las obras del estadio, volvía a cedernos la guarida, las mieles del amor se derramarían generosas hasta la madrugada, emulando los versos venéreos del poeta Buchaca, vate provincial y secreto erradicado por obsceno de todos los juegos florales.

Benito había bajado a talleres, Chumilla, de regreso con sus fotos, intentaba aplacar al exigente director y Arsenio iba y venía con su inefable aroma de plomo derretido y agua bendita.

La redacción era un remanso apenas alterado por el cabeceo de dos moscones en los cristales de la ventana y otro que, perdida la brújula, luchaba sobre la superficie del retrato de don Etelvino Alfageme.

La figura hierática de don Etelvino, retratado en sepias descoloridas, con la muceta y el bonete de pico y borla, y un desvaído ejemplar del periódico entre las manos, tenía esa inquietante calidad del testigo de ultratumba.

En las múltiples abstracciones del monótono trabajo uno se le quedaba mirando como para descifrar, en el inútil juego de una inútil memoria, los vagos significados de aquella fisonomía del fundador: la cana reverberación hasta el declive de las patillas, la verruga del pómulos izquierdo, los ojos coronados por las cejas de negra espesura, la nariz cepedana más protuberante y heladora que un carámbano. Adusto y señorial, pero como lastrado por la hipertrofia de esa dudosa enfermedad que aqueja a aquellos que nunca tuvieron juventud, don Etelvino daba la impresión de no haber sido nunca una persona de carne y hueso, sino un retrato vivo en su día, como esos olvidados tatarabuelos de los álbumes familiares de cuya lejana existencia uno puede llegar a dudar.

En el respeto a su memoria, muchas veces escarnecida por los simbólicos cortes de manga de Benito, destacaba la íntima reverencia de don Baudilio, incapaz de sentarse nunca dando la espalda al retrato y a quien, en más de una ocasión, yo descubrí quitándose la teja con un disimulado saludo y una leve cabezada de veneración.

Apenas había comenzado mi exordio cinematográfico cuando sonó el teléfono y me lo llevé a la oreja sin dejar de teclear con la izquierda. Una voz femenina trinó como un jilguero y tuve la rara sensación de encontrarme desnudo ante una imprevista y modosa mirada.

—¿«Vespertino»? Aquí la secretaria particular de don Salustiano. Don Higinio Peralta desea hablar con el señor director.

El trino resultaba demasiado oficial para los castos oídos de un redactor. Las voces del Gobierno Civil tenían la impronta de un viento de altas esferas con membrete de arriba España y ordeno y mando.

—Un momento, por favor, que en seguida le aviso.

Dejé el teléfono, corrí al despacho del encausado en funciones tropezando con Chumilla que salía, y a bocajarro, sin ninguna piedad, le disparé:

—Afrodisio, don Higinio Peralta quiere hablar contigo.

Las manos de Afrodisio se agarraron al nudo de la corbata, su úlcera detuvo las acometidas, su cara tomó el barniz de los ataúdes infantiles.

—¿Está ahí?

—No, hombre, al teléfono.

Todo el sudor quedó momentáneamente helado en su rostro. Sujeté la puerta y le vi caminar hacia mi mesa como una gabarra desorientada en un puerto lleno de niebla.

Rovira, don Baudilio y Chumilla nos miraban expectantes.

—Dígame, don Higinio. Soy Afrodisio Serra, Cayetano está de vacaciones.

La voz le había salido como una delgada filigrana y una forzada sonrisa se dibujó después en sus labios. La sonrisa varió al ritmo de sus melosos asentimientos en el transcurso de la conversación, hasta quedar convertida en una mueca difícil de descifrar.

—Sí, sí, don Higinio, por supuesto. Un saludo, un saludo.

Cuando Afrodisio colgó el teléfono Rovira y don Baudilio volvieron a las galeradas. Yo sujeté la puerta hasta que entró en el despacho. Ahora venía como castigado por la úlcera y el sudor contenido se derramaba a chorros por su frente.

—Pasa —me ordenó.

Se sentó en la mesa, cruzó los brazos y suspiró.

—Hay que levantar la primera página. Los titulares.

—¿Y eso?

—No me contestes.

—Pero si no digo nada.

—Don Higinio sugiere que no demos excesiva importancia al incendio. No conviene para el orden público. El barrio está alterado y hay que contribuir a calmar los ánimos. Baja a talleres y prepara una cosa más sencilla. En vez de pavoroso incendio poner sólo incendio, y subtítular con una mención al esforzado trabajo de

los bomberos.

—Nos envainamos los bonitos tipos del ochenta y dos —dije con sorna no disimulada.

—Las bromas de mal gusto guárdalas para tus compadres de juerga —me recriminó.

—Afrodisio, estamos en una profesión de ovejas.

—Pero todos en el mismo redil.

—Sí, señor, sólo que los hay que cascan en el matadero.

—No tengo nada más que decir. Ponte a trabajar.

—Don Higinio Peralta o el nepotismo iletrado —sentencié con la mala uva que estaba a punto de contagiarme también una úlcera del tamaño de una castaña.

Afrodisio quedaba sumido en ese mar de incertidumbres y frustraciones que a modo de ducha fría castiga las playas tranquilas, cuando cerré la puerta.

—Rovira, vamos a talleres que hay que rehacer la primera.

—¿Qué pasa?

—Que en el Gobierno quieren poco fuego.

Bajamos con cara de circunstancias. El benemérito Argüello nos vio pasar mientras comía un bocadillo y acariciaba el botijo. No sé por qué los sordomudos miran como los ciegos.

En talleres el calor concentraba una neblina de ambiguas humedades, vapor de crudos sudores igual que en la sala de máquinas de un trasatlántico. Paco el regente y Benito trabajaban en la jaula de cristalera. Dionisio el linotipista estaba en camiseta montado en su hembra, aporreándole las teclas. Llamazares, Sinesio, Teodomiro y Angelín lo disponían todo para comenzar a tirar.

—Tenemos novedades.

Paco, que chupaba su boquilla vacía, me miró temeroso. Benito descolgó el lapicero de la oreja.

—Don Higinio Peralta no quiere ver el fuego en grandes titulares. Hay que rebajar la dosis.

—La plana está armada —insinuó Paco con ingenuidad.

—Pues vete desarmándola. Ordenes del director. Consigna del señor secretario.

Me senté en la mesa de Paco y escribí los nuevos titulares en una cuartilla.

—Toma —le dije a Rovira—, hazlo a tu gusto y sacar una prueba lo antes posible.

Paco y Rovira salieron del despacho. Benito movía la cabeza.

—Algún día nos tendremos que comer el periódico en vez de repartirlo —dijo.

Si es verdad que las desgracias nunca vienen solas, debe ser también cierto que las contrariedades se muerden la cola como las pescadillas.

El trofeo profesional de Afrodisio se convertía en un pez raquíutico y la amodorrada desgana de Argimiro Vilches, un censor de estío más complaciente que la última daifa del Tuerto con la escasa clientela de un viernes santo, iba a cambiar de signo para enseñarnos unos extraños colmillos totalmente imprevisibles.

Cuando Arsenio marchó a Turismo con las galeradas para que el censor diera su visto bueno, de acuerdo a su benévola costumbre de si hay algo que ver decírmelo que tanto papel me abrumba, el periódico entró en máquinas para ir adelantando trabajo.

Desfondados en la rutina de la redacción, entre el crucigrama y la cabezada, la hora del posparto pintaba un cuadro de relajada burocracia, como cuando en las delegaciones provinciales cierran la ventanilla y el personal aguarda mirándose las uñas a que den la hora.

El teléfono del despacho de Afrodisio nos bajó del limbo y sus voces nos hicieron temer algún accidente familiar, de esos que los parientes anuncian con un sujétate los nervios, no pasa nada, a papá le dio la embolia.

—¿Quién demonios ha hecho la corresponsalía de Las Rozas? —inquirió a voces asomando en la puerta con un fulgor morado en los ojos.

Todos nos miramos sobrecogidos e inocentes.

Rovira tartamudeó poniéndose de pie, temblándole en la mano el crucigrama.

—Don Vicente, como siempre.

—Ese estúpido boticario —masculló Afrodisio—. ¿Quién leyó la crónica?

Ninguno teníamos respuesta.

—Era algo sobre las fiestas de Las Rozas —dijo Rovira.

—Baja al taller y di que paren. Maldita sea su estampa. Traerme el original.

Entré en el despacho de Afrodisio seguido de Benito.

—¿Qué pasa?

Un puñetazo limpio sobre la mesa hizo saltar sus gafas, que cayeron al suelo y se salvaron de milagro.

—Argimiro ha tachado íntegra la crónica del boticario. Arsenio dice que se ha puesto furioso. Me va a reventar la úlcera.

Se sentó y volvió a aporrear la mesa. Benito y yo nos miramos como dos náufragos batidos por la tromba.

—¿Qué demonios se le habrá ocurrido a ese estúpido de don Vicente?

Alipio el botones trajo el original, dos folios tatuados con salpicaduras de tinta azul. Afrodisio lo devoró y nos lo pasó después.

La fiesta de San Roque se anunciaba con dianas floreadas, misa solemne, carrera de rosca, circuito ciclista, coros y danzas de la Sección Femenina, y dos verbenas amenizadas por Los Ciclones de Carrocera.

Un programa de medio pelo, apostillaba don Vicente, con imperdonables olvidos impropios de una verdadera Comisión Municipal de Festejos. Y el boticario pasaba revista a una serie de actos excluidos, todos ellos de tradicional raigambre en la comarca y atractiva vitola para los forasteros que nos visitan, finalizando con una requisitoria dirigida al alcalde y al concejal presidente de la Comisión: ¿quién manda aquí, quién prohíbe la suelta de la vaca tronada, tan vistosa, espectacular y milenaria, y el chapuzón al santo en el regacho, habida cuenta de la sequía que padecemos fruto

de su falta de interés hacia quienes le rendimos fervorosa advocación, y la típica cencerrada en la Sindical, todo ello tan propio de nuestro folklórico acervo, o es que Las Rozas ya no tienen derecho a divertirse según las acrisoladas costumbres que legaron a este bendito pueblo sus mayores?

—Un chinche —dijo Afrodisio—. Estará quemado porque no le nombraron a él de la Comisión.

—Vilches se ha pasado de rosca —opinó Benito.

—Lo que quieras, pero ese don Vicente dispara ahí con posta. ¿No os acordáis que el año pasado lo de la vaca tronada produjo tres heridos y hubo un follón con el comandante del puesto? ¿Y que el obispo llamó al orden al párroco por lo del chapuzón del santo? Seguro que el alcalde tiene órdenes del Gobernador. Esa crónica es un libelo. ¿Cómo demonios no la había leído nadie? Aunque sólo fuera para corregir las faltas de ortografía.

Afrodisio se arrancó la corbata y la tiró encima de la mesa.

—Baja a talleres. Que la quiten y rellenar con publicidad —le ordenó a Benito—. El boticario me va a oír.

Benito se fue. Arsenio entraba en ese momento, sofocado, con cara de haber perdido tres kilos en una carrera contra reloj.

—Argimiro nos ha puesto pingando —dijo antes de sentarse—. Me ha advertido que no volvemos a colarle una. Que las galeradas las quiere a su hora y que hasta que no estén visadas aquí no se pueden mover las máquinas.

—¿Por qué no le llamas por teléfono? —insinuó a Afrodisio.

—Es mejor esperar que se le pase —observó Arsenio.

—¿Y qué mosca le ha picado para sacar así, sin avisar, la lupa? —le pregunté.

—Yo creo que estaba advertido —afirmó Arsenio—. Fue directo a la crónica de don Vicente.

—Ese miserable boticario habrá leído su libelo en el café para darse pote. Nos ha usado de felpudo.

—Tampoco es para tanto —le dije a Afrodisio, que se levantaba moviendo las manos como un estrangulador antes de comenzar la faena.

—¿Crees tú que Argimiro Vilches da el tachonazo y se calla la boca? A estas horas ya lo saben en el Gobierno.

—Por eso es mejor que le llames, échale un capote.

—Hay días en que parece que uno se santigua con la zurda. Don Higinio nos come los titulares y ese chinche nos mete en la ratonera. Verás tú el chorreo de don Benigno y de todo el Consejo. Porque esto no lo tapamos así como así.

—Pero podemos ponerle un parche —aventuré—. Mañana le damos una página al San Roque de Las Rozas. Abajo las romerías prehistóricas y vivan las fiestas modernizadas. ¿Qué te parece? Una loa a la Comisión de festejos y un garrotazo a las tradiciones cavernícolas.

La improvisada propuesta hizo efecto en Afrodisio, que vio una nube blanca en el

horizonte borrascoso.

—Menos mal que a veces se te ocurre alguna idea.

Arsenio se fue a talleres y Benito apareció después con todo el sopor del sueño debido en los ojos vidriosos.

—A Paco le va a dar el infarto y yo me duermo. Nos retrasaremos por lo menos una hora.

—Qué le vamos a hacer —suspiró Afrodisio resignado.

Don Baudilio asomó en la puerta con la teja en las manos.

—Si no me necesitáis me voy al coro. Se me hace tarde y este mes ya tengo dos faltas.

—Váyase, váyase —concedió Afrodisio.

Un impenitente moscardón zumbaba por el techo cabeceando contra la lámpara.

La ventana abierta metía en el despacho el seco azogue del mediodía, la pelusilla de los castaños del bulevar.

A Benito se le cerraban los ojos.

—Vamos a tomar una cerveza —propuse.

—¿Llamo antes a Vilches? —preguntó Afrodisio sin disimular sus dudas.

—Déjalo ya. Que se trague la mala uva —le animé.

Se compuso la corbata y salimos.

—Chaval, atiende el teléfono —ordenó a Alipio—. Estamos en el Astorgano.

El benemérito Argüello levantó los ojos en la garita y dio la cabezada de respeto. Entramos un momento en talleres donde la actividad resudaba entre el ronroneo de las planchas y los motores, mientras Paco daba órdenes como un guardia civil en el puesto de campaña.

Los rollos de papel giraban como lenguas extraídas de la boca en un tosco martirio de golpes y de tinta.

El «Vespertino» iría asomando su triste cabeza en ese papel moreno y frágil que tenía una rara habilidad para manchar las manos de los lectores.

2

Cuando a eso de las tres y media Benito y yo entrábamos en el Curuqueño con el estómago vacío, la zarpa del sol arrasaba las calles. Un relumbre de hoguera calcinaba el techo de la ciudad con ese ahogo incandescente que parece transformar las partículas de polvo en diminutas pavesas.

El camino desde el periódico, al arrimo de la sombra intermitente de alguna fachada, acribilló nuestros pasos, vencidos entre el sueño atormentado de Benito, que no había visto la cama desde el día anterior, y la modorra que rehabilitaba en mi cabeza el lejano zureo de la resaca.

Acomodados en la sacristía del Curuqueño, un espacio de la bodega que Restituto reserva para los amigos, entre pipas y pellejos que exhalan el fresco aroma de la pez y las humedades etílicas, fuimos recomponiendo los ánimos despedazados, aplicándonos al porrón con gaseosa y a la ensalada de chicharro.

—Hay truchas escabechadas —nos informó Domitila, la suegra de Restituto, que subía y bajaba las empinadas escaleras aireando las varices—. Con esta calentura no apetecen los guisos. Una hasta aborrece la cocina.

Comimos dos truchas bien metidas en aceite, vinagre y laurel y picamos del queso de pata de mulo. El sueño de Benito y mi modorra se amortiguaron con la satisfacción de los estómagos agradecidos.

—Bájenos las farias y dos cafés bien cargados.

—¿No queréis una de orujo? Es bueno para el andancio.

—Pero puede hacernos hervir.

—Esa fiebre se aguanta con gusto. Lo malo es lo que está cayendo afuera.

Nos sirvió el café, dejó encima de la mesa la caja de farias y nos llenó dos copas.

—El orujo va por cuenta de la casa. Pinchar una guinda y veréis qué suspiro. Yo le echo canela.

Tentamos los farias y nos quedamos reposando con las cabezas apoyadas en el respaldo del escaño.

—Yo empezaría por hacerle una visita al gitano Bedoya —le dije a Benito.

—¿Crees que está en el negocio?

—Siempre fue el mejor proveedor de la provincia. Un tratante de casta. ¿Cuántos burros puede haber por ahí que no hayan pasado por sus manos?

—Será difícil sacarle algo. Y me extraña que ande metido en esto.

—¿Por qué?

—No sé. Bedoya chalanea y se enreda en asuntos de medio pelo, nunca se buscó complicaciones.

—Pero es el único que puede ofrecer con regularidad materia prima. Casi todos los tratos de burros en las ferias son suyos.

—No tengo noticias de cómo está ahora el mercado.

—Yo sí. En la feria de San Isidro se quedó con una partida de doce cabezas. Las

más viejas y achacosas.

—Bedoya prepara con tiempo la campaña de circos. Esas eran mojama para las fieras. ¿Cómo te crees que hace los negocios más lucidos? No hay circo que acampe de aquí a Valladolid que no lo surta el gitano.

—De San Isidro a San Pedro nunca tuvo en el corral menos de veinte cabezas. Y para los circos siempre encuentra tajadas más baratas. Cerdos con triquina, vacas con glosopeda. ¿Quién te crees que compró el ganado de La Granja cuando la epidemia?

Benito asintió dejando caer la ceniza de la faria al suelo.

—Eso es verdad.

—Intentaré sonsacarle. Además anda con él su hijo Fernandito y ése tiene la lengua más fácil.

—Y te debe algún favor.

—Le eché una mano cuando aquella redada de carteristas.

—Si atamos un cabo ahí, sería un buen comienzo.

—Hay que empezar desde las mismas cenizas del caserón. Por los burros y por el Cribas. Algo tiene que salir.

Benito vertió media copa de orujo en el pocillo del café.

—En el momento que comencemos a husmear más de uno se va a poner nervioso.

—Eso es lo que interesa. Vamos echando el cebo y nosotros mismos lo somos.

—¿Con Afrodisio encima?

—Olvídate de Afrodisio y del periódico. Si andamos con remilgos no damos una.

—Podemos meternos en la ratonera.

—Depende de los pasos. ¿Quién va a engancharnos? ¿Qué tenemos que perder? A lo más que podemos llegar es a que quieran taparnos la boca.

—¿Te parece poco?

—No creo que se arriesguen a darnos.

—¿Por qué no?

—Sería demasiado peligroso. No le des vueltas. No somos nosotros los que tenemos razones para andar con miedo. El que quiera alzar la cabeza tendrá que quitarse el sombrero. Y al que se quite el sombrero le vemos la calva.

Benito se rio.

—La calva de don Sebastián Riello —dijo divertido.

—Antes de vérsela a don Sebastián habrá que ver otras.

Restituto bajaba por las escaleras embutido en el mandilón y con una garrafa en la mano.

—¿Comisteis?

Arrastrando la pata derecha se fue a la pipa más cercana, abrió la espita y metió el cuello de la garrafa para llenarla.

—Está cayendo una pelona —dijo—. Pero de fuego.

—No te quejes.

—No, si yo. Pero hasta ganas dan de irse a mojar al río. Si no fuese por el reúma.

—¿Cuántas veces te has mojado tú la barriga? —le preguntó Benito.

—Una en el treinta y ocho. Y la verdad es que me tiraron. Eran aquellos calaveras de la escuadra de Ledesma. Antes me hicieron beber medio litro de aceite de ricino. Aquí estuvieron comiendo y bebiendo lo que les vino en gana y luego se les ocurrió la gracia.

—¿Y ya no volviste a mojar te?

—Desde aquélla sólo en la pila.

En el cuello de la garrafa rebosó la espuma morada del vino. Restituto cerró la espita y metió el corcho.

—A ese Ledesma, que habréis oído hablar de él, lo cogieron no mucho después unos de la fai y le dieron candela de la buena. No hagas a los demás lo que no quieras que hagan contigo, decía mi difunta madre.

Restituto subía las escaleras arrastrando la pata por los peldaños.

—Cierro la trampilla para que no entren moscas.

La mirada de Benito languidecía y la faria le colgaba de los labios a punto de desprenderse.

—Como no descabece un sueño —dijo.

—¿Aquí?

—Hasta casa no llego. Me arrimo ese cojín y me tiro en el escaño.

—Yo me voy a La Nava. Nos vemos luego en el periódico.

—Si puedo me paso después por el depósito.

Del Curuqueño al Isma había como un desierto sin palmeras. La Rúa triturada por el ardor inclemente, la Plaza de San Marcelo convertida en una sartén con el pavimento refrito y las palomas escondidas en los nichos de la torre, los veladores del Nacional solitarios bajo el toldo remendado.

El cielo se iba encapotando con una canícula rara, sobre el sol enfermo y desesperado que contagiaba a la ciudad la fiebre de su locura.

Al entrar al Isma Venceslao el cerillas me dio una palmada y amagó un golpe con el muñón.

—Así capo yo los conejos —dijo.

—¿Está por ahí Chumilla? —le pregunté.

—En la rana.

Las partidas del Isma estaban mudas entre el humo, sin envites ni arrastres, las peñas desintegradas y los escasos jugadores aturdidos por el calor. Celedonio se dormía en la barra y José Luis el camarero se enchufaba a la boca un sifón.

Crucé el local y salí al patio interior, donde se amontonaban los cascotes, las cajas y las latas, bajo la uralita desportillada y la enredadera.

Chumilla jugaba a la rana con el brigada Glicerio. Nada más verme me guiñó el ojo. El brigada, tras el parapeto de las cajas, lanzaba las chapas adelantando el cuerpo

lo más posible, buscando el mejor equilibrio para su puntería. De las seis chapas hizo dos molinillos y una rana.

—La estamos echando a duro —me dijo Chumilla.

—Y no tengo yo hoy la tarde —aseguró el brigada.

Chumilla se puso a lanzar sin quitarse la faria de la boca. Yo me senté en una cuba.

—Usted lo hará mejor en el campo de tiro —le dije al brigada.

—Hombre, qué duda —sonrió—, con el máuser es otra cosa.

Cinco de las seis chapas de Chumilla se colaron por la boca de la rana.

—Con éstas son diez duros, mi brigada. Si quiere lo dejamos.

—No, hombre —contestó satisfecho—. Todavía voy a jugarme la masita. Pero espera que quiero hacer aguas.

Se fue al retrete. Chumilla recogió las chapas y me alargó la jarra de gaseosa y cerveza que tenían metida en la pila de la bomba de agua.

—Echa un trago.

—Lo estás desplumando.

Volvió a guiñarme el ojo.

—Si me aguanta media hora más. Este en vez de rana necesitaba un caimán.

—¿Vas a usar la guzzi esta tarde?

—No, llévala si quieres.

—Es para dar una vuelta.

—Está ahí fuera. Me la dejas luego en el periódico.

El brigada Glicerio volvía abotonándose la bragueta.

—Tengo yo un machaca que es mundial en esto de la rana. Lo mismo que arma y desarma la ametralladora con los ojos vendados te cuele las chapas tirándolas de espaldas. ¿Usted no se anima a echar una?

—Tengo prisa —le dije.

—Entre los dos a lo mejor le chafábamos la potra aquí al amigo.

—Usted aguante que no hay suerte que dure un año.

—Si lo sabré yo que llevo casado treinta y siete.

Aventurarse hasta La Nava era como meterse por la embocadura de un horno en el pelado panorama donde apenas se destacaban cuatro chopos.

La guzzi de Chumilla jadeaba como una cabra entre los riscos, chirriando los muelles del sillín y trepidando los desajustados guardabarros, la compulsión del motor a punto de enmudecer en la cima de las medianas cuestas, los insalvables baches tendiendo su trampa por el asfalto descarnado.

Eran nueve kilómetros por el tórrido yermo, entre los suaves desmontes agostados en su declive hacia el cauce seco del río, las sebes arruinadas, los cardos en solitarios enjambres por las cunetas.

En el kilómetro seis la Venta de Amada se alzaba como un viejo oasis de arrieros, un edificio de dos plantas y tejado de losa, arrebatado por el abandono, con una decrepita cantina y el enorme corral.

Los chavales de la Venta sentados en los poyos de la fachada, bajo el tilo, me vieron pasar y azuzaron a un faldero que dormitaba junto a ellos. El perro corrió excitado por el ruido de la moto y me siguió durante unos metros.

Al mirar hacia atrás me empecé en un bache, di un viraje demasiado violento y fui serpeando hasta salirme de la carretera y caer lentamente en la cuneta. Un siete en el pantalón, a la altura de la rodilla, y un rasguño en el codo. Los chavales se habían escondido en la Venta y al faldero, que todavía me ladraba, le tiré una piedra con mejor puntería que el brigada Glicerio.

Para entrar al poblado de La Nava, un caserío derruido y abandonado que algunas familias de gitanos tomaban intermitentemente de cuartel, hay que derivar por un camino de tierra que baja por un lento desmonte.

El poblado, de adobes y cañizas, se extiende irregular en un amasijo de grumos pardos, que el polvo salpicaba como en un cuadro de burdos brochazos rescatado del desván.

La tierra desvalida hacía nacer de su propia enfermedad aquellos raros promontorios de ruina, que en la memoria de la ciudad pertenecían a uno de los frentes más castigados durante el asedio del comienzo de la guerra. En La Nava las trincheras se asentaron en las cocinas y en los corrales y muchos paisanos murieron disparando desde la propia cama.

Una gitana centenaria, la abuela de Bedoya, estaba sentada al pie de la primera casa del poblado, cubierta la cabeza por una pañoleta y desgranando guisantes en una tartera.

Aparqué la guzzi en una barda. Me limpié el polvo de los pantalones. La gitana, que tenía una colilla apagada en los labios, me miró con el extraño brillo de sus ojos acuosos remarcados de legañas.

—A quién se le ocurre andar con esos estaribeles —dijo.

—¿Dónde puedo encontrar a su nieto?

Hizo un gesto brusco con la cabeza, como para espantar una mosca.

—De doce hijos me quedan tres. El Cagancho, la Dolores y la Quica. Los nietos no los tengo contados.

—Es a Bedoya a quien quiero ver.

—Me casé a los dieciséis y a los veintiocho ya no tenía hombre en casa. Una lo ha hecho sola todo en la vida.

Las vainas se abrían entre sus dedos con rapidez. Volvió a mirarme.

—¿Lo buscas para llevarlo?

—Quiero hablar con él.

—¿Tú sabes por dónde puede andar el mi Casiano?

—No señora.

—Pues yo tampoco te lo voy a decir.

—Soy amigo de Bedoya.

—Mira en el corralín. Y quítame de ahí ese estaribel.

Cogí la guzzi y la arrastré hasta otra barda, lejos de su mirada.

—Oye, galán —me llamó.

—¿Qué quiere?

—Dile a Bedoya que si tantos payos le van al rabo se le pueden espantar los jumentos.

—¿Vienen muchos a verle?

La gitana hizo otro gesto brusco con la cabeza.

—Un día llueve y se atormenta el arroyo y otro día pica que amuela la solana, pero la vida, galán, es siempre la misma.

La vieja se quedó mirando un puñado de guisantes en la mano izquierda y luego los fue dejando caer uno a uno en la tartera como si los estuviese contando.

Caminé por el callejón hacia el centro del poblado.

Por el ribazo las casillas y corrales formaban, entre paredes rotas y techos hundidos, un lienzo de arrugas abarquillado, que la neblina caliginosa moteaba del color de la harina sin cerner.

Me dio la impresión de que la vieja gitana se había quedado sola en La Nava hasta que vi un burro quieto bajo el arco de un portalón. El burro me miró sin moverse y abanicó el rabo cuando entré en el corral.

Un olor agrio de excrementos secos y pajuelas podridas me llenó la nariz. Crucé el corral hasta una cancilla de cañas que daba acceso al soportal de la cuadra y vi al gitano Bedoya y a su hijo Fernandito.

Fernandito sujetaba por el cabezal a una burra temblorosa y Bedoya ayudaba, esgrimiendo toda su pericia de mamporrero, a montarle un hermoso pollino, cuya verga negra y morada como un tubo de goma intentaba sin suerte la precisión del apareamiento.

Fernandito fue el primero en verme y no pudo disimular un leve sobresalto que luego se le contagió al padre. La misma sorpresa culpable de los amantes descubiertos en el lecho del pecado, o de los chavales haciendo cochinas cuando su tía alza las faldas de la mesa camilla.

—Os pillo con las manos en la masa.

—Este moreno es más torpe que un novicio —me contestó Bedoya sudando como un condenado—. Y a esta paya es la cuarta vez que la cubren y aún no sabe estarse quieta. Agárrala bien tú, que no se te vaya.

Los entrecortados rebuznos demostraron al cabo de un cuarto de hora el éxito de la operación. El pollino se revolcó después por el suelo medio desmayado y a la burra le fallaron las patas y caminó a trompicones hacia el corral meneando el rabo.

—Una cosa tan fácil y de tanto gusto y ya ves el mal rato que pasan estos pobrecillos.

Bedoya se limpiaba las manos en un trapo.

—¿Desde cuando te dedicas a la recría?

—A la burra que pica el celo sólo el burro la quita el velo, dice el refrán. Yo vivo de ellos y no puedo verlos sufrir. Cuando les viene de la naturaleza esa querencia hay que ayudarles, que ya ves lo torpes que son. Y, además, la burra preñada vale más cuartos.

Salimos al corral y les ofrecí un cigarrillo.

—Pocas cabezas tienes.

—Aquel garañón ya está vendido. Y esas tres me las voy a llevar al San Roque de Los Vados.

Bedoya se sentó en la barda. Se quedó silencioso y luego me preguntó:

—¿Qué te trae por aquí?

—Quería bañarme en La Charca, pero está medio seca. Se me ocurrió entrar a saludaros.

—Pues nos ves de milagro. Cuando oscurezca cogemos carretera y manta.

—¿Vais para la feria tan pronto?

—Aquí a padre —dijo Fernandito— le entran esas prisas.

Bedoya miró a su hijo con mala cara.

—He dicho que se sale a la fresca y se sale. Luego andas a la retestera y a los jumentos les pica la mosca.

—¿Vas a comprar?

—Si hay buen trato a lo mejor. Pero estamos sin un real.

—¿No va bien el negocio?

Bedoya suspiró echando una tromba de humo y moviendo la cabeza.

—El negocio, Parra, va como el tiempo. Unas veces te cueces y otras te mojas.

—Si todos los clientes fueran de ley —dijo Fernandito— y pagaran a su hora.

—Este habla de ley porque ha viajado mucho entre tricornios —apostilló Bedoya molesto.

—Si usted entra en un colmao lo primero que ve es el cartel que dice hoy no se fía y mañana tampoco —contestó Fernandito.

—Los hijos me salieron demasiado listos, Parra. Saben del negocio más que uno. Vienen cuando quieren, se van cuando les da la gana, y si te descuidas te llevan hasta la albarda.

Fernandito le tiró una piedra al garañón que pretendía salir del corral.

—Usted se ha vuelto muy flojo, y hay clientes que se pasan de listos.

—Esa es la última novedad. Llevo veinte años de tratante y ahora resulta que no me sé el oficio.

—Yo no le digo que no lo sepa. Le digo que le pierde tanta confianza en quien no la merece.

Bedoya fumaba con los ojos fijos en el suelo, el rostro embargado en un gesto de melancólica pesadumbre. Fernandito rozaba el polvo con el dedo gordo del pie

derecho que salía de su alpargata rota.

—Entre los hijos y los jumentos —comenzó a decir el gitano— bien sé yo con quién me quedaría.

Fernandito le tiró otra piedra al garañón y se fue hacia la cuadra.

—Tuve una vez un tordillo —la voz de Bedoya me llegaba confidencial y ensimismada— noble y templado como cualquier caballería superior. Un día se hirió con un alambre de espino y la matadura lo dejó cojo. Yo le tenía una querencia como mayormente no le he tenido a ningún jumento. Pues ése y su hermano Carmelo me lo vendieron por cuatro perras para correrse una farra. Lo llevó un paisano de Rioseco. Me dieron el disgusto de mi vida. Un año después estuve en casa del paisano para un trato. Tenía el tordillo en la noria, tan enfermo y acabado que ya no servía ni para cebar a las fieras. Le acaricié las orejas y el lomo y me conoció con más pena y alegría que un chico perdido al que encuentra su padre. Volví a comprárselo al paisano. Le dije que me lo guardara para recogerlo al cabo de unos días después de hacer otros avíos. Cuando volví por él se había muerto. Era un tordillo rizado, manso, un animal de la mejor naturaleza. Si ésos estuviesen hechos de igual pasta.

Bedoya escupió la colilla, se quedó quieto con las manos metidas en la faja.

—Hay que ir liando el petate —dijo después.

La mujer de Fernandito entraba en el corral rodeada de chavales.

—Todos son de la misma reata —señaló el gitano—. Murga y bocas las que quieras.

Bedoya se fue hacia la casa y yo entré en la cuadra. Fernandito estaba llenando unos sacos de paja.

—Me marchó —le anuncié.

—¿Has visto la murria que tiene?

—¿Qué le pasa?

Fernandito dejó el saco que estaba llenando, se limpió las manos en la camisa. Pareció dudar antes de hablarme.

—Tú eres un amigo, Parra. Y el día menos pensado vas a tener que echarnos otra mano.

—Todo lo que sea de mi parte.

—Hay negocios que salen torcidos desde el principio. Y padre no se entera. Se deja llevar.

—No os habréis metido con industriales.

Fernandito me miró desamparado y pesaroso.

—Yo toco madera. Ya sabes que todavía estoy con la condicional. Tengo mujer y seis hijos.

—Pues anda con cuidado.

—Si el viejo hubiera cobrado todo lo que nos deben.

—¿Por qué no os vais una temporada?

—No se resigna a perder lo suyo.

—En fin, Fernandito, vosotros sabéis dónde estoy.

—Me iba mejor de cestero.

Me despedí de Fernandito, le dije adiós a Bedoya y salí del corral. Dos gitanas tejían cestas sentadas en el poyo de una casa y un gitano viejo remachaba una perola. Los chavales de Fernandito corrieron descalzos a mi lado hasta que su madre los llamó.

La atmósfera recocida agobiaba a una pareja de verderones cautivos en una jaula de varillas cromadas. La luz de la media tarde iba variando en un resplandor de ceniza y arcilla sobre el paisaje del poblado. Una costra de humo terroso y cano quedaba inmóvil a la altura de las paredes como esperando el aire que la esparciese.

Cogí la guzzi y la llevé por el camino. La abuela de Bedoya estaba dormida con la tartera en el regazo y los guisantes y las vainas derramados por la falda.

Antes de salir a la carretera accioné el pedal y monté en marcha. La cabra dio unos balidos lastimeros como si algo le provocara un agudo dolor de estómago o la bujía fuera a perlar. Sin acelerar demasiado fui badeando los baches y decidí parar a tomar un refresco en la Venta de Amada.

Un balilla negro estaba aparcado cerca del tilo. Dejé la moto apoyada en el tronco del árbol y entré en la cantina. Las persianas bajas mantenían una agradable penumbra. En la tira de papel matamoscas que colgaba del cable de la bombilla las víctimas podían contarse a cientos.

Sobre el mostrador dormitaba Elpidio, el peón caminero, ante una copa de anís. Dorina fregaba unos vasos.

—Dame un orange —le pedí limpiándome la cara con el pañuelo.

—Que sea además una copa —ofreció Elpidio que me palmeaba la espalda saliendo de la modorra—. Invita Obras Públicas.

Sacó un paquete de Finos de Hebra y me ofreció.

—Dorina, ¿cuánto se debe aquí?

La voz de Obdulio el Mechas me hizo girar hacia el rincón de los bocois, donde le vi sentado con otro. Me saludó con la mano. Se levantaban.

—¿Qué diantres te trae por la carretera según pela? —me preguntó Elpidio.

Encendí el cigarrillo y bebí por la botella. Dorina cobraba a Obdulio. Pude darme cuenta de que Obdulio, haciéndose el distraído, esperaba mi respuesta a la pregunta del peón caminero.

—Fui a bañarme a La Charca.

—Pues si el agua te llegaba a las corvas ya tuviste suerte.

Obdulio y su compañero salieron sin decir nada. El motor del balilla arrancó al momento. Me acerqué a la puerta con disimulo. El balilla tomó la carretera hacia La Nava. La cara de Obdulio se asomó un momento por la ventanilla.

—¿Dónde van esos? —le pregunté a Elpidio.

—Es la segunda vez que los veo hoy. A lo mejor también quieren bañarse en La Charca. O pescar ranas.

Dorina, que limpiaba la mesa, regresó al mostrador con la balleta.

—No pasan de la altura de La Nava —dijo—. Al menos allí dejan el coche.

—¿Cómo anda tu padre?

—Baldado. Con la ciática. Si lo quieres ver está arriba en la cama.

—Otro día. Voy con prisa.

Acabé de beber el orange.

—Toma la copa, no me hagas ese feo.

—Tómatala tú por mí que tengo el estómago escocido.

—Parra, no le hagas ese desprecio a un caminero. El anís limpia el organismo y, con perdón, espanta las pulgas.

Me tomé la copa.

—Llevo un día cabal —confesó Elpidio—. Esperando un camión de gravilla desde las seis de la mañana aquí metido.

—¿Van a bachear?

—Doce kilómetros comarcales a ciento veinte baches kilómetro. Echa la cuenta. Para eso hacía falta un destacamento. ¿Por qué no lo pones en los papeles?

—Igual lo pongo y te hacen coger el pico.

—Yo con escardar.

La guzzi no arrancaba y Elpidio tuvo que empujarme.

Fui zozobrando los seis kilómetros temeroso de que la cabra sufriera un colapso.

Desde el alto de Las Eras la mancha urbana parecía un aluvión de cascotes calcinados: las puntas de la catedral sumergidas en la neblina ardiente, las torres de San Marcelo y San Isidoro con las veletas muertas, las choperas de Papalaguinda enrarecidas en la línea del horizonte, entre negros penachos de las chimeneas de la Azucarera. Un cristal opaco se extendía en la superficie de las sucias aguas del Bernesga, casi quietas en el retén del puente de San Marcos, convertidas en dobles y escuálidos regueros bajo el puente de la estación.

Sobre las ocho menos cuarto aparcaba frente al periódico. El benemérito Argüello salía del Astorgano e iba a reintegrarse a su garita. Me saludó alzando la zurda. Nunca he conocido un sordomudo con menos complejo. Al segundo día de estar en el periódico los del Astorgano conocían perfectamente sus señas: un dedo en alto un tinto, dos dedos una cerveza, tres dedos una copa de aguardiente, guiñar el ojo derecho tres veces seguidas sírveme rápido que tengo mucha prisa. El que falle la lengua no quiere decir que el cerebro no funcione.

En la redacción sólo quedaba don Baudilio, que a las nueve tenía vísperas en la catedral. El coro es media vida para un sochantre.

Sentado en su rincón amontonaba calderilla y billetes sobre la mesa, caídas las gafas hasta la punta de la nariz y con el lapicero garabateando en una cuartilla.

—¿Estamos solos?

—Solos y mal avenidos, Parrita.

—¿Qué pasa?

—Afrodisio y Rovira se tiraron los trastos porque Rovira quiere cambiar el permiso.

—Y no le gusta.

—Primero dijo que no, después que a lo mejor y luego que ya vería. Benito te ha llamado dos veces por teléfono.

—¿Dejó algún encargo?

—Que esperes, que volverá a llamar.

Me senté en mi mesa. Encendí un cigarrillo.

—No sé qué pasa —dijo don Baudilio preocupado—. La hucha hoy no me cuadra. Me faltan por lo menos siete pesetas.

Repasaba sus números y volvía a contar la calderilla.

—Corte por lo sano —le animé.

—No sé si no habré mezclado dinero de la hucha con el de los pensionistas. Desde que soy habilitado de pasivos de la benemérita la aritmética se me complica más que la teología en el diocesano. Tendré que mirarlo en casa.

Estuve tomando notas para el reportaje de San Roque en Las Rozas.

—¿Afrodisio preguntó por mí?

—Sólo vino un rato y todo lo echó en la pelotera con Rovira.

Alcancé el «Vespertino», del que había varios ejemplares apilados en una silla.

—Vaya un día —suspiró don Baudilio.

Había guardado el dinero en diversos sobres y lo metía en una diminuta caja de caudales.

—Ya tiene uno ganas de un buen reple que, aunque no lo parezca, va uno para viejo.

—Usted se conserva.

—Desde que murió mi hermana no tanto. Hasta del puchero tengo que encargarme. Y luego la hernia, que cuando se me sale me quedo como paralítico. Menos mal el braguero.

—¿Por qué no la opera?

—Mira, Parrita, un ministro de Dios tiene que aguantar con lo que Dios le manda. La hernia es mi penitencia. Peor son los dolores morales.

—Pero molestan menos.

—Según y cómo. Yo la muerte de mi hermana la llevo como una cruz calamitosa. La casa antes era una patena y ahora hasta ratones. Los garbanzos, un día con otro, o se queman o se quedan crudos.

Sonó el teléfono, aparté el periódico y lo cogí. La voz de Benito me entró como un anzuelo en la oreja.

—Te llamo desde el Palomo. Tienes que venir en seguida.

—¿Por qué no te acercas tú hasta aquí? Acabo de llegar y estoy molido.

—Aquí estamos más tranquilos. Tengo una noticia que va a dejarte seco.

—Espérame.

—No tardes.

Colgué y me quedé pensativo unos segundos. La urgencia de Benito aseguraba algo que él solo no podía aguantar.

—Me marcho —le dije a don Baudilio.

—Hasta mañana, Parrita. Yo le diré a Argüello que cierre.

Un eco de campanas acompañaba el aleteo de la bandada de grajos que vuelan desde las torres de la catedral hacia el río, donde van a refrescarse en el atardecer. Las plumas negras vibraban tras el salto desde los hastiales y las gárgolas, entre roncros graznidos, como si la bandada necesitara orientarse en su afán común con mutuas imprecaciones.

Por Escalerilla y Plegaria llegué a la plaza de las Tiendas. El coro de Educación y Descanso derramaba las polifónicas repeticiones de la Barca de Oro por los balcones abiertos de la Casa de las Carnicerías.

Entré al Palomo sin que Pistolo, el decano de los vendedores del periódico, pudiera verme. Arrumbado en la enorme chaqueta de pana y los desproporcionados pantalones, permanecía sentado en la acera con el manojito de periódicos bajo el brazo fumando un cigarro. Su cantinela desafiaba con éxito los armónicos del coro.

Benito Calamidades bebía una cerveza en la barra. Tenía la sariana al hombro y la camisa remangada. Sus ojos enrojecidos y brillantes denotaban el efecto del alcohol. Cuando me zurró de prisa se me enciende la linterna, acostumbraba a decir. Estaba claro que aquella tarde se había zurrado.

—Vamos a sentarnos ahí atrás —me indicó—. ¿Qué tomas?

—Cerveza.

—Chaval, ponnos dos botellines.

Nos sentamos en una mesa apartada. El Palomo languidecía en la penumbra del atardecer con sus paredes taurinas dominadas por las moscas. Bajo la cornamenta de la cabeza disecada del semental Yerberito pendía el cartelillo con la broma de la casa: quien los haya olvidado puede reclamarlos.

—Te veo con más de una y todavía es temprano —le dije a Benito.

El chaval nos sirvió y regresó al mostrador. Benito encendió un cigarrillo con la mano titubeante.

—Estuve en el depósito. Con Cirilo el forense no había medio de hablar. El inspector Valero me dijo que allí la prensa no pintaba nada, que me fuera. Había dos guardias armados para espantar a cualquier curioso. Pero he tenido suerte, Parra, una condenada suerte que ahora empiezo a pensar que mejor hubiera sido no tenerla.

—Abrevia.

—¿Conoces a Manolín?

—No.

—Es un primo de Venancio, el de los coloniales. Está de mozo en el depósito. Un manta que tuvo meninges. Lo conozco desde que andábamos con el aro por el barrio. Cirilo lo tuvo de ayudante en la autopsia. Le vi con el mandilón antes de que el inspector me diera el corte. Como sé que para por Casa Saturio le eché allí el guante. La broma me ha costado bastante saliva y esta media borrachera que para qué voy a engañarte.

Calamidades bebía la cerveza como si le devorara una sed de siglos.

—Manolín dice que Cirilo y el inspector Valero tuvieron cierta pelotera antes y después de la autopsia. Que si Cirilo se quejaba de que alguien había tocado el cadáver en el tiempo que llevaba en el depósito, que iba a hablar con el juez. El caso es que de alguna manera el inspector achantó a Cirilo y todo lo que hay por el medio se va a quedar en agua de borrajas.

—¿Y qué hay exactamente por el medio?

—Pues posiblemente algo que explica que el Cribas no murió en el incendio. Una herida en la cabeza, que el cadáver tenía cuidadosamente vendada, con un casquete de gasas y esparadrapo que Cirilo ni siquiera levantó mientras hizo la autopsia. Manolín sí la vio. Y una herida así bien puede hacerse con un gancho de matarife o con un cachetero. ¿O no era el caserón un matadero de burros inocentes? El cadáver llegó sin vendas al depósito y Manolín fue de los que ayudó a entrarlo. Todo casa de tal forma que hasta da miedo pensarlo.

Bebí un trago y observé las manos temblorosas de Benito. Cogí un cigarrillo y lo encendí.

—Como si estuviera viendo la escena. Los matarifes están en plena labor —dije pensativo—. El Cribas anda paseando la curda y se mete a dormir en el caserón por alguna gatera de las que sólo él conoce. Les pilla con las manos en la masa. Se ponen nerviosos y le atizan un golpe en la cabeza. Cuando quieren darse cuenta tienen un cadáver entre los burros degollados. ¿Y cuál es el remedio para salir lo más rápidamente del apuro? Prenderle fuego al caserón. La historia es tan burda que puede ser cierta.

—Sobre todo sospechando la catadura de los profesionales —afirmó Benito.

—De tal catadura puedo yo decirte algo.

—¿Qué sacaste en La Nava?

—Bedoya está muy nervioso. Fernandito también. Han hecho buenas ventas pero les deben dinero. Los burros eran suyos, puedo jurarlo.

Benito liquidó la cerveza, dejó el vaso vacío sobre el mármol de la mesa y limpió los labios con la mano.

—Tiras una piedra al agua y a todos los que están a la orilla se les mojan los pantalones. Estas cosas me ponen nervioso.

—Cuando volvía de La Nava me paré en la Venta de Amada. Allí estaba Obdulio el Mechas y otro tipo. Iban hacia La Nava y ya habían merodeado por allí antes,

según me contó Dorina.

Calamidades movió la cabeza preocupado.

—¿Te vieron?

—Qué remedio.

—Esto se nos complica, Parra, nos ha salido demasiado rápido. El inspector Valero me fichó en el depósito y éstos andan avisados. El gitano les confirmaría que husmeabas.

—Bedoya tiene suficiente con sus preocupaciones.

—Pero les habrá confirmado tu visita. Ya saben que intentamos meter el morro. Y eso no me gusta un pelo. ¿Cómo era el que iba con Obdulio?

—Un tipo muy alto con bigotes. Vestía un traje de mahón. Llevaban un balilla.

Benito hizo bailar el vaso vacío sobre el mármol.

—Rosendo Cachafeiro, no me digas más. Para ése no tenemos ni media torta. En el matadero municipal le tienen más miedo que al sacamantecas. Si Obdulio es el ángel de la guarda de don Sebastián Riello, Rosendo es la sombra de Obdulio. Y a éstos no vamos a asustarlos, Parra, tienen cuerda para atar el paquete más peligroso.

—Pero don Sebastián sí puede resentirse.

—Don Sebastián pica muy alto. Tanto que a ti y a mí nos daría vértigo. Verás cómo nos meten mano por fuera parte. A este asunto, Marquines, lo propio era echarle el telón.

Benito llamó al chaval para que nos trajese otras cervezas. De un trago dejó su vaso medio vacío.

—Menuda gente lleva mi carro —dijo después pensativo.

—Estamos metidos en faena, Benito. Aunque abandonemos ellos ya cuentan con nosotros. ¿No sale todo según sospechábamos?

—Sí, pero del dicho al hecho. Lo del Cribas pone las cosas demasiado serias. Parra, te digo que aquí peligra la vida del artista. Una cosa es oler el bacalao y otra ponerse a cortarlo.

—Si no vamos a hacer nada. Nos quedaremos esperando acontecimientos.

—Pero en la primera del patio de butacas.

—¿Y eso qué tiene de malo?

—Que era mucho mejor ver la función desde general. O, si me apuras, ni verla. A mí, digas lo que digas, no me cabe la camisa en el cuerpo.

Bebí un trago. La penumbra del Palomo nos velaba en el rincón. Algunos paisanos se acodaban en el mostrador con las siluetas matizadas en el tenue contraluz.

—¿Tú has oído hablar de Melquíades el Chepa? —me preguntó Benito bajando la voz en un tono de pensativa confidencia—. A lo mejor te acuerdas de chaval de una camioneta de gasógeno que la llamaban la Hilaria. Era suya. Hacía portes. Melquíades la tenía al punto para traer y llevar lo que buenamente cayese. No sé cuántas veces cruzaría el puerto con aquella carrilana. Don Sebastián tenía entonces un almacén de piensos, ahí en el Caño Badillo, y le hizo una contrata a Melquíades

para los portes del salvado. Bajaba a Medina, a Zamora, y cargaba sacos que daba miedo ver a la Hilaria. En los fielatos nunca hubo problemas. Pero un día le echó el alto la pareja cerca de Benavente. Lo llevaron al cuartelillo con la Hilaria, le abren los sacos y descubren un pastel del que Melquiades juraba estar en la inopia. La carga que estaba metiendo era salvado y harina en una mezcla suficiente como para hacer hogazas, o cernerla, y hacer un pan como unas hostias, que don Sebastián surtía a la panificadora de su cuñado Lorente, el de las pastas y bizcochos. Total, que si las guías venían trabucadas, que si no se sabe qué atropos, que si el señor Riello o el Santísimo. A Melquiades le confiscaron la Hilaria y luego el Gobernador de Zamora la donó a Auxilio Social. El pobre desgraciado se tiró tres o cuatro meses en la trena dando más voces que el Bautista. Cuando sale se va directo al almacén de piensos, trinca a don Sebastián por el cuello y le mete la cabeza en una tina. ¿Tú te has fijado que tiene el ojo izquierdo de cristal? Pues el Chepa tuvo la mala suerte de que a la tina le sobrase una punta como un dedo. Y lo dejó tuerto. No sé los años que le salieron, pero a Melquiades aquí nadie lo ha vuelto a ver.

Benito vació su vaso. Me miró guiñando instintivamente el izquierdo, como si un tic se le hubiese apoderado de él.

—Sólo te lo cuento para que sepas con quién nos la jugamos.

—Te veo con muchas ganas de tirar la toalla.

—Hazme caso, Marquines.

—Mañana, cuando se te haya ido el humo de las copas, hablaremos.

—En frío y en caliente voy a pensar lo mismo. Don Sebastián ordena y manda en el matadero municipal. La carne de burro y la de choto van por el mismo embudo, y eso apenas es un cacho del negocio.

—Razón de más.

—Mientras más arriba lleguemos mayor será el batacazo.

A una seña de Benito el chaval regresó con otros botellines.

—¿Piensas seguir dándole?

Un gesto torpe de la mano de Benito estuvo a punto de derramar los vasos.

—Vamos a cenar y luego la corremos. Quiero convencerte. A un soltero como tú y a un viudo como yo ya no pueden dolerles prendas. Me dijeron que en el Tuerto hay una gallega nueva como las perlas. Si nos damos prisa igual la encetamos.

La voz de Calamidades era pastosa, los ojos se le empañaban.

—Tengo una cita.

—Pues llévame contigo. ¿No va a haber un saldo para mí en el teatrillo de Rosita?

—Seguro, pero eso tienes que buscarlo tú.

Llamé al chaval para que nos cobrase.

—Vamos a acabar éstas por lo menos —me pidió reteniéndome con la mano cuando iba a levantarme—. ¿A cuál pescaste del elenco?

—Secreto.

—Mira que siempre te gustaron las artistas.

Manolo Pistolo nos flanqueaba la puerta. Le estaba vendiendo el periódico a un paisano y contaba la vuelta acercando la palma de la mano a los ojos miopes, poniendo la calderilla a medio centímetro de los cristales de las gafas.

—¿Dónde van estos alipendes? —preguntó con su acento socarrón.

—De retirada.

—Antes tendrán que subvencionar una a este mandado.

Puso el fajo de periódicos sobre el mostrador. Benito le dio un tirón de las solapas.

—Te sobra pana o te falta chicha.

—La ropa holgada y la mujer preñada. Si te enseñó los marianos verías felpa para un regimiento. ¿A qué dijisteis que invitabais?

—Danos cerveza, chaval —pidió Benito.

—La mía la cruzas con gaseosa —advirtió Pistolo.

—¿Vendes el papel o andas por ahí embobado con las mozas?

Pistolo había cogido un palillo y se hurgaba los dientes.

—Escucha ésta —dijo escupiendo a un lado—. Una moza entró en el baño, y al desnudarse decía: ni con jabón ni con paño, con tu amor me lavaría. Y el mozo que la miraba, atento en la cerradura: por lavar yo te lavaba, con mi propia escorredura. ¿Qué?

—Se ve que te pican las ganas.

Benito volvió a tirarle, riendo, de las solapas.

—Voy a deciros la del Ghandi.

Un paisano que estaba a nuestro lado comentó con sorna:

—Esa está más vista que el tebeo, Pistolo, hay que ampliar el repertorio.

Pistolo no se inmutó.

—Dicen de Ghandi, y no es bulo, que ayunaba en su aposento, y que se limpiaba el culo, con las del racionamiento.

Tomó al vaso y bebió un trago. Las gafas de pasta amarilla sujetas por las patillas a la nuca con un hilo de tanza se le iban nariz abajo. Los ojos de Pistolo surgían como dos faros apagados entre la niebla de las legañas.

—Esta es solo para los amigos, nos confió bajando la voz. Tras la Gilda andan corridos, con escándalo y furor, y la persiguen salidos, el obispo, las obispas y el señor gobernador.

—Esa sí me gustó —le animó Benito.

—Si las sotanas fueran de bronce buenas campanadas sonarían. No hay mayor badajo que el de los tonsurados. ¿Ya sabéis lo que le pasó al vicario de Cedinos?

—¿Qué le pasó?

—Que tenía ladillas y liendres y estaba el pobre hecho unas pascuas con la picazón. Hasta en la misa no podía dejar de rascarse. Entonces dos beatas se le ofrecieron para hacerle una limpieza y él, con vergüenza y lo que se diga, supo

agradecerlo. Allí en la misma sacristía me lo ponen en porreta y se las van matando a la luz de un candil. Pero fijaros cómo estaría el pobre vicario que del cipotazo apagó la llama y dicen que les decía a las beatas: la vela, la vela, no me la suelten que con la mecha yo mismo las anego. Para este caso se me ocurrió la siguiente: Al vicario de Cedinos, le picaban las ladillas, y dos beatas pardillas, cazaban sus gamusinos. Y hay que ver, señor vicario, qué gusto da tal calvario.

—Este Pistolo es mundial —dijo un paisano.

—A mí lo que menos me gusta en la vida —confesó Pistolo— es tener que madrugar para ir al rosario de la aurora. Siempre le digo a la mi Julia que nació pagano. Pero al Paquito como lo tenemos con el parálisis, pues, como ella dice, hay que interceder o impetrar, que debe ser lo mismo. Por lo sagrado igual sacamos al crío.

Anuncié mi retirada. Benito pagó y se echó la sariana al hombro.

—Vende el papel, que de eso comemos.

—Todos estos señores van a llevar hoy el «Vespertino». Al que le cuadre lo lee y al que no para envolver el bocadillo.

Las voces del coro seguían rizando sin desmayo la Barca de Oro. Benito quedó atrapado por dos amigos que salían de La Gitana y le propusieron tomar unas copas y echar una partida en los billares del Industrial.

—Si caes por el Yucatán te veo luego —me dijo a modo de despedida.

3

Había un clamor de anochecer por Zapaterías y Don Gutierre, el mismo olor de frituras en toda la demarcación del Barrio Húmedo, un triste maullar de gatos bajo el corredor de la Concepción y tres camiones aparcados al final de San Francisco, en la gasolinera.

A la vuelta del quiosco Carreño el ciego Molina aguardaba nervioso a que su hija le recogiera, dando golpes con el bastón en el bordillo. No sé si los ciegos encuentran algún consuelo cuando el oscurecer se reparte para todos.

Saludé a Molina, que tenía encasquetada la boina hasta las cejas y la última tira de iguales prendida con el alfiler a la solapa de la chaqueta.

—Si vienes donde yo voy, te llevo.

—Contigo ni a apañar duros, Marquines. Pero ya que te veo tan dispuesto dame un cigarro.

Le di un cigarro y se lo encendí.

—¿Por tan mala compañía me tienes?

—Por mala es poco. ¿A ésa no se la ve venir? Un día con otro igual que la tarasca en las fiestas.

—¿Tanta prisa tienes?

—Si cuentas las horas que estoy aquí.

—Si la encuentro te la mando.

—Esa Maruja es que se emboba —se quejó Molina—. Todo su afán es embobarse, como el que anda perdido y le saca gusto al andar así.

De la iglesia de los capuchinos salían las terciarias y en la arboleda de San Francisco revoloteaban los pardales que se cobijan en las ramas para pasar la noche. Alrededor de la fuente, seca y abandonada, la chavalería jugaba al marro disimulando en las carreras las colillas, unas pavas rechupadas que iban de boca en boca con el humo dulzón del Jirafa y el Buby.

Subí a casa para cambiarme de pantalones. El siete producido en mi caída de la guzzi me ventilaba la rodilla y el mil rayas necesitaría de los buenos oficios de doña Chelo para quedar zurcido.

La atmósfera del piso enclaustrado parecía destilar un aroma de ceras y balletas que el calor derretía bajo el polvo nevado de las consolas y de los búcaros atestados de flores artificiales.

Recordé las instrucciones de doña Chelo y cerré los grifos gimoteantes y le cambié el agua al hongo. Uno duda de los efectos curativos de ese caldo amarillento que la buena señora tomaba en ayunas. Al transportar el tarro de cristal hasta la pila de la cocina tuve la ominosa impresión de que el hongo había crecido con una carnosidad sucia y adiposa, que en cualquier momento saldría del tarro dispuesto a

reptar por los pasillos. Lo volví a meter en el armario de la habitación de doña Chelo y cerré con llave.

En el cuarto de la costura la palomita languidecía en el vaso ante la hornacina de Santa Nonia. Vertí un poco de aceite, puse una nueva y la encendí. Los milagros de esta santa, madre de tantos hijos, debieron consistir fundamentalmente en aguantar a su santo esposo, el ínclito Marcelo, y hacer canonizable a toda la prole, cuando todavía no se habían inventado las ayudas a las familias numerosas.

Después de lavarme, cambiar de pantalones y rematar el aliño con generosas ráfagas de colonia, sentí la complaciente seguridad del ícaro que estrena alas nuevas, ese modesto y elocuente regalo de ver la vida y sus cosas inmediatas desde una altura satisfecha que permite ir a posarse donde a uno le da la gana.

En la barra del Mayoral Eliseo el Suicida me ofreció una tortilla paisana y una ración de champi.

—La ensaladilla no te la recomiendo porque a Patro se le cortó la mayonesa.

El brazo en cabestrillo y el moratón en la frente pregonaban la última intentona de Eliseo, tercera y también baldía según sus impetuosas confianzas: unos prontos que me nieblan la cabeza, la mala idea de tirarme solo para ver cómo demonios puedo reventar, y el médico que se cierra en banda diciendo que son figuraciones.

En el champi se le fue el ajillo y la paisana estaba más seca que el esparto.

—¿Vas al corro de Boñar? —me preguntó interesado.

—Sólo me gustan los bolos.

—¿A quién destaca el periódico?

—Supongo que de ir alguien, irá Chumilla, no lo sé.

—Valeriano por la montaña y Fulgencio por la ribera. Desde que se retiró Laurentino no los hay mejores. Para apostar hay que pensarlo. Mi sobrino Celenquín sale con los medios. Si ese chaval de Lillo se mancó en la mina, como dicen, y anda bajo de forma, los medios van reñidos. Tres corros que lleva ganados el chaval en lo que va de verano. Yo no quiero perderlo.

—De aluches entiendo menos que tú de hacer tortillas paisanas.

—Date cuenta de que trabajo solo con la choba —se justificó—. ¿Te hago un bocadillo de anchoas? Hay una lata recién abierta.

—No, dame otro tinto.

Me acercó la frasca para que me sirviese.

—Ya viste lo del pobre Cribas, ¿eh? —comentó lacónico—. Unos la buscamos y otros la encuentran sin quererla. Y luego dicen que la vida no es un castigo.

—Tú hazle caso al médico y procura quitarte las figuraciones de la cabeza.

—Qué más quisiera. ¿No voy a saber yo que es dañino? Pero hay cosas que se heredan. Mi abuelo Justino se comió medio kilo de clavos; mi padre, ya tú sabes, descerrajó la chola con un cartucho de posta, y mi tío Antonio se colgó en el desván

con el cinto. Cuando me dan esos prontos te juro que es como si los oyera llamarme a voces.

La función de noche en el teatrillo de Rosita Yen comenzaba a las diez y media. Con Claudia estaba citado a la una en el Minero. Había pensado pasar por el teatrillo, ver algo de la función para hacer más corto el tiempo y aguardar luego en el Minero tomando una copa.

Salí del Mayoral y me cogieron por banda Gamallo y Juanín que iban a la Casa de Asturias a beber sidra.

—¿Desde cuándo tienes tú obligaciones mayores? —me replicó Gamallo al intentar zafarme.

—Tres botellas, a una por barba, y te vas con la condicional —dijo Juanín cogiéndome del brazo.

Enfilamos Gil y Carrasco y Ordoño. La noche arrancaba entre el contagio de los luminosos como una siembra de polvo oscuro, desprendido del firmamento como de un techo cuarteado por el calor.

La línea de arboles en el lejano horizonte del Camino se difuminaba hasta convertirse en un delgado trazo de fuego naranja, igual que una extraña hoguera aplastada.

Sorteamos por las aceras algunas terrazas, cruzamos Santo Domingo y subimos por Ramón y Cajal. En las carteleras del Alfageme nos detuvimos un momento. El vaho del local manaba por las puertas abiertas mezclada la sobaquina con el ozonopino y Facundo el acomodador, sentado a la entrada de general, nos saludó con la linterna en la mano.

La Casa de Asturias era un piso destartalado. El abrazo mortal de Favila y el oso se compaginaba por las paredes con fotografías de Pajares, Covadonga y una vista aérea de Oviedo.

Un agrio olor de chigre, serrín y sidra fermentada, llenaba la dependencia del ambigú, donde Elías servía a la clientela calzando siempre las galochas.

Dos paisanos apuraban las pintas en la barra y algunos matrimonios cenaban en el salón cercano.

—Si con la sidra queréis un preñao los tengo superiores —ofreció Elías.

Juanín se encargó de tirar.

—Mejor unos huevos duros —pidió Gamallo.

—Saber tirarla, saber beberla, saber mearla —dijo Juanín ofreciéndome el primer vaso.

—Del puertu para abajo la sidra cuando pasa ya no ye la misma —opinó uno de los paisanos.

—Igual que el vino cuando cruza Pajares para allá —le contestó Juanín—. Se le van los grados.

—Asturias patria querida —dijo el otro paisano que tenía aspecto de andar por lo menos por la décima pinta—. Esa canción había que hacerla el himno nacional.

Elías les llenaba los vasos.

—¿Por qué no vienes al Paraíso? —me animó Gamallo.

—Ya os dije que tengo un lío.

—El domingo apalabramos a dos chorbas de las que tragan. Que te diga Juanín. Y nunca falta una amiga suelta.

—Me chivaré a las Hijas de María.

—Oye, que a Concha y a Cari ya las llevamos al cine y les dimos el paseo. Ahora toca desbravar.

—Una pera cada quince días, Marquines. Eso es lo menos que se le puede pedir a la vida —afirmó Juanín—. El cuerpo lo pide.

—Sin el Principado este país no sería lo que ye, quía —dijo uno de los paisanos.

—A mí para qué queréis convencerme —contestó Elías— si mi madre me posó mismamente en Sama de Langreo.

—Una villa bien guapa.

—La más guapa.

—Después de Infesto.

—Yo, sin faltar, siempre digo que España ye Asturias y lo demás tierra conquistada.

—Somos primos hermanos, paisano —le contestó Juanín.

—España lo que ye es una, grande y libre, que así lo dice el parte —aclaró Elías.

—Echamos unas piezas —siguió Juanín— y luego nos perdemos por la carretera.

—Si no veis visiones.

—Acompáñanos y lo compruebas, no seas pelfo. Si están con la amiga éste y yo no tenemos manos para todas.

Cogí un huevo duro, le eché pimentón y lo comí antes de seguir bebiendo.

—¿Cómo ye aquella que diz: al pasar por el Puertu, Puertu Payares, la que canta el Presi?

Elías entonó con desgana:

—Me alcontré con un vieyu, llindando vaques.

—Uno ya no está para peras —les confesé—. Yo o mojo o la envaino.

—Anda Marquines, no te tires el farol. ¿A quién magreabas en el Avenida?

—Hará siglos.

—Ni un mes.

—Está científicamente comprobado —aseguró Gamallo— que una buena pera equivale a un palo mediano.

El improvisado coro comenzó a desvariar cuando liquidábamos la tercera botella.

—Tomar otra a cuenta de la casa —ofreció Elías.

—Mañana —dijo Juanín.

Les acompañé hasta la parada de Ramón y Cajal y entraron en el café a buscar a

Eloy, el del punto, para que les llevase en el coche al Paraíso.

En Santo Domingo el urbano encendía un cigarro, apoyado en el Reloj, que marcaba las once menos diez. Fui por Ordoño parándome en las carteleras del Azul y del Mari. «Yolanda, la hija del corsario negro» y «Los hijos de nadie» se anunciaban como reestrenos preferentes.

De los futbolines del Chato bajaba Pipe Bolas con el jersey atado a la cintura y la boquilla de carey en los labios. Un exceso de brillantina apelmazaba su cabello cuidadosamente peinado con una raya perfecta. Doblé fuera del callejón del Mari, creyendo que lo esquivaba, y en seguida me alcanzó con un silbido.

—Parra, préstame dos duros que perdí la cartera. Mañana te los devuelvo.

Le di los dos duros.

—Tengo una timba en el Casino.

—Pues con eso no vas a hacer mucho.

—Con esto —dijo abanicando los billetes—, el rey de la mesa —y se los guardó en el bolsillo de la camisa—. Con un cuarto de dólar me metí una vez en el Savarín de Las Vegas y en dos horas había hecho saltar la banca. En Montecarlo, ya va para dos años, reventé la ruleta cinco veces seguidas. Allí me tuvo que venir el gerente a rogarme que no siguiese. Monsieur Pipe —decía el tío— se lo pedimos en nombre del Príncipe. Yo había caído allí con una jicha jamaicana que era un bombón de licor. Me lo tendrá que pedir él en persona —le dije—, porque aquí la señorita partenaire que me acompaña se encaprichó con la ruleta y yo a una dama no le hago un feo. Traen un teléfono de nácar que tenía pintado el emblema y la bandera, me ponen con el Príncipe y no veas tú las elucubraciones y la llorera del tío. Por la mañana desayunamos en el palacio y me regaló unos gemelos de oro.

—Esas cosas pasan por el mundo —le dije resignado—, pero aquí en el Casino.

Pretendí zafarme, pero Pipe siguió a mi vera Ordoño adelante.

—De Montecarlo volamos a Biarritz. La jamaicana tenía una avioneta de su papá. La niña meaba colonia, pero era un encanto. Yo, claro, en regla el permiso de piloto honorario internacional. Ya sabes, desde que evité la catástrofe del aeropuerto de Nueva York. Un DC en el que viajaba con mi madre y se perlaron las bujías según iba a tomar tierra. Con un alfiler de la caja de los hilos de mi madre salí reptando por el ala hasta los motores y como pude limpié las bujías. Al comandante le había dado un vahído y ya tuve que encargarme hasta del aterrizaje, de noche y soplando que ni había visibilidad. Truman me mandó un telegrama. Pero allí en Biarritz fue donde la jamaicana y un menda echamos el cerrojo al Casino. Seis días y seis noches, sin comer ni dormir, y ganamos hasta las acciones. La sociedad se la regalé a la chica. Era un negocio redondo y podía haberme quedado administrando pero, ya sabes, la familia, me necesitan aquí en la tienda. Por eso tengo el nombre en las listas negras del juego internacional.

Con las manos en los bolsillos de los pantalones, la boquilla de carey bailándole en los labios al ritmo de su abusiva locuacidad, dándome golpes con el codo mientras

caminábamos, Pipe Bolas hacía honor al apodo.

La fama de Pipe se remontaba a la precocidad de una ya remota fantasía, en la infancia compartida por los solares de las calles del Carmen y Alcázar de Toledo, cuando cualquier mediana aventura se transformaba para él en un peligroso safari por las selvas africanas: su reinado entre los pigmeos, la caza del elefante blanco, el viaje a las minas del rey Salomón, de donde logró sacar los diamantes en el estómago, tragándolos para recuperarlos después al mover el vientre, o su estancia en Bengala como invitado especial del Duende que Camina.

—Que es lo que digo yo, Parra, que no se puede ser famoso. Quieres ir de incógnito y el personal se te echa encima. Por eso yo comprendo a los artistas de Hollywood. Fernando Lamas me lo decía una vez tomando café en casa de Esther Williams: saco a pasear el perro, tiene un dálmata precioso, y el vecindario aplaudiendo y tirando confetis. El año pasao cuando estuve en Roma, que había ido con mi madre a ganar el jubileo, estábamos en la Plaza de San Pedro al pontifical. Yo con gafas negras y camisola de penitente para disimular. Empieza la procesión y cuando el Papa pasa por delante de nosotros me reconoce, me llama y me hace subir con él a la silla gestatoria. La gente en seguida a gritar mi nombre. Y, claro, el pobre Pacelli, pues un poco molesto en el fondo. Todo el mundo preguntándose: ¿pero quién es ese paisanín de blanco que va con Pipe? Y es que como dice mi amigo Fernando Lamas, que de eso sabe asgalla, la fama es la espina dulce de la corona de la notoriedad. Una frase que me gusta.

Llegábamos a la glorieta de Guzmán el Bueno y Pipe no parecía decidido a tirar la toalla. Dale carrete y verás desfilar al héroe de pacotilla entre las tribus apaches, los sembrados de los cafetales, la lujuriosa manigua, o en un puesto perdido de la legión extranjera en el desierto argelino.

—Si vas a esa timba es mejor que des la vuelta. Yo tengo una cita.

Me detuve hasta hacerle aterrizar desde la espléndida mansión de su amigo Fernando, en Beverly Hills según se tuerce a la derecha, una de color nata montada, pared con pared con la de Esther Williams que, por cierto, se pasó una tarde entera probándose trajes de baño para que le dijéramos con el que estaba más mona, y no veas la clase que tiene Esther y lo que hay que aguantarse para soportar eso así, en vivo, que si no es porque estaba Fernando me la tiro un viaje detrás del biombo, qué delantera, Parra, y qué cachas, del cine a lo vivo, te lo digo yo que lo sé, hay un abismo como el del puente de las Palomas.

Pipe se quedó en la esquina y yo crucé hacia el Paseo.

—Mañana te devuelvo los dos duros y dos pelás de intereses.

A la luz mustia de las farolas del Paseo de Papalaguinda, mezcladas en su línea entre los chopos canadienses, la noche era como el residuo de un eclipse.

Del fondo, del campar que limitaba con la Plaza de Toros, llegaba, cada vez más

fuerte, el sonido de las sirenas de los tiiovivos, la murga de los altavoces de las tómbolas, la matraca de los restalletes y de algún cohete solitario.

El recinto del improvisado ferial, una limitada concentración veraniega, se expandía entre el humo de las frituras con un aroma de aceite y azúcar requemado, los puestos formando un círculo anárquico de tenderetes, tiros al blanco, y alguna cantina sostenida con cuatro postes, una lona y dos tablas de mostrador.

La carpa del teatrillo destacaba cerca de la noria como un fantasma abatido plagado de remiendos. En las pizarras de publicidad habían escrito con tiza: hoy funciones de despedida, actuación extraordinaria del elenco, precios populares.

Me detuve en la tómbola de la rata, donde la gente se apiñaba formando corro. Néstor y Luisa embolsaban la calderilla entonando su cantinela para animar a los jugadores.

—Ya está la rata debajo la lata, el animalito de la suerte. Miren, miren, miren qué poco papel me queda. A elegir el marranito de plástico o la bacinilla de loza.

Un círculo de conejeras numeradas quedaban a la elección del animal, que daría el premio a quien tuviera el número de aquélla en que se introdujese. La lata bajo la que permanecía escondido en el centro se alzaba tirando de una cuerda.

—Una mano inocente que libere al animalito de la suerte.

Néstor me había confesado en una ocasión que las ratas empleadas le acababan por tomar querencia a alguna conejera concreta y tenía que cambiarlas frecuentemente para que el personal no se sintiese engañado. Con una vara de mimbre azuzaba a la rata, la expectación crecía ante sus indecisos movimientos y el cobijo final en la conejera del número premiado era acogido entre aplausos y lamentaciones.

—La tienen amaestrada —decía un jugador despechado.

—Al bicho lo guía el instinto —replicaba Néstor—, y el instinto es ciego como el amor. Este es un juego de azar igualito que el matrimonio, pongo por caso. ¿O a usted su señora se la hicieron de encargo?

En la furgoneta de la taquilla Evaristo el Sietemesino repasaba unos tacos de entradas que iba sellando con un tampón. Del teatrillo llegaba la música de la orquestina amagada por el ruido exterior, una erupción melódica con filigranas de pasodoble en la que la trompeta remataba un solo de esencias taurinas, y el saxofón parecía derretirse acompañando el sentimiento de la tonadillera Manolita de Palma.

—¿Haciendo caja? —le pregunté al Sietemesino mientras le ofrecía un cigarrillo.

—Ya está cuadrada —contestó con un gesto de pertinaz contable.

—¿Va o no va el negocio?

—Menos de lo que debiera. Si todas las plazas fuesen como ésta mejor era disolver la compañía.

—Hacéis poca propaganda.

—La que dejan. Permiso para tres días y prohibida la publicidad en vallas y altavoces. Y encima en la prensa ni mentarnos. Como si no estuviésemos.

—Los del bonete, Evaristo, tenemos las alas cortadas.

—Un reportaje con Rosita ya podías haber hecho.

—Ya le dije a ella que mentarla en el periódico es como mentar al diablo con pololos. Sólo con ver el espectáculo se peca mortalmente.

—Aquí lo que hay es mucho meapilas suelto.

—Dicen que metéis demasiada pierna en el espectáculo. Y aquí la única pierna que se permite es la de cecina.

—Toda la que deja censura. Ninguna chica enseña las bragas más de lo estipulado. Si diéramos aquí la función que ponemos en Larache y Tetuán ya veríais lo que son de veras las variedades internacionales.

—Los moros siguen siendo infieles. Esos sólo pecan si comen tocino.

—Esa suerte tienen.

—¿Cuándo levantáis?

—Nada más acabar la función. De noche se suda menos. Mañana queríamos debutar en Astorga. Lo malo es que tenemos el hispanosuiza con el palier que no sé si estará roto. Aunque si no llega la carpa podemos debutar al aire.

—Voy a meterme un rato. ¿O quieres tomar una cerveza?

—No.

—Entonces te la pierdes.

—Lo agradece el hígado.

Había no más de media entrada y el recalentamiento de la carpa concentraba una atmósfera difícil de respirar. Me senté en una de las últimas filas, cerca de la puerta lateral, buscando el alivio de la corriente.

Los espectadores coreaban la última canción de Manolita de Palma: peineta, mantilla, y una cola arrastrada que, junto con el taconeo, levantaba del escenario el polvo y los plumones, la pelusilla diaria de un vestuario maltratado en el trasiego de los baúles y los percheros.

La orquestina, en el improvisado foso, recibía con resignación esa nube vertida desde el escenario. El disimulado estornudo del trompetista, los pañuelos morados al cuello, un trago a la botella de cerveza siempre a mano, las chaquetas de rojos fulgores ajados, daban la impresión de un conjunto sufrido, sin paliativos, condenado al sudor y al polvo como recargo de su desdicha profesional. Al batería se le iban de vez en cuando los palillos como peces de las manos, y el saxo alzaba al levantarse pegado a la culera del pantalón el diminuto cojín de la silla.

Paquito Morito y Nena Nazario, simpática pareja de contorsionistas humorísticos, fueron anunciados por Jesús Ferias, el presentador, un tipo esquelético cuya voz y ademanes provenían de la vieja escuela del charlatán, edulcorado con cierta labia de café cantante y un innegable ramalazo de vendedor a domicilio.

Paquito y Nena hicieron el número como dos sonámbulos que repiten algunos

movimientos de cuando están despiertos, contaron varios chistes parodiando una conversación telefónica jugando con la doble intención del aparato: ¿de qué color es el suyo?, yo lo tengo blanco, a su edad quién lo dijera, véngase a mi piso si quiere verlo, ¿de veras me lo enseña?, y remataron la actuación cantando una copla ratonera con el estribillo: cuando suena el aparato, cosas de la te-le-fo-ma-nía, yo me pico y me desato, ¿no será una picardía?

Las cortinas se cerraban entre risas y aplausos. Las bombillas de colores, que bordeaban la embocadura del escenario, comenzaron a titilar y la orquestina atacó a todo volumen.

La voz de Jesús Ferias trinó en los altavoces como procedente de un largo embudo, matizada por la presunción del oráculo que se dispone a descubrir su secreto, mientras la orquestina bajó de tono e inició la melodía oriental.

—Señoras, señores, de las kasbas, de los minaretes y las medinas de un país sensual, de las jaimas del desierto y la fragancia de los serrallos, llegan ahora ante ustedes las esculturales odaliscas con su danza tentadora, bajo la celosa mirada del derviche Abdula el Cruel.

Un juego de cortinas de hirientes colores se iban abriendo como arrugados pañuelos que saliesen del sombrero del prestidigitador. El seco estallido de los platillos y un redoble acelerado acompañaba el despliegue.

El conjunto de vicetiples, seis morenas y dos rubias a los extremos, embutidas en un derroche de sedas, los brazos desnudos y el vientre ventilado, atropelló la sibilina danza con pictóricos meneos al grito unánime de: tentación, tentación, mientras el impasible Abdula las contemplaba con los brazos cruzados y un enorme látigo en la mano.

Tras los mostachos y el rostro y el torso embadurnado el tic del ojo izquierdo ponía en evidencia a Virgilio Mantecón, un fichaje que Rosita Yen había hecho en la ciudad para las labores de carga y montaje y que por unos duros suplementarios posaba los músculos en el serrallo. Cuando alguien del público le reconocía Virgilio alzaba el látigo desafiante y su apresurado mutis era el más aplaudido de la función.

Los Hermanos Carlinga, dos gemelos perchistas, y Míster Calvo, un mago malabarista que en vez de palomas y conejos sacaba una gallina y la hipnotizaba, precedían la actuación de Claudia.

Sus dos números en el espectáculo tenían el común denominador de la actuación solitaria: las Noches de París, a un ritmo de baile apache, con chaqué, sombrero de copa y mallas negras; y la Danza de la Serpiente, colmada de lentejuelas, bañada de rimmel fluorescente, unos plateados cascabeles en los tobillos y en las muñecas, evolucionando en un largo fox mientras las luces cenitales variaban sus destellos marinos y rojos hacia un crescendo de violenta extenuación, inmovilizada después en el centro del escenario, el cabello suelto cubriéndole el rostro y los brazos desnudos siguiendo el ritmo, sincopado, de la melodía.

Cuando las cortinas comenzaban a cerrarse los aplausos hacían que Claudia

levantara la mirada y, por unos segundos, sus manos devolvían el vertiginoso sonido de los cascabeles.

La voz de Jesús Ferias celebraba el éxito de la vedette repitiendo el recordatorio de sus escenarios internacionales.

—París, Londres, Berlín, Casablanca, Barcelona, el arte de Claudia Vergel, una artista impar, en el Teatro Chino de Rosita Yen, el foro de las supervariedades.

Toda la mugre del teatrillo quedaba orillada en aquellos espacios de la actuación de Claudia. Una presencia distinta, rodeada de un hálito de vagos y entrañables destellos, a la que uno podía enaltecer como si surgiese, más que de la realidad inmediata, de las tablas de un triste espectáculo de barraca, de un lejano y perenne recuerdo de adolescencia, en funciones y estampas prohibidas que habían llenado de ardores esa primera imaginación que uno estira hasta casi romperla: los solitarios devaneos, las obsesiones alimentadas entre el fervor, la efusión y el pecado.

Claudia tenía en sus números la capacidad de remover esa memoria enterrada que a mí me hacía rememorar rostros y cuerpos soñados en tantas aventuras imposibles. El pasado de aquellas vigiliat secretas me inundaba como una tromba de frustradas devociones amorosas que ahora podía cumplir y paladear con ella, como ese regalo final que de alguna manera colma lo que uno tantas veces quiso y nunca pudo conseguir.

Evaristo el Sietemesino estaba recogiendo los carteles de publicidad y Virgilio Mantecón, tizado el rostro y vestido con un mono lleno de grasa, los arrastraba hasta la furgoneta de la taquilla.

Algunos espectadores merodeaban por el ambigú del teatrillo en el descanso, mientras Jesús Ferias anunciaba la rifa de una colcha de fantasía.

—Vamos a tomar un trago —le propuse a Virgilio.

El tic del ojo izquierdo parecía forzar la inmovilidad del derecho, desmesurado en su órbita como para no contagiarse.

—Don Evaristo me tiene ocupado.

—Me lo llevo —le dije al Sietemesino, que encogió los hombros con cierto fastidio. Virgilio se limpió las manos en el mono y fuimos hacia el ambigú.

—¿Te vas con Rosita?

—El señor Yen me hace un contrato para la temporada. Para lo que hay, esto es un chollo. Ya sabes que me echaron del Matadero.

—No sabía que estabas allí.

—Tuve unas palabras con Rosendo Cachafeiro.

—¿Pero no estabas en Limpiezas?

—En el cantón del Crucero hecho un señor, pero me trasladaron al Matadero para darme horas. Y aquello, Parra, no se aguanta. A ese Rosendo un día le van a meter mano.

Pedimos cerveza. Virgilio me ofreció tabaco.

—Esto del teatro me gusta, ya ves, una cosa en la que nunca había estado. Y salir con el disfraz de moro me presta. El primer día, qué quieres, me dio algo de lacha, pero luego ya no. Si te digo lo que me pasó ayer.

Virgilio bajó la voz, sonrió divertido y echó un trago.

—Ahí con tantas gachises sueltas me puse cachondo, Parra, eso es como en las pelis. Ocho hembras con la barriga al aire que casi te sacuden con las cachas y con el culo. Si se me caen los bombachos no veas el empalme. Estás con ellas, cobras, te dan la comida y quién dice que no acabo tirándome alguna.

—Con suerte.

—O aunque sólo sea para ver mundo, que yo más allá del Manzanal no sé si hay pueblos o ya está el mar.

—¿Y que hacías en el Matadero?

—Lo peor. Lo que se le encaprichaba al cabrito de Rosendo. Y lo que hay que callarse, porque algunas cosas es mejor. Pero las cuarenta se las canté y medio lo tuve cogido por las solapas. Yo siempre fui formal, Parra, a mí no me gustan los enredos, siempre con la cabeza alta.

—Hay negocios raros.

—Y de la peor calaña, pero que me olviden. Prefiero hacer de mustafá que de matarife. Y perdona, que me parece que ya me llama don Evaristo.

Jesús Ferias había adjudicado la colcha de fantasía y el espectáculo se reanudaba con las Hermanas Sinsom, un dúo de canción moderna.

Poco a poco la gente se retiraba del ferial y las sirenas y los altavoces forzaban las últimas llamadas, como en una larga despedida entre el humo y el polvo de la noche.

Del río cercano, casi quieto en los amplios remansos, bajo el muro que recortaba el Paseo a la vera de su orilla, subía el hedor de las aguas, un aroma ácido que parecía predecir su cercana muerte, entre el exceso de los vertederos y la sequía que agotaba su caudal.

Apoyado en la balastrada de cemento me quedé mirando la oscura superficie donde el reflejo de las luces y las farolas punteaba un raro despliegue de brillos misteriosos, como un cristal esmerilado que oculta la suciedad y sobre el que se enciende el cabrilleo de las estrellas.

Volví al Paseo, caminé un rato y me senté en un banco a la luz de una farola a fumar un cigarro.

La imagen persistente de Claudia de nuevo removía en el recuerdo una leve emoción de distancias amorosas que me agradaba contemplar. El rastro de unos sueños que ya es difícil reconstruir, pero de los que quedan pedazos descabalados, grumos sueltos que no se disuelven, esas irredentas figuraciones de una adolescencia atestada de pecados imaginarios que nunca pudieron practicarse como a uno de veras

le hubiese gustado, que sólo se parodian en el solitario arrebató, como momentáneas desesperaciones de tanto amor baldío. Con Claudia yo había logrado, de alguna manera, vengarme de aquel tiempo tristemente vendido a los ensueños.

Era el tercer año que venía con el elenco de Rosita Yen y yo había provocado nuestro encuentro a través de un artículo, especie de vaga declaración cifrada, que Afrodisio no olió, un mensaje con más literatura que periodismo, halagador en sus subterráneas admiraciones, punto de partida de una amistad, rápidamente amorosa, que ella aceptaba con ese natural contento de los viejos amigos que se reconocen, aunque por un instante subsiste la duda de si se conocieron alguna primera vez.

De verano en verano, por tercera vez consecutiva, volvíamos a vernos sin ninguna noticia en el intermedio, como si la casualidad nos deparase el limitado y feliz encuentro y sin que las despedidas vinieran a ensombrecer la casi siempre inminente separación.

El gesto alegre y despreocupado de Claudia evitaba cualquier descenso sentimental, algo a lo que yo también contribuía, paliando cualquier ocasional achaque directamente surgido de esas efusiones adolescentes que Claudia me removía.

Una madura juventud y una vitalidad poco propicia a mirar hacia atrás dotaban a Claudia de ese otro encanto diverso al de la mera fascinación del escenario, y era imposible con ella recordar su pasado, imaginarse los años de toda una ya larga carrera artística, entender su presencia en el miserable teatrillo: el incierto misterio de lo que había sido su vida lo mantenía como enterrado para ella misma, y la única confesión que me había hecho en este sentido era que a lo largo del tiempo había cambiado de nombre artístico varias veces.

En el Bar Minero recalaban los ferroviarios, apostados en la barra con la tartera envuelta en la servilleta anudada y los ojos escocidos por el humo y la carbonilla.

Domingo, el dueño, un minero silicótico y viudo, atendía el negocio sirviendo y bebiendo a partes iguales, moviéndose con la torpeza del sonámbulo alcohólico, señalado el rostro por las cicatrices de sus años de picador.

Me senté cerca de la puerta para divisar el Paseo y ver venir a Claudia. Un periódico yacía sobre el mármol de la mesa arrugado por las huellas de los pocillos que lo habían ocupado a lo largo del día como un mantel. «Afán», nuestra competencia del Movimiento, daba el incendio en una esquina de la primera con la fotografía de un bombero y la manguera enhiesta. Domingo me acercó un orange. El pie de foto estaba cambiado con el de una cercana del Papa recibiendo en audiencia a una peregrinación. Domingo vino a ponerme el vaso en la mesa, se le fue de las manos y se estrelló en el suelo.

—El quinto —dijo sin inmutarse.

—¿Te los regalan en Pallarés? —le preguntó uno de la barra.

—Los compro al por mayor.

—Pues así gustan los clientes —dijo otro.

Domingo barrió los cristales. Me puso otro vaso, se sentó a mi lado, sacó la petaca y el librito y comenzó a liar un cigarro. Con el temblor de los dedos el tabaco se le iba a la deriva.

—Toma uno de éstos —le ofrecí.

—Deja, que ya sale. Donde esté el cuarterón. Es que el calor me derrite las manos.

Los ojos de Domingo destilaban un humor acuoso. El alcohol parecía brotarle de las pupilas.

—¿No cierras unos días?

—Si cierro es para ir al pueblo a ver a mi madre. Y allí sólo hay leche.

—Le das unas vacaciones al hígado.

—El hígado, Parra, necesita su cuartillo cada hora. Para mí el bar es como para el cura la iglesia. El cura, el más cristiano, y yo... Hay que dar ejemplo.

Lío el cigarro de mala manera y le di fuego.

—Un día, si quieres, me sacas en el papel. Echamos cuentas de los vasos que llevo bebidos, medimos el vaso y calculamos metros y kilómetros. Luego la cantidad, por cuartillos y litros. Con una pizarra y un pizarrín lo cuadrábamos sobre la marcha.

—¿Hasta dónde calculas que llegarían?

—Por la carretera en fila india hasta Azadinos ida y vuelta. Esa es la distancia que tengo bebida. Y no cuento las copas. De ésas me retiré cuando vi estallarle en las manos un barreno a mi cuñado.

—¿Y eso?

—Se alimentaba de orujo y ponche. Una mezcla que nubla la vista.

—El vino también la nubla.

—El vino no daña así. Al menos a una naturaleza como la mía. Yo en la mina los accidentes los tuve cuando no había bebido. Otra cosa es la silicosis. Para ésa no se inventó nada. Y es la que me va a matar. A mi padre y a mi hermano Honorio los vi morir de lo mismo, sentados en una silla porque en la cama, tumbado, te falta más el aire. Se quedaron quietos y todavía muertos allí seguían sentados en la cocina.

Los ferroviarios se fueron y Domingo se levantó por el porrón. El orange estaba caliente. El chorro de vino le caía en la boca como un reguero de lluvia del alero al suelo. Después se limpió los labios con la manga de la camisa y desde la puerta miró hacia fuera, al Paseo donde las hojas de los árboles permanecían inmóviles, sin que un aliento de brisa llegase hasta ellas.

—Está la noche calma —dijo—. Anda que el Cribas se pasó de oportuno.

—¿Le veías?

—Un día sí y otro también le llenaba la lata, o le daba unos mendrugos. Era de un pueblo cerca del mío, Serrilla se llama. Y estuvo en el frente con mi padre.

—¿Fue minero?

—Entibador un tiempo que yo sepa y luego trabajó en una serrería. En casa tenían algo de labranza. Cuando la guerra anduvo huido seis u ocho meses. Lo agarraron en el monte, por la Sierra de Sentiles, aunque algunos decían que se había entregado. Estuvo seis años en la cárcel de Burgos.

Domingo volvió a beber y me ofreció el porrón.

—Pobre Cribas —dijo—. Era buen paisano. Le faltaba un riñón y estaba crónico de los bronquios. La guerra y la cárcel. Cuando salió se le había puesto el pelo blanco. Fue de los que las pasó negras. Si se quedó muerto durmiendo, como dicen, y borracho como una cuba, ese fue el mejor sueño.

Atravesando el Paseo la figura de Claudia quedó un momento iluminada cuando Domingo regresaba a la barra dispuesto a fregar los últimos vasos.

—Ahí te dejo lo del orange. Hasta mañana.

—Que descanses.

Las luces del ferial se extinguían y hasta el silencio del Paseo llegaba el pitido de una máquina en la estación.

Claudia venía por la acera, el pelo recogido atrás con una cinta, la blusa y la falda flotando en sus andares decididos. Le salí al encuentro y alzó la mano al verme. Al besarla el aroma de la colonia de hierbas me llenó con el recuerdo de todas las horas que se sucedían a su lado.

—Estuve en tu primer número.

—No te vi.

—¿Cuándo bailas nunca miras?

—Cuando bailo ni miro ni pienso. Me resulta más fácil.

—¿Quieres tomar algo?

—Bebí una cerveza antes de venir. ¿Cómo te lo has pasado?

—Un día negro. Anoche hubo un incendio. Esta mañana me sacaron de la cama. ¿Y tú?

—Durmiendo lo que pude. Esa pensión es como un cuartel. ¿El Ceniciento nos va a dejar la guarida?

—Vamos a verlo. Quedó medio convencido, pero si no quiere te llevo a casa.

—Con las vecinas y tu doña Chelo prefiero un prado. Si nos ven y se lo dicen te pone en la calle y, además, le da un ataque.

Bajamos por el Paseo hasta la Plaza de Toros para seguir después la carretera a las obras del estadio.

—¿A qué hora salís?

—A media mañana. Debutamos en Astorga por la noche. Un camión está roto y habrá que hacerlo sin carpa. A Rosita casi le daba lo mismo perder el día, pero el señor Yen y el Sietemesino no quieren. Aquí no hubo mucha suerte.

—¿Vas a seguir con ellos la próxima temporada?

Claudia me cogió del brazo.

—No hay muchas oportunidades para dejar lo que se tiene. Si sale algo mejor. Con Rosita me llevo bien. Ya son tres años y no me puedo quejar. Lo que sí pienso es ir parte del invierno a Barcelona.

Más allá de la Plaza de Toros, donde moría el Paseo, la oscuridad se abatía sobre los caserones abandonados de algunos viejos cuarteles, y el río cercano se ensanchaba en otro largo remanso que los vertederos se iban apropiando lentamente. Prados, choperas, cercas y mimbrerales se extendían tras los últimos espacios habitados y la carretera de gravilla sustituía al viejo camino.

La improvisada caseta de Belisario, el guarda de las obras, enseñaba su techo de uralita, las paredes de ladrillos sin revocar, al lado del almacén de herramientas y materiales, junto a las hormigoneras, los montones de arena y los sacos de cemento, apilados en la explanada donde descargaban los camiones.

—Voy a hablar con él.

Claudia me había tomado de la mano, saltamos un reguero seco y caminamos un momento por la pradera agostada que limitaba la carretera. Seis o siete chopos agrupados derramaban las hojas en la tibia claridad de la luna. La oscuridad quedaba templada en el espacio abierto de los campares.

—¿Por qué no nos quedamos aquí? Entre los árboles nadie va a vernos.

Claudia se sentó a la vera de un chopo.

—Enciéndeme un pitillo.

Lo hice y se lo di. El rumor de los grillos se ampliaba en el silencio y en la quietud de la noche, apenas roto por el eco de los ladridos de algún perro lejano.

—Espérame, que vuelvo en seguida.

—Siéntate un rato.

Me senté a su lado. Claudia se tendió fumando con deleite, cerrando y abriendo los ojos.

—En la caseta estaremos más cómodos.

—Luego vamos.

—El Ceniciento se conforma si le doy diez duros más. Sólo busca eso.

—Házme algo aquí. Me apetece.

Había abierto los brazos y con los ojos semicerrados sonreía expulsando el humo.

—¿Quieres que compitan conmigo las hormigas?

—Quiero que te calles la boca y comiences un trabajo lo más fino posible.

—Del amor campestre opino lo mismo que de las comidas campestres. Donde esté una mesa con mantel y una cama con colchón.

—La que nos deja ese cojo no tiene precisamente sábanas de Holanda.

Claudia se desabotonó la blusa y se ladeó para que la ayudara a desengarzar el sostén. Sus pechos quedaron libres para un largo beso sucesivo. Sus labios comenzaron a urgir algo más que vanas palabras. La murga de los grillos animaba los incipientes rumores de relajado placer, como si los élitros aletearan una música

precisa para el favor de las caricias.

—¿Te gusta así?

—¿Vas a callarte la boca?

—Me parece que a lo que voy es a quitarme los pantalones.

Me incorporé para quitármelos. Claudia le dio una última calada al cigarro y lo apagó. Con un leve movimiento se había subido las faldas y se libraba de las bragas y de los zapatos.

—¿Usas camiseta todo el verano?

—Tengo la barriga muy delicada.

El dichoso pantalón se me enredó en los zapatos y Claudia, apoyadas las manos en la nuca, se rio hasta sentir mis labios.

—Ahora no me pidas que apague la luz.

El amor con Claudia Vergel era una lucha silenciosa y larga que alcanzaba sus más felices momentos como emulando aquellos ritmos sincopados de su Danza de la Serpiente.

Mis favores se urdían con la improvisada inspiración de ese adolescente resabiado en que uno termina irremisiblemente convertido después de tan contadas oportunidades y tan infinitas imaginaciones.

Una incierta sensación de escenario o tribuna para el lecho del amor que el respetable tendría que envidiarme.

Por las dulces tormentas del cuerpo de Claudia Vergel zozobra hasta su emocionante naufragio un navío que acaba olvidando su enseña y pabellón: el único que tuvo la suerte de perderse en alta mar jugando al escondite.

—Marcos, hay una piedra —me avisó Claudia queriendo liberar mi peso e intentando paliar el dolor de su espalda.

Dos briznas de hierba y un poco de tierra se pegaban a mis labios.

—Perdona, pero me estaba matando viva. Vamos a cambiar para allí.

Se ajustó el lazo en su pelo revuelto y me miró con una sonrisa de misericordia.

—Vístete, que voy a hablar con el Ceniciento.

—Me gustaría hacerlo aquí. Dame un beso.

Sus labios me devolvieron la suavidad y una oportuna caricia logró rebajar la tensión de aquellas olas interrumpidas.

Belisario dormitaba a la puerta de la caseta sentado en unos sacos de cemento y con las muletas tendidas a ambos lados. Le llamé a cierta distancia y la perra salió de sus piernas con un ladrido de temeroso desafío.

—Cuqui, bonita.

Belisario rezongó al verme izándose en las muletas.

—Te dije que no podía ser, Marcos, me comprometo con estos líos.

—Un favor de amigo, Beli, y no te lo vuelvo a pedir. Te subo la cuota diez duros.

Le metí el dinero en el bolsillo de la chaqueta.

—Si no es la pasta. Es que me juego el puesto.

—Anda, no exageres. Aquí de noche eres el amo.

—Os cuento una hora y os echo. Ven aquí, Cuqui, estáte quieta.

—Dos.

—De mozo con cinco minutos me sobraban tres.

—Por eso te llamaban el rápido de Palanquinos.

—Una y media y a correr. Y tenme cuidado con la manta, que luego la parienta se recela. Vamos, Cuqui.

Belisario cogió el candil de carburo y se fue cruzando la explanada.

La puerta de la caseta, dos tablas y dos listones cosidos con puntas y un endeble pasador para cerrar por dentro, encajaba con holgura dejando amplias rendijas. En el interior, sobre el piso de tierra, se armaba el catre mullido con un colchón de borra. El ventanuco del fondo metía, entre las sombras húmedas de la argamasa y los ladrillos, la claridad lunar.

—¿No quería? —preguntó Claudia cuando cerré la puerta arrimando una piedra para dejarla más segura.

—Le gusta hacerse de rogar.

—Esto huele a perro.

—Teníamos que haber ido a casa.

—Anda, anda, olvídalo. ¿Me desnudo o te vas a quedar ahí pasmado?

Claudia se sentó en el catre y comenzó a quitarse la ropa.

—Toma, ponla en ese taburete.

—Es verdad que huele. A la Cuqui ya podía darle un baño.

—A ese Belisario, ¿le cortaron la pierna o la perdió en accidente?

—Es caballero mutilado. En el frente salió una vez de la trinchera por un cubo de agua. El obús le llevó la pierna y el cubo. Se quedó con el asa en la mano.

—¿Y por qué no la pone artificial?

—Será que no quiere correr.

—¿Vienes o no vienes?

La desnudez de Claudia encendía un brillo de piel blanca sobre el colchón, sinuosos y cálidos volúmenes que me gustaba recorrer con la curiosidad de quien descubre esos cuadros secretos que ocultan en los museos.

Ella cerraba los ojos ampliando una sonrisa agradecida, mientras yo me sentaba a sus pies y empezaba a acariciarla hasta que sus manos tomaban las mías para atraerme sobre su cuerpo.

—Ya es desgracia que tengas que irte mañana.

El amor se hacía duradero aprovechando el reducido espacio del catre, con

premeditados equilibrios al principio, peligrosos en las postreras evoluciones: el abrazo ceñido como de náufragos que las olas bambolean, sofocados hasta la ardiente ternura final.

El colchón de borra se deslizaba para llevarnos al suelo donde Claudia se debatía entre el entusiasmo continuado del largo amor que yo intentaba colmar, repitiendo mi nombre como una llamada rebotante de apasionadas urgencias.

Un ruido me hizo incorporarme cuando nuestros cuerpos se apaciguaban en el remanso de ese sopor que relaja la tensión amorosa hacia el sueño.

—¿Qué pasa?

—He oído algo.

—Será el Ceniciento. Ese asqueroso a lo mejor ha estado espionándonos.

El bandazo de luz de dos faros surgió con el estrépito de un motor. El coche se detuvo en la carretera. Los faros permanecían encendidos. Las puertas del coche se abrieron y se cerraron con dos golpes secos.

—Vístete —le ordené a Claudia—, vístete en seguida. Alguien viene.

Por la gravilla de la explanada se escuchaban pisadas.

—Guarda, guarda —llamó una voz.

Miré a través de la puerta. Dos hombres avanzaban hacia la caseta. Cuqui corría ladrando hacia ellos.

—Maldita sea. Esos vienen por nosotros.

Claudia no lograba engarzarse el sujetador.

—Escóndelo debajo de la cama. Y déjame hablar a mí.

Los nudillos golpearon la puerta violentamente.

—Salgan. Policía. Dale una patada a ese perro. Guarda, quite de en medio a ese animal o le pegamos un tiro.

La voz de Belisario se escuchó en la explanada.

—Cuqui, Cuqui, ven aquí.

—O abren ustedes o tiramos la puerta —amenazó la misma voz.

Aparté la piedra.

—Un momento, Marcos, por Dios, un segundo —pidió Claudia, que no lograba abotonarse la blusa.

Con un violento empujón la puerta se abrió y uno de los hombres volvió a ordenarnos que saliésemos mientras el otro aguardaba a cierta distancia con las manos en los bolsillos de la chaqueta. Belisario mantenía a Cuqui a su lado.

Salí sujetándome los pantalones que se me caían y con una manga de la camisa sin meter. Los ojos del Ceniciento estaban húmedos de rabia y golpeaba el suelo con las muletas.

—Sólo me pasa a mí, sólo a mí —gimoteaba.

—Este hombre no tiene nada que ver.

—Este hombre tiene que atender una denuncia. Mañana a primera hora se presenta en la Comisaría. Se le ha caído el pelo, amigo.

—Vamos, señorita, salga ya. Usted está acostumbrada a enseñar lo que sea, no disimule con nosotros.

El hombre cogió a Claudia del brazo y la sacó empujándola. Dos débiles botones cerraban la blusa de Claudia que vino a mi lado con la falda torcida y los cabellos revueltos.

—Los pájaros en el nido. Putas, chulos, chorizos, entre esta mierda pasa uno el tiempo. Andando.

—¿Les pongo las esposas?

—Déjalos, están rilados.

—¿Por qué no empiezan ustedes por indentificarse? —pedí tras lograr sujetar los pantalones y meter la camisa.

Un sordo bofetón en la mejilla me hizo virar hasta casi perder el equilibrio.

—No te pongas gallo. Aquí sólo vais a identificaros vosotros, mamón. Y vete derecho.

Claudia se prendió a mi brazo temblorosa y lívida.

El segundo hombre había entrado a la caseta y salía con el sujetador colgando de un palo.

—Mira, Rendueles, la tía se deja aquí un cacho vergüenza.

—Tíralo, que te vas a ensuciar.

—¿Dónde nos llevan? —pregunté todavía aturdido por la bofetada.

El tal Rendueles nos empujó para que caminásemos delante de ellos.

—Tú ya sabes lo que te han dicho —le indicó a Belisario mirándole con desprecio.

Fuimos hacia el coche. Un policía de uniforme estaba sentado al volante. Cuqui volvió a ladrar y el Ceniciento le dio un golpe en el morro con la muleta. La perra salió huyendo bajo sus amenazas.

—Ahí quietos —nos ordenó Rendueles.

Nos sentamos con él en el asiento trasero. El otro lo hizo al lado del conductor.

—Cuando quieras, Martínez.

Claudia buscaba asustada mis manos.

El coche dio la vuelta, enfiló la carretera y aceleró cortando las sombras con los faros. Por un instante vi los chopos en el campar tamizado de claridades.

Los estremecimientos de Claudia afilaban la indignación de mi impotencia y en mi mejilla ardía la rabia de la bofetada. Me resultaba difícil ordenar las cosas, aunque la sensación de algo premeditado alimentaba una cierta sospecha.

El aire cálido nos llegaba desde las ventanillas delanteras abiertas. Los tres hombres permanecían silenciosos, sumidos en la envarada rutina del viaje nocturno por las calles desiertas.

Quedaba atrás Papalaguinda y entramos por Lancia hacia Villa Benavente.

Frente a la Comisaría, a cuya puerta principal un guardia armado se paseaba bajo las acacias, nos detuvimos.

—Desfilando —dijo Rendueles.

Las manos de Claudia se apartaron de las mías con un sobresalto que inundó todo su cuerpo.

—Marcos —musitó aterrada.

—Tranquila, por favor, no pasará nada.

Entre los dos inspectores subimos la escalinata. Rendueles se acercó al cuerpo de guardia.

—Rodríguez, enjaule a éstos. ¿Sigue arriba el inspector Valero?

—En el despacho.

Rendueles y el otro se fueron escaleras arriba. Un cabo y un guardia nos cogieron del brazo para llevarnos a los calabozos.

—¿Los desplumo? —preguntó el guardia.

—No, déjalos como están.

Bajamos por una empinada escalera. Los estrechos peldaños se contraían en la espiral hasta el pasillo subterráneo, donde una bombilla desnuda iluminaba media docena de puertas metálicas. La atmósfera, casi irrespirable, formaba un vaho de antiguas humedades y sudores. El cabo abrió dos celdas.

—Las señoras primero —dijo empujando a Claudia.

—¿No puede encerrarnos juntos?

—Cada pardal en su espiga. Y aquí sólo se habla cuando preguntan. Métete ahí.

Entré en la celda del fondo. Los cerrojos se corrieron con un estrépito sordo. Por un momento intenté situarme en la oscuridad. La celda era pequeña. La atmósfera resultaba más cargada. Un diminuto ventanuco enrejado, que sin duda daba a un patio interior, podía distinguirse casi pegado al techo. Tanteé un catre de madera y me senté en él.

La separación de nuestras celdas impedía cualquier intento de comunicarme con Claudia. Su situación era lo que más me preocupaba. Mis ánimos habían sufrido un vertiginoso descenso al verla padecer aquella humillación.

El cabo y el guardia regresaron en seguida. La puerta de mi celda se abrió y la bombilla desnuda del pasillo concentró en mis ojos el fulgor frío que arañaba la miseria de las paredes.

—Ven.

Salí caminando delante de ellos. Me detuve ante la celda de Claudia. El guardia me tomó del brazo para hacerme seguir.

—¿No la van a sacar?

—Habla sólo cuando te pregunten —ordenó el cabo dándome una patada.

Las manos del guardia me atenazaron al intentar revolverme.

—Calma, amigo, calma, no te sulfures. Y vete derecho.

Subimos la escalera. El cabo entró un momento al cuerpo de guardia.

—Lléveselo al despacho —le ordenó después al otro.

Por la escalera principal llegamos al segundo piso. Dos largos pasillos se abrían a

derecha y a izquierda: los zócalos de un azul sobado, las puertas sucesivas pintadas de gris, las intermitentes ventanas daban a un amplio patio interior. Por el pasillo de la derecha avanzamos hacia el fondo. El guardia llamó en la puerta e inmediatamente abrió.

—Traigo al detenido, señor inspector.

—Que pase, que pase.

El inspector Valero me miró con la sonrisa asqueada que sus labios dibujaban bajo el bigotillo perfectamente recortado.

—Buenas noches, señor Parra —dijo haciendo un gesto con la mano para que me acercase.

—¿Ordena usted alguna cosa? —preguntó el guardia.

—No, váyase.

El guardia desapareció cerrando la puerta.

—Venga, siéntese aquí —me indicó Valero señalando una silla ante la mesa.

Lo hice cruzando el pequeño despacho. Valero retiró algunos papeles de encima de la mesa. La sonrisa se mantenía como una mueca.

—No habíamos tenido ocasión de saludarnos y siento que sea en estas circunstancias.

—¿Va a explicarme lo que significa todo esto?

—¿Yo? Es usted quien tiene que explicarse. Conviene que tome conciencia de su situación, si todavía no lo ha hecho. Está detenido. Aunque mi intención es que hablemos como amigos. Esto no pretendo que sea un interrogatorio.

—¿De qué me acusan?

Valero cogió un bolígrafo y lo movió entre los dedos.

—Los hechos los conoce usted mejor que yo. Y no es un asunto muy edificante que digamos, ¿no le parece? La policía vela por la moral pública. Los actos deshonestos, el empleo de la propiedad municipal para cometerlos, todo eso puede dar al traste con su reputación. ¿Qué piensa que sucedería si todo esto trascendiera? Usted es un periodista muy conocido en la ciudad. Y en el asunto está comprometida una señorita de la que podemos pedir informes en seguida. Vaya a saber con lo que nos encontraremos. Y también ese cojo, el guarda, que se va a ver en una situación yo diría que más bien desairada.

Golpeó el bolígrafo en la mesa.

—¿No le parece que es mejor que intentemos hablar como amigos?

Le miré observando la variación de su sonrisa que predecía el esfuerzo por mantener una ambigua amabilidad.

—El asunto está en mis manos. Y usted ha tenido la suerte de que así sea. Yo puedo pararlo aquí, dejar que todo quede entre nosotros. Usted coge a su amiga y se va. El cojo por esta vez tampoco tendría dificultades, aunque a él hace tiempo que lo tenemos fichado.

—¿Así de sencillo?

—Sí, así de sencillo. No me gusta complicarle la vida a nadie. Pero recapacite un momento sobre su situación. Debe comprender lo que se juega. No hay nada más vidrioso para la reputación de una persona que el asunto en que se ha metido.

Alcanzó un paquete de cigarrillos y me ofreció.

—¿Fuma?

Rehusé y él encendió esparciendo una profunda bocanada. Después acomodó la espalda en la silla venciendo la cabeza hacia atrás.

—Calculo que la carrera de un periodista todavía joven no puede tirarse por la borda de forma inconsciente. Me imagino que hay que valer y que hay que haber hecho un gran esfuerzo para tener una firma como usted la tiene. Las cosas, desde luego, nunca son fáciles. Irse por una debilidad a la bancarrota es penoso, y supongo que absurdo, para una persona inteligente. ¿Estamos de acuerdo?

—No sé hacia dónde quiere llevarme —confesé yo disimulando las sospechas de un camino fácil de detectar.

La sonrisa de Valero se fundió en un gesto de abierta complicidad. Los dedos de su mano derecha acariciaron el bigote.

—Mire, amigo Parra, cuando a un náufrago le echan un cable lo único que le queda es cogerse a él. No me haga divagar demasiado que yo soy hombre de pocas palabras. Usted intuye de sobra a lo que quiero referirme.

—Lo sospecho.

—Pues eso. Aprenda a callarse la boca y dedique sus indudables cualidades a ese periodismo sano que tanto necesitamos. Deje de meter el morro donde no tiene nada que ganar y sí mucho que perder. ¿Le gusta más así de claro?

—¿Es una oferta?

—Es un cable para sacarle a flote ahora que tiene el agua al cuello. Conozco sus pasos y ya ve cómo los tropiezos superan con creces a cualquier otra cosa. No me diga que no soy generoso. ¿No le decían a usted de crío que cuando se anda con fuego se acaba uno meando?

Guardé silencio. Valero me observó moviendo condescendiente la cabeza.

—Piénselo.

—Está decidido. La mezcla que hace usted de generosidad y de cinismo es francamente luminosa, inspector. Le veré de Comisario en menos de un año.

—Vamos, vamos. En ese tiempo a lo mejor soy yo quien le ve de director del «Vespertino».

—Todavía me queda mucha rueda. Y, además, tiene usted mucho mejores relaciones.

—Siéntate con ellos y viaja gratis, dicen en mi pueblo.

—En el mío aseguran que cualquiera que se lo proponga de veras puede hacer de un ladrillo una estilográfica.

—Eso está muy bueno. ¿Le queda alguna duda?

—¿Qué certeza tengo de que mi asunto, como usted dice, está enterrado?

—¿No le vale mi palabra? Lo que hemos hablado se esfuma en estas cuatro paredes. ¿De acuerdo?

—De acuerdo.

—Pues Valero Menéndez, un amigo, ya que hasta este momento nunca pude saludarle —me dijo tendiéndome la mano que yo estreché mientras nos poníamos de pie.

Pulsó el botón de un timbre y en seguida entró el guardia.

—El señor Parra y la señorita pueden marcharse.

—Le está esperando en la sala de visitas —dijo el guardia.

El temor aún no había desaparecido del rostro de Claudia, pero sus ojos me miraron con confianza.

—Nos vamos —le dije estrechándole las manos.

El guardia habló con el cabo y nos acompañó a la salida. Al doblar la esquina Claudia me abrazó suspirando.

—Marcos, todavía no puedo quitarme el miedo del cuerpo. ¿No va a pasar nada?

—Nada. Todo está arreglado.

—¿Pero cómo pudieron pillarnos? ¿Nos habían seguido?

—Vamos a olvidarlo, Claudia. Se acabó. ¿Te apetece una copa?

—No, no quiero nada. Es mejor que me acompañes a la pensión. Lo pasé fatal.

—Es lo que más siento. La culpa fue mía. Si te hubiera llevado a casa.

—¿Y el Ceniciento?

—Me prometieron que lo dejarán en paz. De veras que todo quedó solucionado. No hay nada que temer.

—Lo peor fue ese rato en el calabozo. Yo soy muy débil para estas cosas. Tengo algunos recuerdos muy malos, difíciles de olvidar. La policía me aterra.

—No le des vueltas.

—Nos estropearon la noche, ¿verdad?

Por las calles desiertas las farolas punteaban unos círculos de luz amarillenta. Caminábamos de prisa, como si inconscientemente quisiéramos alejarnos lo antes posible. Los malos tragos, cuando pasan, se vuelven en seguida irreales. La noche calmada y calurosa tenía un sabor pacífico e inocente.

—¿De veras no quieres tomar algo?

—Quiero dormir.

—Después de todo esto, se me hace más duro que te vayas mañana.

—Esta vez daré señales de vida, te lo prometo.

Cruzamos Santo Domingo y fuimos por Ramón y Cajal hasta Era del Moro. Los besos adelantaban ese desaliento último de la despedida que, al contrario de otras ocasiones, imponía en un límite de mal disimulada tristeza aquella inminente separación.

El aroma de Claudia me contagiaba un adiós desesperanzado: la sensación de que al verla cruzar el portal sería el fugaz momento de su última imagen para mi memoria, porque era fácil perderla y mi estado de ánimo no permitía, como otras veces, enlazar el adiós con el regreso.

—No me mires así.

—¿Por qué?

—Porque yo siempre vuelvo.

—Procura que te vaya bien.

—Hasta donde a una la dejan eso hago. ¿Nunca se te ocurrió irte de aquí?

—Crecen donde los plantan, envejecen donde crecen y cascan donde envejecen. Mi abuelo Veremundo hablaba de los árboles como de las personas.

—¿Era un sabio?

—Me parece que no, pero sí es cierto que tuvo la suerte o la desgracia de nacer y morir en la misma cama.

—Ya me contarás más cosas de él.

Necesitaba tomar una copa. Armonizar los acontecimientos con ese trago que aplaza la ocasión de meterse en la cama, porque en la cama uno empieza a dar vueltas y el sueño es una vana ilusión en la que es mejor despeñarse cuando ya no hay remedio.

En la torre de San Isidoro el gallo de latón dorado se recortaba sobre una luz de cenizas amarillas: el techo de rescoldos lunares bajo cuyos destellos calurosos la ciudad debía dormir entre imperceptibles sobresaltos.

Me decidí por el Yucatán donde acaso Benito, más viudo que nunca en estas noches de verano que más que esponjas parecen estropajos, estaría con la eterna espuela, abrasado por un sudor ya frío, deletreando su cuenta de hazañas venatorias con las que, en tales circunstancias, solía aburrir a las chicas, misericordiosas en su turno con el más pelma de los clientes.

Uno va cruzando la ciudad de norte a sur, de este a oeste y las huellas recientes cubren las anteriores porque, como las bandadas de grajos, es siempre el mismo vuelo repetido por los mismos lugares.

Si quedase un reguero de baba o continuamente fuese uno tirando piedras blancas habría señales de idénticos senderos, una espiral de radios para la misma encrucijada todas las esquinas viéndote pasar con esa confianza muda de los edificios, las calles, las plazas y los escaparates.

El Yucatán tenía un luminoso verde con dos letras fundidas. Era una cuña triangular de tejado plano incrustada a un lado del puente de la estación, con pista de verano bajo los álamos del río, un bar de camioneros y ferroviarios madrugadores y una sala de fiestas de pista diminuta, barra acolchada y secretos veladores de luz rojiza.

A los nudillos en la puerta de arábigas molduras respondía la cara de Maximino Dativo asomando por el ventanuco practicado en la puerta para reconocer al cliente, cumpliendo así el aviso del cartelillo: esta casa se reserva el derecho de admisión.

—Hola, Parra.

—¿Anda por ahí Benito?

—Como voy y vengo no lo sé. Entrar entró va para largo. Ahora, si salió o no, eso ya no sé decirte.

Del fondo de las empinadas escaleras subía una ardiente bocanada.

—¿Para cuándo enchufáis los ventiladores, Maxi? Da grima bajar.

—Yo cuando dice don Santi. Donde hay patrón. A mí, ya tú sabes, así se asen o se constipen. Para lo que uno pinta.

—¿Ya pasaron el chou?

—Está suspendido. Rita averió el tobillo ensayando y a la Oliva se le murió la madre y don Santi le dio permiso.

—Todo son desgracias.

—Como el negocio no es mío. Yo allá ellas y allá ellos. Para lo que se gana.

En la gramola sonaba un bolero bastante rayado y Ursicino Lesmes lo bailaba en el centro de la pista con una chica agitanada. Por los veladores se distinguían algunas parejas y un grupo de solitarios bebiendo en una mesa. Las chicas estaban entretenidas. En la barra pululaban los clásicos de cada noche, el transeúnte curioso, el viajante de turno, dos mozos endomingados caídos de alguna boda. Felisa y Cari, las únicas que parecían sueltas, animaban las consumiciones yendo y viniendo entre las sombras submarinas del local.

—Tomi —le pregunté al camarero—, ¿está Benito?

—Estuvo pero se fue.

—¿Hace mucho?

—Como hora y media. Seguro que lo pillas en la estación. Iba cocido.

—Dame una ginebra preparada.

Marcelino Lobo vino a mi lado desde la otra parte de la barra.

—¿Qué te parece la Chiva?

—¿Quién es la Chiva?

—Esa que baila con Ursicino.

—¿Es nueva?

—Recién caída de un carromato de húngaros. Fíjate cómo mueve el esqueleto.

Bebí un trago y me fui al servicio. Al volver, Felisa me cogió del brazo.

—¿No echas una pieza, Marquines?

—No, pero toma una copa.

—Benito te buscaba.

—¿Iba muy puesto?

Se tocó con la mano la nuca.

—Inundado hasta aquí.

—Tomi, dale un trago a Felisa.

Ursicino Lesmes se acercó limpiándose la frente con el pañuelo.

—¿Ya recalas, Marquines?

—¿Celebráis algo los dependientes de don Paciano?

Ursicino guiñó el ojo.

—Trajimos a Isaurín a que desbrave.

—El pobre chico lo necesita —dijo Marcelino.

—¿Dónde lo tenéis?

—Allí en la sombra con Marina.

—Tomi, llénale eso a Marquines —ordenó Ursicino.

—No, que me voy.

—Pues no le cobres. Invita Industrias Abascal.

—Estáis que lo vertéis.

—A Isaurín le dio la propina papá —dijo Ursicino riéndose—. Ya sabes que don Paciano no regatea. ¿Conoces a esta joya?

La Chiva me dio una mano aceitunada. De los ojos más negros que el carbón le brotaban dos chispas. Marcelino la tomó de la cintura y se la llevó a la pista. En la gramola sonaba un mambo.

—Felisa —dijo Ursicino— avisa a Marina que saque a Isaurín, que lo mueva un poco.

—Déjalos que parece que están entretenidos.

—Bueno, pues vamos nosotros también a marcarnos esta pieza. Ahí te quedas, Marquines.

Isauro Abascal se debatía ligeramente envarado en los brazos de Marina y me miró cohibido sin atender mi saludo cuando crucé hacia la salida. La bocanada me azotó las espaldas al subir. Maximino me abrió la puerta.

—Vete por la sombra, Parra.

Dos perros husmeaban los desperdicios de un cubo. Bajo el puente las aguas maltrechas destilaban su aroma de miseria. A la puerta del fielato los vigilantes de consumos, sentados en el poyo, se pasaban la bota.

Había dos coches de punto aparcados a la entrada de la estación. El reloj luminoso, en la torrecilla, tenía quebradas las agujas.

Abrí la puerta de la cantina. Un silencio de sueños incómodos llenaba el local: viajeros y maletas, sudores concentrados, aroma de achicoria, carbonilla y vapor. En la barra un quinto de regulares dormitaba ante una copa de anís. Amalio, el dueño de la cantina, trajinaba en el fregadero.

—¿No está Benito?

—Mira en los retretes. Y llévatelo, Parra. Se cayó y tiene una brecha en la cara.

Salí al andén. Galindo el factor anotaba algo en la pizarra. Corrí hacia los retretes.

Apoyado en el tope de una vía muerta Benito Calamidades se incorporaba tras un vómito seco. Sujetaba un pañuelo manchado de sangre en la ceja izquierda. Sus ojos

enrojecidos me miraron con un temblor de vidrios rotos.

—Marquines, amigo, ya eché la pastilla —dijo con voz ronca.

—¿Qué te pasó?

—La digestión. La espuela me dio la puntilla, pero ya estoy bueno.

—¿Y esa herida?

—Un mal paso. No es nada. De veras que no es nada. Ya estoy bueno.

Fui al grifo del retrete, empapé mi pañuelo y le limpié la ceja.

—Van a tener que darte un punto, Beni. Te voy a llevar a la casa de socorro.

—No me asustes, Marquines, es un rasguño. Ya me limpió Amalio con oxigenada. Es más el ruido. Déjame apoyarme un poco que ya me compongo.

Volvió a apoyarse en el tope. Le sujeté por los hombros mientras se repitieron las arcadas.

—¿Te pasa?

—Ya. La espuela maldita. Un orujo traidor encima de la cerveza. Marquines, amigo, ya ves lo que somos: un saco de mierda.

—Cojo un taxi y te llevo a casa. Espera.

—Si me metes en un coche me matas. Me compongo y vamos a la fresca. No me queda nada que echar.

—Pero hay que curarte eso.

—Mira, ya no sangra. Y me tengo tieso. ¿Ves?

—En casa tengo pomada.

—A la mía. Allí me curo. Déjame apoyarme en ti.

Salimos por la cancilla de consigna.

—Vamos mejor por lo oscuro.

—Anda, no te preocupes que a estas horas no nos ve nadie. ¿Te despejas?

—Me duele la chola, Marquines. Y el cuerpo. Todo.

Cruzamos el puente y tomamos el Paseo de la Condesa.

—Para ahí, en ese banco. Me canso.

Nos sentamos. Benito apoyó la cabeza en el respaldo.

—Se me va la chola, se me va.

—¿Te mareas?

—Un saco de mierda, Marquines. Y tú siempre andas echándole una mano a este viudo. ¿Qué sería de mí?

—No te recuestes, ponte derecho, así.

—La mi Lola que se fue ya va para seis años. Pero el luto se lleva en el alma, como la cartera en el bolsillo. Dios la tiene allí arriba, Marquines, pero a mí me dejó más solo que al civil que le mataron la pareja.

Los ojos de Benito se aguaron.

—Tranquilo, no muevas la cabeza.

—¿Quién me recogería sin un amigo como tú? El Ernestín en Galicia y la Margaritina en Asturias. ¿Quién? Yo que soy un pendón, que no tengo vergüenza.

—Venga, Benito. No me des el espectáculo.

—Aguarda, que ya me compongo.

Se puso de pie y se volvió a sentar. Con la mano libre limpió la sariana.

—Mira cómo la puse, comprada de un mes.

—¿Dónde te caíste?

—Marquines, amigo, eso hay que contarlo despacio. ¿Cuándo me viste caer alguna vez borracho?

—Me parece que nunca.

—Pues yo tampoco.

Guardó silencio un momento y luego me miró consternado.

—De lo que me caí fue de las hostias que me dieron.

—¿Pero qué dices?

Los párpados de Benito temblaban hasta cerrarse, la cabeza se le vencía como siguiendo el vuelo de una mosca invisible.

—Salí de ahí con la cogorza. El orujo fue la puntilla, esa copa me desgració. Estaba revuelto y fui a echar la pava en la escalera del muro. Allí me cogieron.

—Pero ¿quiénes?

Benito separó el pañuelo de la ceja accionando como si enumerase un montón de sombras.

—Dos o tres o cuatro. De la primera patada me echaron a rodar. La pava ya la ves, en la sariana, que no tiene ni un mes y eso ni con lejía se quita.

—¿No los reconociste?

Se quedó mirando alelado hasta que los ojos se le humedecieron.

—Eso de que se ven las estrellas cuando te zurren es una verdad. Y desde allá arriba me ve también la pobre de la mi Lola, allí con los justos, sin poder echarle una mano al su Benito. Marquines, nunca me sentí tan viudo como esta noche.

Un sollozo ahogó la voz de Benito.

—Venga, no te pongas así.

—Me pisaron los riñones —dijo gimiendo.

—Pero tuviste que verlos.

—No. Te juro que no. Fue una somanta a traición. ¿Y para qué quieres que los viera? Con la cogorza y el miedo iba servido. ¿O no supones de dónde vinieron los palos?

—Sí, para qué vamos a engañarnos.

—Pues eso.

Le cogió del brazo para ayudarlo a levantarse.

—Anda, vamos para casa.

—Con saña, Marquines, como el lobo a la oveja. Una camada de hostias y en menos que canta el gallo. Por aquí, por allí, por arriba, por abajo. Para lisiarme.

—Había que ir al juzgado.

—Para que me vuelvan a hinchar los morros.

Comenzamos a caminar.

—¿Estás mejor?

—Mañana cuando escampe será lo malo. La cogorza me hace de anestesia.

—Si quieres me quedo a dormir en tu casa.

—No hace falta. Vete despacio. ¿Quién nos mandaría ir donde nadie nos llamaba?

—Les meteremos mano, verás cómo la pagan.

Benito se detuvo y me miró moviendo la cabeza.

—No, Marquines, para mí esto cruz y raya.

—¿Vas a apearte ahora?

—Ni de eso tuve tiempo. Me tiraron en marcha.

Un rastro de indecisa claridad presagiaba el despegue del amanecer por el horizonte de las choperas y el Camino.

Benito había perdido la llave del portal de su casa y tuvimos que quedar esperando a que abriese el primer vecino madrugador.

CAPÍTULO SEGUNDO

1

Gabriel Llanos me esperaba con el *pato* de don Paciano a la salida del periódico.

—Vamos a ser los últimos.

—Lo siento.

—No te preocupes, sin nosotros no empiezan.

Me acomodé terminando de abotonar el abrigo mientras Gabriel arrancaba. El viento soplaba por el bulevar. Los castaños se mecían abatidos.

—Se está poniendo bueno, ¿eh?

—Aviado. En todo el día no he podido sacudirme la tiritera.

El *pato* avanzaba lento bulevar arriba. Gabriel Llanos se recostó en el asiento sujetando el volante con descuido. De la guantera sacó un paquete de Buby, me ofreció y encendí un cigarrillo.

—No se te ve mucho últimamente —dijo.

—Lo normal.

—Yo es que dejé de ir por el Isma. Ahora tenemos la partida en el Bambú. Aquello está más moderno. Y el Yucatán desde que me casé ni olerlo.

—¿Tienes chavales?

—El primero para abril, si Dios quiere. A ti no te pescan, ¿eh?

—A uno no hay quien lo quiera.

—Eso dije yo hasta que pude.

Salíamos del bulevar hacia la Plaza del Espolón. El atardecer se precipitaba arrastrado por las nubes oscuras. El viento traía gotas de lluvia que se estrellaban en el parabrisas. Cruzamos la Puerta Castillo. Sobre el lienzo de la muralla los nichos enrejados de la cárcel punteaban el mascarón tenebroso del castillo, erguido en la inminente ruina del atardecer.

—Menuda gracia estar ahí metidos, ¿eh, Parra? —dijo Gabriel señalando con un gesto las altas y diminutas bocas de los calabozos.

La luz del *pato* iluminaba el tronco de los árboles, las cercas intermitentes de los prados destinados a solares, cohibidos entre las recientes construcciones. Un letrero sujeto en un poste anunciaba la Inmobiliaria Abascal. Por Álvaro López Núñez íbamos en dirección a la carretera de Asturias.

—¿Don Paciano sigue comprando terrenos? —le pregunté a Gabriel.

—Compra y vende. La Inmobiliaria tiene problemas. Si tuviéramos que comer de ella.

—¿Y eso?

—Todo viene de lo mismo. Dificultades con las licencias, ordenanzas que sólo le aplican a él. A don Paciano lo traen mártir. Desde que le apearon de la presidencia de la Cámara. Cuando el Gobernador te da la espalda y en el Ayuntamiento tienes a tu peor enemigo, ¿qué vas a esperar?

Las gotas se arremolinaban en rachas sucesivas y Gabriel puso en movimiento el

limpiaparabrisas. Llegábamos al cruce. La carretera de Asturias comenzaba en una larga cuesta entre los áridos desmontes, las últimas casas desperdigadas en solitarios emplazamientos hasta la frontera de los cuarteles: un muro alto que acotaba las hectáreas del ejército con los pináculos de las garitas en las esquinas.

—¿Quién te crees que va a venir mañana a la inauguración de las nuevas oficinas? El Obispo a bendecir y eso si no le da por mandar al vicario. Hace tres años no hubiera faltado ninguna autoridad. Yo lo siento de veras porque le están minando la salud.

A Gabriel se le notaba la indignación y la amargura al recordar las desventuras de su jefe. El bigote se le contraía y sus ojos brillaban airados. Como secretario y persona de confianza de don Paciano Abascal coordinaba los negocios, cultivaba las relaciones y supervisaba las contabilidades desde hacía más de diez años. Si Isauro era el hijo y heredero, dueño de una inteligencia poco avisada para circular por un mundo de retrancas y dobles fondos, Gabriel se había convertido en la mano derecha, ejecutiva, consejera y leal.

—Desde que don Mariano dejó el Gobierno y lo sustituyó el pacense hay muchas ratas sueltas. A ese don Salustiano lo domina el ladilla de Higinio Peralta. Y mira si será ingenuo don Paciano que a todos les mandó invitación. Lo que necesitan para hacerle el feo con todas las de la ley. Un Gobernador que se asesora por ese ladilla, ya me dirás tú.

Pasábamos frente a los cuarteles. En las garitas de la entrada los quintos de guardia se mantenían inmóviles con el mosquetón en descanso embutidos en los capotes. Un cabo se paseaba por el portalón.

—Qué vida la de guripa, ¿eh? —dijo Gabriel.

—Regalada. Papando moscas y mojando el chusco en el rancho.

—Yo ya ni me acuerdo.

—Las panzadas de aburrimiento se olvidan como el hambre cuando hay de comer.

—Pues el otro día, según me dijeron, un chaval se pegó un tiro con el máuser ahí en Artillería.

—¿Limpiándolo?

—No, a propio intento. Un chaval de una aldea de Somiedo.

—Le daría la murria. Yo me acuerdo de haber tenido alguna mala intención, pero no de esas. En mi Compañía nos hubiéramos cargado al teniente, que era un cabrón con pintas. Pero a lo más que llegamos, cuando nos licenciaron, fue a echarle azúcar en el depósito de gasolina de la moto. Dos kilos y medio.

La carretera ascendía en cortos repechos y la ciudad se desdibujaba entre las luces enmohecidas, quieta entre los humos y la fronda parda de las sombras, apelmazados los edificios como puñados de trapos sucios, el río apenas presentido en su camino desde las vegas aledañas, las choperas tiznadas en el horizonte, un viento agreste.

Superado el altillo el *pato* se repuso de los agudos ronroneos y se deslizó con la

holgada suspensión amortiguando los continuos baches. El panorama del monte se perdía entre yermos y eriales hacia un fondo nocturno cada vez más intenso.

—Ya estamos llegando —dijo Gabriel.

La finca de don Paciano extendía su terreno hasta el borde de la carretera. Para llegar al chalé había que tomar un camino de gravilla, cruzar una leve vaguada y un pequeño robledal. La casa, de piedra labrada y tejado de pizarra, se alzaba en un mediano promontorio no lejos de un bosquecillo de pinos, blanca por la cal de los revoques, resguardada por un muro bajo de cantos desnudos sobre el que se incrustaban las rejas de floridos herrajes. Había dos coches aparcados a la entrada del chalé.

—Somos los últimos, pero más vale tarde que nunca, ¿eh, Parra?

La puerta principal se abrió y un muchacho cojo seguido de un perro lobo vinieron hacia nosotros.

—Ahí atrás hay unas cosas, llévaselas a tu madre a la cocina —le ordenó Gabriel.

El perro jugueteaba cabeceando en nuestras piernas.

—Quita, Lince, quita. Llámalo tú, Toñín, nos va a poner perdidos.

—Ven aquí, Lince, deja a don Gabriel.

Entramos en el chalé. Un murmullo festivo llegaba del salón cercano, donde sin duda el resto de los invitados nos aguardaban. Gabriel me recogió el abrigo y fue a colgarlo con el suyo.

—Un momento.

Por el pasillo le vi abrir una puerta que liberó el agradable olor de la cocina.

—Ya estamos todos, Balbina. ¿Cómo va eso?

El muchacho cojo entraba haciendo equilibrios con una caja demasiado pesada en las manos. Lince intentaba colarse entre sus piernas.

—Fuera, Lince, fuera.

Le sujeté la puerta. Gabriel vino a ayudarle hasta que dejó la caja en el suelo.

—Vamos, Parra.

La mujer salió de la cocina. Sonrió al verme.

—Don Gabriel —dijo—, tienen que darse prisa con los cochinos, que ya sabe que me llevan un tiempo.

—Tú ten el horno a punto.

—Toñín los suelta cuando digan.

—Vale, vale.

Al entrar en el salón don Paciano vino a mi encuentro con una sonrisa que le colgaba de las orejas. Cerca de la chimenea francesa, donde crepitaba un piorno, Mariano Olmedilla, don Cosme Braña y Ursicino Lesmes charlaban y bebían en un corro bullicioso. Las manos fofas de don Paciano estrecharon las mías.

—Cómo le agradezco que haya venido, Parra.

—Soy yo quien le agradece la invitación.

—Da gusto verse entre amigos. Hace tiempo que quería tenerle con nosotros. La

vida paga el tiro por estos buenos ratos, ¿verdad?

Don Paciano posaba su mano en mis hombros. Sus ojillos salpicados de melifluas humedades parecían destilar la cordialidad del mesonero.

—Pero, venga, estamos empezando con el jerez. No sé si Gabriel le ha puesto al tanto de nuestras buenas costumbres. En esta cofradía no se respetan las fórmulas, aunque eso sí, aquí tenemos a don Cosme para las bendiciones. En el comer y el beber nos damos todas las licencias.

El industrial me palmeó guiñando el ojo derecho con abierta complicidad, mientras los demás me saludaban.

—Esas son vuestras copas, Gabriel. Ursicino, sigue tú sirviendo —ordenó don Paciano.

El salón estaba en una media penumbra, sólo iluminado por dos lámparas de pie y el agradable resplandor de la chimenea. Por los amplios ventanales, que las cortinas dejaban libres, se adivinaba la terraza y el último aleteo del atardecer.

Una mesa central, escrupulosamente revestida y dispuesta, presagiaba la magnitud de la cena: atestada de vasos y platos, bajo la enorme lámpara de brazos torneados y un exagerado dispendio de cadenillas de cristales.

—Aquí Olmedilla nos contaba un chiste municipal.

—Parra seguro que lo sabe. En la radio y en el periódico somos los primeros en enterarnos, ¿verdad?

Mariano Olmedilla apuraba la copa moviendo el fino bigote con la sonrisa del locutor en acción. En el ojal de la solapa de su chaqueta campeaba la insignia con el anagrama de radio falange. Olmedilla vestía de marengo y llevaba una corbata que emitía destellos eléctricos. Las corbatas del locutor eran famosas.

—No se oyen muchos chistes últimamente —aseguró Gabriel.

—Pues si perdemos el humor perdemos la vida —dijo don Paciano—. Yo de joven era aficionado a las verdulerías, me gustaban los chistes picantes y los cuplés con retranca, y usted don Cosme me perdone. Esas cosas que después de todo son inocentes y más sanas que la murmuración, para mí el más grave de los vicios. Ya con los años se olvidan esas aficiones y vele ahí cómo nos va.

—Usted no se queje que tuvo una juventud muy lograda —dijo Ursicino que no abandonaba la botella.

—Quiá, hijo. Lograda si a eso le llamas trabajar de sol a sol.

El rostro de don Paciano tomó una actitud beatífica y sus ojillos acuosos resplandecieron alentados por el recuerdo. Se veía que Ursicino sabía trabajarle.

—Los veranos rodando por los Carabancheles con un carro de melones. Eso sí, puro arropo. Y en el invierno en la tahona de mi tío Eulogio, mismamente en Lavapiés. Uno sin ser madrileño tiene mucho aire de allí. Con el siglo era yo un mozalbete echado para adelante, sí es verdad.

—Y le gustaba la juerga, no nos lo niegue —le dijo Ursicino con un guiño malévolo.

—Así lo reconozco.

—Las mozas le andarían listas.

—Menos de lo que uno quería. Para los aprietos no había más remedio que consolarse con el favor mercenario, que decíamos entonces.

—Aquel Madrid estaría bien surtido —indicó Mariano.

—Como capital que era.

—¿Y a cómo se le ponían el cañete?

Don Cosme tosió al tragar el jerez.

—El cañete, Olmedilla, era mucho para un zagal como yo. Las de lenocinio no las catábamos los mozalbetes de mi condición a no ser por fiestas, San Isidro y para de contar. A lo más, íbamos a aliviarnos a La Cuesta de Claudio Moyano, que cae por el Botánico.

—Alivio manual, no me diga más.

—Alivio de pajillera, sí señor, santo remedio, y a real la acometida con cascabeles.

—La vida de don Paciano es una vida de aventura —dijo Ursicino visiblemente satisfecho de su labor de tiralevitas.

—Usted no le haga caso, Parra. La mía es una vida como tantas. Tesón y sacrificio, eso sí, y muchas menos diversiones de las que pedía el cuerpo. Si he llegado a donde he llegado no fue en balde. A los sudores no voy a referirme para no ponerme pesado.

—Cuando se llega es porque se vale —señaló Ursicino, que volvía a llenar las copas con la mano ligeramente temblorosa.

—Bueno, bueno, Ursicino, qué van a pensar estos señores.

La sonrisa de don Paciano nos pedía disculpas para el empleado excedido.

—Lo mismo me da. Las verdades arriba que son verdades, decía mi abuela. Y, además, estamos entre amigos.

—Tiene razón —dijo don Cosme Braña con la voz soterrada de canónigo lectoral—. Lo bueno hay que predicarlo. Nada más feo que el remilgo del virtuoso.

—Hombre, don Cosme, se le agradece. Pero virtuoso y pecador lo es uno a partes iguales. Las cuentas que tengo con Dios me preocupan más que las de aquí abajo.

—Dios pesa y mide con romana y vara bondadosa.

—Así lo entiendo como cristiano que soy.

—Cristiano de avanzadilla.

—¿También usted está hoy como Ursicino?

—Pionero de la Adoración Nocturna, benefactor de las Conferencias de San Vicente, Cofrade Mayor de la de la Buena Muerte. Los títulos espirituales debían ponerse también en las tarjetas de visita.

—Me están abrumando —confesó don Paciano feliz—. ¿Qué va a decir Parra?

El jerez tenía ese justo sabor de uvas calcinadas y enfilaba las venas con un vertiginoso halago que subía acariciante hasta la nuca. Ursicino no nos daba reposo,

las copas se mantenían a pleno rendimiento. Vislumbré el futuro evaluando aquellos preliminares y decidí beber despacio. Don Paciano alzaba la copa proponiendo un brindis.

—Por los presentes y la amistad, que es de todo lo mejor.

Un trago mal dirigido produjo un atasco en Ursicino que, con el rostro cianótico, comenzó a hipar abriendo la boca y escupiendo el jerez en un chorro de aspersion que alcanzó directamente la sotana del canónigo. Mariano Olmedilla le golpeó la espalda, intentando aliviarle. Don Cosme abrió los brazos entre ofuscado y sorprendido.

—Por Dios, Gabriel, trae una servilleta —pidió don Paciano.

Ursicino se repuso, dejó la botella y la copa y tomó él la servilleta para limpiar al canónigo.

—Perdóneme, don Cosme, me entró por mal sitio.

—Esto me recuerda —dijo Olmedilla que saboreaba lentamente el jerez— aquella anécdota de don Fabián Riesco, el llorado Obispo de Mataluenga.

—Don Fabián Riesco —dijo don Paciano almibarado al repetir el nombre—. Casó a mi hija Charito y confirmó a Isauro. Un santo. Y lo más campechano. En casa se le quería como de la familia. Ya no hay obispos así.

—Pues estaba don Fabián en la catedral celebrando un tedeum —siguió Olmedilla— y las autoridades, como es lógico, en primera fila. Don Fabián, como saben, era muy dado al hisopo, le gustaban las bendiciones con agua bendita más que los frisuelos, que ya es decir. Yo me acuerdo que siempre decía con aquel gusto suyo por lo macarrónico: arpegi cum aqua bendita et vinum per la propia espita. Era un santo varón que se pitorreaba hasta de su sombra. Pues llega el momento de bendecir, coge el hisopo y se percata de que no funciona a su gusto, que está obstruido. Pide que se le cambien y el sacristán le confiesa que no hay otro. Entonces le da órdenes al oído y al cabo de un momento regresa el sacristán disimulando un cacillo. Don Fabián, muy sereno, baja los peldaños del altar, se queda frente a las autoridades, introduce el cacillo en la vasija del agua bendita, entona los latines, y no vean ustedes a las autoridades poniéndose a la defensiva, brazos en alto, mientras don Fabián los regaba. Pingando, lo que se dice pingando.

—Qué bueno —reía don Paciano—. Si es que tenía unas ocurrencias. En la boda de mi chica, al pedirle a ella el consentimiento, le dice: y tú Charito, ¿quieres por marido a este alipende de Gonzalín?

Reímos la gracia. Ursicino abría otra botella.

—Y más que les cuento, ahora que puede hablarse familiarmente, ya que todos somos de confianza —continuó don Paciano—. En el banquete se pimpló un poco, ya saben como era, llano y sin vueltas como suele ser el personal de Mataluenga, que allí todos andan llevando la vaca al toro. Al baile se le metió entre ceja echar una pieza y así me lo dijo. Yo, claro, pensando que era la broma del día, pero ya ya. Tuve que agenciarme a Lolina, la hermana de mi mujer, y con todo el disimulo que pudimos se marcaron un bolero detrás del biombo, donde los camareros tenían la impedimenta.

Olmedilla y Gabriel estallaron en sendas carcajadas secundados por el propio don Paciano. Don Cosme Braña torcía la cabeza. Ursicino iba llenando vasos mientras contenía la risa.

—Qué tío cachondo —dijo mientras guiñaba el ojo—. Si el clero fuese así habría más feligreses. Don Cosme, que ustedes los canónigos tienen mucho que aprender, que se la pasan igual que charcuteros de sacristía. Y ahora, con el permiso de nuestro genial anfitrión, quiero yo echar un brindis.

—Vale, vale, Ursicino —concedió don Paciano.

Un irreprimible eructo surgió en sordina de la garganta de Ursicino Lesmes, cuyos efluvios podía detectar cualquier olfato aficionado.

—Por don Fabián Riesco y aquel otro don Luisín Armesto —pronunció con cierta dificultad—, el obispo más campechano y el beneficiado que más cupo de descalzas se benefició en la historia de la urbe. Pecho Lobo le llamaban las corderas de clausura al tal don Luisín.

Con un gesto olímpico Ursicino vació la copa de un trago mientras los demás nos quedábamos mirándole. El hipo le acometió de nuevo y unas leves salpicaduras de jerez cegaron a don Cosme que estaba frente a él.

—Por Dios, Ursicino —le conminó don Paciano—. La has tomado con don Cosme. Ten un poco de cuidado. Gabriel, la servilleta.

—Don Cosme me perdona. Él está acostumbrado en el confesionario.

—Hala, hala —dijo don Paciano—, no te pongas pesado.

Toñín, el chico cojo, venía con una bandeja de aperitivos. Gabriel se la cogió, nos fue ofreciendo y la puso en la repisa de la chimenea.

—Dice mi madre si ya van a empezar con los cochinos, que si quieren los suelto.

—Pues yo creo que debíamos ir ya —opinó Gabriel.

—Sí, sí, tú baja a la bodega y espéranos —ordenó don Paciano a Toñín—. Otra copita para entonarse y veremos quién tiene hoy mejor mano.

—Seguro que Parra. Los novatos llevan las de ganar —afirmó Olmedilla.

—Bueno, no es sólo cuestión de suerte, sino de maña —dijo don Paciano sonriente.

—Las armas blancas requieren su práctica —opinó Gabriel.

—Y, desde luego, no sabemos si Parra la tiene.

—El último día usted, don Cosme, lo hizo de perlas, sí señor —dijo Gabriel.

—Ya les advertí que en mi pueblo las matanzas son serias. Cachetero, cuchillo y gancho fueron mis armas de mozo. Otras no conocí, a Dios gracias. En la Cruzada, debido a mi dignidad, apenas vi los mosquetones.

—Pues yo no le llevo ventaja —dijo Ursicino—. La guerra la hice escondido en el pajar de mi tío Rosendo, que era un rojo borracho y amancebado. A mi prima Adela la debo la vida y algún que otro buen rato en aquella gatera.

—Bueno, señores, pues hala, a vaciar las copas y al tajo. ¿No escuchan el gruñido de los inocentes?

Ursicino Lesmes bebía el último trago directamente de la botella. Todos comenzaron a quitarse las chaquetas y les imité. Don Cosme se liberaba con cuidado el alzacuellos. Un soterrado entendimiento de risas y meneos me dejaba momentáneamente marginado, como si mi presunta curiosidad fuese un aliciente en el juego.

—Venga, Parra —me dijo Gabriel dándome una palmada—, que de ésta entras en la cofradía.

Formábamos la tropa de un safari por el largo pasillo, a donde Balbina se asomaba desde la cocina restregando las manos en el mandil, sonriendo con un movimiento condescendiente de cabeza, ese gesto de anticipada disculpa para las travesuras, tan propio de las sirvientas de confianza.

En la puerta que se abría sobre las escaleras que bajaban a la bodega nos esperaba Toñín advirtiéndome que tuviéramos cuidado. La prolongada pendiente de apretados escalones conducía a una espaciosa profundidad abovedada.

Sentí el aroma de la bodega como una tromba refrescante y rancia de los más variados efluvios. El frío se amortiguaba en un pálpito de humedad benigna, y las bombillas, estratégicamente dispuestas, iluminaban la totalidad de aquel búnquer doméstico.

—Estamos en la cueva del tesoro de don Paciano Abascal —me susurró Mariano Olmedilla.

Cubas y botellas tapizaban las paredes ordenadas sobre precisas estructuras que formaban abigarrados panales. Del techo, un bosque en cuya espesura apenas la luz podría filtrarse, pendían las multitudes frescas y curadas de las más sustanciosas matanzas: jamones, cecinas, botillos, chorizos, lomos, morcillas y longanizas, ristras de ajos y guindillas, todo en un enjambre de desmedida aglomeración, como si alguien hubiese pensado en nutrir la despensa para la eternidad.

—Sí, sí, amigo Parra —me dijo don Paciano orgulloso al verme observar asombrado aquel paisaje—. Doscientos veinte jamones, setenta y tres piezas de cecina, y por encima del millar de chorizos y otros mondongos. Uno se siente seguro y feliz al pisar el suelo que tiene todo esto debajo.

—Es un espectáculo edificante —apuntó Olmedilla encantado.

—Y en caldos lo que usted quiera —siguió don Paciano—. Venga, voy a mostrarle. Vinos europeos, champanes franceses, coñacs. De todo y de cada sitio. Hay aquí algunas pipas centenarias. Pero voy a enseñarle una que se lleva la palma.

Seguí a don Paciano.

—Mírela bien, Parra. Vale un potosí.

El resto de los invitados se nos habían unido.

—Va a tomar usted un sorbito. Veremos si tiene madera de catador. Ursicino, acerca esa copa.

Como asistiendo a una ceremonia que don Paciano raramente oficiara, todos se quedaron silenciosos alrededor de la cuba, perfectamente sujeta sobre las andanas y calzada con dobles tacos.

El vino, de un color tabaco espeso, llenó media copa en las manos del anfitrión.

—Tenga —me ofreció después de observar al trasluz.

Sentí la envidiosa y molesta mirada de los demás.

—Ya saben ustedes que una vez al año —advirtió don Paciano a los presentes—. No es tacañería. A esta señorita no se la puede ultrajar. Hay que dejarla que guare.

Aspiré el aroma y bebí con tiento. Al añejo sabor de cortezas y uvas centenarias le sucedía un fuego empavesado. Todos aguardaban mi reacción.

—¿Qué, Parra?

—Nunca bebí nada igual.

—Es un vino que hay que contarlo por siglos —dijo don Paciano orgulloso.

Con otros dos leves sorbos dejé vacía la copa. Al fuego le sucedía un vendaval de antigüedad etílica que por un instante pareció velarme la cabeza. Sentí también un vertiginoso y agradable desfallecimiento corriéndome las venas.

—El efecto es sistemático —opinó Olmedilla—. Poco después del mareo, que es un segundo, viene una efusión vitalizadora. Este vino es un afrodisíaco monumental. Ya quisiera tener yo una botellita a mano para las horas bajas. ¿Usted no ha hecho la prueba, don Paciano?

—Qué ideas, Mariano, qué ideas. Con mis años y mis kilos ni por cantar el sursum corda.

—Un día organizamos aquí una con faldas. Ya verá qué puesta a punto. Con carne fresca y este elixir se le elevará la moral. Y no quiero faltarle al respeto a doña Fermina, Dios me libre.

—Señores —suplicó don Cosme.

—¿Repuesto ya, Parra? —se interesó don Paciano.

—Sí, señor. Aunque estoy de acuerdo con Mariano. Un afrodisíaco de primera. ¿Dónde se agenció usted esta maravilla?

Don Paciano me guiñó el ojo. Luego me cogió del brazo. Al darnos la vuelta observé a Ursicino que buscaba las escorreduras de la copa.

—Es un secreto, pero vamos a compartirlo con usted, ya que está en la cofradía. ¿No le parece, don Cosme? La cuba tiene unos tres siglos. Apareció incrustada en la muralla hace dos años, cuando hacían obras en la Colegiata. Un milagro la ha mantenido así, con el vino primitivo. A los buenos oficios de don Cosme debo el haber podido adquirirla. Y le ruego que mantenga el secreto. En el Cabildo hubo sus más y sus menos.

El rostro del canónigo había enrojecido.

—Imagínese al Cabildo pimplando este caldo venéreo —dijo Ursicino—. Un peligro para las Esclavas que les atienden, ¿eh, Parra?

—Por Dios, Ursicino, ata un poco la lengua.

Gabriel se había separado de nosotros y estaba al fondo de la bodega preparando algo con Toñín.

—¿Estamos listos? —preguntó.

—Vamos allá —contestó don Paciano.

Sobre una mesa tocinera, cerca de la pila y el grifo, había seis cuchillos con una cinta de distinto color atada al mango de cada uno. De una jaula arrinconada en el suelo llegaba el nervioso ronroneo de unos bichos, sin duda los inocentes a que se había referido el anfitrión.

—¿Las armas se rifan o a boleó? —preguntó Olmedilla.

—Un momento, señores —dijo don Paciano—. Tenemos un invitado y hay que explicar el reglamento. Aquí en la jaula hay seis cochinitos. Las cintas de color coinciden con unos lazos que cada uno lleva atados al pescuezo. Vamos a soltar los bichos y cada cual tiene que cazar al del color adjudicado. Una vez en su poder, querido Parra, no hay más remedio que proceder a la degollación. Aquí todos somos Herodes. Gana el primero que lo caza y lo ventila. Balbina nos está esperando con el horno a punto. Cada cual se zampa a su víctima. ¿Qué le parece? Es un juego divertido y, a veces, bastante difícil. Los cochinitos disponen de toda la bodega y ya verá qué demonios. ¿La puerta está bien cerrada?

—Sí, don Paciano —afirmó Toñín.

—Los cuchillos, los trapos —repasó el anfitrión.

—Todo en orden —dijo Gabriel.

—Pues hala, Parra, elija usted arma.

Miré los cuchillos.

—Todos son iguales, ¿no?

—Pues sí. Las preferencias van por el color. Quien más y quien menos tiene sus manías.

—Me quedo con el verde.

—Que haya suerte —me deseó don Paciano entregándomelo—. Señores, el resto va hoy por orden de antigüedad en la cofradía. Yo elijo el rojo.

—Yo el azul —dijo Gabriel.

—Yo el negro —señaló don Cosme.

—Hasta en eso se les nota —masculló Ursicino que tomó el blanco después de que Olmedilla cogiese el amarillo.

—Bien, señores, pues a colocarse.

Avanzamos hacia el centro de la bodega y allí nos abrimos en abanico mirando hacia la jaula.

—Adelante, Toñín, espabílalos —ordenó don Paciano.

Toñín abrió la jaula. Los gruñidos crecieron y los cochinitos fueron asomando los morros agrupados en una común tiritera.

—Ah —dijo Mariano Olmedilla engolando la voz—, ahí están. Cómo me late el corazón.

—La boca se me hace agua —confesó Ursicino.

—Sonrosados y temblones como niñas —aseguró Gabriel.

—Vamos, vamos, gordezuelos, no seáis tímidos —dijo don Paciano.

Los cuchillos eran blandidos con una exagerada demostración de prepotencia, como punzantes señales de una amenaza mortal.

Don Cosme y yo nos manteníamos en un segundo término. El canónigo limpiaba la hoja de metal en la sotana y sonreía ante las frases envalentonadas de los compañeros.

—Cuando lo coja sujételo bajo el brazo y ciérrele la boca con la misma mano —me aconsejó.

—Arréales, Toñín, que están como atontados.

Toñín golpeó la jaula. Los cochinitos, con los lazos anudados al pescuezo, parecían personajes de una fábula infantil. Apretados unos contra otros seguían tiritando.

—Dales candela, joder —pidió Ursicino.

Toñín cogió una rodea y golpeó a los bichos, que comenzaron a moverse nerviosos.

—Ya, ya —decía Mariano Olmedilla—. El corazón se me sube a la boca. Señores radioyentes, la cara imberbe de los cuitados refleja pavor. Ah, cerdos impuros, hijos de la gochera.

—Os daré chicharrón —prometía Ursicino.

—Vamos, vamos, gordezuelos malandrines. Venid a probar la hoja —amenazaba don Paciano.

Toñín arremetió de nuevo y los cochinitos se dispersaron veloces.

—Señores, al ataque. A quien Dios se la dé San Pedro se la bendiga.

—Y carajonada para el último.

La búsqueda no comenzó a clarificarse hasta que superamos la inicial confusión. La mayoría de los cochinitos habían buscado refugio bajo las andanas, y era preciso arrastrarse por el suelo para detectarlos. Decidí lanzarme al juego orillando cualquier remilgo que me dejase relegado en la cofradía.

—Está ahí, está ahí —gritaba Ursicino Lesmes intentando meter el brazo entre dos calzas. Su cuchillo rebuscaba lo más lejos posible y su cara enrojecía con el esfuerzo.

Don Paciano corría por el centro de la bodega después de haber logrado sacar un bicho. El cochinito volvió hacia las andanas y el anfitrión estuvo a punto de perder el equilibrio.

—Condenado —gritaba.

Mariano Olmedilla rebuscaba arrastrándose en una zona donde había cajas de botellas amontonadas.

—Lo oigo, lo oigo —murmuraba—. Ah, infecto lechón, puerco mamoncillo, te voy a sarjar, no lo dudes, espera y verás.

Di varias vueltas de un lado a otro. Al cabo de unos minutos todos parecían tener localizadas sus presas.

Don Cosme salía a gatas de debajo de las escaleras con la frente sudorosa, recogida la sotana. Me hizo una seña y fui hacia él. Con la cabeza me señaló el lugar de donde salía.

—Ya, ya —gritaba Ursicino en ese momento—. Lo pinché, lo pinché.

Un chillido que venía de donde estaba Olmedilla nos hizo mirar hacia allá. Su cochinito corría veloz y Mariano al revolverse chocaba con las cajas que caían al suelo entre un gran estrépito.

—Mamón, mamón —gritaba desesperado.

Don Paciano, nervioso, arrodillado en el suelo, continuaba la búsqueda. Toñín se había acercado a él y me dio la impresión de que le estaba ayudando.

Debajo de las escaleras, en el refugio de un rincón polvoriento, dos cochinitos se apretaban temblorosos. Distinguí los lazos verde y negro. Don Cosme asintió cuando le di a entender que intentaría atrapar el mío.

—Puerco pestilente —gritaba Ursicino—, te voy a dar más estocadas que Lagardere. Sal, sal.

Toñín se colaba tras las andanas y don Paciano aguardaba de rodillas con los brazos abiertos, blandiendo el cuchillo en la derecha.

Me introduje bajo la escalera y avancé a gatas intentando no hacer ruido. Don Cosme se situó a la otra parte, a la expectativa. Logré llegar muy cerca de los bichos. Dejé el cuchillo en el suelo y me lancé sobre el mío con las dos manos.

El lazo se me deshizo entre los dedos. El animalillo corrió hacia mí y logré sujetarle entre las piernas. Don Cosme había atrapado al suyo y se incorporaba sujetándolo por el rabo.

Un grito de dolor sucedió al estruendo de una caída en plancha. Gabriel Llanos había apresado su bicho cerca de la mesa tocinera, pero el animal se le había escapado y, al correr tras él, se había caído. Fui a echarle una mano.

—Deja, deja —me dijo—. Lo voy a ahogar —amenazó con el rostro retorcido de dolor—. Te juro que cuando lo pille lo ahogo.

Don Cosme caminaba hacia la pila mostrando ufano su cochino que emitía unos chillidos desesperados. Ursicino le miró con el rostro encendido de envidia.

—Canónigo matancero —masculló.

Mariano Olmedilla salía de debajo de las andanas, cerca de la cuba tricentenaria, arrastrando su animal. El cabello revuelto y plagado de telarañas, las manos negras y la camisa salpicada de porquería.

—Ya cayó, Parra, ya cayó. Y merece una muerte lenta.

Toñín también salía de debajo de las andanas con el bicho de don Paciano. El anfitrión se lo arrebató y el chico le ayudó a levantarse.

Sobre la pila don Cosme Braña terminaba con la vida del cochino, que vertía una sangre espesa, mientras se aquietaba entre intermitentes espasmos, perfectamente sujeto bajo el brazo izquierdo del canónigo. Mariano Olmedilla pretendía imitar la destreza de don Cosme, pero el animalillo se le escurría con peligro de escapársele.

—Bien trabado al sobaco —le indicó el canónigo— y flexione más el brazo, así. Me situé en medio de ellos dispuesto a estrenarme de matarife.

—Ya viste —me dijo Mariano con sigilo—, al puta de don Paciano se lo cazó el chaval. A mí me da lo mismo, pero el juego es el juego.

El anfitrión pedía espacio ante la pila. Don Cosme alzó su bicho muerto con una sonrisa de campeón.

—Los de Prioro los primeros —dijo satisfecho.

—Y los más enmierdados —le contestó Mariano, que estallaba en una carcajada—. Miren, miren, a don Cosme se le cagó el mamón en la sotana.

—Así huele aquí —se quejó con Paciano pinchando de mala manera a su bicho.

De la sobaquera calcinada de don Cosme pendían los ralos excrementos. El canónigo tiró su animal sobre la mesa.

—Chaval, chaval —llamó a Toñín—, dame trapos.

Ursicino Lesmes venía con un gesto de derrota, sudoroso y ensangrentado. Su cochino agonizaba en sus manos.

—Le cagó, ¿eh?, pues ya nos va a dar la noche con el olor a mierda. Tanta prisa para acabar así, no te digo.

Toñín recogía los cadáveres en una artesa para subírselos a su madre. Los matarifes nos lavábamos en el grifo de la pila.

—Gabriel —llamó don Paciano volviéndose—. ¿Pero qué le pasa?

Gabriel Llanos estaba sentado en una andana con la mano izquierda en la frente y el cuchillo en el regazo. Nos miró moviendo la cabeza.

—Se me va en seguida —confesó—. Me mareé un poco con el golpe.

—¿Y el cochino? —preguntó don Paciano.

—Por ahí.

—Señores, la cacería aún no ha terminado. Ármense de nuevo y cobremos la pieza que falta.

—¿Por dónde se escondió? —preguntó Ursicino.

—No sé, no sé, por ahí —dijo Gabriel.

—Tómame media copa de la cuba del Cabildo —le ordenó su jefe—. Te entonará.

Gabriel no se hizo repetir la invitación. Se incorporó con un gesto de enfermo del estómago y caminó hacia la cuba.

—Bien, señores, cada cual por un bando —ordenó don Paciano muy metido en su papel de capitán de regulares—. El que lo cace se gana una copita del elixir.

Como tras la proclama del padrino rumboso en un bautizo de primera los invitados se lanzaron a la carga.

Arrastrándose por el suelo, subidos a las andanas, saltando entre las cubas, la

búsqueda se convirtió en un desaforado rastreo del que don Paciano y yo en seguida quedamos fuera. El polvo y el sudor moteaba los rostros de los esforzados perseguidores.

Gabriel Llanos paladeaba la copa con sorbos distanciados y glotones. Una rara atracción que emulaba en mi paladar el fuego delicioso de aquel vino me hizo envidiarle por unos instantes.

El gruñido chillón del cochinito fugitivo surgió de la esquina de las escaleras. Un ruido de voces y disputa acompañó en seguida los lastimeros chillidos.

Don Cosme asomaba la cabeza entre una nube de polvo y mostraba las manos cerradas sobre el pescuezo del animal.

Como impulsado por un fuerte empujón cayó hacia adelante sobre el bicho, cuyos chillidos se transformaron en una agudísima queja.

Ursicino Lesmes caía sobre el canónigo y Mariano Olmedilla, que tosía atragantado, empujaba con cierto disimulo a don Cosme para que soltase el animal.

Don Paciano y Gabriel comenzaron a reírse.

—No se lo sacan —dijo el anfitrión—. Os apuesto lo que sea a que no se lo sacan. Estas mulas canónicas de Prioro son la hostia.

—Y el pichas de Mariano —dijo Gabriel— ahí tirado como un robaperas. Luego por la radio parece el jicho.

Olmedilla nos miró, hizo un gesto de complicidad y vino hacia nosotros sacudiéndose.

—Este cura no juega limpio —afirmó—. Pero uno se divierte, ¿eh? Don Paciano, la copita me parece que nos la hemos ganado.

—Ni hablar del peluquín, Mariano.

—Yo lo decía porque dimos el callo. El cura se la va a chupar seguro, y le digo yo que no juega limpio. Estoy seco.

—Todas las pipas son tuyas menos ésta. Anda, Toñín, trae unas copas que estos señores quieren refrescar. Abre tú la espita de esa manzanilla, Gabriel, que les va a gustar.

Ursicino Lesmes había derribado a don Cosme al intentar éste incorporarse. La voz del canónigo tronó amenazadora.

—Inténtelo otra vez y le rompo la crisma.

—Ya será menos —decía Ursicino separándose—. Suelte el bicho que lo vi yo primero. Y Mariano también.

—No es quien lo ve, sino quien lo caza. Esos señores son testigos de que soy yo quien lo tiene.

—Venga, suéltelo ya, que las trampas campan.

—Si esto va a acabar en pelea, que no sea en mi casa —advirtió don Paciano—. Don Cosme ha ganado y para él es la copa.

—Primero, con su permiso, sacrificaré al marrano —dijo don Cosme yendo a la pila.

—Dame esa copa, Gabriel —pidió Olmedilla con sigilo—. Y usted, don Paciano, mutis y chitón.

—¿Qué vas a hacer?

—Hay que comprobar de una vez si es tan catador como presume.

—Bueno, bueno —acordó don Paciano—. Yo me voy a echarle una mano con el cochino. Ni veo ni oigo.

Mariano Olmedilla llenó media copa del vino tricentenario, se fue un momento detrás de las cubas y regresó con la copa llena.

—Toma, Gabriel, y simula que la estás llenando cuando venga.

Gabriel y Ursicino hacían esfuerzos para contener la risa. Mariano se abrochaba la bragueta.

—Hala, Toñín —dijo don Paciano al cabo de un rato— toma la artesa y súbela. Ya está el completo.

Don Cosme se lavaba en el grifo.

—Qué, ¿ya la habéis enredado?

—Un vino de la mejor cuba —dijo Gabriel—. Y de la espita no quiero hablar para no echarme flores.

—Eres el demonio.

Don Cosme se acercó bajando las mangas de la sotana. Gabriel simulaba en ese momento que llenaba la copa.

—Ahí tiene —le dijo—. Hoy, Prioro, doble premio.

Todos los ojos controlaban con solapada atención al canónigo, que cogió la copa que le ofrecía Gabriel. Lo primero que hizo fue acercársela con mucha ceremonia a la nariz. Un silencio que podía romper el inminente estruendo de una carcajada acompañó los sucesivos olfateos.

—Don Paciano, este vino está perdiendo. Ya no es aquel aroma.

—No sé —dijo el anfitrión.

Un sorbo solemne seguido de una ampulosa degustación hizo torcer el gesto al canónigo.

—Como más flojo. ¿No habrán movido la cuba?

—Está como el primer día —opinó Olmedilla que a duras penas podía contener la risa—. Eso dicen los expertos.

—¿Lo ha probado usted hoy?

—No, hoy no he tenido el gusto.

—Pues tenga, eche un trago. Ya me dirá.

—Estoy con la manzanilla —dijo Olmedilla apurado—. Si es que se las da usted de catador y en Prioro no saben lo que es un viñedo.

—Desde hace años todo el vino que se consume en La Colegiata lo compra un servidor. Y no me la dan. Usted sabe de sobra que para consagrar se necesita género de confianza, tan puro como la harina para las hostias.

—Bueno, señores, avivemos —advirtió el anfitrión—. Lo que había que hacer

aquí abajo ya lo hicimos.

Don Cosme bebió la copa de dos tragos. Todos nos quedamos mirándole. El canónigo aspiró con fuerza, se limpió los labios en la manga y sonrió satisfecho.

—De todas formas —dijo— hay que reconocer que es un vino imperial.

Las cadenillas de cristales de la ampulosa lámpara del salón tintineaban como acariciadas por una brisa enigmática, o acaso el reflejo de luces y lumbre hacía espejear los cristalinos simulando la sensación de movimiento y sonido en los escasos momentos de silencio, apenas un lapsus en las precipitadas masticaciones o la coincidencia al apurar las copas.

Al entretenerme en contemplar ese leve cabrilleo tomaba conciencia de la desmedida ingestión y de los palpables efectos del alcohol: una aérea pesadez, la sensación de no poder moverme y, al mismo tiempo, de estar volando con un placer espumoso.

La cena había comenzado con los entremeses de Balbina, como me anunció don Paciano al servirme: las fuentes colmadas de cecina, chorizo y lomo, las morcillas humeantes y los entrecallados y pizpiernos.

En la enorme mesa nos habíamos colocado conservando distancias que permitían la compañía de un jamón encetado para cada comensal, del que uno se servía a su gusto. Don Paciano me había sentado a su derecha.

Las conversaciones fluctuaban entre apasionados comentarios a la generosa mesa, comparaciones con otras cenas y pronósticos para las venideras, lleno el salón de una algarabía progresivamente matizada por la jocosidad etílica.

A las fuentes de entremeses sucedieron fuentes de mariscos: gambas, ostras, nécoras y colas de langostas. Toñín y Balbina iban y venían veloces, intercambiando platos limpios, abriendo y ofreciendo botellas.

La pericia y habilidad de los comensales podía causar vértigo. Mi estómago respondía como excitado por aquellas máquinas voraces, cuyo más eximio ejemplo era el propio don Paciano: sudoroso y lentamente tiznado por esas exuberancias congestivas que transforman el rostro en una brillante bola como recién sacada del horno.

El aroma de la merluza a la cazuela, amplias rodajas entre la salsa crepitante adornada de angulas, almejas y pimientos, despertó una entusiasta salva de aplausos.

—Es la especialidad de Balbina —me ilustró el anfitrión—. Una merluza regia como no se puede comer ni en el mismo Pardo.

Balbina sonreía feliz ante tanta admiración, emocionada por los parabienes, segura de sus artes culinarias.

Los cochinitillos llegaron después, dorados y abiertos en canal, cada uno en su fuente. El lazo sobre los brillantes lomos para que cada cual distinguiese a su víctima.

En ese momento don Paciano, no sin ciertas dificultades, se puso de pie y todos le

imitamos. Su brindis rememoraba, con un barroquismo vinatero, la gloria de las antiguas cacerías y nos exhortaba a comer sin encono a nuestras succulentas víctimas.

—Parra, no le dé tregua al mamoncete, y sírvase jamón, que apenas le veo rebanar.

—Voy haciendo lo que puedo, don Paciano, se lo aseguro.

—¿Le va este tinto berciano?

—Exquisito.

—De cosecha republicana, ahí donde lo ve. Cien botellas que requisaron los de la escuadra Ledesma y que compré a real. Lástima que se acaban.

La carne grasienta del cochinitillo despedía, al partirla, un aroma que saturaba mi ya repleto estómago. Mastiqué un trozo que se deshizo en mi boca como un pedazo de mantequilla.

—Somos, ante todo —decía don Paciano con un acento filosófico de tercera división—, barro de aquí abajo. Y con agujeros para las llamadas funciones capitales. A saber: tragar, descomer y el otro asunto. Así nos parieron. Qué condición la nuestra.

Con las manos, pringándose sin muchos remilgos, iba dando cuenta del cochinitillo con bastante velocidad.

—Barro, sí señor —replicaba don Cosme que tenía atada la servilleta al cuello y manejaba su cochino con una destreza admirable—. Pero barro con alma. Que a su imagen nos hizo el Creador.

—Le salimos ranas —opinó Olmedilla—. El barro tira al barro y este cielo de la tierra nos gusta demasiado.

—Torpe equivocación —advirtió el canónigo—. Por muchas vueltas que se le dé esto es un valle de lágrimas. Aquí el hombre está como el viajero en el andén.

—Yo me quedaba —confesó Ursicino que chupaba y escupía los huesecillos—. A mí con estos panoramas me sobra lo demás.

—Usted, don Cosme, que es teólogo, a lo mejor nos saca de dudas —dijo don Paciano.

—Tanto como teólogo. Servidor cursó la teodicea, pero no es ninguna autoridad.

—A mí me pica la curiosidad de saber qué se hace en el cielo —dijo don Paciano—, que eso casi nunca lo explican. Aquí abajo tanto moverse y bregar pero allí, ¿qué?

—Y a mí —apostilló Ursicino—. Por lo que cuentan es como estar papando moscas entre algodones.

Don Cosme rebanaba una loncha de jamón.

—El cielo no puede explicarse —dijo—. Aquello, por lo que sabemos, no es un sitio, no es como este salón. Es un estado feliz ante la presencia divina.

—Pero, bueno —replicó Olmedilla—, allí uno está de cuerpo presente, ¿no? Entonces el cuerpo querrá seguir con lo suyo, digo yo.

—¿Los tíos y las tías están juntos? —preguntó Ursicino con insolencia—. ¿Se está en porreta, en taparrabos o vestido?

—Se está en gracia —dijo don Cosme molesto mientras comía el jamón—. Y tenga usted muy en cuenta que al cielo van los menos.

—Vaya un rollo —le replicó Ursicino, que se chupaba los dedos—. Si al menos fuera un vergel y todos como Adán y Eva viviendo a la intemperie.

—Son misterios que a uno le preocupan, ¿verdad, Parra? Y ustedes tenían que explicarlos más. Si aquí hay que pringar para que luego lo dejen entrar a uno, pues hay que saber lo que dan.

—Y como no se sabe, pues lo que yo digo: que los agujeros funcionen todo lo que puedan aquí abajo, que allí arriba según llegas lo primero que hacen igual es taponártelos.

Me resultaba imposible seguir comiendo. Simulé entretenerme con una loncha de jamón. Don Paciano daba fin a su cochinillo y vaciaba de un trago el vaso. El resto de los comensales llegaban a la meta salpicados de un sudor grasiento, como si la transpiración se nutriese directamente de aquella carne mantecosa. Un hondo suspiro acompañaba el final, como si en el límite las respiraciones buscasen alivio bajo el peso de los cuerpos abotargados y de los estómagos rellenos.

—Soberana pitanza, que agradece la panza —declamó Ursicino Lesmes, que limpiaba la cara con la servilleta.

—Venturoso banquete, que liberará el ojete —dijo Mariano Olmedilla.

—Festejo estomacal, delicia terrenal —sentenció Gabriel.

—A Dios agradecidos, comidos y bebidos —dijo don Cosme santiguándose.

—¿Con qué sorpresa nos va a endulzar ahora Balbina? —preguntó Mariano aflojándose el cinto.

Toñín acababa de recoger los platos y su madre venía con dos fuentes llenas de hojaldres.

—Usted ha visto lo que da de sí esta mujer —me dijo don Paciano—. Pues como repostera todavía gana. Un mirlo. Y pasiega como yo.

Los hojaldres desaparecían por arte de magia y en los rostros la huella del azúcar nevado ponía esa nota de golosa diversión.

—Traer ya el champán —pidió don Paciano—. Ayuda tú a Toñín —le ordenó a Ursicino.

Ursicino Lesmes se levantó apoyándose en la mesa, dio un tumbo y empezó a caminar como un resucitado. Al cabo de un rato regresaba con Toñín sujetando entre ambos un enorme balde lleno de botellas de champán recubiertas de hielo troceado.

—Anda, Gabriel, ir abriéndolas, que ya está aquí el brazo de gitano.

Balbina portaba otras dos fuentes con dos brazos de gitano meticulosamente adornados.

—Voy a servirle —me dijo don Paciano poniendo en mi plato un trozo enorme—. Y va a ver lo que es un brazo de verdad.

Las explosiones del champán motivaron un grito alegre de Ursicino ruidosamente contestado por todos. Cuando las copas estuvieron llenas el anfitrión volvió a

levantarse, con mayores dificultades, y brindó arrastrando las palabras.

—Mañana —dijo— inauguraremos las oficinas nuevas y allí tendremos ocasión de hacer un brindis público. Hoy es aquí, entre amigos cofrades, a quien yo agradezco el derroche de amistad y de cariño que me profesáis. Brindo por los nuevos locales.

Bebimos. Las figuras erectas alrededor de la mesa me pareció que viraban hacia los lados. El champán francés tenía ese paladar de hormigueante reliquia.

La brillante nebulosa de burbujas había dado paso en mi cabeza a un humo deshilachado e intoxicador. De cuando en cuando cerraba los ojos y la oscuridad comenzaba a moverse. Era una borrachera densa, pertinaz como una niebla casi sólida, y todos los músculos de mi cuerpo habían tomado esa consistencia pétreo que produce la impresión de una irrevocable inmovilidad. Los cabrilleos de los cristales de la lámpara me hacían pestañear y el fuego sereno de la chimenea alimentaba en mis pupilas una terca obsesión de vagas irrealidades.

El sopor mantenía a los comensales embebecidos en un gesto de ausencia, como si un mago invisible hubiera ejecutado el número de la hipnosis colectiva. Don Paciano cabeceaba manteniendo el puro apagado en la boca, derramando la ceniza sobre la entrepierna. La media metálica y musical del reloj vino a romper aquella momentánea crisis. De nuevo las explosiones del champán enardecieron los ánimos.

Ursicino Lesmes le hacía una apuesta de resistencia a Mariano Olmedilla.

—A morro. Gabriel cronometra.

Don Paciano abrió los ojos, cogió la copa de coñac y bebió un trago.

—Parra —me dijo—, tenía que hablar con usted.

Su voz se arrastraba con un acento ronco.

—Si pudiéramos sentarnos allí —propuso señalando los sillones cercanos a la chimenea.

Ursicino y Mariano, completamente descamisados, se disponían a comenzar la prueba mientras Gabriel alzaba una mano atento al reloj para darles la señal. Don Cosme cabeceaba con la barbilla hundida en el pecho.

Llegamos a los sillones dando un tambaleante rodeo. Don Paciano se apoltronó con un hondo suspiro.

—La botella, Parra —dijo contrito suplicando mi colaboración.

Volví a la mesa, cogí la botella de coñac y las copas. Algunas sombras navegaban como barcos fantasmas. Toñín estaba dormido en el suelo cerca de la puerta. Ursicino y Mariano iniciaban la apuesta. El champán desbordaba sus bocas regando los pechos descubiertos.

—Gracias, Parra, gracias. Es usted de esas personas que da gusto.

Esforzándose en una premeditada lentitud las palabras del anfitrión surgían enteras, apenas desgastadas por la pastosidad de su lengua que buscaba el coñac para refrescarse.

—Usted me conoce de sobra —dijo—. Y sabe que tengo enemigos aquí. Nunca me gustó estar contra nadie, pero cuando a uno lo pisan, ¿qué hay que hacer? O te revuelves o te resignas.

Su mirada parecía atraer una violenta melancolía plagada de recuerdos tamizados por el alcohol.

—Lo que yo he sido en esta ciudad usted lo sabe bien. Y quiero seguir siéndolo, Parra, tengo derecho a un respeto. Nunca ambicioné nada fuera de lo mío, y siempre anduve con la cabeza muy alta. Pero me quieren tirar a la cuneta. Y eso, ¿cómo voy a consentirlo? Si, además, son un puñado de ratas.

Hizo un gesto con la mano hacia la botella. Le serví.

—No sé si con esto le aburro, Parra. Le hablo de amigo a amigo. Quiero tenerlo a mi lado. Llegó el momento de poner las cartas sobre el tapete. Me bloquean los negocios, me queman la sangre. Y todo es una labor escondida, llena de inquinas y maquinaciones. Higinio Peralta y Sebastián Riello me la tienen jurada.

Las manos de don Paciano accionaban rígidas y la derecha se cerró al nombrar al secretario del Gobernador y al concejal del Matadero.

—Yo por las buenas lo que se quiera, el menos pintado me lleva al huerto. Pero a las malas no. Hasta ahora me callé y aguanté mecha, pero ya no, ni hablar.

La voz estridente de Mariano Olmedilla cantó su triunfo en la apuesta. Ursicino Lesmes pedía la revancha.

—A éstos tengo que darles la batalla, con las armas más parecidas. Y usted me puede echar una mano, Parra. Usted que es periodista y sabe cosas.

Seguía con cierta dificultad la voz del anfitrión que iba declinando hacia un sordo ronroneo. Asentí con esa convicción del borracho que se esfuerza en no parecerlo. Don Paciano dibujó una sonrisa como una mueca.

—Con la misma piedra puedo descalabrar a los dos. El que las ratas estén juntas lo hace más fácil.

—Uno lo que buenamente pueda.

—Le cuento lo que tengo pensado. Quiero meter a Isaurín de concejal, tener a mi chico allí, en el Ayuntamiento, para no andarnos por las ramas. ¿Qué me dice?

—Que será difícil, ¿no?

—Claro, claro, pero por debajo vamos a trabajar a éstos. Lo que necesito es pasarles por las narices la mierda que tienen almacenada. En el «Vespertino» ya sé que cuento para aupar a Isaurín, en esa casa se me quiere. Es un chico de poco espíritu, pero que vale, hizo hasta tercero de Comercio.

Una botella de champán reventó en el suelo. Mariano Olmedilla reía como presa de un ataque de histeria. Ursicino se incorporaba con la cabeza chorreando. Toñín se despertaba asustado.

—Vaciar el balde —ordenó Gabriel—, que vamos a llenarlo de champán. Toñín, trae más botellas. Y acerca una escoba para limpiar esos cristales, no vaya a ser el demonio.

—De todo lo que se traen esas ratas —continuó don Paciano— lo más sucio es lo que meten en el Matadero Municipal. Un negocio de miserables.

—Ese asunto siempre me interesó —le confesé.

—Ya, y ahí le quiero ver, Parra, sáquemelo a flote completo. Para pulverizarlos. Aquí no, pero en Madrid todavía me quedan ganchos.

La lengua del anfitrión chasqueaba saboreando el coñac. En sus ojos se acentuó una chispa malévolamente y satisfecha.

—Nombres, fechas, sitios.

—Lo que quiera. O más de lo que quiera.

—¿Más?

—Escarbando en la basura se llega lejos.

—Cuenta.

Llené mi copa. La chimenea languidecía con un rescoldo agradable. Encendí un pitillo.

El calibrado resumen hizo feliz al anfitrión, que me escuchaba con esa avidez del buey suelto que vaga por los caminos que le llevan al prado.

Mi cabeza había encontrado un alivio en la espesura de la niebla, como si las palabras sirviesen para asegurar una claridad que el alcohol quería velarme. Me agradaba aquella demostración que poco a poco iba dejando a don Paciano boquiabierto.

—Eso es definitivo, Parra. El incendio y el muerto son el colmo.

—Bueno, el asunto es delicado, ya se puede imaginar.

—Claro, claro, pero no se preocupe. Queda entre usted, Gabriel y yo. Con Gabriel es con quien tiene que entenderse, ya sabe lo que es para mí. Y, por Dios, en cuestión de dinero lo que sea, carta blanca. Hay que concretar algunas pruebas, lo suficiente para que se vean en un brete.

—Puedo trabajarlo.

—En la cabeza, ahí quiero darles, justo detrás de las orejas, como a los conejos.

—Eh, Parra —me llamó Mariano Olmedilla que bandeaba hacia nosotros—. Llegó el momento de abreviar. Venga, don Paciano. Ya está lleno el balde y los cofrades dispuestos.

Don Paciano sonrió golpeándome con la mano en la rodilla.

—Hay que cumplir —dijo—, si no se enfadan.

Gabriel y Ursicino vertían las últimas botellas. La espuma del champán desbordaba el balde. Toñín retiraba los cascotes vacíos. Don Cosme Braña dormitaba recostado en la mesa sobre el jamón.

—Hala, hala, despertar a don Cosme —ordenó don Paciano—. O todos o ninguno.

Ursicino se incorporó tambaleante con la botella medio llena en la mano. Fue hacia la mesa, se colocó detrás del canónigo y le derramó el champán en la cara.

—Maitines, señor chantre.

Don Cosme se revolvió asustado y furioso. Ursicino quedó quieto, esgrimiendo la botella como una estaca.

—Abrevemos en paz y concordia —pidió don Paciano.

El canónigo se limpiaba con una servilleta. Las chispas salían de sus ojos enfurecidos. Ursicino dejó la botella en la mesa y vino a reunirse con nosotros.

Por un momento tuve la claridad suficiente para comprender la situación de los cofrades. El fragor de la borrachera apenas se reprimía en la ya inestable situación.

—Señores —dijo don Paciano—, abrevemos ahora que todavía podemos.

El círculo de cabezas se cerraba sobre el balde en aquella postura bastante fatal. El champán salpicó mis narices, llevó a mi boca un momentáneo hormigueo de acidez. El rumor de las absorciones rememoraba fielmente al de los cuadrúpedos en el pilón.

De improviso aquel mar de burbujas comenzó a alterarse, el líquido creció cortándonos la respiración y saltamos hacia atrás atragantados.

Ursicino Lesmes había cogido a don Cosme por el cogote sujetándole con ambas manos y le metía la cabeza en el champán como intentando ahogarle. Don Cosme aleteaba violento con los brazos. El balde se volcó al fin, inundándonos.

Don Cosme, congestionado, se abría el cuello de la sotana, arrastrándose por el suelo, entre arcadas. Ursicino reía enloquecido.

—Por Dios, por Dios —gritó el anfitrión.

Don Cosme se incorporó con un aullido. De sus ojos manaba un manantial de ira. Avanzó hacia la mesa. El cuerpo le temblaba bajo la sotana. Cogió un jamón, lo alzó en el aire. Ursicino Lesmes apenas tuvo tiempo de volverse para salir huyendo. El golpe le dio en la espalda. Salió despedido y cayó como un muñeco roto al chocar contra la pared.

—Lo mató —gritó Olmedilla.

Corrimos hacia Ursicino. Su cuerpo permanecía completamente inmóvil. Por unos segundos todos nos quedamos aterrados e indecisos. Entre Gabriel y yo le dimos la vuelta. De la boca le manaba un reguerillo espumoso.

—¿Respira? —inquirió don Paciano con ansiedad.

Gabriel le acercó el oído al pecho.

—No se le oye —dijo con la voz gangosa.

—Hostia, qué gran faena —gritó el anfitrión llevándose las manos a la cabeza.

El canónigo se acercaba remolón. De la ira había pasado al terror, que daba a su rostro el aspecto de un enfermo crónico.

—No respira, don Cosme, no respira —le dijo don Paciano—. ¿Dónde voy a encontrar yo otro como Ursicino? Y la familia numerosa.

—Déjenme darle la absolución —pidió don Cosme consternado.

—Quita —le pedí a Gabriel para poder auscultar.

Ursicino respiraba y ronroneaba con esa lejana y extraviada cadencia del durmiente que tiene más alcohol que sangre en las venas.

—Agua y un paño —pedí.

—Anda, Toñín —ordenó don Paciano.

Don Cosme se había abierto paso y se arrodillaba a nuestro lado. Movía la cabeza con ese torpe nerviosismo del culpable pillado in fraganti, vertiginosamente arrepentido.

—No se preocupe usted —le dije tirándole un cable—. De ésta sale.

Mojé en agua el paño que me daba Toñín y se lo fui pasando por la frente. El ronroneo de Ursicino se hizo más ruidoso.

—Lo mejor es acostarlo. Tiene que dormirla.

—¿No convendría llamar a un médico? —preguntó don Paciano.

—Mañana estará baldado, pero nada más.

—¿Y a la mujer?

—Le decimos que le sentó mal la cena y que se queda aquí a dormir —dijo Gabriel—. Yo la llamo.

—Pues, hala, cogerlo y meterlo en una cama. Vete tú delante Toñín.

Lo incorporamos y nos miró alelado. Sujetándole entre Gabriel, Mariano y yo lo llevamos cruzando el salón. A medio camino una violenta arcada le hizo revolverse sobre nosotros.

Tuve un sueño inquieto precedido de desveladas elucubraciones y me despertó el fuego graneado de la lluvia contra los cristales de la ventana.

Al secaño de la resaca, lejanas vaguedades del vino tricentenario y un eco de alcoholes espumosos convertidos en humo como fuegos de artificio, se añadía la externa humedad que podía ser un alivio, y el café doble cumplió su misión dándome las fuerzas necesarias para llegar al periódico limpio de telarañas.

Del reloj de la redacción pendían las nueve y media con ese cansancio mañanero que hace del tiempo una broma pesada, y el retrato de don Etlvino Alfageme parecía dormir en el desván, tan polvoriento el fundador, la mancha del sepia anegando la presencia adusta como una pátina de antigüedad y ruina.

—Cayetano y Afrodisio acaban de preguntar por ti —me advirtió Benito, en cuyos ojos brillaban dos legañas.

—Tiempo al tiempo, que con las prisas te puedes herniar —le respondí quitándome el abrigo y colgándolo en el colmado perchero—. Buenos días a todos —saludé acrecentando la voz como el notario cuando se dirige a los administrativos.

La modorra del personal apenas posibilitaba una contestación audible. Rovira retrepado en la banqueta mascullaba alguna enojosa jaculatoria, de esas que más que perdón y clemencia solicitan el maleficio para los enemigos. Don Baudilio trinchaba con las enormes tijeras los periódicos de la mañana. Chumilla agrupaba en sobres un montón de fotografías del archivo. Y Alipio leía los tebeos manoseados y húmedos del Guerrero del Antifaz, siempre a punto de sucumbir bajo el mandoble artero de Ali Khan.

—¿Vas tú a lo de las oficinas de don Paciano?

—En ello estoy.

—Menos mal —dijo Benito—. Esta noche me ha pegado una el hígado.

—¿Hay novedades?

—Las de ayer.

—Que con las de hoy serán las de mañana.

—Día más día menos. Las he pasado negras, Marquines.

—Pero ¿dónde te duele?

—Aquí.

—Privas demasiado.

—Me voy a poner a caldo y leche.

Me senté en mi mesa, rescaté los papeles de una entrevista con el Decano de la Veterinaria, que había dado una sonada conferencia pronosticando la absoluta decadencia de nuestra cabaña caprina, y comencé a escribir la entradilla.

—Esos te esperan —dijo Benito señalando el despacho.

—Ya llamarán.

Afrodisio asomó al cabo de un rato. Las gafas resbalándole por la nariz y la

corbata floja.

—Parra, ¿estamos o no estamos?

—Estamos laborando.

—Llevamos media hora —dijo con fastidio señalando su reloj.

En ese momento caí en la cuenta de que el día anterior me habían advertido de que a primera hora celebraríamos consejo.

—Remátame esta frase —le pedí a Calamidades.

—Tengo que rematar todo este embarque de pavimentaciones y alcantarillados —protestó.

Cayetano y Afrodisio compartían el despacho desde que los escapes del mingitorio, como le llamaba don Baudilio, habían forzado a abandonar el suyo al redactor-jefe.

—Adelante los madrugadores —dijo Cayetano al verme entrar.

—Director, que el buen sueño hace luego más fecundo el trabajo.

—Por las ojeras más parece haber estado velando un cadáver.

Las dos mesas unidas, los armarios, el perchero y las sillas, inundaban el limitado espacio.

Cayetano encendía la colilla del faria. El ojo de cristal era un faro muerto y su bigote canoso se teñía de nicotina como si el labio superior le supurara.

Sobre el infernillo, sujeto encima del radiador, murmuraba la cafetera.

—Anda, Afrodisio, desenchufa y llena los pocillos.

Nos sentamos. La murga de la lluvia en los cristales se acrecentaba con las rachas del viento. El café, como siempre, sabía a malta. Cayetano dio unos sorbos y nos miró desde la otra orilla del faro.

—Los del Consejo, como yo le decía a Afrodisio —informó muy serio—, dicen que hay que tomar medidas. La reunión de ayer no me gustó un pelo.

—Se meten con nosotros —confirmó Afrodisio enojado.

—Las cuentas no les gustan.

—Ni a ti, ni a mí, ni a nadie. Mejor es andar boyante que no salir lo comido por lo servido. Seguro que el picajoso de don Matías es quien más cizaña mete.

—Él y don Adriano.

—Otro que tal. Sólo por la facha ya se sabe cómo son. Nunca quisieron soltar una peseta. Y lo que me fastidia es que a don Jesús se le comen la moral. A base de lamerle el anillo e ir a palacio a fumarle los puros lo tienen en el bote.

—Los obispos, mientras más santos más pelanas —observé sin intención.

—Ahórrate esas gracias, Parra —dijo Cayetano.

—El día menos pensado se entrapa la rotativa y hay que hacer el periódico a tamponazos.

—Los tres mil no los levantamos ni por recomendación y estos últimos meses hasta hay más devoluciones.

—Ya, pero no nos engañemos —dijo Afrodisio—. O se renueva maquinaria o no

hay modo de lavarle la cara al «Vespertino». La gente lo primero que quiere al leer un periódico es no mancharse las manos. Qué más da que luego por dentro ofrezcas pan bendito.

—Y la publicidad —dijo Cayetano con pena visible.

—Mira, de eso ya hemos hablado tanto que huele —afirmó Afrodisio—. Ni Arsenio ni su cuñado son unos linceos.

—Ni van a espabilar —contestó Cayetano consternado—. Por eso hace falta echar ahí una mano.

El faro del director se clavó en mí como si descubriera un salvavidas en las aguas turbias. Le vi las intenciones con esa claridad desazonadora con que ve el reo avanzar al verdugo por el pasillo.

—Parra —dijo—, tienes que arrimar el ascua a la sardina.

—Director, no me metas ese rejo —supliqué.

—Si queremos taparles la boca a los del Consejo todos tenemos que esforzarnos y fastidiarnos. Te vas a responsabilizar de la publicidad por lo menos unos meses.

—Me trituras —confesé sabiendo que no tenía escapatoria.

—Hay que zumar, no queda más remedio —dijo Cayetano como el dolorido capitán que exhorta a la tropa teniendo él la moral muy baja—. Me metes en cintura a esos dos.

Afrodisio se había levantado para llenar otra vez los pocillos.

—También hay que pensar algo para salir de la rutina. Por lo menos dar la impresión de que se echa más carne al asador.

—¿Como qué? —preguntó Afrodisio.

El faro de Cayetano viró inseguro en la niebla. La colilla de la faria se le había vuelto a apagar.

—Algo, algo —gritó con cierto patetismo—. Una serie de reportajes punteros, alguna sección con gancho. Habrá que pensar.

—Yo ya lo he dicho mil veces —aseguró Afrodisio—. Lo primero, lavarse la cara. Un periódico que desprende borisa es como un calcetín sudado. ¿Y a que no se les ocurrió tomar medidas para arreglarnos lo del despacho? Aquí tenían que meterse ellos, en esta leonera. Cualquiera día le pido audiencia a don Jesús y me escucha.

—El señor obispo está muy ocupado con el Museo Diocesano. El «Vespertino», en el fondo, se la refanfinfla.

—Eso a nosotros nos rebasa —dijo Cayetano—. Lo nuestro es la profesión. Me vais a hacer el favor de darme media docena de ideas por escrito. De aquí a un mes verán de lo que somos capaces.

La malta me dejaba en la boca un sabor a regaliz enmohecido y del estómago me subían lacerantes vapores que sólo el bicarbonato podría paliar.

Un silencio desanimado llenó el despacho. El faro del director permanecía a la deriva y Afrodisio movía la cabeza con ese gesto de impotente y amarga reconvención que alimenta las úlceras.

Alipio el botones abría la puerta del despacho tras leves nudillos. Del fragor de las batallas de sus tebeos le quedaba el gesto aturdido y la voz inaudible. Musitó algo sin poder evitar el tufillo de la pólvora y el silbido de la flecha disparada por la ballesta desde la almena.

—¿Qué dices?

—Que le llaman por teléfono —repitió.

—Todo claro —confirmó Cayetano—, ¿o qué?

—En lo que a mi respecta, demasiado —le contesté levantándome—. Nunca me gustó la propaganda.

—Hay que tomarlo en serio. ¿Estamos?

—Vale, director.

—Y las ideas para mañana o pasado aquí encima de la mesa.

—Tampoco es para que aprietes.

El armonioso silencio de la redacción, todos a lo suyo como hormigas, apenas se salpicaba por el temblor de la lluvia en los cristales.

Cerré la puerta del despacho y fui a mi mesa. Cogí el teléfono. Una lejana señal de intermitencia me dio la impresión de que habían colgado.

—Sí.

—¿El señor Parra?

—Al aparato.

Hubo una vacilación en la voz femenina que parecía venir de muy lejos.

—Mire, usted no me conoce, yo quería verle si es posible. No le robaría demasiado tiempo.

—¿Es para algo relacionado con el periódico?

—Bueno, no, no con el periódico. Quería hablar con usted personalmente de un asunto privado. Perdona que le moleste así, me fastidia hacerlo, pero usted me disculpará.

—Bueno, si quiere pasarse por aquí. Estoy bastante ocupado, pero un rato podré atenderla.

—Preferiría que nos viésemos en otro sitio. Le llamo desde un café que se llama... Perdona un momento, voy a preguntar.

Hubo un corto silencio y la voz regresó dulce y suavemente temblorosa.

—Nacional. Se llama Nacional. Si a usted no le viniese mal aquí.

—¿Ahora?

—Cuando pueda.

—Me cae un poco lejos. ¿Usted tiene prisa?

—No, ninguna. Puedo esperar el tiempo que sea.

—Como dentro de hora y media —decidí.

—Estupendo. No sabe cómo se lo agradezco.

—¿Cómo se llama usted?

—Ernestina. Estaré en una mesa no lejos de la puerta. Le espero.

La comunicación se cortó. Volví a sentarme ante la máquina dispuesto a liquidar la entradilla de la entrevista con el Decano de la Veterinaria. Calamidades se acercó a cogerme un cigarrillo.

—¿A qué hora es lo de don Paciano?

—Doce o doce y media.

—¿Pero hay misa?

—Bendición.

—¿Y pimple?

—Aperitivo en el Capitol.

—¿Van esos? —señaló hacia el despacho.

—Cayetano seguro.

—No le he visto de tiros largos.

—Se irá a cambiar.

—Te veo allí, ¿eh, Parra? —me dijo Chumilla que también venía a coger un cigarro.

—¿Tienes que ir antes a algún sitio?

—A casa, a revelar un rato, ¿por qué?

—Por si podías acercarme en la guzzi al Nacional.

—¿Ahora?

—A eso de las once y media.

—Llévala tú, yo le pido la bici a Donato.

—¿De veras?

—Lo mismo me da el pedal.

Benito le encendió el cigarrillo a Chumilla.

—¿Qué dijeron esos? —preguntó bajando la voz.

—Que estamos hasta aquí —le respondí señalando la nuez.

—¿Y en el Consejo?

—Si me dejarais acabar este párrafo.

—¿A que del sueldo no hablaron?

—No me hagas reír.

—¿Pero va a haber o no va a haber bufanda? —inquirió Chumilla.

—Nos van a dar, pero un repaso. ¿Me dejáis?

—Estamos en el Astorgano tomando un café.

Se fueron. Del cajón de la mesa saqué el paquete del bicarbonato, le pedí a Alipio el botijo e intenté calmar las inclemencias de los jugos gástricos.

Una frase de elogio al señor Decano se me atragantaba después de enumerar sus múltiples publicaciones agropecuarias.

—Parra, ¿me vas a dar ese informe de la Cámara de Comercio? —preguntó Rovira.

—Lo tiene Cayetano.

—¿Cuántos folios son?

—Tres o cuatro.

—¿Y la entrevista de Antonio Machín?

—La tienes tú, te la dejé ahí ayer por la tarde.

—Siempre pasa lo mismo —murmuró levantando papeles—. Si me dejasen las carpetas quietas.

Afrodisio salió del despacho con unos papeles en la mano y las gafas cogidas por la patilla.

—Esto no me gusta, Parra —dijo dejándome los papeles en la mesa.

—¿Qué es?

—El reportaje de Benito sobre el Monasterio de Ardón.

—Pues díselo.

—No lo va a cambiar.

—¿Y qué quieres que haga yo?

—Que le metas pluma, que lo peines. Y tampoco estaría mal hablar con don Ángel, el arquitecto. De toda la Comisión de Monumentos será el que sepa algo. A Calamidades no se le ocurre.

Metí los papeles en el cajón de la mesa. Afrodisio fue a echar un trago al botijo.

—Ya viste por dónde nos salen, ¿eh? —me dijo después.

Me cogió un cigarrillo y lo encendió con la mano temblorosa después de ponerse las gafas torcidas.

—Si ése no se dejara acoquinar así —musitó cabeceando hacia el despacho.

—Estamos en la época de las vacas flacas, pero vendrán mejores tiempos —sentencié como un profeta de vía estrecha.

—Yo me lo voy a pensar —confesó Afrodisio—. Ofertas no faltan, aunque sean de la competencia.

—Pero cuesta moverse.

Paco el regente entraba embutido en su impecable guardapolvos azul.

—¿Está ahí Cayetano?

—Esperándote —le dijo Afrodisio.

—¿Qué se cuece? —preguntó curioso.

—Nada bueno.

—¿Y ayer en el Consejo?

—Ponernos pingando. Pero no te preocupes, que máquinas no te cambian. Aquí a la hora de invertir sólo se invierte mala uva.

Después del aguacero quedaba el viento libre con la ira apenas contenida y las veletas podían enloquecer en lo alto de las torres. Donato el conserje me sacó del portal la guzzi, que arrancó a la primera.

—La vida que la dan y ya ve usted.

—Es verdad.

—Por lo menos habría que petrolearla de cuando en cuando.

Salí por el bulevar. El viento me acometía como esforzado en detenerme. De la lluvia llegaban aisladas salpicaduras. Crucé por la Plaza de la Catedral a Generalísimo, para bajarla casi en punto muerto. Las palomas de San Marcelo se guarecían en la torre. El carillón de la Caja de Ahorros dio una media musical que resonó en la atmósfera húmeda.

El Nacional despedía un aroma de cafés matinales en el vacío de la media mañana, un aroma que surgía como de la pátina de los divanes rojos, macilentos y ajados, y de las superficies de las mesas de mármol, donde el círculo oscuro y diminuto de los pocillos era una señal de imperturbables constancias.

Por los amplios ventanales entraba la luz nublada y triste y en un principio no vi la figura de aquella muchacha solitaria, que en seguida se destacó como haciendo intención de levantarse.

—Hola —me dijo tendiéndome la mano.

—Hola —le contesté estrechándosela, retirando después una silla para sentarme frente a ella.

Una sonrisa cordial y franca emanaba de un rostro dominado por los ojos, azules y cálidos, quietos en la cercana contemplación, sin el menor atisbo de timidez. La sonrisa parecía que iba a estallar en un divertido desahogo.

—Me había hecho a la idea de que usted era mayor —me confesó.

—¿Y eso?

—No sé, una tontería. Pero como de cincuenta años y calvo.

Un abrigo azul marino ligeramente vencido por el tiempo y un pañuelo granate al cuello, el pelo castaño ligeramente corto, los labios apenas pintados.

La primera impresión fue la de una imagen familiar recobrada sin claridad: alguna de aquellas amigas de la niñez, transformadas por el mismo tiempo que ha transformado a uno.

—Me dijo que se llamaba Ernestina.

—Sí, aunque los amigos me llaman Tina. Si usted quiere llamarme Tina se lo agradezco.

—Yo me llamo Marcos.

—Pues encantada. Y se me quita un peso de encima al ver que ni tiene cincuenta años ni está calvo.

—Todo se andará.

Un camarero se había acercado. Pedimos dos cafés. Tina se quedó un momento pensativa. Después volvió a mirarme.

—Será mejor tutearnos —propuso.

—Desde luego.

La sonrisa se mezclaba ahora con el gesto de desaliento. Yo la miraba con

creciente curiosidad.

—No te creas que ando por ahí llamando por teléfono a todo el mundo.

—No me creo nada.

—Hace dos días que llegué y no pisaba esta ciudad desde hacía tres años por lo menos. Todo sigue lo mismo, ¿eh?

Lo había dicho mirando por el ventanal como si advirtiera las mismas caras cruzando el paso de peatones de Ordoño II.

—Tampoco es que haya vivido mucho aquí. Soy de un pueblo que se llama Serrilla, ¿lo conoces? Llevaba viviendo mucho tiempo en Barcelona y ahora me voy para Oviedo. Estoy de paso.

Volvía la sonrisa como disculpando una inútil confidencia. El camarero nos trajo los cafés. En silencio disolvimos con la cucharilla los terrones de azúcar.

—¿Qué te parece la faena? —me preguntó antes de dar un sorbo.

—¿Qué faena?

—Hacerte venir hasta aquí para contarte cuatro bobadas.

—¿Es sólo para eso? No me parece mal, no se está mal aquí contigo.

—¿Estás acostumbrado a que te llamen así sin más ni más?

—Tanto como acostumbrado. Pero, a veces, hay llamadas misteriosas. Y vas y casi nunca encuentras a nadie.

—Tienes un bonito oficio.

—¿Y tú?

Se quedó ligeramente sorprendida.

—¿Yo? Yo no tengo nada. En Oviedo una amiga me ha buscado una cosa en unos almacenes. En Barcelona estuve en una fábrica. Ahora llevo dos meses sin nada.

Terminó de tomar el café y volvió a mirar por el ventanal.

—Es una ciudad bastante triste, ¿a que sí?

—Vista un día como hoy.

—¿Tú naciste aquí?

—En un pueblo de la Ribera.

—¿Tienes tiempo o has venido con prisa?

Miré el reloj.

—Sobre las doce y cuarto tengo que cubrir una información. Pero no es lejos.

Me miró moviendo la cabeza como para alejar un mechón de pelo de la frente. Después sus ojos se concentraron sobre la superficie del mármol de la mesa.

—Mi padre murió aquí hace dos meses, en agosto. Un conocido, Domingo, el del Bar Minero, me dijo que podía hablar contigo, que un periodista podía informarme mejor de su muerte porque fue un accidente. Me apellido Valderas. Ernestina Valderas. Sabes de sobra quién era mi padre, ¿verdad?

Asentí. La noticia me llenaba de un indefinible estupor. Enlazar tan estrechamente al Cribas con Tina me parecía tan difícil como juntar dos cables de distintos polos.

—Anteayer llegué con la idea de verle. La primera noticia de su muerte me la dio

Domingo. Hacía casi tres años que no sabía de él. Yo con mi padre tuve poca relación. Era un hombre ido, sin remedio. La nuestra es una historia familiar bastante desgraciada, ¿sabes?

—¿Nadie intentó localizarte?

—No creo que nadie supiese mi paradero. En el pueblo ya ni nos conocen. De tres hermanos soy la única que vive. Mi madre murió hace mucho.

Los ojos de Tina se velaban como en un fugaz recuerdo, sin duda doloroso. La sonrisa regresó en seguida.

—Ya estoy bastante curada de espantos, y prefiero vivir y olvidar. Pero tenía curiosidad por saber cómo murió mi padre.

—Poco más de lo que te haya dicho Domingo podré decirte. Murió en el incendio de un caserón abandonado. A tu padre aquí le llamábamos el Cribas, ¿sabes? Era un personaje popular.

—Ya.

—Esa noche debía estar durmiendo en el caserón y sobrevino el incendio.

—¿Tú le veías con frecuencia?

—Claro, casi todos los días, por el Húmedo. Estaba ido, como tú dices. Del asilo se escapó algunas veces, allí no podían sujetarlo.

Tina se recostó en el diván.

—Me impresiona que muriese así. Todo lo que sufrió, lo que le hicieron pasar.

—Casi seguro que no se enteró de nada.

—Él ya ni me reconocía, ni se acordaba, pero quise verle.

El silencio nos dejó un momento abstraídos.

—En fin —dijo Tina—, la vida es así, ¿verdad?

—Por desgracia.

—Y ya te he dado bastante la tabarra.

—Ahí estás equivocada.

—¿Sí?

—Mira —le dije—, tengo que ir a cubrir esa información, pero después podíamos vernos. ¿Qué vas a hacer?

—Nada de particular. Coger el tren y seguir a Oviedo.

—¿Hoy?

—O mañana.

—¿Dónde paras?

—En una pensión que se llama El Montañés, en la Plaza del Grano.

—Si quieres paso a buscarte. Como a las tres o tres y media. Podemos seguir charlando.

—Estupendo.

Llamé al camarero para pagar las consumiciones.

—¿Escribiste algo de aquel accidente?

—Poco, se encargó un compañero. Aquella noche del incendio ni siquiera estuve

allí. ¿Te quedas?

—Sí.

Las nuevas oficinas de don Paciano estaban en la primera planta de un edificio recién construido en la Plaza de las Cortes. El viento cedía de nuevo y una lluvia ligera, que ya había salpicado el sillín de la guzzi, comenzaba a esparcirse fría y persistente.

Aparqué junto a la puerta del edificio, donde Ursicino Lesmes se había apostado para recibir a los invitados.

—Te vas a mojar.

—Y que lo digas.

En la cara de Ursicino se adivinaba la huella del accidente nocturno: grandes ojeras y una palidez de lápida. La elegancia de un traje oscuro, cruzado, acentuaba una cierta sensación de viudo en el trance de los pésames.

—Eres de los últimos.

—Los buenos nos hacemos de rogar. ¿Empezaron los discursos?

—No habrá quien los eche.

—¿Y eso?

—Ni Dios, Parra. Esto es un feo como la copa de un pino. Y para mayor inri el obispo dicen que tiene la gripe y va a ser el bestia de don Cosme quien bendiga.

—Pero ahí se oye mucha bulla —dije señalando hacia arriba.

—Gente nunca falta y más si contamos a los de casa. Pero ni autoridades ni personalidades. Estómagos agradecidos y para de contar. Yo te juro que no quiero ni verlo. Y menos aguantar a ese asesino que va disfrazado con el roquete y el hisopo.

Ursicino se llevaba una mano a la espalda con resentimiento.

Subí las escaleras. Por los amplios locales los nutridos grupos rumoreaban endomingados. El olor a pintura reciente se mezclaba con el del humo del tabaco.

Don Paciano estaba rodeado por don Cosme, ya revestido, Gabriel, Olmedilla, Isauro, dos o tres constructores, el ingeniero Pariente, Florín el abogado, y Basilio Peña el arquitecto. Me acerqué a saludarles. La tristeza, sin duda mezclada con la indignación y el desaliento, comprimía el ceño del industrial, que cabeceó mohíno reteniendo mi mano entre las suyas.

A un lado un plantel de damas, encopetadas y rubicundas, entre pieles y arriesgados sombreros, parecían la comparsa de una boda murmurando mientras llegan los novios.

Gabriel Llanos me tomó del brazo y fuimos hacia una esquina. Apoyado en una mesa estaba Chumilla manipulando el flash. Cayetano llegaba en ese momento con Lorenzo Arias, el director de radio falange.

—Ya viste el panorama —dijo Gabriel—. Como si don Paciano fuese el último mono. Y no te creas que alguien se disculpó, si exceptuamos el obispo.

—¿Cómo se lo ha tomado?

—Está hundido en la miseria. ¿No lo ves? Tú y yo tenemos que hablar, Parra. Luego, en el Capitol. Todo esto me quema la sangre.

—¿No hay nadie del Ayuntamiento?

—Felipe y Serines, pero éstos son unos triperos que sólo vienen a beber. Y mira, por lo menos Avelino y Llamazares, la Sindical da la cara. Perdona.

Entraban el Delegado Provincial de Sindicatos y el secretario y Gabriel se fue a recibirles. Chumilla se me acercó con la máquina en ristre. Tenía la gabardina empapada.

—Sujétame esto.

—La guzzi la tienes en la puerta.

—¿A quién demonios esperan?

—¿Hiciste las instalaciones?

—Luego, cuando se despeje. Con todo este personal no se puede.

—Tírale una a don Paciano con su hijo.

—Ostras, Marquines, ¿con esas panzas me van a caber?

Mariano Olmedilla dio unas palmadas pidiendo silencio.

Su voz de locutor barítono anunció el comienzo del sencillo acto que aquí nos reúne alrededor de este entrañable prohombre, cuya empresa se remoja con estos nuevos locales destinados a oficinas y administración.

Don Paciano introducía la mano tras el chaleco y sacaba una rala cuartilla que temblaba entre sus dedos. En la libreta me dispuse a anotar las cuatro o cinco frases que me darían pie para el reportaje.

Los invitados fueron llegando al Capitol con el gesto arrecido de los gorriones que buscan cobijo.

Amplias y alargadas mesas revestidas de immaculados manteles rodeaban el salón del comedor, nutridas de repletas bandejas y botellas. La corte de camareros, al mando de Eulogio Pestaña, el bardo de la hostelería provincial, navegaba solícita, embutidos en sus chaquetillas de gala, con las airosas pajaritas a punto de volar.

—Honda emoción de verte —me dijo el ceremonioso Eulogio con su barroco lenguaje de libro polvoriento.

—Lo mismo digo.

—Tamaña suerte la mía entre este brillante plantel hallarme, todos lisonjeros y de dicha colmados, a la feliz sombra del donoso pasiego don Paciano Abascal.

—Corta y cambia —le atajó Chumilla—. Y dinos qué vino tiene mejor entrada.

—Ese Valdevimbre, pero si libas a torniquete.

—Me da dentera.

—Oye, Parra, he logrado alumbrar un soneto con estrambote dedicado a la pulcra, y pienso que el «Vespertino» debiera honrarse con la primicia.

—Mira, ahí tienes a Cayetano, que es el que manda.

—Las cuartetos rezuman un goteo pétreo, tal que las propias torres catedralicias, y los tercetos expanden el mismísimo incienso de las majestuosas naves góticas. Está alumbrado con devoción, gracia, éxtasis y donaire. La jornada en que lo alumbré había comulgado y llevaba tres noches sin comercio carnal con mi señora.

—Pues ya te digo, habla con Cayetano.

—Por una primicia así el «Vespertino» debiera pirriarse. La prensa, Marquines, necesita el oropel poético para zafarse un tanto de la cotra cotidiana. Veremos cómo le llevo al corazón al eximio director.

Eulogio viró entre la espesa clientela que iba tomando posiciones. Chumilla había arrinconado dos bandejas y tres botellas.

—Estas, aquí quietas.

Sirvió el vino y me alargó una copa.

—¿Le echamos un brindis al pasiego o lo dejamos que se joda?

El Valdevimbre tenía un punto de aguja muy agradable y me resbaló por el estómago como un guante efervescente.

—No debía beber —le confesé a Chumilla.

—Pincha aquí, fíjate que jamón.

—Imposible.

—Vamos, Parra, no seas remilgado. Yo me voy a llenar los bolsos de la gabardina. ¿No ves qué tacos, qué color?

Cayetano, que seguía con Lorenzo Arias, me hizo una seña.

En el corro central, avasalladas por los camareros, las señoras encopetadas departían con Eulogio. Don Paciano charlaba con el Delegado de Sindicatos, rodeados de la pequeña corte, ya decididamente atenta al vino y a las viandas.

—Vamos a dar las dos planas centrales —me indicó el director como si quisiera que le oyesen.

—En ello estaba —le confirmé.

—¿Chumilla hizo las instalaciones?

—Sí.

—Me lo tenéis para mañana a primera hora. Que don Paciano compruebe que el «Vespertino» sigue con él. Otros se destetan a la primera de cambio. Ya ves lo que le han hecho.

Lorenzo, que terminaba de saludar a Basilio el arquitecto, me dio una palmada.

—¿Qué hay, Marquines?

—Poco bueno.

—Quien lo vio y quien lo ve —dijo bajando la voz—. ¿Os acordáis de aquellas navidades, cuando el pasiego era Presidente de la Cámara? Aquel vino del día de San Silvestre en el Rocha, cuando Charito se le había puesto de largo. El Gobernador, el Alcalde, el Presidente de la Diputación, el Obispo, los concejales, los diputados, todo Dios. Y ahí lo tienes ahora hecho un piernas. Con el soso de Avelino de luminaria,

vaya una autoridad de mierda. Y el obispo la gripe, no te digo. Don Paciano, os lo digo yo, perdió el cuajo el día que le dieron la primera patada, es más manso que un buey. Y ya puede decir lo que quiera, pero en Madrid no le quedan teclas.

—La vida es un tiberio —afirmó Cayetano—. Anda, vamos a saludar a Avelino y a éstos.

—No me hablo con él.

—¿Por qué?

—Tiene un hijo pendenciero que el otro día le dio un corte a la mi Pacita en el Casino. Luego tuvimos una agarrada por teléfono. El chico es un vaina que se lo han echado de todos los colegios.

Marcelino Lobo y Paulino Llamas me echaron el guante cuando Cayetano y Lorenzo se perdieron entre la gente.

—La muchachada de Abascal al completo, ¿eh?

—Cerrando filas alrededor del jefe. ¿Cómo te va, Marquines?

—Tirando.

—Esta temporada se te ve menos por el Yucatán.

—Eché novia formal.

—Ni aunque perdieras el juicio.

Detuvieron a un camarero y seguí con el Valdevimbre. Marcelino y Paulino atacaban las gambas a la gabardina y los calamares a la romana. Las bandejas despedían un aroma de fritos que aleteaba como una sombra mortal sobre mi estómago. El vino parecía reconfortarme.

—Oye, ¿qué le pasó a Ursicino? —preguntó Paulino.

—¿A Ursicino?

—Sí, hombre, en el chalé, en la cuchipanda de ayer.

—Ah, nada, que pimpló demasiado.

Sonrieron moviendo la cabeza.

—Nos habían dicho que tuvo un accidente. ¿No ves que anda como pirao?

—Será que tiene encabritada la resaca. Y qué, ¿cómo va la industria?

—Nosotros no tenemos categoría para saberlo. Somos dos mandados. Eso hay que preguntárselo a Gabriel, o a Ursicino cuando escampe.

—Como don Paciano dijo en el discurso que todos erais una gran familia.

—Eso sí, pero siempre hay parientes pobres y parientes ricos. ¿O tú, Marquines, te crees que en las industrias Abascal nos la meneamos todos con la misma mano y al tiempo? El jefe es de buena pasta, es verdad. Pero, mira, hoy nosotros no hemos podido traer a las parientas, no nos las invitaron. Unas en casa y otras aquí luciendo trapos. Y para un trago va a sobrar, porque don Paciano de tacaño nada. Pero, claro, a lo mejor es que a las nuestras no hay que mezclarlas, que luego igual uno no sabe estar en su sitio. Gabriel y Ursicino llevan la batuta.

—¿Y el hijo?

—¿Isaurín? Mírale, detrás de su padre con las manos en la espalda y dando

cabezadas. También es de buena pasta, pero un pelo así de corto.

—Bueno, Marquines, vamos a saludar a Chumilla que está allí metiéndole mano al jamón. Consérvate.

—Lo mismo.

Un camarero me volvió a llenar la copa. Eulogio cruzó atareado.

—Difíciloso parlamentar con el venerado y eximio Cayetano Rodríguez Polvazares. Remitiré copia del ebúrneo soneto a la ecuménica y episcopal redacción. Échame un cable a mayor gloria de la pulcra —me dijo veloz.

Gabriel Llanos se abría paso hacia mí.

—Hay demasiada calefacción —se quejó aflojándose la corbata—. ¿Bebes o no bebas?

Le mostré la copa mediada.

—Haces bien. Después de lo de ayer es mejor el vino que estos combinados que te revuelven. ¿Dónde podríamos hablar tranquilos?

—A lo mejor en el bar.

—Vamos a ver.

Salimos del salón con ciertas dificultades. Bandejas y botellas quedaban esquiladas sobre las mesas, como si un vendaval hubiera sacudido los manteles. El bar, un diminuto local de corta barra y contadas banquetas, estaba vacío. Nos sentamos.

—¿Desean que les sirvamos algo aquí? —preguntó un camarero.

—Valdevimbre —pedí yo.

—Tráiganos una botella.

Gabriel me ofreció un pitillo. El camarero nos puso la botella y las copas.

—Bueno, Parra, tú que de esto sabes más, ¿por dónde empezamos? —me dijo Gabriel sirviéndome.

—Por donde quieras.

—A mí lo que no me gusta es andar por las ramas. Soy de los de al pan pan y al vino vino. Lo primero es la pasta. Ya le dije a don Paciano que no podemos contar contigo como el que cuenta con un pariente benefactor. Aquí hay que comenzar hablando de dinero. Vas a hacer un trabajo y eso se llama tantas pesetas.

—Tampoco hace falta ir tan de prisa.

—Por lo menos que estés en la idea de que es así.

—¿Tú qué plan tienes?

—Ir directamente al grano. Piensa que las elecciones son el mes que viene. Necesitamos tener montada una buena ofensiva y luego, en su momento, echar un cuarto a espadas con don Sebastián de un lado y con el mismísimo ladilla de otro. La elección de Isaurín hay que apalabrarla, vamos, aunque sea en un documento privado.

—¿Pero estáis seguros de que con Isauro de concejal todo va a cambiar?

Gabriel hizo bailar la copa vacía sobre la barra.

—Metida la punta metes la vara entera. De concejal y en Obras y Servicios, que

es lo que nos interesa. Se trata de que traguen y de que cambien de criterio, que sepan que estamos en el mismo pesebre.

—Bueno, a mí lo que me importa es que no se me vea mucho la oreja. Ellos no son tontos y saben que les he andado al rabo, pero de un tiempo a esta parte no me he movido y puede que estén tranquilos. Además, esta misma mañana ha surgido algo importante.

Gabriel alzó los ojos y miró interesado. Había vuelto a llenar las copas.

—Ha aparecido alguien que puede venirnos como anillo al dedo.

Bebí un sorbo y por unos instantes sentí el vago y agradable vértigo del alcohol. El vino con el estómago vacío comenzaba a hacerme efecto.

—El Cribas tenía una hija y está aquí. Vino precisamente a informarse de la muerte de su padre.

Gabriel, que se había llevado un palillo a la boca, lo partió entre los dientes.

—¿Qué me cuentas?

—Estuve con ella esta mañana y dentro de un rato vuelvo a verla.

—Parra —afirmó Gabriel—, eso es el colmo. Se les pueden caer los pantalones. Dios, cuando se lo diga a don Paciano.

—Quiero hablar con ella despacio, con tiento.

—Dinero, Parra, dinero. Mira, te voy a firmar un cheque para que el género se palpe, porque si no parece que sólo hacemos que cogémosla con papel de fumar.

Sacó atropelladamente la cartera.

—Calma, no corras. Hay que ir con cierto orden.

—Es que con ese peón, Parra, tenemos la jugada a punto de remate. ¿Qué más podemos pedir? Tienes que convencerla. Y hay que irle con dinero por delante. No te quedes corto, ahí lo que sea.

—El caso es que esto le interese.

—Parra, la pasta manda. Hay que untar, hay que untar. Dios, esto a don Paciano lo recupera. Anda, echemos otro trago que se lo voy a contar.

Gabriel volvió a aflojarse la corbata. Un rastro de sudor le humedecía la frente.

—Si la vas a ver me llamas luego.

—No te preocupes, os tendré informados.

—Es como si nos diesen la soga para echársela al cuello a esos miserables.

La gente comenzaba a salir del salón. Gabriel vació la copa.

—Estoy en la oficina o en casa, en uno de los dos sitios me localizas.

—Vale.

Toño Mirantes me echó el alto en la esquina del Capitol. La lluvia volvía a mezclarse en la húmeda tolvana, como si el brío del vendaval arrancara de cuajo los indecisos goterones.

—Parra, ¿llego tarde?

—¿A qué?

Traía la gabardina empapada y la boina metida hasta las orejas. Nos resguardamos bajo el alero de la funeraria El Carmen.

—Qué faena —se quejó—. Tengo a Lola pariendo y Lebrija me endosa este rollo. Vengo del sanatorio. Vas a tener que echarme una mano.

—Las que quieras.

—¿Había algún fotógrafo nuestro?

—No vi a nadie.

—Este Lebrija me la tiene jurada. Luego dirá que tenía que haber avisado yo al Chato. Y el Puri o Carmelo podían haberlo hecho sin incordiar.

—Los de «Afán» son así de cabrones.

—Anda, vamos a tomar una y me chivas algo. Con cuatro notas salgo del paso. Tengo que volver al sanatorio.

—Ya es desgracia tener que alimentar a la competencia.

—Las copas las pago yo.

—Faltaría más.

Corrimos por Legio VII y atravesamos la Plaza de San Marcelo. Las nubes removidas parecían agrietarse con blandos desgarrones. Bajo los aleros de Almacenes Lorenzana hicimos otra pausa.

—Venga, hasta el Victoria de un salto.

Eran casi las tres y las mesas de las tertulias de los médicos y de los contratistas todavía estaban vacías. Un humo de farías, caldo de gallina y Peninsulares, saturaba el local, tomado en su mayor parte por los paisanos de los pueblos que habían venido al mercado, en grupos de compradores y vendedores o en familia, pero todos congregados por vecindad en las mesas del Victoria, ante el café y la copa.

—Estoy chorreando —dijo Toño al quitarse la gabardina.

Nos sentamos. Sacó la libreta y el bolígrafo y los puso sobre la mesa.

Balbín el camarero, como una pértiga coronada de brillantina, vino hacia nosotros haciendo filigranas con la bandeja colmada de platos, pocillos y copas.

—Parra —me dijo alzando el dedo índice de la mano izquierda—, lo consulté en el Espasa y, lo siento, pero era yo el que estaba en lo cierto. Mosquetero es también el que asiste de bóbilis a un sarao o a una función. Ya puedes decirle a Benito que me debéis cinco pavos. ¿Qué vais a tomar?

—Un cortado y una de orujo —pidió Toño.

—A mí tráeme una ginebra preparada.

Se marchó culebreando.

—Estoy nervioso —dijo Toño sacudiendo la boina.

—Pues ya podías estar acostumbrado. ¿No es el cuarto?

—El tercero. Pero cada parto es un trago para mí, te lo juro. Lola lo suelta y se queda tan pancha, pero a mí es que me entra la angustia. Anda, saca la papela y dime algo.

Saqué mi libreta y se la di.

—Ahí tienes lo único que interesa, la parrafada de don Paciano. Lo otro te lo inventas.

—Tienes letra de galeno. ¿Qué gente hubo?

—Ni Dios. Avelino el de Sindicatos de máxima estrella. Y bendijo don Cosme el canónigo.

Se puso a copiar de mi libreta. Balbín regresó a servirnos.

—O sea, que nos has limpiado cinco pavos.

—Sí, señor.

—¿Dónde fuiste a ver el Espasa?

—A la biblioteca provincial. Y eché un rato con el Fray Gerundio. Lo grande que era el clérigo de Vidanes. ¿La quieres con más azúcar?

—Está bien así.

Comencé a beber la ginebra a pequeños sorbos. Un lento sopor empezaba a inundarme. La atmósfera del Victoria me cercaba como una frazada que fuese a cubrirme mientras cerraba los ojos.

—Qué letra —se quejaba Toño.

Por unos instantes el sopor se transformó en un dulce sosiego inspirado en vagas querencias, y el rostro de Tina navegó fundido en la grata memoria.

—Parra, ¿no me digas que te duermes?

Me recobré apenas alterado.

—Ya puedes comprar otra libreta. ¿O es que los del bonete no ganáis ni para material? Mira, éstas con tapas de hule son las mejores.

Toño bebió el café y vertió luego la copa de orujo en el pocillo.

—Me voy pitando. Figúrate que llego y ya parió.

—Tú no le vas a echar una mano a la comadrona.

—Hay que estar allí a la hora de la verdad, Parra. Eso los solteros no lo entendéis. ¿Te quedas? Yo le pago a Balbín. Te invitaré al bautizo.

Se fue y en seguida volvió por la boina que se había dejado olvidada.

Gumersindo Peña y don Fernando, los primeros de la tertulia de médicos, caminaban hacia su rincón. Decidí levantar el campo antes de que me viesan.

Por la Rúa silbaba el viento. Su azote parecía aliviar un ligero vaivén de mi cabeza. La ginebra remansaba en mis venas un cierto fluido alcohólico, como el disolvente preciso que mezcla y esparce las cantidades diferenciadas. Del sopor pasaba a una benigna exaltación con ese fervor festivo que alimenta la locuacidad y expande la camaradería. Di un salto y una zapateta sobre el mojón de la Rúa.

En el quiosco Perales compré tabaco. Publio Perales, con la boina encasquetada encima del pasamontañas, dormitaba perdido en la lejanía de sus gafas de culo de botella.

De Don Gutierre bajaba Calata en la bici de carrera prendidos los bajos del pantalón con dos pinzas, subido el cuello de la chaqueta y abrigada la cabeza con una visera de cuero. Me colé al portal de Mercería Alonso para que no me viese.

En un mismo paraguas, apretando el paso camino de sus clases en el seminario, pasaron don Servando y don Bernardino. Las tejas en la mano y el impermeable encima de las dulletas les hermanaban en su lucha particular contra los retrógados del manteo.

El timbre de El Montañés no funcionaba y a mis nudillos nadie parecía hacer caso. Un gato escuálido me miró fijamente desde el descansillo. Hasta el segundo piso se subía por una escalera exageradamente ancha, de peldaños de madera muy desgastados en el centro y pasamanos curtido de acumulada suciedad. Olía a desván.

Al cabo de un rato se abrió la puerta y una niña desgredada y pitañosa se me quedó mirando. El oscuro vestíbulo se perdía en las tinieblas del pasillo, del que sólo se adivinaba una primera puerta.

—¿Quieres avisar a una señorita que se llama Ernestina Valderas? —le dije a la niña.

Aquella primera puerta del pasillo se abrió y Tina asomó la cabeza haciéndome una seña para que entrara. La niña cerró la puerta y se perdió por el pasillo.

—Es muda —me dijo Tina—. Ven, pero no hagas ruido.

Entré en la habitación. Un alto ventano apenas colaba la luz cenicienta. Había una cama con cabezal de madera torneada cubierta por una colcha llena de remiendos, una mesita de altas patas, un armario con la luna rajada prendida por varios trozos de papel engomado, un lavabo de madera con la jofaina y la jarra y una silla de anea. En el suelo, cerca de la cama, estaba la maleta abierta de Tina.

—No sé el tiempo que llevo dormida. ¿Qué hora es?

El vestido arrugado y el pelo ligeramente revuelto, desprendidas algunas horquillas.

—Las tres y media pasadas.

—Siéntate, que en seguida espabilo.

Vertió agua en la jofaina y comenzó a lavarse la cara.

—El sangai te deja baldada. Cada viaje en él me cuesta luego dos días para reponerme. Y qué sueño. ¿Por qué no te quitas el abrigo y te secas un poco la cabeza? Estás empapado.

Le obedecí y tomé la toalla que me ofrecía.

—¿Comiste?

—Sí, comí en seguida de irte y vine a acostarme. ¿Llueve mucho?

—Llueve y hace viento.

—¿Tú has comido?

Se peinaba ante la luna del armario manteniendo las horquillas en la boca.

—Estás algo amodorrado, ¿eh?

—¿Por qué lo dices?

—Por los ojos.

—Bebí, pero estoy bien. Lo que pasa es que ver una cama tan a mano.

—Tumbate un poco si quieres.

Me quité la chaqueta y me dejé caer boca arriba encima de la cama. Desde esa postura la visión de Tina me hizo un efecto más acuciante y radical.

—¿Sabes lo que pasa cuando el vino te entra despacio y bien? —le pregunté con los ojos cerrados y la cabeza inundada de una espuma amorosa.

—¿Qué?

—Pues que dan ganas de abandonarse como un lagarto al sol. ¿Nunca te ha sucedido?

—Alguna vez, pero hoy el día no acompaña.

—El día no sé, pero el haberte conocido y estar ahora así.

—Oye, se te ven las intenciones a dos mil leguas —dijo Tina, que guardaba alguna cosa en la maleta.

—¿Qué intenciones?

—A mí no me andes con rodeos.

Me senté en la cama.

—¿Cómo hay que andarte?

Se me quedó mirando y su sonrisa derivó a un gesto de maliciosa reconvención.

—¿Qué te pasa? —preguntó.

—Pues ya ves, nada grave, pero difícil de curar si tú no me echas una mano.

Me volví a tumbar.

—Desde el momento en que te vi entrar en el Nacional esta mañana —confesó Tina—, tuve la idea de que tú y yo íbamos a acabar así.

—¿Cómo?

—Anda, anda, no seas gallego. ¿Tanto trabajo te cuesta decir que quieres que me meta en la cama contigo?

—Si hay algo que quiera más en el mundo en este instante, que me muera ahora mismo —dije.

Tina se quitó el vestido sacándoselo por la cabeza con mucho cuidado.

—Ahora que ya estaba casi arreglada.

Se sentó en la cama para desprenderse de las medias.

—¿Te vas a quedar así?

Salté hacia el otro lado para desvestirme. Tina abrió la cama y se metió. Recostada sobre la almohada se me quedó mirando. El tintineo del alcohol traía a mi cabeza un ritmo pausado de golosas musiquillas.

—No me digas que te quedas con los calcetines.

—Es por eso de que los pies fríos y la cabeza caliente.

—Aquí conmigo con calcetines no te metes, ya sería el colmo.

—Oye, si me lo vas a poner así de difícil lo dejamos.

—Anda, anda, qué vas tú a dejar. Ven, no seas bobo.

—Eres la mujer más comprensiva que conocí en mi vida. Ponte un poco para allá.

—Ya es castigo, no me digas, la segunda vez que te veo y tenerte en la cama.

—Mira, yo es igual que si te conociera de toda la vida. ¿No te vas a quitar eso?

—Mientras tú no te quites la camiseta.

—De veras que tengo la barriga muy delicada, cualquier cambio de temperatura me afecta. ¿No me vas a hacer una caricia?

—Espera.

Tina se sentó en la cama y se quitó el sostén sacándolo por debajo de la combinación.

—¿Y las bragas, muchacha?

—No sé, como tampoco tú te quitas los calzones.

—¿Quieres que te ande aquí?

—No sé si tengo ganas.

—Vamos a verlo.

—Me has cogido tan de sopetón.

Se dio media vuelta. Me abracé a ella.

—¿Qué tal?

—Mejor de lo que pensaba.

—Anda, vuélvete que te las quite.

—No, ahora no, sigue así que me gusta.

—Momento, que me sobra el calzoncillo. Vamos a taparnos del todo, así.

—Cuidado, que tienes muy fríos los pies.

—¿Por qué no te quitas la combinación?

—Me gusta más así.

—Pero luego te la quitas, ¿no?

—Mira que eres pelma. Anda, anda, sigue y calla la boca.

Tina se abandonaba progresivamente en mis manos, usufructuando aquellas caricias que parecían llevarla a un sueño placentero.

—Me las voy a quitar.

La prolongada laxitud fue desvaneciéndose, como si al sueño le sucediese un exaltado despertar lleno de emocionantes fragores. Tina se debatía estrechándome en sus brazos y yo multiplicaba las caricias.

—Así, así —me reclamaba derrochando el ardor hasta apurar las llamas.

El colchón rebullía sobre el somier desvencijado y la cama era un navío de no mayor entidad que cualquier gabarra destinada al inmediato desguace.

Yo tenía mis temores de que un precipitado naufragio nos llevase al suelo con el correspondiente estruendo. Y aquel mar de la pensión El Montañés no era precisamente un mar íntimo y maravilloso, como el que azota las playas de las islas del sur.

Tina suspiraba en esas cotas desde las que las nubes parecen extraviarse allá abajo, en ese firmamento donde el placer es una estrella errante, como dice el poeta

Buchaca.

Sábanas, manta y colcha habían sido arrinconadas hacia atrás, como se arrían las velas con el anuncio del buen tiempo.

—¿Qué tal?

—De miedo. Cómo me he quedado, válgame Dios. ¿Y tú?

—A punto de caramelo.

—Pues, venga, ¿qué haces?

—¿No te ibas a quitar la combinación?

—Ayúdame.

—¿No habremos hecho demasiado ruido?

—No te preocupes, no se enteran, la cocina está al final del pasillo.

—Es que este somier.

—¿Y qué quieres?

—Es mejor que pongamos el colchón en el suelo.

—Mira que le das vueltas a las cosas. Anda, anda, coge de ahí.

Retiré la maleta de Tina para hacer sitio y bajamos el colchón al suelo.

—Con tanto preparativo se te va a enfriar de verdad la barriga.

Tina se tumbó mientras yo fui a la puerta para comprobar que todo estaba en orden.

—¿Pero me vas a hacer algo de una vez?

—Momento, no te pongas nerviosa.

—Y ten cuidado, por Dios.

—No te preocupes, zagala. Me dieron un premio en el último campeonato provincial de apeadores en marcha.

El colchón se había transformado en una alfombra mágica y al quedar allí vencidos después del amor, entrecerrados los ojos como a la busca de ese sueño que nivela las emociones del placer, íbamos surcando un cielo raso de toscas figuras delineadas entre los desconchados de la humedad.

—Hay que vestirse —dijo Tina al cabo de un rato.

—Me quedo roque.

—Venga.

—¿Dónde quieres ir?

—Me apetece un café.

La penumbra era más intensa en la habitación. Tina se deslizó hacia la palangana.

—Pues vamos —dije sentándome—, que además tengo que hablar contigo de algo muy importante.

3

El viento penetraba en la Plaza del Grano por el callejón de la iglesia del Mercado. El chorro de la fuente se mecía vertiendo el agua en desiguales salpicaduras fuera del pilón.

Tina alzó el cuello del abrigo y se cogió con las dos manos a mi brazo. Subimos cruzando la Plaza de Don Gutierre y por Zapaterías hasta las Tiendas. Entramos en el Palomo.

—Dos solos y dos coñas —le pedí al chaval que dormitaba en la barra.

Nos sentamos en una mesa del fondo, entre la penumbra apenas aliviada por una bombilla sucia. Dos viejos jugaban al dominó arrastrando las fichas en el mármol.

—Estoy helada.

—Lo primero, échate un trago —le dije ofreciéndole una de las copas que nos servía el chaval.

—La voy a mezclar con el café.

Bebimos y encendí un pitillo. Tina me lo quitó de los dedos.

—¿Qué era eso tan importante que tenías que decirme?

—No sé por dónde empezar.

—Pues, hijo, vaya un problema.

Me devolvió el pitillo y se me quedó mirando.

—Es que estoy metido en algo que a ti también puede interesarte.

—Mira que bien. ¿Y qué es?

—Para empezar tengo que decirte que esta mañana no te conté la verdad.

—¿La verdad?

—Sí, sobre la muerte de tu padre. La noticia tal como salió en los periódicos no era cierta. No murió accidentalmente. Pero esto es un secreto, Tina, algo que no ha trascendido, que muy pocos sabemos.

El rostro de Tina se puso tenso. Sus ojos flotaron como mecidos en un mar de incertidumbre.

—¿Qué pasó?

—En el caserón incendiado había un matadero ilegal. Tu padre debió entrar allí a dormir y sorprendió el pastel. Le mataron y prendieron fuego a todo aquello. Se debieron poner muy nerviosos.

—¿Quiénes eran?

—Bueno, eso es complicado. Gente relacionada con don Sebastián Riello, un concejal del Ayuntamiento que anda en negocios de esos. De él depende el Matadero Municipal, así que ya puedes imaginarte.

—¿Y tú qué tienes que ver?

—Nada, Tina. Un compañero del periódico y yo teníamos pistas sobre lo del concejal. Lo de tu padre lo descubrimos sobre la marcha. El concejal tiene muchos asuntos y buenas conexiones por lo alto, hasta en el Gobierno Civil. Le echaron tierra

a lo de tu padre, y del matadero ni siquiera se insinuó nada en los periódicos. Ya sabes cómo son esas cosas.

—Tenía que ser así —dijo Tina—, tenían que matarlo. Siempre estuvo sentenciado.

—Vamos, no le des vueltas.

—No, no se las voy a dar, te lo juro. Pero todo lo que aguantó, todo lo que le hicieron. Estuvo mucho tiempo en la cárcel después de la guerra.

—Lo sé.

—La verdad es que casi ni puedo recordarle. Hasta me parece absurdo que fuera mi padre. ¿Cómo decías que le llamaban?

—El Cribas. No sé por qué.

—Déjame la colilla.

Se la di y apuró dos largas bocanadas antes de tirarla.

—¿Eso era todo lo que ibas a decirme?

—No. Hay más. Verás, esta gente, el concejal y los suyos, tienen enemigos, enemigos dispuestos a acabar con ellos. Se disputan muchos intereses, muchas influencias. Toda esa información sobre los negocios sucios les sirve, pero sobre todo la muerte de tu padre, eso es lo que más les importa. Y ahí puedes entrar tú, quiero decir que contigo las cosas se les pondrían muy complicadas. Una sospecha de la hija del muerto que diera pie para volver sobre el asunto, para desenterrarlo, una amenaza así de grave, de eso se trata.

—¿Pero tú crees que yo puedo meterme en un lío de éstos? ¿Qué puedo sacar en limpio, Marcos? A mi padre ya no lo voy a resucitar. Y, a fin de cuentas, lo llevaban matando tantos años.

—Hay dinero, Tina, y supongo que no andarás sobrada. Dinero en cantidades importantes. La pasta es lo que de veras te puede interesar en esto, y me parece que debes pensarlo.

Tina sonrió moviendo la cabeza, se llevó una mano a la frente y después acarició el cabello.

—Tiene gracia. A lo mejor es la herencia del Cribas, ¿no?

—Piénsalo.

—Ya está pensado —dijo en seguida golpeando la copa en la mesa—. Si de veras hay dinero, que cuenten conmigo.

—Bueno, tú prácticamente no tendrás nada que hacer. Yo me encargo.

—¿Vas a ser mi representante?

—Algo parecido.

—¿Y quién es el que paga?

—Un industrial que tiene problemas en los negocios, don Paciano Abascal. Necesita meter a un hijo de concejal en el Ayuntamiento para soltarse las manos. Los otros se las tienen atadas.

—¿Eres amigo suyo?

—No llego a tanto ni me interesa. Si te digo la verdad no sé cómo me he ido metiendo en todo esto.

—No tengo un duro, Marcos. Si te soy sincera, lo justo para aguantar tres o cuatro días. Esta última temporada en Barcelona me fue fatal.

—Están dispuestos a soltar la badana. ¿Qué te parecen veinte o treinta mil de entrada?

—¿Tanto?

—Esto lo vamos a manejar tú y yo a nuestro gusto. ¿Te parece bien?

—Pues, mira, muy bien, ¿qué quieres que te diga?

—Dejas el Montañés y te vas a un hotel. Te instalas cómoda.

—¿Pero me voy a tener que quedar mucho tiempo?

—Ya veremos.

—En Oviedo me espera una amiga.

—Le escribes.

—¿Sabes que en buena hora te llamé esta mañana? Menuda ocurrencia.

—Antes te quejabas.

—¿Cuándo?

—En la pensión.

Miré el reloj, eran cerca de las seis y tenía que pasar por el periódico.

—¿Dónde te veo luego?

—Donde digas.

—Para cenar juntos. Podías esperarme en el Nacional a eso de las nueve.

—Bueno.

Llamé al chaval y le pagué.

—Tengo que trabajar un rato, no me queda más remedio. ¿Qué vas a hacer tú?

—Si no llueve dar un paseo.

—Entonces me acompañas.

La tarde se precipitaba con el desabrido vapuleo del viento que hacía correr las nubes. Por Escalerilla haraganeaban cinco perros flacos y mojados, que ya habrían recorrido la Plaza Mayor rebuscando en los desperdicios del Mercado. Tina me acompañó hasta la Plaza de la Catedral.

Entré en la redacción como el mochuelo que se desliza presuroso a la rama y allí se queda como si nunca se hubiese movido.

Benito Calamidades comprobaba la lista de la lotería y don Baudilio cuadraba la hucha del pobre. En el ambiente parecían adensarse unas sombras de ceniza que caían del techo asfixiando el fulgor de las lámparas de globo.

Benito no me dio tiempo ni para meter el folio en la máquina.

—Tuviste visita —me dijo acercándose.

—¿Sí?

—Vilorio.
—¿Qué Vilorio?
—El gitano, el charlatán.
—¿Y qué quería?
—Hablar contigo. Te espera en el Astorgano.
—Vaya por Dios. ¿Hace mucho que vino?
—Como una hora.
—¿Qué tripa se le habrá roto?
—Afrodisio preguntó por ti.
—¿Está también Cayetano?
—No.

Me levanté y fui al despacho.

—Ya te dejaste caer —confirmó Afrodisio que escribía en una cuartilla haciendo con el bolígrafo una letra diminuta.

—¿Querías algo?
—¿Te dijo Cayetano que lo de Abascal va a doble página?
—Incluida la publicidad.
—¿Y andas en ello?
—Lo voy a ventilar hoy, Afrodisio, no te preocupes.
—A mi plin, Parra, yo es sólo avisar. Para como nos tienen aquí.
Cerré la puerta y regresé a mi mesa.
—Bajo a ver a ése —le dije a Benito.
—Andas de la ceca a la meca, Marquines; un día te hernias.
—Con el diesel engrasado.

No me puse el abrigo y salí corriendo hasta la esquina del Astorgano, azotado por el viento que bramaba por el bulevar.

Había cuatro peones de la construcción charlando en la barra con Balbino el dueño, en una mesa estaba don Manuel, su suegro, haciendo cigarros con la máquina, y en otra el gitano Vilorio con un porrón de cuartillo en la mano y una colilla apagada en los labios.

—Vas muy fresco, galán —me dijo don Manuel.
—Parra, Fina me está haciendo un fervido, si gustas —ofreció Balbino.
—Luego —le dije.
Acerqué una silla para sentarme junto al gitano.
—Cuánto tiempo sin verte, Vilorio.
—Sí, señor. De dos años no baja.
—¿Cómo te va?
—Lo mismo. Igualito de mal. Sólo que ya estamos acostumbrados.
—¿Sigues corriendo ferias?
—Hasta que acaban.
—¿Con el mismo género?

—Así, así. El peine, la media y la estilográfica que no falten.

Me ofreció el porrón y eché un trago. Luego bebió él.

—Pues tú dirás.

Se incorporó en la silla para acercarse y habló en voz baja.

—Me manda Fernandito el de Bedoya. Tiene que hablar con usted.

—Dile que venga a verme.

—No puede.

Los ojos del gitano, alelados y legañosos, parecían dos vidrios empañados.

—Está herido —afirmó bajando todavía más la voz.

—¿Y eso?

—Le dieron en el brazo. Él se lo cuenta.

—¿Dónde está?

—Yo lo llevo.

—¿Ahora?

—Ahora quería. O luego lo pasaba a buscar.

—¿Pero es muy lejos?

—Por el Ejido.

—Voy por el abrigo —le dije—. Espérame a la puerta del periódico.

—Echa un pito —me ofreció don Manuel dándome el que acababa de hacer.

Corrí hasta el periódico y estuve a punto de chocar con Donato, el conserje, que salía de talleres con la escoba en la mano.

Entré en la redacción como la golondrina que planea vertiginosa hacia el nido. Benito leía una revista apoyado en mi mesa.

—¿Dónde vas con esos humos?

—Beni, cúbreme la retirada —le contesté yendo al perchero a recoger el abrigo.

—¿En qué líos andas, Marquines?

—¿Líos?

—Habiendo gitanos ya sabes a lo que me huele.

—Un día te lo cuento.

—Cuídate, Marquines, que por el hielo se resbala.

—Tú cúbreme —le pedí señalando hacia el despacho.

—Ese está entretenido con la úlcera.

—Peor.

Vilorio me esperaba al otro lado de la calle.

El pantalón de pana revenida le cubría las piernas como un fardel, y la chaqueta de mahón con los bolsos rapados mostraba su longevidad heroica. Calzaba unas abarcas sin calcetines y se cubría la cabeza con una boina capada. La barba de días daba a su rostro un aspecto de huerto donde crecen las hierbas viciosas.

—¿Como cuánto vamos a tardar?

—Según nos movamos.

Por el bulevar seguía el viento sin alivio, y hasta la Plaza de la Catedral nos batió la cara. El gitano caminaba como un pájaro arrecido. De cuando en cuando le subía una tos seca y espasmódica.

—¿Quieres un coñá?

—Si usted tiene el detalle.

Tomamos una copa en el Exprés y bajamos a la Plaza Mayor. Los restos del mercado, del que apenas quedaban en pie los esqueletos de los tenderetes, llenaban la Plaza de un agrio aroma de hortalizas y excrementos. Por los soportales nos resguardamos de la lluvia, que volvía a aflorar como desgajada de un techo blando y cada vez más negro.

—Ahí en el Benito convida el que habla —dijo Vilorio.

—Nos vamos a entretener.

—Si usted me hace ese desprecio.

—Vale, vale.

Bebimos un tinto en el Benito, bajamos por el pasadizo y no tardamos en salir al Ejido.

El oscurecer envolvía un paisaje del que se iban borrando las casas. Huertas, praderas, algunos chamizos y el camino enrevesado entre sebes y medianas paredes de cantos y morrillos.

En el cercano horizonte la cresta de las choperas se mecía en la húmeda oscuridad.

—Por esta senda hay que ir con cuidado —advirtió Vilorio.

Avancé detrás de él. El barro se pegaba en los zapatos.

—¿Queda mucho?

—Para ir de prisa menos que despacio. A un tiro de posta.

—Pues ya podía haber buscado mejor guarida el Fernandito.

—En lo que a mí se me alcanza no creo que la haya. ¿Usted conoce el Corralín de Cantarranas?

—No.

—Pues allí mismo. Y cuídese aquí que hay otro reguero.

La lluvia era menuda e intermitente. Por el sendero, entre las lindes de dos prados, llegamos al arribo de una presa que tuvimos que saltar tomando carrera. Luego salimos a un sembrado y lo fuimos bordeando por la línea de chopas y sebes.

—¿Ve usted aquel cacho pared?

En la rala oscuridad se adivinaba una mancha de ladrillos macizos.

—Es el Corralín. Voy a adelantarme para que Fernandito no se recele. Usted espéreme.

Vilorio se fue apretando el paso. Me quedé quieto, invadido por un escalofrío. La humedad me hacía tiritar. Froté los zapatos contra la hierba y los tapines para quitar el barro.

Al cabo de unos minutos escuché un silbido, después la voz de Vilorio llamándome. Avancé inseguro hasta divisarle.

La pared era bastante alta y formaba una cuña. Hacia el interior quedaba, adosada a ella, la mampostería de un chamizo con un pedazo de tejado de latas en el rincón. Piedras, tejas rotas, ladrillos amontonados, se esparcían por el suelo de tierra rapada. Algunos vetustos frutales se erguían solitarios en los alrededores.

En el rincón techado estaba Fernandito envuelto en una manta, ante una lata agujereada en la que sobrevivían unas brasas.

—Ahí lo tiene —me indicó Vilorio.

Fernandito quiso incorporarse al verme, pero apenas logró alzar la cabeza. Con la mano derecha se sujetaba el codo del brazo izquierdo herido.

—Quieto —le ordené llegando a su lado.

—Yo voy a tomar otro poco el aire y a lo mejor hasta muevo el vientre —dijo Vilorio.

El rostro de Fernandito con la barba cerrada, el pelo revuelto y los ojos levemente desorbitados, delataba el dolor y el cansancio del fugitivo, ese sello de anhelante ausencia que parece preceder a la entrega o a la desesperación.

—Gracias por venir.

—¿Cómo estás?

—Me dieron aquí, en el brazo, pero sólo una mordida, al hueso no llegó.

—¿Te has curado?

—Vilorio me limpió y me echó un potingue. Perdí algo de sangre, pero ahora está bien encañado.

Me enseñó el brazo. Una sucia venda prendida con un alfiler ocultaba la herida.

—Hay que cuidar que no se infecte.

—Le echamos oxigenada y alcohol.

—¿Te duele?

—Me dolió mucho, pero ya no.

Saqué tabaco y encendimos un cigarrillo. Aspiró una honda bocanada y se me quedó mirando y moviendo la cabeza.

—Parra —dijo—, a mi padre lo cazaron. Estamos metidos en una.

Los ojos se le aguaban, como si la salpicadura de la lluvia le entrase en ellos como una esquirra.

—¿Por qué no me lo cuentas? —le animé.

—Para eso quería hablarte. Y tienes que perdonar que me tome tantas confianzas, porque ya tienes que estar hasta el gorro de mí. Pero te juro que no tengo a nadie a quien ir. No sé lo que se puede hacer.

—Un amigo es para cuando hace falta.

La mirada de Fernandito estaba fija en las brasas.

—Desde el verano vamos en picado, Parra. Los burros ya tú sabes que se iban para el mondongo, para sacrificarlos. Y mi padre entró en eso como un pardillo. Yo

nunca le di pie, no me gustaba.

—¿El trato lo hacíais con Obdulio y con Cachafeiro?

—Sí, con esos payos, que mejor nos hubiera ido revolearnos entre ortigas. Porque del dinero, al fin, no vimos ni la mitad. Esos lo manejaban como querían. A repartir quedándose con lo que les daba la gana. Y mi padre no sé, Parra, para mí que está chocho, ni el trigo ni las pajas.

—Los burros que se quemaron eran vuestros.

—Claro. Y de toda la reata que les llevábamos entregada por aquélla apenas habíamos visto cuatro cuartos. Obdulio nos dijo que lo del incendio estropeaba el negocio y, a las malas o a las buenas, todos salíamos perdiendo. Yo tuve con él una, pero mi padre me echó el alto. A mí me olía que el dinero nuestro se lo arramplaban esos dos. Y así era.

—No entiendo cómo tu padre se metió en eso.

—Va para largo que las cosas le iban muy mal. Lo enredó directamente don Sebastián y a mí, también te lo digo, me atrancaban con la condicional, el mismo inspector Valero, que fue quien me echó el guante cuando lo mío. Como aquí al mismo Vilorio, que lo tiene fichado igual que a tantos. El caso es que después de aquello nos quedamos quietos, hicimos algunas ferias y bajamos para Valladolid. Mi padre no me decía nada y yo pensaba que ya habíamos tarifado, aun perdiendo lo que nos robaron. Pero no. En Valladolid teníamos camada con mi tío Emiliano y allí íbamos para el mismo negocio.

Fernandito alzó los ojos de las brasas y restregó la nariz en la manta.

—Mi padre había estado con don Sebastián y otro industrial. El trato seguía. Le liquidaron algo del dinero y le ofrecieron mejores condiciones, pero haciéndonos nosotros cargo de los sacrificios. Todo era, según se convino, provisional, en tanto ellos pudieran tener otro matadero, bien guardado de la ronda.

—¿Y entrasteis en eso?

—Sí, Parra, entró mi padre, y mi tío Emiliano, y mis primos Lolo y Vidal y a mí me dijo que si no quería que cogiera carretera con la parienta y la recua. Era un favor que les iba a hacer a don Sebastián y a los otros, que se habían quedado en el aire. Ya ves qué cosas. Total, que buscamos un sitio cerca de Medina y allí dos o tres noches a la semana les dábamos el cachetero a los burros, los abríamos en canal y los aviábamos para traerlos.

—¿En qué?

—En una camioneta que conducía mi primo Vidal. Se compró en Valladolid con dinero que nos adelantaron, una carrilana.

—¿Y dónde descargabais?

—En un garaje de Puente Castro, antes del fielato. Ellos querían que lo metiéramos, pero eso ya no nos gustó. Allí esperaban Obdulio y Cachafeiro y otros y ya se hacían cargo. Por el fielato, esa es la verdad, pasaban como por su casa.

—O sea, que volvisteis a las andadas y mejorando la marca. Negocio completo.

—El negocio completo era para ellos, Parra. Obdulio y Cachafeiro no fueron trigo limpio desde el principio, y de ellos bien que podíamos recelar, pero mi padre se ciega, la camioneta le parecía un potosí. De esos dos yo siempre tuve más que la sospecha. Y al propio don Sebastián saben dársela que, a fin de cuentas, para él éste es un negocio entre muchos. El caso es que a nosotros siempre nos hicieron el gato.

—¿Y qué pasó?

—Pues en esto llevamos como mes y medio. El otro día le dijeron a mi padre que ya tenían preparado un nuevo matadero y que volvían a encargarse ellos de la faena. El trato había sido así, echarles esa mano por un tiempo. Y la otra noche cogimos la última carga y salimos de Medina como siempre, mi padre, Vidal y yo. El viaje se hacía de doce en adelante y la verdad es que nunca hubo nada. Pero la otra noche, ya ves qué casualidad, que era la última que veníamos y tenían que hacernos liquidación, poco antes de Mayorga se nos echó la ronda encima. A mi padre y a Vidal los cogieron en seguida, pero yo iba en la caja y antes de que se dieran cuenta salté y me eché al campo. Me vieron correr y me dispararon.

Fernandito había tirado la colilla en el brasero y removía las brasas con un pequeño gancho.

—Preferí venirme aquí que volver a Valladolid. A ellos se los llevaron, los tienen en la cárcel. Un pariente que vino hoy avisó a Vilorio. Mi tío Emiliano y mi primo Lolo se escondieron hasta ver qué pasa.

—¿Y qué piensas hacer?

—Nada, Parra, te juro que no puedo pensar nada. Sólo hago que darle vueltas a lo mismo. La ronda nos la echaron encima, nos vendieron esos canallas.

—No me extraña.

—A nosotros nos dan el corte, ellos se quedan con el parné y los de abastos se apuntan el tanto. ¿Quién escucha lo que digan mi padre y Vidal? ¿Y qué van a decir? Así, trincados con las manos en la masa.

Un resplandor de rabia encendía los ojos aguados de Fernandito.

—Y yo lo mismo, Parra. Como no sea meterles la navaja a Obdulio, a Cachafeiro y al mismísimo don Sebastián.

—Lo primero que tienes que hacer es curarte. Déjame a mí que olfatee algo por ahí y ya te tendré al tanto. ¿Necesitas dinero?

Asintió con la cabeza.

—No tenía a quien llamar, Parra.

Saqué la cartera y le di quinientas pesetas.

—Venga, Fernandito, o somos o no somos. ¿Vas a seguir aquí?

Vilorio se acercaba silbando.

—Hasta que éste encuentre otra cosa. Unos días.

—Yo le digo que en mi casa —dijo Vilorio.

—Van a venir a por mí —afirmó Fernandito—. No te creas que se resignan. Esos en el fondo me tienen miedo, y con razón.

—Tú, Vilorio, te pasas mañana por la tarde por el Astorgano —dije—. Veremos lo que hay. Y tú no te muevas, el brazo limpiarlo por lo menos dos veces al día.

—La herida va bien.

—Bueno, Fernandito, pues no sé si hay algo más.

Me puse de pie. Se me quedó mirando.

—Gracias, Parra.

Le di la mano.

—Un momento, que yo me voy con usted —dijo Vilorio—. Allá de amanecida te traigo un potaje.

—Cómprame tabaco.

—Toma, quédate con este paquete que casi está lleno —le ofrecí.

—Vilorio, dile a Vargas que quiero verlo antes de que vuelva a Valladolid. Tiene que llevarle un encargo a la parienta.

Fernandito encendió otro cigarrillo y se acomodó contra la pared cubriéndose casi por completo con la manta. Vilorio le había dejado cerca del brasero un mendrugo de pan y un pedazo de tocino.

Salimos de nuevo a la senda.

La noche se cerraba como un manantial de suciedad sobre el Ejido, y en distintas direcciones ladraban los perros. El gitano Vilorio me guio más despacio, pero no pude evitar mojarme hasta los bajos del pantalón en un reguero.

—Ya desde aquí va usted seguro —me dijo cuando llegamos al camino—. Yo quiero cruzar por ese atajo, que yendo por las huertas siempre se afana una berza para el caldo.

—Entonces me ves mañana en el Astorgano.

—Allí mismo.

Se llevó la mano derecha a la sien y se fue.

Apoyándome en una piedra escurrí los bajos del pantalón y después limpié los zapatos en la hierba.

Cuando llegaba a la Plaza Mayor el reloj del Consistorio marcaba las ocho menos cuarto. Crucé la Plaza, subí hacia la Catedral y entré en el Exprés. Pedí un café solo y una copa de coñac y mientras me servían llamé por teléfono a Gabriel Llanos.

—Necesito hablar urgentemente contigo.

—¿Dónde estás?

—En el Exprés.

—¿Quieres que vaya?

—Mejor en el Victoria.

—Salgo.

Tito Baños me acercó la copa llena hasta el borde y se me quedó mirando mientras secaba un pocillo en el delantal.

—Pero, Marquines, si vienes como un pollo mojado.

El Victoria languidecía entre la luz miserable de sus altas lámparas, que alumbraban con penuria el irregular y amplio local, en el que los zócalos, de verde oscuro, y los divanes que se articulaban como una espina dorsal a dos bandas tapizados también de un verde que acumulaba la suciedad de muchos años, ayudaban a enmohecer esa atmósfera destartalada.

Me senté casi en la penumbra, frente a la cristalera que daba a la Rúa. En ese momento entraba Manolo Pistolo con el fajo de periódicos, resguardado en un hule negro, bajo el brazo. Pistolo cruzó el local sin verme, conectada la cantinela:

—«Vespertino», noticias frescas. Diario católico y regional, que dice lo que pasa y no se pasa en lo que dice. La Deportiva ficha a Felines. La cabaña caprina está menguando. Declaraciones del entrenador y del Decano de la Veterinaria. ¿Nos quedaremos sin cabras y sin cabritos?

Gabriel no tardó en llegar. Se sentó frente a mí sin quitarse la gabardina.

—¿Qué hay, Parra?

Balbín el camarero caracoleó con su eterna bandeja en la mano izquierda.

—¿Qué puedes darnos? —le preguntó Gabriel.

—Aquí Parra, seguro que su ginebra preparada.

—Pues otra para mí.

—Y así son dos.

—¿Todo bien? —preguntó Gabriel cuando Balbín se alejó.

—Todo. Hablé con ella y está de acuerdo.

—Me quitas un peso. Creí que había dificultades.

—Hay que darle dinero.

—Ahora mismo te firmo un cheque.

—Mejor en efectivo. Veinte o veinticinco de entrada. ¿Te parece?

—Me parece de perlas. Si mañana te pasas por la oficina.

Balbín nos sirvió las ginebras.

—Ahora quiero contarte otra cosa. Hay una complicación, si así se le puede llamar. Al menos para mí lo es.

—Dime.

—Uno de los proveedores del matadero ha sido un gitano al que conozco. Por él y por su hijo hilé bastantes cabos en ese asunto.

—¿Qué gitano?

—Bedoya el de la Nava.

—Lo conozco de oídas, pero no me extraña. Algo se trajo entre manos con don Sebastián tiempo atrás, cuando el estraperlo de piensos, si recuerdo.

—Seguro.

—¿Y qué pasa?

—Que son amigos míos. Al hijo, a Fernandito, lo saqué una vez de un apuro, fue carterista y ha estado dos veces en la cárcel.

—Hay que reconocer que estás bien relacionado.

—Después del incendio del caserón llevaban ellos, con otros parientes, los sacrificios. En Medina. Y traían la carne para aquí en una camioneta. De todo esto me acabo de enterar.

—Ya. Pero esa gente no habla, Parra, éstos no nos sirven de nada. Y, además, estáte seguro de que los tienen completamente apiolados.

—A eso voy. Parece que les han hecho la jugada, les metieron la otra noche encima la ronda, cuando venían con la que iba a ser la última entrega. A Bedoya y a un sobrino los detuvieron y los tienen en la cárcel en Valladolid. Fernandito pudo huir, pero parece que está herido.

—Bueno, y todo eso a nosotros, Parra, ¿qué nos importa?

Bebí un trago de ginebra.

—A mí sí me importa. Te digo que son amigos. Y quiero echarles una mano.

Gabriel movió la cabeza e hizo bailar su vaso sobre el mármol de la mesa.

—¿Qué pretendes?

—Con todos estos acontecimientos tenemos la escopeta cargada. ¿Por qué no disparamos ya? Se busca el arreglo y a la vez, de recuelo, se les exige que los gitanos queden fuera, que liberen a Bedoya y dejen en paz a Fernandito y a los otros.

—Pero, Parra, no me digas que hablas en serio, no seas ingenuo. ¿Qué pintas tú de redentor de esos chalanos? ¿Vamos a precipitarnos así, a lo loco, por su cara bonita? No me juntes una cosa con la otra que no tienen nada que ver. Los pasos hay que darlos seguros y luego, cuando diga don Paciano, con calma, soltaremos carrete. Lo nuestro es eso. Olvídate de los gitanos.

—Está bien, Gabriel, iré por libre, sin mezclar lo uno con lo otro.

Me miró preocupado.

—Parra, esto funciona gracias a ti, no vayas a estropearlo.

—No hay ningún peligro. A la chica ni la mento. Ellos saben que yo les tengo puesto el ojo encima, no en vano trataron de pararme. Les tiraré una andanada.

—Allá tú, Parra. Es cosa tuya. Pero la verdad es que no me gusta un pelo.

—Sólo con que sepan que estoy al tanto de todo el asunto de los gitanos, puede valer. Y eso es una cosa personal, mía, que no hay que hilar con nada más. Una carta que puede dar resultado.

—Mucho lo dudo. Y, además, ¿cómo vas a jugarla?

—Por el sitio que me parece más eficaz. Con el inspector Valero.

—Si lo tienes decidido, ¿yo qué te voy a decir? De todas formas habrá que contárselo a don Paciano.

—Espera hasta mañana. Antes de mediodía te llamo o me paso por la oficina.

—Bueno.

—Y no te preocupes, cada cosa va por su carril.

—Dejaré de preocuparme el día que Isaurín se siente como concejal de Obras en la Permanente.

Cuando Gabriel se fue llamé a Balbín para pagarle y decirle que me trajese la guía

de teléfonos. Anoté en mi libreta el número de la Comisaría.

—El público está averiado —me indicó Balbín—, como no quieras llamar desde el de dentro.

—No.

Salí a la Rúa y crucé hacia el Madrid. Eulalio jugaba al parchís en la barra con un cliente.

—Dame unas fichas para llamar.

—Pídeselas al chaval que está en la cocina.

El chaval me las dio. Eulalio batía el cubilete rezongando, como si en los dados que iba a verter le fuese la vida.

Marqué y comunicaba.

—¿Qué vas a tomar, Marquines?

—Un tinto, con sifón.

—¿Quieres un torrezno, o rellenas?

—Nada.

—Acabo de abrir esta de jureles, mira qué cara tienen. Coge un palillo y pica. Le obedecí.

—Están buenos.

A la cuarta vez logré comunicar.

—Quiero hablar con el inspector Valero.

—Un momento. ¿Quién le llama?

—Marcos Parra, del «Vespertino».

La voz del inspector tardó un rato en llegar.

—¿Sí?

—Soy Marcos Parra.

—Hombre, buenas tardes o buenas noches ya. Me alegra oírle.

—Quería hablarle.

—Pues usted dirá.

—Personalmente, si es posible. Es algo urgente. ¿Le vendría bien que nos viésemos como dentro de media hora?

Pareció dudar unos instantes.

—Bueno, si es algo urgente. ¿Por qué no se pasa por aquí?

—No, mejor tomando una copa.

—¿Dónde?

—¿En el Bambú?

—Bien.

—Pues allí le espero.

Colgué. Eran las nueve menos diez. Eulalio volvía a batir el cubilete y su contrincante de juego sonreía malévolamente, sin duda seguro de su victoria.

—Tómame otro.

—No, que tengo prisa.

Tina estaba en el Nacional sentada en el mismo sitio donde la había encontrado por la mañana.

Por un instante tuve la sensación de repetir ese primer encuentro, aunque la noche, tupida y húmeda tras los ventanales, contraponía a su figura un tiempo claramente diferenciado. A veces uno resbala por la memoria sin saber si va o viene.

—Eres puntual.

—Y tú.

—Para lo que una tiene que hacer.

—¿Estuviste paseando?

—Sí, y ya ves cómo se me ha puesto el pelo.

—¿Por dónde anduviste?

—Pues, mira, me he dado cuenta de que prácticamente no conozco la ciudad. De aquí para allá, sin rumbo. Y tomando una copa. ¿Y tú?

—A punto de pillar algo malo. Metí este pie en un reguero y fíjate cómo se me puso el pantalón.

—¿Vamos a ir a cenar?

—Sí, pero se me ha complicado la vida. Venía a avisarte. Tengo que ver a un tipo y a lo mejor tardo un poco. Igual aquí te aburres.

—Me voy a la pensión, así me seco y me cambio. ¿Quedamos allí?

—Vale, podemos cenar en el Besugo. En cuanto termine te paso a buscar.

—Da la impresión de que estuviste trabajando a la intemperie.

—Así es. Y también he visto a uno de nuestros socios. Mañana por la mañana me sueltan tela.

—Todavía no me hago a la idea.

—¿Por qué?

—No sé, un dinero que te tiran como los confetis en el bautizo.

—Así son los negocios.

El Nacional sucumbía en ese declive de horas bajas en el que las ausencias parecen más ciertas y desoladoras.

Gerónides, el cerillas, cerraba el candado de la caja del tabaco dispuesto a irse a cenar. Salió delante de nosotros tranqueando en las muletas. Los caballeros mutilados se arrastran por la vida.

Acompañé un rato a Tina y luego me encaminé hacia el Bambú.

La lluvia seguía obstinada, menuda y leve en el acarreo del viento. Por Ordoño II los luminosos parpadeaban inundando la acera con el verdor mojado de su siembra artificial. En el Azul anunciaban La Leona de Castilla. El tropel juvenil del paseo nocturno, ida y vuelta en la ronda monótona con el saludo mil veces repetido, se disgregaba ya, como si una voz de mando hubiera ordenado romper filas.

Un olor de chocolate con churros impregnaba la atmósfera del Bambú, donde muchas mesas todavía conservaban los manteles de las meriendas, y donde algún

grupo de solteras otoñales alargaba la conversación, como en un intento de quedar allí sumidas para la eternidad.

Busqué el recodo del diván al fondo del local, lejos de las mesas más concurridas. Un vaivén de miradas solapadas y vertiginosas acibilló mi figura húmeda y veloz al cruzar hacia el recodo.

Ellas tienen los ojos sediciosos de andar a la que salta, y se muerden los labios codiciosos por el amor que falta, como las canta el poeta Buchaca.

Herminio me sirvió la ginebra preparada y me trajo un paquete de tabaco.

—Me tienen loco ésas —dijo entre dientes.

—¿Quiénes?

—Las de Ortiz, las de Perales, las de don Alberto.

Los ojos de Herminio echaron un cable ardiendo a la mesa donde estaban sentadas.

—¿Qué te hicieron?

—Parra, tú bien sabes que soy de Calzadilla y en Campos no hay tío que no se altere cuando le enseñan la liga. Aquí no sé, que en la capital haber hay más cuento que calleja. Pero allí así somos, y para prender la mecha apenas hace falta arrimar el misto.

—No les hagas caso.

—Me llevan toreando desde que se sentaron, Parra, desde las seis y media. Primero la Toñi, luego la otra, luego la Mavela, la rubia, y esa de don Alberto, la pequeña, que es un callo y trae unas bragas azules.

—Oye, Herminio, ¿no será que ves más de lo que hay? ¿Hasta las bragas?

—Parra, que me la tienen jurada. Será para pasar el rato. Pero yo desde la barra soy incapaz de quitarles el ojo, y ellas venga a cruzar y descruzar las cachas. Y si fuera la primera vez.

—Será que las gustas.

—Ya, un camarero a unas que mean colonia. Lo que hacen es ponerme a cien, y así no hay Dios que trabaje. Ya rompí tres pocillos.

El inspector Valero entró y se quedó mirando hasta descubrirme.

—Cáscatela, Herminio.

—A mayor gloria de ellas tenía que ser. Pero más justo resultaba que entre todas me hicieran una pera. Al menos, que le diesen a uno ese esparcimiento.

Valero me tendió la mano, dejó el sombrero en el diván y se quitó la trinchera. La sonrisa asqueada que matizaba su bigotillo cobró mayor intensidad cuando se sentó frente a mí.

—Tanto tiempo sin saludarle —había dicho.

—¿Qué va a tomar?

—Un café solo.

Herminio le sirvió en seguida.

—¿Todo bien? —se interesó.

—Todo bien.

—Le sigo en el periódico. No me pierdo ni un día Las Estaciones. Y esos artículos sobre ferias y mercados me gustaron de veras. Tiene usted pluma.

—A veces uno se pasa; esos artículos eran demasiado literarios.

Le ofrecí un cigarrillo.

—Usted tiene un oficio mejor que el mío —dijo mientras encendía—. Me da envidia.

—¿No le gusta ser policía?

—Por supuesto que me gusta, no soy de los que se pasan la vida renegando. Pero es que lo suyo es más agradable, más divertido. En la Comisaría uno puede consumirse.

—Dependerá de las ambiciones que se tengan.

—Bueno, ambiciones no faltan. ¿No le pasa a usted lo mismo?

—No sé.

—Mire, Parra, usted me cae bien, me cae muy bien. Es una pena que no hayamos podido relacionarnos más. O que haya podido haber malentendidos. Me gustaría ser con usted totalmente franco.

—Pues eso mismo es lo que yo deseo, inspector.

Bebió un largo sorbo de café. La sonrisa se le dibujaba hasta las orejas.

—De amigo a amigo, si eso no es excesivo, ¿qué le parece? No sabe lo que me alegra que me haya llamado. Y si en mis manos está el poder hacerle algún favor. Usted hágase a la idea de que el policía quedó en la Comisaría, si eso le sirve de algo. Me molesta que siempre, en todas las circunstancias, a cualquier hora, sólo me vean como profesional. Es lo mismo que si uno fuese como el pescadero, continuamente oliendo a pescado a pesar de la colonia.

—A todos nos pasa un poco lo mismo.

—Con el agravante de que lo lógico es que a usted le tiendan la mano y a mí que me eviten.

—Vamos, inspector, eso será el precio por el poder que tiene. Y no me diga que no le gusta tenerlo. Además, usted es un lince a la hora de administrarse.

—Habla como si yo fuese alguien importante. No, Parra, poco poder tengo, no exagere.

—Con buenas relaciones y campo libre. Además me da la impresión de que en el terreno en que se mueve es usted el más listo.

—Me hace gracia.

—Si hemos prometido ser francos, vamos a ello, ¿no?

Terminó el café.

—Por supuesto que sí.

—¿Prefiere que vaya directamente al grano?

—Adelante, Parra, no se prive.

—La encerrona que me tendió este verano dio resultado en su momento, hay que

reconocer que estuvo usted muy oportuno.

—Fue un aviso, le hice un favor. Pero no era exactamente una encerrona.

—Como quiera, pero el caso es que yo soy muy inquieto, inspector, y, por supuesto, no iba a quedarme con los brazos cruzados.

—Ya.

—No incumplí la palabra que le di, también es verdad, al menos entendiéndolo a mi manera porque, para qué vamos a engañarnos, hay promesas que son papel mojado.

—Sobre todo cuando se sacan a la fuerza.

—Exacto, inspector. Aunque lo cierto es que ni escribí ni intenté publicar nada.

—Pero siguió olisqueando.

—Seguí con el ojo avizor. Tampoco vaya a pensar que voy por ahí destrozando medias suelas.

Valero se recostó en el respaldo del diván. Su sonrisa se diluía en una mueca ambigua mientras cabeceaba levemente, como asintiendo con cierta sorna compasiva. El cigarrillo sujeto en sus labios manaba un reguero de humo vertical que parecía distanciarle. Vertió la ceniza en el pocillo vacío del café.

—¿A dónde quiere llegar, Parra? Es usted más terco de lo que pensaba.

—No tengo ningún interés en ocultarle nada de lo que sé. Puede interrogarme.

—Por Dios, quedamos en que estábamos aquí como amigos. Olvídense un momento del policía, se lo ruego.

—Bien, bien.

—¿Tantas cosas sabe?

—Yo diría que desde lo del incendio del caserón hasta la detención de Bedoya la otra noche, todo, o casi todo.

Me miró con cierta curiosidad.

—¿Por qué no cambia de oficio conmigo?

—¿No dice que en la Comisaría se consume uno?

—Le envidio, sí señor.

—Alguien les echó encima la ronda a los gitanos.

—No tengo ni idea de lo que me está hablando. Pero está claro que quien anda con fuego corre el riesgo de quemarse.

—El pobre Cribas no andaba y ya ve.

—El pobre Cribas, como usted dice, escondía sólo porquería debajo de la costra de mugre. ¿Quién cree que era ese mendigo?

—Alguien a quien la vida le dio siempre la espalda.

—¿Quiere algunos datos?

—No me va a descubrir nada nuevo.

—Pero le pueden orientar. Antes de convertirse en la ruina en que usted le conoció, un alcohólico degenerado, estuvo purgando en el penal de Burgos. Combatió con los rojos, Parra, y le echaron el guante en el monte, huido como una sabandija.

Algo tendría que ocultar, ¿no? Era de aquellos zorros anarquistas que iban con los barrenos en el bolsillo. Si no le hubieran conmutado la pena de muerte en su día nos habrían hecho a todos un favor.

El bigotillo de Valero tembló como alcanzado por un latigazo de ira. Apagó la colilla en el pocillo.

—O sea, que lo sabe todo, como para escribir de carrerilla una de esas crónicas de sucesos, ¿eh? ¿Y qué pretende?

—Algo muy simple, inspector. Que dejen libre a Bedoya y a su sobrino, que lo de los gitanos quede cancelado, que les dejen en paz, incluido Fernandito, por supuesto.

—¿Fernandito?

—El hijo.

—Vaya, ¿es su última fuente de información?

—Hace mucho que no lo veo.

—¿Y a qué tanto interés por ellos?

—Son amigos.

—Unos amigos bien poco recomendables. No hay ni uno que no tenga antecedentes.

—A lo mejor por eso fueron siempre más vulnerables, inspector.

—Las cuentas con la justicia y con la policía se las busca uno. No peque de ingenuo.

—No peco de nada. Eso es lo que tenía que decirle.

—¿Y qué espera?

—Como poco una respuesta.

—Pero, vamos a ver, usted está un tanto equivocado conmigo. Yo soy un mandado, Parra, bastante menos que un segundo de a bordo.

—Me parece que un poco más que eso, inspector, no sea modesto. Sin usted o alguien así, tan bien situado, algunos negocios serían muy difíciles.

—Es usted un tipo curioso. Y me cae bien, le juro que me cae bien.

—Pues eso es todo.

Se llevó la mano izquierda al bigotillo. Sus dedos lo repasaron con suavidad.

—¿Va usted por libre en todo esto, Parra?

—¿Por libre?

—¿No hay nadie detrás? ¿No le estarán tomando el pelo? Tanta tenacidad por su parte me hace sospechar.

—También soy un profesional, no lo olvide, y lo mío es rastrear las noticias.

—Noticias imposibles.

—Con el tiempo igual no tanto.

—¿Puede darme un cigarro?

—Por supuesto.

Se lo llevó a los labios y lo encendió.

—Usted y yo no somos tan distintos —dijo—. Tenemos nuestras ambiciones,

sabemos nadar y guardar la ropa, no se nos cae un pelo de tontos, ¿verdad? Y para trepar, que es como se dice por ahí, hay que dejarse manejar, aunque sin perder los remos. ¿Es así?

—Si usted lo dice.

—Bueno, yo lo comento aquí entre amigos, ya que prometimos ser francos. No me interesa disimular con usted en absoluto. ¿Se ha enterado de muchas cosas? Pero ¿cuál es el beneficio, Parra? ¿Y quién paga?

—No me mida usted con tanta exactitud con el mismo rasero, inspector.

—¿Le da vergüenza el dinero?

—No.

—¿Entonces?

—Digamos que el dinero no lo es todo.

Me miró con la sonrisa a punto de desbordarse, como quien tiene la certeza de las mejores cartas mientras el contrincante naufraga lleno de dudas.

Tomé un cigarrillo y lo encendí.

—Todo mi interés se reduce a que mis amigos queden libres. Lo único que le pido es una respuesta.

Valero consultó el reloj.

—Mire, yo voy a estar hasta muy tarde en la Comisaría, ¿por qué no me llama?

Cogió el sombrero y la trinchera y se puso de pie.

—¿Tiene que consultarlo?

—Me da la impresión de que usted no me hace justicia. Me menosprecia. ¿Piensa que soy un policía de secano?

—En absoluto, inspector. Tengo particulares razones para pensar todo lo contrario.

Me tendió la mano.

—Llámeme.

Al verle partir no pude evitar un cierto temor lleno de imprecisas expectativas.

Continuaba el implacable menudeo de la lluvia, y la humedad daba al asfalto ese brillo nocturno de cristal líquido que refleja luces fantasmales.

Bajé por Gil y Carrasco hasta Burgo Nuevo. De Casa Llanos salía el fulgor y el aroma de la taberna mezclada con el ultramarinos. Por Burgo Nuevo se concentraban las sombras apenas rotas a la altura del Garaje Iban.

El chiri del cruce de Independencia movía los pies y los brazos para desentumecerse, y consultaba su reloj esperando las diez para abandonar el puesto. De la Primera Alcazaba salieron el Legionario, Escanciano y Cholla acompañados por dos camioneros guarecidos en amplias pellizas. El humo de la taberna me salpicó la nariz al pasar ante la puerta que alguien mantenía abierta desde dentro: un raro aroma de la estufa de serrín mezclado con el vino, el sudor, el tabaco y la grifa. El

Legionario y sus compañeros descargadores, que no me vieron, habían ajustado sin duda un avío y se iban a reconocer la mercancía en los cercanos solares de Santa Nonia, donde estaban aparcados los camiones.

Viré hacia la Rúa por las Animas. Mi abrigo acumulaba la humedad y comenzaba a sentir intermitentes escalofríos. Tenía los pies helados.

Hasta el Grano, sin apenas poder guarecerme, fui resistiendo el viento que zumbaba encajonado. Subí a la carrera los peldaños de El Montañés.

La niña muda de la tarde me abrió la puerta. El vestíbulo de la pensión quedaba iluminado por una bombilla mugrienta.

—¿Quién es? —preguntó una voz desde el fondo del oscuro pasillo.

Entré y cerré la puerta.

—Pregunto por una señorita que se llama Ernestina —respondí en voz alta, esperando que la puerta de la habitación de Tina se abriese, lo que no sucedió.

Una mujer de mediana edad, desgredada, apareció por el pasillo limpiándose las manos en el mandil.

—¿Puede avisar a Ernestina Valderas? —le pedí.

Se me quedó mirando. La niña se fue por el pasillo.

—Esa señorita se marchó.

—¿Quiere decir que ha salido? —pregunté extrañado.

—Quiero decir que se marchó.

—Oiga, yo soy un amigo suyo y he quedado en pasar a recogerla aquí. Habrá dejado algún encargo.

—No dejó nada. Hizo la maleta y se fue. Y usted perdone pero tengo mucho que hacer.

—Pero ¿a qué hora se fue?

Abrió la puerta.

—No quiero líos, ¿sabe? Aquí nos gusta vivir tranquilos. Váyase.

—Vamos, señora.

Guardó silencio unos segundos y volvió a mirarme.

—Esta tarde vinieron a preguntar por ella cuando no estaba.

—¿Quién?

—Dos policías. No sé lo que esa chica se traerá, vaya a saber. La esperaron un rato y se fueron.

—¿Y le dijeron algo a usted?

—A mí nada. Aquí todo lo tenemos en orden, no queremos líos. Cuando esa chica volvió, en seguida subió detrás de ella uno de los policías. Apenas hace un rato.

—¿Y se la llevó?

—Sí, señor. Ella hizo la maleta, pagó la habitación y se fueron. Por cierto, que ahí se dejó olvidados un peine y un espejo, si es usted amigo.

—¿Oyó algo de lo que le dijo el policía?

—No me meto donde no me llaman y menos con ellos.

—Gracias.

Cerró la puerta. Un gato saltó desde el rellano escaleras abajo.

Hay ocasiones en que uno desearía vaciar la cabeza como se vacía un desván, aunque sólo fuese para sentir el alivio de las superficies solitarias: un reposo que permite mirar sosegado lo que hubo antes de ir llenando hasta los más escondidos rincones, pero es difícil improvisar ese vacío, y en el vano intento sobreviene el más ingrato desconcierto.

El rumoroso chorro de la fuente de la Plaza del Grano, que repicaba en el pilón, entre la fría y mecedora constancia de la lluvia, me atrajo por unos segundos, como la llamada misteriosa que requiere al suicida. Un impulso, ligeramente desesperado, de ir a poner la nuca bajo él, igual que en esas ocasiones de embriagado embotamiento.

Volví a la Rúa.

Del Bar Mansilla salía Abelardo el Chupa caracoleando en las nubes de alcohol. Se quitó la boina y me hizo una reverencia. Llamazares fregaba tras la barra. Me saludó al verme entrar alzando el dedo gordo de la mano derecha.

—¿Qué te pongo?

—Ni lo sé. Voy a llamar por teléfono.

—Hay una mostacilla superior.

—Vale.

Saqué mi libreta, marqué el número de la Comisaría y me senté en una silla. El bar estaba completamente vacío.

—Quiero hablar con el inspector Valero. Soy Marcos Parra, del «Vespertino».

Transcurrió casi un minuto hasta que la voz del inspector llegó a mi oído con un abominable timbre de revancha.

—Llama usted antes de lo que esperaba —confirmó complacido.

—¿Dónde la tiene, inspector?

—Siento andarle levantando siempre las palomas, de veras, pero hay que cuidarse un poco más.

—¿Con qué derecho la ha detenido?

—Mire, amigo Parra, voy a dejar de templar gaitas. Usted piensa que yo soy tonto y eso me fastidia. ¿Qué se cree? A esta señorita la tengo localizada desde finales de agosto.

—¿Qué va a hacer con ella?

—Nada de nada. Le leí la cartilla y nada más. Ya ve qué buen corazón tengo.

—¿Está ahí retenida?

—Tuvimos una charla muy amena y se fue totalmente convencida para la estación. Allí puede verla si quiere.

—Iré.

—Pues nada, Parra, esto es lo que hay. Si le sirve de advertencia, mejor. No está en mis cálculos pasar a mayores pero, desde luego, de templar gaitas ya me cansé. ¿Hablo con claridad?

—Con claridad y con petulancia, inspector.

—Dedíquese a la pluma, que es lo suyo. Y ya sabe donde estoy. Que le vaya bien. Colgó.

Las mostacilla que me ofrecía Llamazares suavizaba el paladar y volvió a llenarme el vaso apenas lo vacié.

—Estás pingando, Marquines, vas a pillar una.

Estornudé con esa desolación que anticipa el constipado.

—No te dije.

Hasta la estación me quedaba un largo paseo.

La ciudad se evade como si la noche lluviosa fuese limando sus matices y todo es un túnel de azotada intemperie.

Te sumerges por el desierto de las calles como el náufrago a la deriva, en un mar proceloso: cortinas de agua y perdidos rincones donde un perro te ve pasar sin atreverse a seguirte y un gato erizado aguarda la presa que no aparece.

Comencé a sentir el vacío del estómago, la urgente necesidad de tomar un bocado.

A la altura del Yucatán, antes de cruzar el puente, la necesidad se había convertido en una obsesiva punzada.

El río bajaba medianamente crecido, pastoso y turbio.

A la puerta del fielato Honorino Alfageme, pertrechado bajo el amplio capote de hule, miraba llover con la colilla apagada en los labios.

—¿Dónde oscilas, Marquines, con la que cae?

—Voy a la estación.

—Encima la estufa hay un cuartillo calentando. Si te hace.

Entré con él. Me quité el abrigo, lo sacudí y me acerqué a la estufa. Honorino retiró la marmita del fuego y vertió medio vaso de vino ofreciéndomelo.

—Si te van estas pastas.

—Pues sí que me van, no te voy a hacer el feo.

Comí dos pastas bastante duras y bebí el vino.

—Coge otra, mi mujer las hace por arrobas.

—Están buenas.

—Venga.

—Con ésta me voy que llevo prisa. ¿Qué hora es?

—Las once ya dieron. El gallego estará por pasar.

—Pues se te agradece el refrigerio.

—Valiente banquete.

Entré en el andén cuando llegaba el gallego y el tropel de viajeros se aprestaba para subir.

Por las ventanillas de tercera asomaban los quintos pelados, vociferantes y jocosos. Las maletas se izaban hacia las ventanillas esperando que alguien echase una mano. El tropel de los que subían y de los que bajaban formaba un desacompañado tira y afloja.

Crucé el andén hacia la Sala de Espera después de mirar en la cantina. La estrecha puerta no ofrecía ninguna facilidad a los equipajes. Tuve que aguardar un momento. Tina estaba allí, sentada en un banco al fondo, con el brazo derecho apoyado en la maleta.

Me miró recobrando una sonrisa que apenas podía borrar su gesto preocupado.

—Sabía que vendrías, pero me parecía imposible.

—¿Por qué?

—No pude dejarte ningún recado, nada.

—Pues ya ves cómo me las arreglé para encontrarte.

—Menos mal. Por lo menos quería decirte adiós.

—¿Te vas a ir de verdad?

—No hay otra salida.

Abrió el bolso que tenía junto a la maleta, me enseñó el billete.

—Es para el asturiano. Ya sabes que en Oviedo me espera una amiga. Probaremos.

Un hombre asomó en la puerta, nos miró unos segundos y se retiró.

—Es un policía —dijo Tina—. Me trajo desde la Comisaría, me sacó el billete y se va a quedar hasta verme ir.

—Algo habría que hacer.

—No le des vueltas, Marcos. Lo pasé mal, muy mal, ¿sabes?

—El inspector con el que hablaste en la Comisaría está comprometido en los negocios del concejal, le ayuda de tapadera. Pringado hasta las cejas.

—Tenía una ficha completa de mí.

—No lo entiendo.

—Datos que le habían enviado de Barcelona.

—Desde la muerte de tu padre te ha seguido el rastro. Pero no me parece nada fácil haber dado contigo.

—Si tenía tanto interés.

—Por supuesto que lo tendría. Eres la hija del Cribas y de una manera o de otra él está relacionado con lo que le pasó a tu padre. Habrá removido Roma con Santiago. ¿Habías tenido antes algún problema con la policía?

Tina me cogió el cigarrillo que acababa de encender. Se lo llevó a los labios.

—A mi madre la vi morir cuando mi padre todavía estaba en la cárcel. Estuve unos años con unos tíos, aquí. Luego empecé a valerme como pude. Y no te creas que me da vergüenza reconocer todo lo que tuve que hacer. Nada me da ya vergüenza, de veras.

—¿El inspector te amenazó?

—Otras veces me han dado cuatro bofetadas y me han echado a la calle.

—¿Qué te dijo?

—Me recordó la historia de mi padre, ya ves. Y luego las cuentas que una tiene. Lo suficiente. Siento dejarte colgado, pero aquí sólo puedo buscarme problemas.

—Quédate. ¿Qué puede hacer?

—Tengo antecedentes.

Me miró mientras expulsaba el humo.

—Ya ves qué tontería, a ti me cuesta decírtelo.

—¿Qué antecedentes? ¿Ser la hija del Cribas?

—Prostitución.

—Vamos, Tina, no te creas que por eso te me caes de la peana. También yo soy un cabrón con pintas, y a mucha honra.

Río divertida.

—Me puede fastidiar, Marcos. Ese inspector puede hacerlo y así me ha avisado.

—Tal vez tengas razón.

Fumábamos en silencio pasándonos el cigarrillo.

—Por lo menos darás señales de vida.

—No sé para qué demonios me bajé aquí. De esta ciudad sólo me quedan malos recuerdos.

—Mira, un amigo has hecho, ¿no?

—Eso sí es verdad.

—Oviedo no está lejos. Si me escribes voy a verte.

—Sí.

—Y si necesitas algo.

—Nada, Marcos, por favor. Lo mejor es que te vayas ya.

—Vamos a tomar algo a la cantina.

—El policía me dijo que prefiere que no me mueva. Intentaré dar una cabezada. Tengo sueño.

—¿A qué hora pasa el asturiano?

—Muy tarde.

—Tina, siento que te vayas, de veras.

—Seguro que nos volvemos a ver.

Me dio un beso. El policía volvía a asomar en la puerta. Dos frailes entraron acarreando dos maletas voluminosas.

—Escríbeme al periódico.

—Sí.

El gallego había arrastrado la nerviosa muchedumbre de viajeros. Por los andenes se colaba la lluvia.

Salí por la cancilla de consigna.

La noche se rompía bajo la luz de las farolas gigantes en los extremos de la estación, unos puntos amarillos y altos, como faros perdidos en el abismo.

CAPÍTULO TERCERO

1

A las ocho y media estaba en la redacción.

Las calles cubiertas habían amanecido como si la nieve más que caer les brotase: una esponjosa melena que la helada fraguaba hasta petrificar.

A lo largo de la noche había nevado con esa constancia que agranda el silencio del frío, con esa espesura que transforma el firmamento en una campana de cristal opaco de la que se desprenden blancas y blandas esquirlas.

La ciudad perdía sus perfiles y contornos en el paisaje inundado, como si la misma mano de las montañas bajase deslizándose por las vegas del Bernesga y del Torio, arrastrando la piel de nieves perennes en una caricia invasora.

Benito y Chumilla, los primeros en llegar, permanecían con los abrigos puestos, aguardando el calor de los radiadores como el esquimal la llama descongeladora.

—Hoy estamos aviados, Marquines —dijo Benito.

—A pelechar con la pelona —confirmó Chumilla frotándose los sabañones.

—Tampoco es para tanto.

—Tú que eres muy valiente, pero mira cómo me castañetean.

Me senté sobre la mesa de Benito.

—¿Quién saca un plajo?

Chumilla ofreció Peninsulares.

—¿A qué hora empieza? —preguntó.

—A las nueve. Votar se vota de nueve a cinco —le informé.

—Votar no vota ni Dios —dijo Benito—. La misma de todos los años. La concejalía sólo le interesa a quien se la quiere beneficiar. Y, anda, que el día salió manco. Como para ir por ahí con la papela.

—Yo tiro cuatro placas y me esfumo, ¿eh, Parra? Tenéis que echarme un capote. A las doce voy a hacer una boda y todavía me queda por revelar lo de la semana.

—Si nosotros haremos lo mismo —afirmó Benito—. ¿Tú crees que está el panorama para andar por ahí repateando? Ya se la pueden envainar los del tercio de representación familiar, ¿eh, Marquines?

Afrodisio llegaba con la bufanda enrollada y la mirada turbia.

—¿Es que no hay calefacción?

—Donato raciona el carbón para que dure —le dije—. Los de la Hullera no lo regalan.

—¿Y qué hacéis ahí puestos?

—¿Qué quieres que hagamos?

Abrió la puerta del despacho y volvió a cerrarla.

—¿Dónde está el chaval?

—Todavía no vino —dijo Benito—. Date cuenta que vive en San Lorenzo y cómo está el día.

—Por lo que veo ni él, ni Rovira, ni don Baudilio, y habría que mirar abajo —

farfulló mientras se quitaba la bufanda—. Si nieva nieva para todos y quien más quien menos a todos nos molesta. ¿No vengo yo desde Renueva?

Se metió en el despacho cerrando de un portazo.

—La úlcera de uñas —comentó Benito.

—¿Quiénes andan abajo? —le pregunté.

—Paco y Arsenio por lo menos.

La voz de Afrodisio escupió mi nombre. Fui al despacho. Se había sentado en su mesa sin quitarse el abrigo.

—¿Se puede saber a qué esperáis?

—Hasta las nueve no empieza la votación.

—Y luego entre que vais y volvéis nos dan las mil y quinientas.

Había abierto un cajón de la mesa y sacaba una carpeta polvorienta.

—Pillaremos algo en esta leonera —refunfuñó.

El calor todavía no llegaba a los radiadores. Miré por la ventana. De los aleros de la Escuela de Comercio colgaban unos carámbanos hinchados como deformes espadas de cristal.

—La que ha caído.

Afrodisio dejó la carpeta sobre la mesa.

—Parra —me llamó con sigilo.

Con un dedo señalaba el rincón del perchero.

—¿Qué hay?

—Allí, en la esquina, junto al armario.

Avancé unos pasos con cuidado y me incliné para mirar en la dirección que indicaba. Un orondo ratón había salido del agujero que se adivinaba en la esquina, cerca de las patas del perchero.

—La escoba, la escoba —pidió nervioso.

—No está aquí.

—Pues coge algo, coge algo y dale.

Caminé de puntillas hasta la puerta, la abrí con sumo cuidado. Chumilla y Benito se me quedaron mirando extrañados.

—Darme la escoba, rápido.

—¿Qué escoba?

—La escoba, la de barrer, vamos, que salió el ratón.

Chumilla fue por ella y volvió en seguida. Afrodisio permanecía retrepado en la silla, sin perder de vista al enemigo, con ese odio visceral y goloso de los sacamantecas.

Avancé bordeando la mesa, pegado al armario. El ratón, con un vivaz merodeo, se colocó debajo del perchero.

—Dale ya, rápido —pidió Afrodisio apretando los puños.

—Espera, que no está a tiro. No lo veo bien.

Benito y Chumilla se mantenían a la expectativa en la puerta.

—Si no cerráis se puede escapar —les avisé.

—¿A qué esperas, Parra, a qué?

Adelanté la escoba hasta acercarla a la base del perchero. El ratón alzó la cabeza y antes de que yo pudiera moverme salió disparado. Afrodisio se incorporó dejando caer la silla.

—Siempre igual —gritó contrariado—, maldita sea. ¿Para qué demonios andas palpando? Hay que dar.

—Está en el radiador, lo he visto —anuncié.

Benito y Chumilla entraron dispuestos a echar una mano.

—Toma tú la escoba —le dije a Benito—. Yo voy a sacarlo con el pie. Dejar sitio.

Golpeé con el zapato en los bajos del radiador. El ratón cruzó el despacho como una bola diminuta y vertiginosa y se fue por la puerta. Corrimos tras él, Benito dando palos de ciego en el suelo.

—Ha tenido que meterse debajo de una de las mesas —opinó Chumilla.

Las revisamos todas sin resultado.

—Nada, nada —se quejó Afrodisio—. Unos manazas —gritó.

—La próxima te encargas tú —le dije.

Cerró el despacho.

—Un maldito bicho que trae en jaque a tres hombres hechos y derechos, y se les va impunemente —le oímos refunfuñar.

Paco el regente llegaba con unas pruebas.

—¿Está Cayetano?

—Afrodisio. Cayetano va a venir tarde, tenía que ir al oculista.

—¿Y ése tiene la úlcera enchufada o desenchufada?

—Enchufada.

—Pues ya encontró algo con qué divertirse. A otros nos gusta más meneárnosla, ¿a que sí, Benito?

—De gustos.

Chumilla recogía su instrumental.

—¿Vais a la nieve?

—A tirarle una pechada a Guzmán el Bueno.

—Pues ojo, que hoy resbalan las mozas y se las ve el plumero.

La voz de Afrodisio tronó como una imprecación.

—Parra, ¿vais o no vais?

—Ya mismo.

El cielo seguía encapotado, como teñido de una niebla ceniza, esparcida en la altura, que ataba la mañana con ese resplandor ahogado que contrasta con el brillo de la nieve.

Los castaños del bulevar se esponjaban con el peso blanco y las torres de la

catedral apenas rompían sobre los tejados con una diluida nitidez de hueso amarillento.

La calzada y las aceras conservaban todavía la problemática blancura, apenas hollada por incipientes sendas.

—¿A dónde vamos? —preguntó Benito, como si el peso de la nieve le hundiese el ánimo de repente.

—Lo primero a tomar un caldo al Cabrillanes —propuso Chumilla.

—Mejor al Lancia —dijo yo—. Nos cae de camino a las Graduadas. Allí hay un colegio electoral.

—Oye, pero no me vas a comparar un caldo con otro.

—Pues primero al Cabrillanes y luego al Lancia —decidió Benito.

—Mientras antes liquidemos.

—Hay que hacer tiempo. ¿Te crees tú, Marquines, que siquiera están los que presiden las mesas? Y aquí Chumi tendrá que retratar algo de personal, digo yo.

—Un inválido metiendo la papeleta con los dedos del pie.

—O al ciego Patina metiéndola en la bragueta.

—¿Os acordáis aquel año —rememoró Benito— cuando la reyerta de Restituto Población y Aquilino Llamazares?

—El jicarazo de Sampiro —confirmó Chumilla.

—A ti Marquines te pillaría muy joven.

—Algo me suena.

—Pues Restituto y Aquilino, que ya otra vez habían quedado sin catar la concejalía, se la jugaban ese año de veras en las urnas. Eran dos ceporros de tal calibre que habían aburrido a los respectivos padrinos. El Subjefe Provincial del Movimiento, que era aquel Narciso Guisasola que luego dejó embarazada a Pepita la locutora de radio falange, la hermana de Quintín, decidió que, al menos por esa vez y ya que no había otros candidatos que le interesaran al Gobierno Civil cantaran las urnas. Lo debían tener hasta el gorro y de esa manera se lavaba las manos. Ellos se lían a apalabrar votos casa por casa, taberna por taberna, todo Sampiro, que era donde vivían, arriba y abajo. Pero a la hora de la verdad, tal día como hoy, ninguno las tenía todas consigo. Y cada cual con los suyos apostados, uno en Casa Felicio y otro en el Bar Paredes, a echarle el guante a los vecinos. Restituto organizó una chocolatada con churros a discreción y Aquilino morcillas y tinta. Para media mañana el personal iba de uno a otro atracándose. Y a eso de las tres viene Pepín, el cuñado de Restituto, que le hacía de apoderado, y le cuenta que está seguro que mucha gente de Aquilino mete papeletas de tapadillo y que la votación la ve perdida. Sale Restituto del Paredes con una jícara llena de chocolate, me pilla a Aquilino a la entrada del colegio electoral, que estaba allí al lado, se enzarzan y antes de que puedan sujetarlo le espeta el chocolate por la cabeza. Entra luego al local, va a la mesa, y sin encomendarse a Dios ni al diablo estrella la jícara en la urna.

—Y le da el telele.

—Qué telele. Eso al presidente de la mesa, que era aquel Zambrano que tenía una fábrica de alpargatas, el padre de Purina, una rubia buenísima que se la desgració el teniente Bodes, un manguta del Ferral que decían que era de Academia y era de cuchara, tú Chumi seguro que te acuerdas. A Restituto lo llevaron a la casa de socorro para darle cuatro puntos en la mano, que se la rajó con los cristales de la urna.

—Y a Aquilino con quemaduras, que luego anduvo no sé cuánto tiempo con la cabeza al cero —informó Chumilla.

En el Cabrillanes, Venancio y Albina ajetreaban tras el mostrador. Venancio barriendo con el serrín húmedo que lanzaba al suelo como el sembrador la semilla, y Albina fregando el mármol a golpe de bayeta.

—Ya madruga la prensa —dijo Venancio al vernos.

—Y con lo que ha caído más nos valiera no hacerlo.

—Aquí no os quejéis, que la estufa ya está encendida.

La atmósfera abrigada del Cabrillanes se matizaba con el aroma de los leves escapes de la estufa, un trasto de hierro terroso del que surgía una alambicada chimenea que sacaba el humo al exterior por el hueco recortado del cristal de una ventana.

Chumilla acercó los sabañones a la estufa.

—Cómo se agradece.

—Danos tres caldos y tres vinos, Albina —pidió Benito.

—Hay una cuarta o cuarta y media —aseguró Venancio.

—Centímetro arriba, centímetro abajo.

—Y que va a seguir. De aquí a media tarde tenemos otra.

—Mientras hiela se sujeta.

—Pero en cuanto cambie un punto así la temperatura, ya está.

Los pocillos rebosaban el caldo humeante tiznado de pimentón.

—Para resucitar a un muerto —aseguró Calamidades después de sorber.

—¿Qué le echas, Albina?

—Apenas el agua de cocer el congrio.

—Y la ciencia de darle el punto.

El caldo y el vino se hermanaban en una llamarada venturosa que levantaba el ánimo.

—Y qué no habrá caído por Babia, Laciana y más arriba, ¿eh, Venancio?

—Bueno, el coche de línea lleva cinco días sin pasar. Ni por Babia ni por Omaña. A nosotros la lechera nos la tienen retenida en La Magdalena. Pero esto para lo que uno ha visto. Aquí en la capital, con todo, no se sabe lo que es nevar.

—Hombre, con la de hoy no podemos quejarnos —dijo Chumilla.

—Mira, cuando era yo un chaval pasé una vez Leitariegos con mi tío Iparino, que llevaba unas caballerías. Fuimos un día de febrero, claro, de sol y helada, después de quince días de nieve. Y sólo os digo que paramos a almorzar en el pueblo la cecina y el tocino que llevábamos, y las caballerías mientras tanto las atamos a la espadaña de

la torre de la iglesia. Del pueblo era lo único que se veía.

—También yo las vi si no tanto bien apretadas —anunció Albina—. En Murias todo el invierno era un trajín entre hacenderas a la nieve y calechos.

—Aunque es verdad —dijo Venancio— que la de hoy ha dado gusto verla caer. Esta y yo nos levantamos dos veces a mirar por la ventana. ¿Hace otro caldo?

—Hace —asintió Benito.

—Mirar —dijo Chumilla—, en toda la calle no se ve un alma.

—¿No vais a votar?

—Quita. ¿Quién quiere perder el tiempo?

—Cogieron un día curioso —opinó Albina mientras nos servía.

El viento raso barría el polen de la nieve por la Plaza de Torres de Omaña y apenas las roderas de un coche marcaban dos surcos con las señales de las cadenas.

En el Lancia todavía no tenían preparado el caldo. Vitín nos ofreció un pincho de sangre con el vino.

—Se te fue el picante —dijo Chumilla atascado.

—Hay que atizar, que el tiempo está para eso.

Salimos del Lancia con el fuego en la garganta y tuvimos que parar en el Oviedo para aliviarnos. De allí a las Graduadas marchamos pisando con ganas la nieve.

—Aquí hay dos Secciones —nos informó Emeterio el conserje—. Pero las Mesas todavía no deben estar completas ni a votar vino nadie.

—Pues ya es hora —indicó Calamidades.

—Si es que no hay afición. ¿Pero querer qué queréis?

—Tirar unas fotos.

—¿Dónde están las Mesas? —le pregunté.

—Aquí en las aulas de párvulos.

Fuimos tras él por el corredor. Los arqueados ventanales daban a un patio interior donde la nieve se había posado con especial pulcritud. En los largos alféizares los tiestos mostraban los geranios arruinados.

—¿No tenéis calefacción, Emeterio?

—Va para diez días que reventaron las tuberías con la helada, pero la Inspección que si quieres arroz Catalina.

Abrió la puerta de un aula.

—Aquí estos señores son de la Mesa —dijo.

—Prensa —anunció Benito mientras entrábamos.

Los diminutos pupitres estaban amontonados en una esquina y al fondo del aula una mesa con media docena de sillas detrás parecía esperar a un tribunal de medio pelo, de esos que degüellan sin contemplaciones a los alumnos libres.

Encima de la mesa la urna, armada con varillas de metal negro, expandía una desagradable reminiscencia de calvario y funeraria. Los dos hombres abufandados

que fumaban cerca de la ventana se mantenían a una religiosa distancia, como invadidos del respeto que imponen los t́mulo y los tribunales.

—¿Quié es el presidente? —pregunté.

—Aquí no sabemos nada. Nosotros somos los adjuntos.

—Pues no hay nada que hacer —dijo Benito.

—En la otra Mesa ya parece que están todos —informó el otro hombre.

—Es aquí al lado —indicó Emeterio.

El aula era un poco más pequeña. El presidente y los adjuntos se habían sentado sin quitarse los abrigos y repasaban las listas que había encima de la mesa.

—Prensa —anunció Calamidades llevándose la mano a la boina.

—Tanto gusto —contestó el que hacía de presidente.

—¿Ya está constituida la Mesa? —le pregunté.

—Pues sí, señor.

—¿Ha votado alguien?

—Hasta ahora nadie.

—Queríamos hacer una foto.

—Las que gusten.

—Pero así —opinó Chumilla—, va a quedar más frío de lo que está.

—Hay que hacerla con alguien votando.

—Pues si quieren esperar —dijo el presidente.

—Igual nos tiramos la mañana, que a esto no hay quien pique, ya usted sabe.

—Hombre, algún pardillo siempre cae.

—Ustedes, que les tocó la china.

—Y entre tanto —dijo uno de los adjuntos— aquí helándonos. ¿No va a poder traernos un infernillo? —le preguntó a Emeterio.

—Yo lo único que puedo es ofrecerles la cocina de mi vivienda, que mi mujer la tiene bien atizada, para que de cuando en cuando vayan a templarse.

—Se agradece.

—Vamos a hacer una cosa —propuse—. Si a ustedes les parece bien aquí Emeterio puede disimular que vota, y le hacemos a él la foto con ustedes.

—Yo no voto, Parra —dijo el conserje—. A mí los concejales ni me van ni me vienen. Yo estoy aquí en lo mío y lo de ellos allá películas.

—Es sólo hacer que votas, hombre —le dijo Benito.

—Y nos hacen un favor —señaló Chumilla—, que tenemos mucha prisa.

—Bueno —asintió el presidente—, si es por eso.

—¿Y me vais a sacar en el periódico?

—Venga, Emeterio, coge esa papeleta. Eso, usted de pie cogiéndosela a él, y ustedes así, quietos.

—Espera —dijo Benito—, voy a llamar a los otros y que se pongan en fila detrás de Emeterio. ¿Qué te parece, Chumi?

—Vale, aguanten así un poco, quietos.

—Oiga, pero un momento, que nos quitemos los abrigos, que aquí en la Mesa va a ser como de mal efecto.

Volvimos al periódico dando un rodeo hasta el grupo escolar de San Froilán, donde el colegio electoral no había abierto las puertas por incomparecencia de los integrantes de las Mesas.

Donato nos vio llegar desde la garita y alzó la mano derecha en un saludo desganado, mostrando los dedos desnudos en el guante roto. Los días fríos se encerraba en la garita con el abrigo encima del guardapolvos y el pasamontañas calado como la ventalla de la armadura de un guerrero. Ni los más urgentes requerimientos lograban moverle.

Arsenio salía de máquinas con una pila de galeradas.

—¿Venís de paseo?

—De aprovechar la solana —contestó Calamidades—. ¿Subes?

—Voy primero al almacén. Pero si me subís esto.

Se notaba la atmósfera tibia, a punto de romper las inclemencias interiores de la redacción, de nivelarse en una temperatura mínimamente grata. Rovira y don Baudilio trabajaban con las bufandas al cuello. Dejé el abrigo en el perchero y fui a poner las manos en la radiador.

—La que cayó, ¿eh, Parrita? —me dijo don Baudilio.

—Para no quejarse.

—Mira —me requirió Rovira—, fíjate en la que me he hecho en el codo. Pisar la calle y por la acera abajo. No hay quien ande.

Benito se acercó también al radiador.

—¿Está Cayetano? —pregunté.

—Llegó hace un momento.

—Tú Beni podías ir haciendo unas llamadas a los candidatos. Sólo una última impresión —le indiqué.

—Ya mismo.

Fui al despacho. Nada más abrir la puerta me quedé extrañado al no ver ni a Cayetano ni a Afrodisio.

—Cierra, cierra —me ordenó de pronto la voz contundente del segundo.

Cerré tras de mí.

—Pero ¿qué pasa?

De debajo de las mesas emergieron ambos como dos pescadores furtivos sorprendidos por el guarda en una tablada de truchas quietas fáciles de apresar a mano.

—¿Otra vez el ratón?

Cayetano se incorporó con dificultad. Con la mano izquierda se cubría lastimosamente la cara a la altura de los ojos. Afrodisio rastreaba el suelo por su zona

y movía la cabeza consternado y rabioso.

—Qué ratón ni qué puñetas.

El director había sacado con cierto nerviosismo un pañuelo del bolsillo y se cubría con él el ojo izquierdo.

—Un accidente —me dijo como sin querer ofrecer muchas explicaciones.

Avancé cuatro pasos y de pronto sentí bajo la suela de mi zapato derecho un diminuto corpúsculo que chirriaba sobre la madera del suelo y se deshacía bajo mi peso.

Afrodisio y Cayetano se me quedaron mirando, como si ese leve y penetrante ruido, apenas un segundo, les hubiese horadado los tímpanos. Levanté el pie. Sobre un nudo enquistado de la madera quedaba un diminuto montón de cristal.

—Dios —exclamó angustiada Cayetano sentándose en su mesa.

—Parra —me increpó Afrodisio incorporándose—, ¿qué has hecho?

—Pero se puede saber lo que sucede —pregunté con ese tono de cobertura que busca abiertamente la exculpación desde la ignorancia.

—El ojo de Cayetano —dijo Afrodisio indignado.

Instintivamente volví a mirar el montoncito de cristal. Cayetano, claramente compungido, asentía con la cabeza, con esa resignación dramática con que los bueyes se dejan poner el yugo.

—Pues lo siento —alcancé a decir.

—No te preocupes, Parra, no te preocupes. Esta mañana estuve en el oculista y eso no quedó bien.

—¿Qué quieres que hagamos? —preguntó Afrodisio.

—No sé —dijo Cayetano nervioso—. Tendré que volver a la consulta, pero en estas condiciones.

El ojo sano le lagrimeaba con cierto patetismo.

—Necesitas unas gafas de cristales oscuros.

—Me parece que Calamidades tiene unas en el cajón de su mesa —indiqué intentando colaborar.

—Me fastidia que se enteren de esto —confesó Cayetano, que no separaba el pañuelo.

—Yo las cojo.

—Es una desgracia como otra, pero resulta muy desagradable para mí, aunque os parezca absurdo, estas cosas son muy delicadas.

—Bueno —terció Afrodisio—, tampoco te lo tomes tan a pecho. Con unas gafas sales y te vas tan pancho. Anda, Parra, tráelas.

Salí del despacho. Cada pardo estaba en su espiga. Benito hacía las llamadas desde el teléfono de mi mesa. Fui hasta la suya, merodeé sin demasiado disimulo, abrí los cajones hasta encontrar las gafas.

—¿Qué buscabas? —me preguntó sin dejar el teléfono.

—Tus gafas de sol.

—¿Para qué las quieres?

—Para Cayetano.

—¿Con este tiempo?

Hizo un gesto de no entender nada. La voz de sabandija de Rovira me alcanzó por la espalda.

—La nieve también daña la vista, ¿a que sí, don Baudilio? Con medio kilo de cultura general se saben esas cosas. Es física de andar por casa.

Cayetano se acopló las gafas de sol y suspiró con el alivio con que don César de Echagüe se acoplaba el antifaz del Coyote.

—¿Quieres que te acompañe? —se ofreció Afrodisio.

—No, no hace falta.

Le ayudamos a ponerse el abrigo.

—Volveré en cuanto pueda.

Se subió las solapas y salió como una exhalación.

—Nunca lo vi tan nervioso —comentó Afrodisio.

—Chico, yo lo siento. También fue mala pata pisarlo.

—Bueno, que le pongan otro, ¿no? Lo malo de estas cosas es que sensibilizan a uno más de la cuenta. Porque, la verdad, de tuertos y cojos está el mundo lleno y no pasa nada. A mí, ya ves, me trae frito la úlcera y a otros, pues, les duelen las muelas. Qué se yo.

Se sentó en su mesa.

—¿Qué hicisteis?

—Echar un vistazo por ahí.

—Daremos algo en primera página, pero sin cargar las tintas. Cayetano prefiere un titular mañana.

—Benito está llamando a los candidatos.

—Nada, dirán cuatro tonterías. Que haga algo corto. ¿Se ve ambiente?

—Nada. La misma de cada año.

—Pero luego echaréis otra ojeada.

Arsenio entró con unas pruebas.

—¿Qué le pasa al director?

—Nada de particular.

—Le vi salir como un bólido.

—¿Qué traes ahí?

Dejé el despacho y fui a mi mesa. Benito continuaba al teléfono.

—Corta, que no vamos a extendernos —le indiqué.

—¿Y eso?

—El bombo mañana, con los resultados.

Colgó en seguida. Yo me puse a la máquina.

—Te advierto que no tienen nada que decir.

Se fue a la mesa. Arsenio salió del despacho y vino hacia mí.

—¿Vas a tardar mucho, Parra?

—No.

—Es que la primera ya estaba compuesta, ¿no, Rovira?

—Sí, pero con lo que me deis veo lo que quito.

—Bueno, entonces subo dentro de un rato —decidió Arsenio—. Es que Paco me mete prisas.

Se fue.

—No te pases del folio —me advirtió Rovira.

—¿Qué más me queda por darte?

—Las Estaciones.

Pergeñé mi columna diaria sobre el tema más fácil y aparente: la nevada, después de liquidar la noticia electoral que, a pesar de su asepsia, mereció algunas variaciones de Afrodísio.

Para eso de las once y cuarto todo estaba en orden, como si el viento de la rutina hubiese hinchado lo justo las velas del «Vespertino», tantas veces batidas por los imponderables.

La paz del paisaje invadido parecía meterse por las ventanas de la redacción con esa siembra de quietud esteparia que imprime el acento de la nieve.

Benito me estaba proponiendo bajar a tomar algo al Astorgano cuando le llamó Afrodísio.

—¿Qué tripa se le habrá roto?

Fui tras él hacia el despacho.

—Preguntan por ti del Juzgado —le dijo Afrodísio con el teléfono en la mano.

—Vamos a tomar un café, ¿te animas? —le invité.

—Ahora me viene mal —contestó enfrascado en sus papeles—. ¿Qué te parecen esas fotos?

Me indicó un sobre grande. Había seis vistas antiguas de la ciudad.

—Muy bonitas.

—Del año veintisiete. De mi suegro. Para un artículo no quedaban mal, ¿eh?

—Era Corsino —nos informó Benito al colgar—. Van a levantar un cadáver.

—¿Dónde?

—En el colector del Ejido.

—¿Hubo algún accidente? —preguntó Afrodísio.

—No se sabe nada. Una cuadrilla de operarios que están limpiando el colector lo encontraron.

Una gota de preocupación me cayó en el ánimo con ese temblor de círculos concéntricos que sobreviene al caer en las superficies remansadas.

—¿Vas a ir?

—Sí.

—Te acompaño —dije decidido—. Aprovecharemos para echar una mirada por los colegios.

Salí directo por el abrigo, Calamidades me siguió.

—No perdáis toda la mañana —pidió Afrodisio.

—¿Tanto interés tienes, Marquines?

—Me temo que sí.

Bajó corriendo las escaleras a mi zaga.

—Pero ¿qué te pasa?

—Ya te lo cuento.

Donato aporreaba el cristal de su garita para llamar nuestra atención.

—¿Qué hay?

Asomó la cabeza por la puerta.

—Don Paco quiere verle —le dijo a Benito.

—Espera un momento.

Se fue a talleres. Le esperé en la puerta, mirando el bulevar, mientras me abrochaba el abrigo y comprobaba que el botón de arriba se había descosido. Lo arranqué y me lo guardé en el bolso. La nieve de la calzada se aplastaba entre la suciedad de las roderas.

Hasta la Plaza Mayor podían seguirse las sendas de las aceras, que se ensanchaban en los tramos más transitados. La helada seguía fraguando las superficies blancas, y en algunos portales habían limpiado las salidas o arrojado unos puñados de sal gorda para evitar los deslizamientos.

Un fulgor lechoso se insinuaba en el firmamento.

—¿Qué mosca te picó, Marquines?

—Un mal presentimiento, Beni. Tan malo que hasta me hace temblar.

—¿Y eso?

—Te acuerdas que te conté lo del gitano Bedoya.

—Sí, la ronda les echó el guante y está en la cárcel, ¿no?

—Pero Fernandito, su hijo, escapó.

—Ya me dijiste.

—Por medio de Vilorio se puso en contacto conmigo.

—Así te venía al rabo ese gitano.

—Fernandito se había escondido en el Ejido, por el Corralín de Cantarranas. Allí fui a verlo.

—¿Cuándo?

—Hace unos veinte días, poco después de que detuvieran a Bedoya. Le habían herido en el brazo.

—¿Y te metiste en una de ese calibre?

—No me metí en nada, Benito. Necesitaba que le echaran una mano. Le di algo de dinero y quedé en enterarme de cómo se desarrollaban las cosas. Sólo eso.

—Marquines, con menos te la puedes jugar de veras. ¿Todavía no escarmientas?

—Déjame acabar de contártelo. Vilorio se encargaba de pasar a verme al día siguiente. También tenían previsto pensar algún escondite mejor. Fernandito estaba en la idea de que no le dejarían en paz.

—¿La ronda?

—Vamos, Beni. La ronda era, como mucho, una tapadera. Que de esto sabes tú casi tanto como yo.

—Es verdad.

—Al día siguiente vino Vilorio, pero preocupado y con más miedo que vergüenza. Fernandito había desaparecido del Corralín.

—¿Y qué?

—Pues eso, que había desaparecido. Desde entonces no se ha vuelto a saber más de él.

—Se buscó otro sitio.

—Vilorio era el único enlace que tenía, ¿no se lo iba a decir? Estaba herido.

—Ya. Es raro.

—Y ahora resulta que aparece un cadáver en el colector del Ejido.

—Sospechas que se lo cargaron.

—¿No pensarías lo mismo?

—Bueno, tienes razón. Vistas las cosas así. ¿Pero Vilorio se dedicó a buscarle?

—Removió Roma con Santiago. Dentro de nuestras posibilidades, hicimos todo lo que pudimos.

La Plaza estaba sumergida en la sábana de nieve que parecía arroparla con el patetismo del sudario. Por los aleros colgaban los carámbanos como enormes espigas, desprendiéndose de cuando en cuando en un desplome seco y peligroso.

Cruzamos por los soportales hasta el pasadizo.

—¿Dónde queda el colector?

—A la altura de la Avícola, vamos a echar media hora como poco.

—¿Muy lejos del Corralín?

—Subiendo por la orilla del río, no.

El Ejido era una estepa colmada, apenas sin relieves, en la que el manto blanco se extendía con toda su impoluta espesura.

Una senda honda y estrecha marcaba el único camino con algunas bifurcaciones menos precisas.

En el horizonte, hacia la dirección del río, sólo destacaban algunos chopos, desnudos como helados esqueletos. El firmamento parecía aplastar el paisaje en la longitud abierta, como si las nubes y la nieve se aprisionaran, mezcladas, al perderse la línea que pudiese delimitarlas.

Caminé detrás de Benito.

—Esto cada vez está peor —se quejó.

—¿Por dónde van a entrar los del Juzgado?

—Me imagino que meterán el furgón por el camino de la Avícola, hasta donde puedan.

—¿No hubiéramos ido mejor por allí?

—Menudo rodeo.

—Nos vamos a poner pingando.

—No hay atajo sin trabajo. Y no te me riles tan pronto.

—¿Tú crees que llegamos?

—¿Ves aquella chopa, allí enfrente? La que está sola. Pues desde ella a un tiro de piedra.

Había un momento en que la senda prácticamente desaparecía. Los bardales y los muros de cantos y morrillos que delimitaban a tramos el camino quedaban confundidos con las derruidas paredes de algunos chamizos y corrales.

El frío venía prendido en una brisa cortante, como la llama gélida que arrasa la estepa con esa engañosa sensación que une los extremos del hielo y del fuego. Las orejas comenzaban a encendérsenos. No sentía los pies.

—Animo, Marquines —me gritó Calamidades—. No te me quedes aquí arrecido.

Al arrimo de la chopa, en el leve altillo que luego declinaba en los desmontes anegados, nos detuvimos para encender un cigarro.

—Mira, allí llega el furgón. Hay que darse prisa.

El edificio rectangular y chaparro de la Avícola se alzaba a la vera del camino. El furgón del Juzgado avanzaba lento, renqueando sobre la superficie peligrosa.

—Vamos a cruzar directo hacia el colector —me indicó Benito.

La nieve estaba más floja en la leve vertiente del desmonte y decidimos seguir por la línea del altillo hasta encontrar una zona más compacta.

Según nos íbamos acercando al río la brisa arreciaba y de los chopos se desprendían briznas heladas que en alguna ocasión llegaban a alcanzarnos.

—Saltamos ese seto y ya estamos, Marquines.

El río traía un caudal bullicioso. Por la ribera subimos al colector.

El furgón del Juzgado se había detenido a la altura de la Avícola. El juez, el forense, Corsino y dos mozos bajaban en fila por la senda que habían abierto los operarios de limpiezas que trabajaban en el colector. Llegamos casi al mismo tiempo. El jefe de la cuadrilla de operarios, al que acompañaban dos guardias civiles, saludó al juez y todos se dirigieron a la boca del colector. Corsino nos hizo una seña.

—Ahora hablamos —dijo.

Los operarios habían encendido una hoguera. Cuatro o cinco se mantenían a su alrededor, apoyados en las palas.

—Somos periodistas —les dijo Benito—. ¿Vieron ustedes el cadáver?

—Aquí éste fue quien lo descubrió —aclaró uno de ellos, mientras todos tomaban los cigarrillos que les ofrecía.

—Pero acérquense al fuego, que vienen ustedes buenos —nos invitaron.

—¿Cómo lo descubrió?

El aludido encendía el cigarrillo con un tizón.

—Con la pala.

—Vinimos de madrugada a aliviar el canal, que con el hielo y la nieve se estaba anegando. Y en esa faena estábamos cuando aquí dio con el cuerpo.

—¿Cerca de la boca?

—Ahí mismo al entrar, encima del murete, entre el barro.

—¿Y qué pensaron?

—Pues, oiga, pensar pensar. Lo único, el susto.

—Voy a asomarme —le dije a Benito.

—Espera. Al juez no le gusta. Luego hablamos con Corsino.

—¿Cómo está el cadáver? —preguntó Benito.

—Está que no da ningún gusto verlo —dijo uno de los hombres—. Ahí debe llevar días.

—¿No lo movieron?

—Nada, oiga. El jefe en seguida fue a dar parte. Lo que se le haya tocado con la pala sin querer. Es de un hombre bastante joven. Y por el pelo yo diría gitano.

Aparté las manos del fuego. La imagen de Fernandito herido, apoyado en la pared derruida del Corralín, me llegó con una nitidez dramática. Benito debió observar la impresión en mis ojos.

—No adelantemos acontecimientos —me aconsejó.

—Voy a mirar —dije resuelto.

Caminé hacia la boca del colector, Benito me siguió. El jefe de la cuadrilla de operarios venía con los guardias civiles.

—Somos periodistas —les dije.

—Ya lo sacan, no entren —indicó uno de los guardias.

—Paco, Luengo, Benigno, venir a echar una mano —pidió el jefe a los que estaban alrededor de la hoguera.

Corsino salía con el juez.

—¿Qué hay, Parra, acompañando a Benito? Mire don Luis, es Marcos Parra del «Vespertino», a Benito ya lo conoce.

—Poco tienen que hacer aquí —afirmó el juez sin apenas mirarnos.

—¿Qué puedes decirnos? —le preguntó Benito a Corsino cuando el juez se alejó.

—Pues bien poca cosa.

—¿Se puede ver el cadáver?

—No me digas que te interesa verlo, Parrita.

Nos retiramos hacia un lado. El forense salía con su maletín, como si regresara de una visita anodina, y al momento los mozos y los operarios, entorpecidos más que ayudándose, sacaban el cadáver depositado en una enorme sábana de plástico negro, que sujetaban por los bordes.

—Es mejor turnarse —ordenó uno de los mozos—. De cuatro en cuatro, unos

hasta la mitad del repecho y otros hasta el furgón. Ponerlo en el suelo y coger bien por los cuatro picos.

Con cuidado lo dejaron en el suelo. Me acerqué. Sobre el negro brillante del plástico el cuerpo arrebuñado parecía haberse convenido en un cadáver infantil.

Al primer golpe de vista tuve la certeza de que aquello era lo que quedaba de Fernandito: una maraña de restos terrosos, sucios, con algunas sugerencias que golpearon nítidamente mi memoria.

Los hombres volvieron a cogerlo siguiendo las instrucciones recibidas. Caminaron lentos, cuidando los pasos entre la nieve, con mayor dificultad por el repecho que ascendía hasta el camino donde estaba aparcado el furgón.

El bulto negro pendía como un pedazo de oscuridad en la blancura helada de la mañana.

El camino de la Avícola cruzaba entre los prados y las huertas hasta enlazar con la carretera de Villaobispo.

Los setos vivos parcelaban el paisaje nutrido de algunos chopos viejos. El suelo del camino parecía una pista deslizante y el furgón se alejó avanzando en primera.

—Llámame luego —le había dicho Corsino a Benito.

Caminamos por las roderas. En algunas huertas podían distinguirse las berzas salidas emergiendo entre la nieve.

—¿Qué vas a hacer? —me preguntó Calamidades.

La brisa arrastraba el polvillo de la nieve sobre la superficie dura del camino.

—Avisaré a Vitorio.

—¿Llevaría algo encima para que puedan identificarlo?

—Supongo que no.

—Puedes esperar, a ver qué dice Corsino. Claro, que si estás tan seguro de que es él.

—Totalmente, Benito, de eso no me queda la menor duda. Lo mejor es que Vitorio se pase por el Juzgado. Tendrá que avisar a la familia.

—La autopsia hasta esta tarde por lo menos no se la hacen.

—Me voy a acercar ahora a buscarlo.

—¿Dónde vive?

—En las chabolas de San Claudio, con los que andan a la basura.

—¿Ya no va de ferias?

—La temporada.

—Era un buen charlatán. Me acuerdo de oírle por San Andrés, va para cuatro o cinco años. De lo fino.

Enfilamos la carretera que serpenteaba en la corta distancia hasta las primeras casas. Sentí la humedad de los pies y un afilado escalofrío me recorrió el cuerpo.

—Ya se les había podido ocurrir que subiésemos en el furgón —dijo Benito frotándose las manos.

—Estoy helado —confesé.

—¿Echamos una carrerina?

—Va a ser peor.

—Ahí en Casa Sandalio repostamos. Venga, Marquines.

Corrimos un trecho por el centro de la carretera. Benito resbaló y estuvo a punto de caer.

—Lisa como la chapa —dijo—. Por poco me la pego.

Pasó un camión con las cadenas puestas, estornudando como un enfermo del pecho.

—¿A qué distancia dijiste que estaba el colector del Corralín?

—Subiendo por la orilla del río, a poco. Como medio kilómetro diría yo.

—Si le echaron el guante allí, cuando dormía, lo más apropiado para ocultar el cadáver.

—Bueno, podían haberlo enterrado mejor.

—Siempre se portan como unos chapuceros.

—Tirar de él medio kilómetro tampoco debía resultar plato de buen gusto.

—Ya. Y, además, ¿quién nos dice que lo cogieron mismamente en el Corralín?

—Allí lo viste la última noche.

—Pudo darse cuenta de que venían y salir huyendo río arriba.

—También. Igual lo pillaron allí mismo. El colector no era mal sitio para esconderse.

—Estaba herido en el brazo y debía haber perdido bastante sangre.

Encendimos un cigarrillo. Casa Sandalio se anunciaba con el letrero de madera barnizada sujeto encima del indicador del estanco. La puerta de doble hoja tenía todavía puestas las guardas.

—No continúes en eso, Marquines —me aconsejó Calamidades dándome con la mano en los hombros al entrar—. Es peligroso y no hay nada que hacer.

—Lo peor es que te sientes como atado de pies y manos.

—Olvídalo.

El interior de la taberna estaba en penumbra.

—¿No sirve nadie aquí? —preguntó Benito palmeando.

Un revuelo de alas alteró el silencio y un raro gruñido nos hizo girar hacia la pared donde se distinguía adosada una enorme jaula.

—No alborotéis, que me ponéis nerviosos los bichos —advirtió Sandalio saliendo por la puerta de detrás del mostrador.

—¿Pero qué tienes ahí?

—Arriba cincuenta periquitos y dos codornices. Y abajo, dos monos que me trajo mi hermano de Gibraltar.

—Una casa fieras.

—Veréis qué bichos más guapos. Esperar que dé la luz.

—Primero ponnos dos coñas, que venimos helados.

Dio la luz. Dos monos pequeños saltaron en la jaula para cogerse ágilmente a la

red metálica y se nos quedaron mirando extasiados.

—¿Y piensas tú que esos bichos van a medrar ahí dentro?

—Llevan un mes y parecen felices —afirmó Sandalio.

—Pobres macacos.

En la Plaza de la Catedral Benito viró hacia el periódico.

—Dile a Afrodisio que ando por los colegios.

La mañana parecía aclararse con un momentáneo despegue, como si las nubes fuesen horadadas por el oculto fulgor.

La circulación se iba animando y la nieve se levantaba de las calzadas. Bajé por la Rúa hasta San Francisco. El ciego Molina se guarecía en la puerta de la Farmacia Valladares.

—Se te van a enfriar los iguales.

—Si por los clientes fuera.

La gabardina abultaba exagerada sobre su cuerpo y el pasamontañas apenas le dejaba libres los cristales oscuros de las gafas.

—Mira, Marquines —dijo dándose golpes contra el pecho—, voy refajado con papel de periódico. Aquí ni las balas.

—Para eso escribe uno.

—¿No me das un pito?

Se lo di y se lo encendí.

—Ten cuidado al cruzar en esa acera que te la pegas. Esta mañana casi me rompí la crisma.

Los chavales habían afinado la superficie helada delante del Hotel Carmina para resbalar. Quedaban dos metros de perfil bruñido como un cristal deslizante que seguían manteniendo vertiendo sobre él puñados de nieve.

Hacia las chabolas de San Claudio, más allá del recinto de la feria de ganado, por el desmonte que limitaba el muro del viejo campo, la nieve parecía crecer como volcada en las pozas, con ese espesor que alimentan los aludes en las montañas.

Entré en el callejón de las chabolas y tuve la certeza de que la sombra blanca había barrido todo vestigio de vida, como un viento cuajado en el hielo mortal, que asfixiase aquella miseria.

Avancé unos metros hasta divisar un perro esquelético que salía de una de las chabolas. Un reguerillo de humo se alzaba de la última por el conducto de un tubo de latón lleno de agujeros.

—¿Se le perdió algo? —me preguntó una mujer que arrojaba el agua de una palangana y que había salido detrás del perro.

—Busco a Vilorio.

—Vilorio —gritó ella—. Allí, en la última.

Avancé por la nieve. Vilorio asomó la cabeza.

—¿Qué hay?

—Tengo que hablar contigo.

—Espere ahí, que se pone perdido.

Dos niños y dos mujeres asomaron tras él. En seguida vino a mi encuentro. Traía al cuello una bufanda raquítica y calzaba madreñas. El olor a humo le envolvía como una costra.

—Vamos aquí al Tropezón, que se puede tomar algo.

Caminé detrás de él hasta la carretera.

—¿Cómo te va?

—Peor difícil —confesó—. Y encima con estos hielos. Para la basura hay que matarse vivos.

En la esquina de la primera casa estaba el Tropezón. Dos camioneros bebían en la barra.

—Mejor aquí —me indicó Vilorio—, junto a la estufa.

—¿Qué vas a tomar?

—Pues un cuartillo para levantar el ánimo.

Pedí un cuartillo y un café con leche. Nos sirvieron en seguida.

—¿Quieres un cigarro?

El calor de la estufa de serrín llegaba como una caricia. Vilorio encendió el cigarro, aspiró el humo con ansiedad y se me quedó mirando.

—Seguimos sin saber nada —dijo moviendo la cabeza.

Las barbas crecidas eran como pinchos en el rostro ceniza. Parecía haber perdido varios kilos en los últimos días.

—Traigo noticias y son malas.

Quitó el cigarro de la boca y se limpió una brizna en los labios.

—¿Malas?

—De sorpresa desgraciadamente no te van a coger.

—¿Apareció?

—El cadáver. Esta mañana. En el colector del Ejido.

El cigarro tembló entre sus dedos.

—¿Seguro?

—No hay duda. Lo he visto. De allí vengo.

Cogió la jarra de vino y bebió un trago.

—Lo mataron —afirmó con los ojos nublados.

—Es de suponer que así fue. El juez levantó el cadáver y ya lo tendrán en el depósito. Lo descubrieron unos operarios que limpiaban el colector.

—Se le echaron encima en el Corralín —dijo Vilorio con la voz temblorosa—. Aquella noche mismo. Era lo que me daba miedo pensar.

—Y a mí.

Volvió a beber.

—¿Y qué hago? —preguntó compungido.

—Tienes que ir al Juzgado. Casi mejor espera a mañana. Dices que te enteraste que apareció el cadáver y cuentas lo de Fernandito. Ya no hay razón para ocultarlo. Lo tienes que identificar. Y avisar a la familia.

—Eso va a ser más fácil. La mujer vino de Valladolid hace unos días. Está con nosotros en la chabola.

—Pues se lo tienes que contar.

—La pobre anda con la mosca detrás de la oreja, pero así no lo espera.

—¿Y de Bedoya que se sabe?

—Todos siguen en la trena.

Disolví el azúcar en el café y cuando fui a tomarlo estaba frío.

—No sé cómo se lo voy a decir.

—Que te ayude tu mujer.

—Esa con llorar y quejarse tiene bastante —afirmó cabizbajo—. El pobre Fernandito allí tirado, con el brazo a la virulé y la sangre que llevaba perdida. Poco les costaría.

—Igual lo cogieron dormido.

—No debí dejarlo solo.

—Vamos, Vilorio, más de lo que hiciste no podías.

—Era mi mejor compadre.

El cigarro le colgaba de los labios y sus ojos se habían humedecido.

—Después de arreglar lo del Juzgado ven a verme y si hay cualquier problema me avisas. Yo procuraré enterarme del resultado de la autopsia.

—Sólo dirán que murió huido. A los que lo hicieron no los van a coger.

—Se me hace tarde.

—Yo acabaré el cuartillo.

—Hasta mañana entonces.

Decidí pasar por las oficinas de don Paciano para ver a Gabriel Llanos, pero mientras me acercaba pensé que era mejor llamarle por teléfono. Lo hice desde el Isma.

—Estoy muy ocupado, Parra, de veras.

—Es muy importante, Gabriel.

—Bueno, bueno, bajaré un momento.

Venceslao, el cerillas, cruzó entre las mesas para traerme una cajetilla. Celedonio me sirvió un cortado.

—¿Llevas pisada mucha nieve, Marquines?

—Asgalla.

—Así se te ven mojados los pantalones.

Me miré los bajos. Venceslao tenía razón.

—Por ahí se mete el reuma.

—Ya.

El café estaba muy caliente.

—Échame unas gotas de coñac —le pedí a Celedonio.

—Mira, en el brazo que me cortaron —dijo Venceslao indicando con la cara hacia el hombro izquierdo y la manga de la chaqueta vacía— padecía yo unos reumas del carajo.

—De tanto meneártela —insinuó Celedonio.

—Calla tú, galopín, que siempre estás con la misma. De ir al río y andar con el trasmallo así cayera lo que cayera. Yo siempre pesqué fuera de la ley, como todo ribereño que se precie. Y como era chobo, pues vele ahí.

—Ya ves qué cosas, Parra —dijo Celedonio—. Este de manco salió mejor librado. Le quitaron el reuma de por vida y lo hicieron acostumbrarse a cogérsela con la derecha, que es mucho más práctica. A algunos la guerra los hizo unos hombres.

Gabriel Llanos entraba con el abrigo encima de los hombros.

—Lo que se dice bajar y subir, ¿eh, Parra? Que no sabes el día que tengo.

—Algo tomarás.

—Nada de nada.

Vestía un traje marrón cruzado y tenía un aspecto de relamida pulcritud.

—¿Cómo van las cosas? —le pregunté—. Hace tiempo que no nos vemos.

—Van y con eso es bastante —dijo con una sonrisa exagerada.

—Quiero contarte algo que puede ser importante.

—Tú dirás.

Bebí el café.

—Esta mañana el juez levantó el cadáver del hijo de Bedoya.

—¿Tu amigo?

—Se lo han liquidado, Gabriel, y ésta es una baza que está ahí y que se puede poner en el tapete.

—¿No es ya un poco tarde?

—Eso es cosa tuya. ¿Quieres que subamos a hablar con don Paciano?

—Mira, Parra, las cosas van cambiando de un día para otro y lo que antes se veía de una manera luego puede muy bien verse de otra. ¿Qué quieres que te diga? Don Paciano está tranquilo.

—No te entiendo.

—Aquel telar que nos trajimos entre manos se fue a pique, ¿no? Y en buena parte por tu culpa. Pero tampoco voy a echártelo en cara, no tiene tanta importancia.

—Os habéis resignado y tan felices.

—¿Resignado? Hombre, Parra, no lo enfoques así. Tenemos confianza en que Isaurín esté ya con un pie en el Consistorio.

La sonrisa de Gabriel escondía como un gesto de ironía camuflada.

—Bueno, es vuestro problema, si lo veis tan claro allá vosotros. Pensé que de veras iba a interesarte.

—Además, es que da la impresión de que andas obsesionado. Hay que tomar las cosas más fríamente, Parra.

—Hace veinte días ni tú ni don Paciano las tomabais así.

—Es muy arriesgado hablar de asesinatos. Echas a volar la imaginación y cuando te das cuenta has ido demasiado lejos.

—Ahí están los hechos, no me vengas ahora con ésas.

—¿Y las pruebas, Parra?

—Hay suficientes presunciones como para echar a rodar lo que se quiera.

—Olvídalo. De veras. Aquí todos somos gente de orden.

Miró el reloj.

—Oye, me voy. Ya te dije que tengo un día fatal. Nos vemos esta noche, ¿no?

—No sé.

—¿No te avisaron para la cena?

—No.

—Pues se les pasó. A las nueve y media en el Aperitivo. No nos falles. Hay que celebrar la concejalía.

—¿Está tan segura?

Me palmeó la espalda.

—Que sí, Parra, no seas cenizo. ¿No me ves a mí? Las cosas se arreglan con buena voluntad. Oye, y don Paciano tiene mucho interés en que asistas. Hasta la noche.

Eran casi las dos y media cuando regresé al periódico. Benito tecleaba en su máquina con la nuca apoyada en la pared y un pitillo prendido en los labios.

—¿Estás solo?

Me hizo una seña con el índice de la derecha hacia el despacho.

—Don Baudilio y el agustino fueron a comer.

Me quité el abrigo y lo sacudí.

—¿Viste a Vilorio?

—Lo vi.

—¿Y qué cuenta?

—¿Qué va a contar, Beni? Se quedó el hombre hundido en la miseria.

Me acerqué al radiador con intención de que se secaran un poco los pantalones. Afrodisio me llamó desde el despacho.

—Le dijiste que andaba por los colegios, ¿no?

—Sí, señor.

—Pues a ver qué quiere.

—Te llamaron por teléfono hace un rato.

—¿Quién?

—No sé, lo cogió el agustino. Dijeron que te volverían a llamar.

Afrodiseo estaba apoyado en el radiador. Tenía las gafas en la mano y los ojos semicerrados, como si un mal aire le hubiese entrado en ellos.

—Echaste la mañana —dijo restregándose los.

—El que algo quiere.

—¿Se ve ambiente?

—Nada. Si hubiera que recomtar los votos podrían hacerlo sin sacarlos de las urnas, a ojo.

—Qué ganas de perder el tiempo.

—¿No volvió Cayetano?

—Llamó para decir que vendrá luego.

—¿Se lo arreglaron? —le pregunté guiñando el ojo.

—Parece que sí.

—Menos mal.

Cogí en su mesa las pruebas de la primera página.

Oye —me dijo mientras volvía a ponerse las gafas—. ¿Tú sabes algo de esa cena que da esta noche don Paciano Abascal?

—Que la da.

—Fíjate, invitan a Cayetano y a mí no me dicen nada. Y no creas que va a ser cosa de cuatro gatos. Para las duras sí, pero para las maduras.

Vino a la mesa, cogió la cajetilla y el mechero y se los guardó.

—Estoy hasta el moño de chupar rueda.

Alcanzó el abrigo del perchero.

—Me voy a comer.

Se puso el abrigo y anudó la bufanda al cuello.

—A ti no te habrán dicho nada —preguntó con la úlcera encabritada a punto de asomarle por los ojos.

—Me lo acaba de decir Gabriel Llanos.

—¿Y vas a ir?

—Habrá que ir.

Abrió la puerta con desesperación.

—Es lo que se llama un desprecio. Y así lo tomo. ¿Te parece justo?

—Pues mira, Afrodiseo, qué quieres que te diga. A mí estas cosas ni me van ni me vienen.

—Un desprecio se mire por donde se mire.

Salimos del despacho y se fue indignado entre el clamor de sus jugos gástricos.

—¿Qué le pasa a ése? —preguntó Benito.

—Que está cabreado.

—Mira qué novedad. ¿Comemos juntos?

—Vale.

—Pues espera que acabe el folio.

Me quité los zapatos y los puse encima del radiador. Acerqué una silla y me senté

con los pies apoyados en los tubos calientes.

—Qué gusto.

—Te cantan, Marquines.

El teléfono sonó en mi mesa.

—Cógelo, que seguro que es para ti.

—No le dejan a uno.

La voz que musitó mi nombre fue como un indeciso mensaje que tardé unos instantes en descifrar.

—¿Sí?

—Soy Tina.

—Tina. ¿Qué es de tu vida? ¿Desde dónde llamas?

—Estoy aquí, llegué hace un rato. Te llamo desde la estación. ¿Se te puede ver?

—Pues claro que se me puede ver. ¿Qué tal estás?

—Voy tirando. ¿Dónde nos vemos?

—¿En el Nacional?

—¿A qué hora?

—Pues, mira, si salimos ahora mismo para allá vamos a tardar más o menos igual.

—Entonces hasta ahora.

—Hasta ahora.

Colgué. Benito sacaba de la máquina el folio.

—Lo siento, Beni, pero no puedo comer contigo.

—Eso te pierdes. ¿Hacia dónde vas?

—Al Nacional.

—Hasta la Rúa podemos bajar juntos. En el Dos de Mayo ponen hoy garbanzos con pulpo.

2

Las nubes volvían a cerrarse apagando las incipientes claridades que intentaron abrir la mañana. Un cielo compacto, como de nieblas pétreas, presagiaba la tormenta de nieve, igual que una calculada amenaza que blandiese su brazo armado sobre la ciudad.

En el Nacional había poca gente. Los amplios ventanales parecían enfriar el local con el panorama urbano que encuadraban: la nieve espaleada, el hielo convertido en una corteza húmeda sobre los sucios montones apilados. Pedí un vermú en la barra. Tina tardó unos minutos en llegar.

Cuando la vi a través de los cristales de la puerta su insistente recuerdo y la alegría del reencuentro se fundieron en una sensación vagamente dolorosa, como si su figura refugiada en el ajado abrigo destilara el aroma de tristeza, tan sólo desmentido por la vivacidad de los ojos.

—Cuánto me alegro.

Me dio un beso. Su mano y su mejilla estaban heladas. Pedí otro vermú.

—¿Cómo te van las cosas? —me preguntó.

—Tirando. En el periódico decimos casi todos los días lo mismo. ¿Y tú?

—Ya ves, de paso. Me voy a Madrid.

—¿No te fue bien en Oviedo?

Bebió un sorbo.

—Bueno, aquel trabajo de que me habían hablado al final no salió. Y tampoco tenía muchas perspectivas.

—Quédate, Tina.

—No, sería el último sitio. Pero quería volver a verte.

—Unos días.

—Tengo el billete para esta noche.

—¿O sea, que debo resignarme a verte pasar volando?

—Tampoco te lo tomes así. Te escribiré desde Madrid.

—¿Tienes algo allí?

—No.

—¿Alguna amiga?

—Ninguna. Sólo llevo una dirección. Pero algo saldrá. Peor o mejor, algo sale.

—Inténtalo aquí, Tina, por favor.

—Que no, Marcos, que aquí todo serían problemas. Sería lo último que se me podría ocurrir.

—Está bien, muchacha, está bien. Por lo menos se agradece que te acuerdes de uno.

Llamé al barman para pagarle.

—Vamos a comer.

—Tomé un bocadillo.

—¿Y no te apetece algo caliente? Anda, verás cómo nos entona un caldín. Ya viste la nevada que tenemos. ¿Cómo estaba Pajares?

—Pues la verdad es que no me enteré porque vine casi todo el tiempo dormida.

—Cambia el billete para mañana.

—Que no, Marcos.

—Venga, Tina, no seas así.

—Si te pones tan pelma vas a hacer que me arrepienta de haber parado a verte.

Bajamos por Independencia. Tina se cogió a mi brazo después de haberse anudado con más seguridad el pañuelo al cuello. Por un instante me llegó su perfume y el vivido recuerdo de nuestros momentos de amor nada lejanos.

—Dios, cómo puede hacer tanto frío.

—Nos quedamos ahí cerca, en Los Bayos.

La sentí estremecerse, igual que un junco en la ribera helada.

—Me he acordado de ti —le dije.

—Vaya, un cumplido que se agradece.

—De veras, Tina. Aquella tarde en el Montañés la tengo aquí clavada.

—¿Es una manera de decirme que te gustaría repetirla?

—Eres de lo que no hay.

—Sabes que no me gusta andarme por las ramas. Yo también me acordé, ¿qué crees? Y hubo momentos en que me hubiera gustado tenerte así, bien cerca.

—Échame el ancla, que te juro que me tienes en el bote.

—Juras demasiado.

—Mira, Tina, tú y yo podíamos echarnos la manta a la cabeza, ¿o qué? Como dos zascandiles, a lo que caiga, pero eso sí, jurándonos amor eterno.

—Mejor sin jurárnoslo.

—Eres la monda. ¿Y cómo puñetas puedo dejar que pases a mi lado sin echarte el guante?

—¿Dónde me llevas, Marcos? Me estoy quedando congelada.

—Ya solo hay que cruzar.

El comedor de Los Bayos estaba medio vacío. La estufa de serrín caldeaba la atmósfera. Nos sentamos en una mesa al fondo.

—Qué gusto —exclamó Tina.

Paco Valdés pasó la balleta por el hule de la mesa y nos puso una frasca de vino y dos vasos.

—¿Qué nos puedes dar?

—¿Mollejas?

—¿Y antes?

—Queda una sopa de cocido de las que resucitan a los muertos.

—¿Te va? —le pregunté a Tina.

—Claro que me va. Debe hacer quince años que no como mollejas.

—Pues eso —le indiqué a Paco—. Y para irnos entreteniéndolo tráenos unas morcillas.

Serví vino.

—Tengo hambre —reconocí.

—A mí se me ha despertado con el aroma que hay aquí.

—¿Quién me iba a decir esta mañana que a estas horas iba a estar aquí contigo, mano a mano?

—Una sorpresa.

—Sí, señora, una buena sorpresa en un día bastante malo. Bebe, verás qué vinillo. Paco nos trajo los cubiertos y dos hermosas morcillas humeantes.

—Dios, Marcos, ¿no será demasiado?

—Come y calla.

—Oye, está buenísima. Pero pica la condenada.

—Hay que regarla.

—Me parece a mí que tú me estás tendiendo una trampa.

—¿Yo?

—¿Dónde quieres llevarme? Confiesa.

—Al huerto, Tina. ¿Dónde voy a querer llevarte? ¿Tú crees que puedo tener otra cosa en la cabeza que esa idea desde que te vi?

—Mira, por lo menos eres sincero.

—Está buena de veras, ¿eh?

Paco Valdés trajo la sopera y nos la dejó en la mesa. Levanté la tapadera y el vapor nos inundó con su perfume alimenticio.

—¿Te sirvo?

Los fideos resbalaron en el plato como anguilillas.

—Ya, ya, no me eches más.

—Esto te va a recomponer. Ya oíste a Paco, es de las que resucitan a los muertos. ¿Cómo está?

—Buenísima. Fíjate, hace un momento helada y ahora qué sofoco.

El rostro se le había encendido, como si después de una larga caminata a la intemperie se hubiese dormido al pie de una hoguera.

—Así estás mejor.

—¿Sí?

—Te salen los colores como a las mozas en la trilla.

Las mollejas, guisadas en la perigüela, con su punta de guindilla y la grasa crepitando, despedían ese señuelo de frutos prohibidos en el aroma turbador.

—Marcos, eso tiene toda la pinta de un pecado mortal.

—Arrima el plato y calla la boca.

—Ya, ya, que puedo reventar.

—Voy a confesarte algo. Está más que comprobado el efecto afrodisíaco de las

mollejas. Hay una copla cazurra que dice: a las jóvenes y viejas, para andarlas de meneo, dalas de comer mollejas, y llévalas de paseo.

—Pues qué bien, ¿no?

—Moja el pan, Tina, no seas estrecha. ¿Qué me dices?

—Que están en su punto.

—¿Y no sientes nada de particular?

—Será luego, cuando me lleves de paseo. ¿Tú, sí?

—Ahora mismo un repelús por el espinazo.

—¿Y eso qué significa?

—Bueno, es como un aviso. Luego se le pone a uno la carne de gallina.

—¿Y después?

—Después comienza ya a inflamarse el carburante. Y a partir de ahí, cuando la guindilla y el pimentón se te han macerado en las venas y las mollejas hierven en el estómago, cualquier moza cercana corre serios peligros.

—Y el mozo, digo yo.

—Dices bien.

—Anda, lléname el vaso, que esto sí que pide vino.

Paco nos trajo más pan.

—¿Están buenas? —preguntó.

—Superiores.

—Las recetas de la abuela —confirmó satisfecho.

—Tina, voy a decirte algo muy serio.

—Dime.

—Toma, esto que queda vamos a repartirlo.

—Imposible. Si acabo ya estoy arreglada. De veras, Marcos, me puede dar algo.

—Vale, vale.

—¿Qué es eso tan serio?

—Que estoy llegando a la última fase. La de los apetitos desordenados, que diría don Baudilio. Los susodichos apetitos traspasan las barreras estomacales. Y ya, muchacha, sálvese quien pueda.

—Oye, se te empieza a notar el vino en los ojos.

—No te engañes, muchacha, no te engañes. No es el vino, son las ganas.

—¿No te vas a poder aguantar?

—Haré un acto de contrición para aplacarme momentáneamente. Intentaré llegar al postre.

—Yo no puedo con más.

—Un café de puchero, sí.

—Bueno.

—Con una copa de orujo, que es lo mejor para la digestión.

—Me puede dar la puntilla.

—No te hagas ilusiones, la puntilla soy yo quien te la va a dar, te lo juro por lo

más sagrado.

—Te veo perdido.

—Oh, dioses, cuán bajo caen los humanos con el zarpazo de la lujuria. Palpa aquí someramente y verás hasta qué miseria me arrastran las mollejas.

—Dios, Marcos, eso da miedo.

—Disimula, disimula, Tina, así, solapadamente.

—Oye, ¿no pretenderás aquí un numerito?

—No, no, qué va, lejos de mí tamaño oprobio.

—Anda, anda, tranquilízate.

—Como decía Estrabón, los asturcones pacían en las riberas del Astura y se acoplaban codiciosos según rumiaban.

—¿Pides el café?

—Sí, señora.

—Pues, hala, que me apetece.

Se lo pedí a Paco.

—Tina, no quiero ser pelma, pero quédate. Dos o tres días, sólo dos o tres.

Me miró con una sonrisa difícil, momentáneamente desalentada, cerró los ojos y negó con la cabeza.

—No, Marcos, no.

Vertimos media copa de orujo en el café. Elegí una faria de la caja que me ofrecía Paco.

—¿Dónde puedes llevarme? —preguntó Tina.

—A casa.

—¿Y tu patrona?

—Con un poco de visual no se entera. Tú déjame a mí. ¿Vamos?

—Acabaremos el café. ¿Tanta prisa tienes?

—Hombre, ¿qué quieres que te diga? ¿Te quedaste bien?

—Estupenda.

—Pues de eso se trataba. Voy al meódromo y a pagarle a Paco.

—¿De veras estaremos tranquilos en tu casa?

—Tal que gorriones en el nido de un nogal.

La cirria batía los solares de Santa Nonia, donde había media docena de camiones aparcados.

Daba la impresión de que alguien había abierto imprevistamente una tronera por la que se colaba el vendaval, y en un instante todos volaríamos como virutas de nieve arremolinadas en la atmósfera turbia.

—Esto se ha puesto feo, Tina.

—Habrá que dejarlo para mejor ocasión.

—¿Qué dices, muchacha? Soy capaz de llevarte a cuestras.

—¿Queda lejos tu casa?

—Ahí mismo, como quien dice. Tú cógete a mí, que te llevo en volandas.

Caminamos batidos. El viento mugía con esa inclemencia lóbrega de los bueyes desesperados.

—Esto es Siberia —gritó Tina.

—Animo, muchacha, ánimo.

Cruzamos los solares y fuimos a refugiarnos en el portal de la primera casa.

—¿Es aquí?

—Como cinco minutos todo recto.

—¿Crees que llegamos?

—Venga, que no se diga.

Corrimos a la vera de las fachadas a la altura del hospicio. La cirria se aplacaba y se encendía en intermitentes torbellinos. Cuando cruzamos San Francisco el aleteo del viento en las ramas de los árboles descargaba la nieve en un agitado vareo.

—La táctica va a ser más simple que la de un sargento de cuchara al mando de un pelotón de guripas lelos —le advertí a Tina cuando llegamos—. Subimos juntos, entras conmigo y te cuelas en la habitación mientras yo voy a darle las buenas tardes a doña Chelo y a decirle que me tumbo un rato a dormir la siesta.

—¿No sospechará?

—¿Qué quieres que sospeche? Ni se entera.

—Me da un poco de lacha.

—Tiene cataratas y está como una tapia.

—¿Lo dices para tranquilizarme?

—De veras. Si yo no la aviso cuando entro y salgo ni se entera.

—Bueno, bueno.

Subimos. Abrí la puerta con cautela.

El recibidor y el pasillo estaban sumergidos en las sombras enceradas. Asomé hacia mi habitación y se la indiqué a Tina. Entró de puntillas y se coló en ella. Cerré y fui a la cocina.

Los platos limpios escurrían en el fregadero. Crucé a la galería. Doña Chelo dormitaba en la mecedora: la mantilla sobre los hombros, el rostro caído hacia adelante y la labor depositada en el regazo. Sobre la cercana mesa camilla, la taza de café vacía y una copa mediada de licor Coyanza. Regresé a la habitación pisando con suavidad.

—Todo en orden. Doña Chelo duerme.

Tina miraba por la ventana.

El blanco de la nieve y la ceniza de las nubes se habían contagiado en el paisaje urbano, una rara y desolada mezcla que se perdía sobre el fondo montuoso de La Candamia. La torre de los capuchinos emergía como la proa de un barco prisionero entre lo hielos fantasmales.

—Bueno, ¿qué te parece mi guarida?

—Limpia como la patena.

—Doña Chelo es una maniática. Escoba y balleta a destajo.

—¿Llevas mucho viviendo aquí?

—Desde que estoy en el periódico. No hay mejor patrona ni mejor persona. Soy su hijo pródigo.

—Lo que hace es frío.

—En seguida enciendo ese infernillo. Pero no te quedes ahí pasmada.

—Contemplo el panorama.

—Anda, desnúdate.

—No me metas prisa.

—Cierra las contraventanas, que enciendo el flexo.

Colgué los abrigos. Tina se dejó caer en la cama después de descalzarse.

—Sabes que estoy como un poco puesta —confesó.

Enfoqué el flexo contra la pared y comencé a desvestirme.

—Y a lo mejor te apetecía otra copa.

—No. Lo que me apetece es quedarme así, sin hacer nada.

—¿Nada?

—Bueno, que lo hagas tú todo. Ven.

—Voy. Pero espera que cierre mejor esa contraventana.

—¿No has notado ningún efecto especial?

—Un efecto pacífico.

—Pues estamos aviados.

—No te desanimes. A lo mejor cuando empieces.

—¿Sientes algo sustancioso?

—Sí.

—¿Aquí?

—Mismamente. Pero quita, que me desnudo.

—Tranquila.

—Anda.

—Yo te ayudo, estáte quieta.

—Me haces cosquillas.

—Levanta un poco. Así.

—Deja, deja, que esta cremallera está medio rota.

Se incorporó para desvestirse con más comodidad. Yo me recosté doblando la almohada.

—No mires.

—¿Como que no mire?

Se volvió de espaldas y se quitó la falda. Un roto señalaba el desgaste de las bragas que parecían haber sido azules.

—¿Por qué no apagas?

—Me gusta verte. ¿Está prohibido?

Comenzó a quitarse la blusa.

—Anda, apaga, por favor.

—No señora, no me da la gana.

Se sentó para quitarse las medias. La tomé por los hombros y la vencí sobre la colcha.

—Déjame.

—Contenta te voy a dejar. Dame un beso.

—Por favor, Marcos.

Dos carreras se abrían en las medias hacia la altura de los muslos. Se incorporó.

—Pero, Tina, hija.

—Apaga.

—¿Qué te sucede?

Me levanté y me senté a su lado. Se sacó las medias con rapidez y puso las manos abiertas sobre los muslos.

—Oye, ¿a qué viene esa cara?

—No es nada, Marcos.

—¿Qué es eso?

Le separé las manos.

Dos amplios cardenales se derramaban en la piel tierna, morados y como ligeramente tumefactos. El del muslo derecho se extendía hacia la cara interna con un difuso ribete amarillento.

—Tina, por Dios, ¿cómo te has hecho eso?

—¿Por qué no apagas y me besas?

Se dejó caer de espaldas en la cama. Le acaricié con la mano temblorosa. Un resplandor húmedo brillaba furtivamente en sus ojos que intentaban sonreír.

—Vamos, no seas tan pelma. Bésame. Y quítate de una vez los calzoncillos.

—¿Qué te sucedió?

—Nada, nada de importancia.

—¿Cómo que nada de importancia? Son dos moratones tremendos.

Se incorporó y me cogió por la espalda. Comenzó a acariciarme.

—Te quiero besar ahí.

—¿Qué pasó, Tina, dímelo?

—Te callarás la boca de una vez.

Como si fuésemos a hundirnos en un mar sosegado cuyas aguas te mecen hasta ahogarte en el placer de su temperatura, o a rodar por la nieve que en vez de frío emana una caricia de musgo embriagadora, nos quedamos después, abrazados en el silencio exhausto, que sobrevino a la ruidosa amotinación de aquellos momentos.

La voz de doña Chelo en la puerta, alertadora y temerosa, rompía la constancia del sueño.

—Marcos, Marcos —estaba llamando.

Nos incorporamos y Tina intentó cubrirse nerviosa con la colcha.

—Por Dios, Marcos, ¿qué pasa ahí?

—Nada, nada, doña Chelo —acerté a contestar—, no pasa nada.

—¿Quién está con usted?

—Nadie.

—Por la Virgen Santísima, Marcos, ¿cómo me puede hacer esto? ¿Cómo puede hacérmelo?

Le indiqué silencio a Tina, que se encogía bajo la colcha. Comencé a vestirme apresurado.

—No se ponga así, doña Chelo, por favor.

—Ay, Dios mío, Dios mío, si no respeta mi casa. El Señor me perdone.

—Váyase usted a la galería que ahora mismo voy, doña Chelo. Y calma, por favor, que aquí no ha pasado nada.

—¿Cómo me lo ha podido hacer? Usted que me conoce, que sabe como soy. ¿Cómo?

—Quédate aquí tranquila —le indiqué a Tina.

Abrí la puerta con cuidado. Doña Chelo temblaba bajo la toquilla, los ojos llorosos y el gesto desolado, como el de esos inocentes que llevan a la degollación.

—Vamos, doña Chelo, se lo pido por favor.

—Marcos, Marcos —musitó en un sollozo—, yo que le quiero como a un hijo. ¿Qué puede tener contra mí?

—Nada, nada, ya sería el colmo. Pero mire, por Dios, no le de tanta importancia. Yo se lo explico. No ha pasado nada, se lo juro por lo más sagrado.

—No jure así, por Dios, no lo ponga peor.

—De veras, doña Chelo. Le juro que no ha pasado nada.

—¿Y esa mujer que está en la habitación?

—Es una compañera del periódico. No he hecho bien en hacerla subir, pero veníamos a recoger unas cosas. Se lo juro.

—No jure, no jure. Les oí, Marcos, les oí, y bien sabe Dios que muerta me hubiera querido ver antes.

—Ande, venga, vamos a la galería. Serénete. Usted sabe que soy una persona seria.

—Hasta que dejó de serla.

—En todos estos años ni le di ni un motivo de queja. Eso también hay que tenerlo en cuenta, doña Chelo.

—Pero este disgusto es mayor que cualquiera. Con uno así basta para mandarme al cementerio.

—No exagere, por favor.

Se sentó en la mecedora. Las lágrimas inundaban sus ojos. Sacó un pañuelo de la manga.

—Y ahora, ¿qué le voy a decir al padre Treceño? —preguntó con angustiado patetismo.

—Pero, bueno, doña Chelo, ¿qué tiene que ver con esto el padre Treceño? No me amuele.

Dejó de hipar un momento.

—Nos dirige a las terciarias. Me oirá en confesión. Qué vergüenza.

—Ande, ande, no confunda las cosas. Si yo he hecho algo que la ha molestado, pues soy yo lógicamente el que se ha portado mal. Y tendrá usted que perdonarme, qué remedio.

—Pero ha sido en mi casa. Aquí, entre estas paredes que usted bien sabe que a mí me gusta tenerlas como un santuario.

—Siento de veras el disgusto. Y si le parece seguiremos hablando cuando esté más calmada.

—Qué vergüenza, Dios.

Tina se había vestido y me esperaba a la puerta de la habitación.

—Vamos pitando, Marcos. Menuda plancha.

—Tranquila. Doña Chelo ya se va calmando. Déjame por lo menos ponerme los zapatos.

—Anda que vaya idea venir aquí.

—Nada, un susto de menor cuantía, se le pasa en seguida.

—¿No decías que estaba como una tapia y que tenía cataratas?

—Será que armamos mucho jaleo. Ella cuando entro casi nunca me oye. Y estar estaba dormida.

Cogí el abrigo. Tina me observaba moviendo la cabeza.

—Ese somier es como una caja de grillos —dijo sonriendo.

—Y tú que tampoco eres manca a la hora de cantar.

—Pues mira quién habla.

Había un aguanieve espeso que el viento apenas arrastraba. En los espacios blancos, entre la nieve tierna que se había salvado de las acometidas y la suciedad, penetraban los helados cuajarones como perdigonadas violentas, dejando la señal de los agujeros igual que disparos en una pared de cal.

—¿Dónde vamos? —preguntó Tina sobrecogida al pisar la calle.

—A tomar algo.

Se ató el pañuelo a la cabeza y me cogió el brazo.

—Con lo calentita que se estaba arriba.

—Ya es mala pata. ¿Se puede tener menos potra que yo?

—Hombre, peor hubiera sido que nos hubiese pillado antes. Tampoco te quejes.

—¿Tú te crees que me llueven las chavalas como tú?

—Pendón ya debes ser un rato.

—Dos horinas más me hubieras durado.

—Mucho es eso.

—No tanto para el hambre que uno arrastra.

Cruzamos San Francisco. En la Avenida de Madrid algunos camiones, que la nieve había mantenido anclados a lo largo del día, intentaban ahora ponerse en marcha.

Los prados mostraban esa corteza negra de las cercas y el musgo como débiles límites del terreno invadido, anegados en la vega bajo la plancha blanca que se perdía hasta las mismas estribaciones del lejano Castro.

Entramos al Victoria por la puerta de la Rúa. La escasa clientela dormitaba en la anticipada penumbra de la tarde invernal, que los globos de luz amarillenta intentaban horadar con las mismas dificultades con que carcome el polvo la madera antigua.

—¿Qué vas a tomar?

Mino Perales venía de la barra con la bandeja debajo del brazo arrastrando acompasadamente el enorme tacón de su pata jerela.

—Un café. Y un vaso de sifón. Tengo sed. Con esa comida.

—¿No quieres una copa?

—No.

Mino tomó nota y nos sirvió en seguida. La cojera le daba una solemnidad casi escandalosa, como si al avanzar se irguiera igual que la proa de un navío sobre las olas.

—La hemos hecho buena —comentó Tina.

—No lo pienses más.

—No, si es que en cierto modo hasta me hace gracia.

—Hombre, a mí gracia ni pizca. El trago a doña Chelo no hay quien se lo quite. Encendí un pitillo.

—Pobre mujer.

—Pero tampoco es para tanto. Lo que pasa es que se asustó.

Tina bebió el café a pequeños sorbos.

—Prueba un poco de ginebra.

—No me apetece.

—Total, que nos quedamos como a verlas venir.

—Pero no sabes lo bien que me ha sentado estar así, un rato, contigo.

—Y a mí para qué voy a decirte. Oye, pero hay una cosa que todavía no me contaste. Esos moratones que tienes. ¿Qué te pasó?

—¿Para qué quieres saberlo?

Me cogió el pitillo y se puso a fumar.

—Marcos, hablemos de algo más agradable.

—Tina, ¿qué te han hecho?

—¿Qué me han hecho? ¿No me queda más remedio que contártelo?

—No.

—Pues la verdad es que no me gusta nada tener que hacerlo, ¿sabes?

Alcanzó mi ginebra y bebió un sorbo.

—En Oviedo no me fue mal, como te dije, me fue fatal. Yo diría que peor imposible.

Se recostó en el diván.

Por un instante la sentí como abatida por el recuerdo de todas las penalidades acumuladas, ese golpe malo de la memoria cuando recobra, a la vez, lo peor que a uno le ha sucedido.

—De aquí no me fui tan libre como aquel inspector dio a entender. Me leyó bien la cartilla.

—El maldito Valero.

—Tenía que presentarme en la Comisaría, en Oviedo, como cuarenta y ocho horas después de haber llegado, y preguntar por un inspector que se llama Ramos.

—Quería tenerte controlada, le interesas mucho. Pero no tiene ningún derecho para hacerte nada, no hay ninguna razón para que te ordene ir a ninguna Comisaría.

—Con la poli prefiero obedecer. Siempre me ha ido muy mal con ellos. Y en esta ocasión se trataba de darme un escarmiento.

—¿Un escarmiento?

—Ese inspector Valero lo planeó así, seguro. Aquí todo fueron advertencias y hasta buenas palabras, nada más. No querría que te soliviantaras por mi culpa.

—Me hizo la jugada.

—La segunda parte me aguardaba allí, en Oviedo.

—Maldita sea su estampa. En mala hora me conociste, Tina.

—Lo pasado, pasado, Marcos. Y eso ni se te ocurra decirlo.

—¿Qué te hizo?

—Me dio una paliza. Pero no te creas que es la primera vez.

—Ya.

—Sacan la historia de mi padre y es como si me zurrasen para pagar las culpas del pobre desgraciado.

—Quieren taparte la boca.

—Vamos a dejarlo, Marcos. Tampoco paga el tiro darle vueltas.

—Quédate, Tina.

—Oye, no vuelvas a las mismas.

—Dos o tres días sólo.

—No. Lo que quiero es que vengas alguna vez a verme a Madrid.

—Vale, iré, te lo prometo. Pero quédate dos días.

Tina negó con la cabeza. Se quedó mirando hacia el ventanal. La nieve se divisaba como un montón de escombros esparcidos por la Plaza de Botines.

Eran las seis pasadas y tenía que acercarme a la redacción. Mino Perales vino a cobrarme surcando las nieblas del Victoria como una gabarra a punto de hundirse.

—Intentaré ir a despedirte a la estación. No me queda más remedio que asistir a una cena, pero lo intentaré.

—Prefiero que no vayas.

—¿Por qué?

—Porque no me gustan las despedidas.

—Vaya, pues entonces te quedas y así no hay ocasión.

—Qué pelma eres.

—Y tú qué cazurra.

Salimos a la Calle Ancha.

—Anda, acompáñame un poco.

—Esta acera está peligrosa.

—Ojalá te caigas y te rompas la pata, así te quedas.

—Qué mala idea.

El oscurecer se volcaba precipitando esas cantidades sombrías de helada humedad, que preceden a la noche de nieve.

Se había calmado el viento y se adensaban las nubes, como cerradas cortinas en un firmamento ya difícil de delimitar.

—¿Sabes lo que voy a hacer?

—¿Qué?

—Meterme en un cine. El tren no pasa hasta las once.

Subió conmigo hasta la Plaza de la Catedral.

—Siempre me llama la atención ese edificio tan siniestro. ¿Qué es?

—El seminario mayor.

—Dios, ¿quién podrá vivir ahí dentro?

—Pues está de bote en bote.

—¿Te vas por allí?

—Sí, señora, todo recto.

—Mira, yo me voy a quedar un rato en la catedral, que hace mucho que no entro.

—Bueno, Tina, pues aquí se despide el duelo. Aunque voy a procurar ir a la estación.

—No vengas, no seas zoquete.

—Me haces la gran faena no quedándote.

—Anda, dame un beso y esfúmate.

—Me has hecho tilín, cacho cabrona.

—Si no fueras tan pendón.

—Escríbeme nada más llegar. Y cuídate.

—Eso siempre que a una la dejen.

—¿Sabes lo que te digo? Que eres una virguera y yo un gilipollas por dejarte marchar.

—Anda, anda, dame otro beso y pira.

—Espera, muchacha, que viene ahí don Publio, el magistral.

—¿Y qué?

—Que igual se corre si nos ve besándonos.

—Eso es bueno para la salud.
—Pero un canónigo puede perder el alma.

El tedio y el frío se acoplaban en la redacción con la destemplanza de dos perros callejeros en una escombrera.

Benito tecleaba con los guantes puestos y Alipio conservaba el pasamontañas y las manoplas, que apenas le permitían pasar las hojas de sus sobados tebeos.

Don Baudilio no se había quitado el manteo y parecía un grajo chaparro guarecido en un recoveco del hastial.

—Hace más frío aquí que en la calle —fue lo primero que se me ocurrió decir.

—¿De dónde te descuelgas, Marquines?

—¿Se me echa en falta?

Benito señaló el despacho con el índice de la derecha.

—Ahí preguntan por ti.

—¿No les has dicho que andaba por los Colegios?

—¿Y eso quién se lo traga?

—¿Cómo hace tanto frío aquí?

—Otra vez la caldera.

—Pues anda que estamos buenos.

Cogí un «Vespertino» del montón que había en una silla. Benito continuaba tecleando.

—¿Hay alguna novedad?

—La que va a caer.

Miré hacia la ventana. La película de hielo empañaba los cristales. Detrás debía estar el océano.

—Otra como la de hoy.

—O más gorda.

—¿Chumilla trajo las fotos?

—Sí.

—Bueno, pues habrá que dar un rato el callo.

—Antes pasa a ver a éstos.

Dejé el «Vespertino» encima de mi mesa. Don Baudilio permanecía medio postrado, hundido en las raquílicas cuentas de su hucha del pobre.

—Nos congelaremos —le dije camino del despacho.

Alzó los ojos e hizo un gesto como de resignación o de dolor. El manteo lo abatía con un peso de alas desmesuradas.

Cayetano y Afrodísio, cada cual en su mesa, metidos en los abrigos, permanecían enfrascados en los papeles.

En la atmósfera helada del despacho se podía respirar la hostilidad, ese humo enrarecido que queda tras la discusión como tras el fragor de la batalla.

—Es buena costumbre avisar dónde se anda —me advirtió Cayetano nada más entrar.

—¿No me digas que no lo sabías?

—No me consta.

—Vamos, director, no me tomes el pelo. Los Colegios electorales cerraban a las cinco y estuve husmeando hasta hace un momento.

—Lo que puedas ver en los Colegios lo sabes sin mirarlo.

—Hombre, depende de lo que se quiera hacer.

—No me tomes el pelo, Parra. Los resultados están aquí desde antes de que se abrieran esta mañana y no van a variar ni en medio apellido.

—Pero el ambiente es el ambiente. La pincelada pintoresca que insufla emoción a la letra impresa, que decía aquél.

—Quiero una buena entrevista con Isauro Abascal.

—Estoy en ello.

—Con buenas fotos.

—Chumilla está avisado.

—A ese zascandil no le veo el pelo en todo el día.

—Aprovecha la cena de hoy, Parra —dijo Afrodisio con retintín—. La ocasión la pintan calva.

—Mira, Afrodísio —dijo Cayetano alzando la voz—, prefiero que no vuelvas a empezar.

—Uno está aquí en lo suyo, bregando, hasta el moño, pero a la hora de pintar bien se ve lo que pinta.

—Y dale.

—Por el papo siempre se consigue más.

Me volví hacia Afrodísio.

—Oye, ¿no me estarás tirando una indirecta? A mí en todo ese embarque de la cena que me registren.

—Sí, sí, que te registren, pero invitado estás, a mí es al que le dan morcilla.

—Pero yo en eso ni pincho ni corto. ¿Qué quieres que haga?

—No, si nadie pincha, si aquí todos nos llamamos a andana. Ni éste, ni tú, pero desde luego el que menos yo, eso sí que está visto. Todo el día de manguta y a la hora de tener un detalle si te he visto.

—Así lleva toda la tarde —me indicó Cayetano.

—Claro que sí. Pero es que todo tiene un límite, y ya me cansé de chupar rueda.

—Oye, oye, sin levantar la voz.

—Te lo he dicho más de una vez, y delante de Parra. Si ni tú ni los del Consejo estáis contentos conmigo, pues me lo decís. Donde ir no me ha de faltar.

—Pero bueno, Afrodísio, ¿por qué sacas de quicio las cosas? Parra es testigo de que yo nunca te he dicho nada. Nadie, que yo sepa, te ha dicho nunca nada.

—Porque soy un cero a la izquierda.

—Mira, de veras, ya me estás cargando. ¿Sabes lo que voy a hacer? Voy a llamar ahora mismo a don Paciano Abascal para decirle que no puedo asistir a la cena y que vas tú en mi lugar.

Cayetano descolgó el teléfono. Afrodisio dio un salto en la silla.

—Si haces eso me despido —amenazó con un grito de improvisado y grandilocuente dramatismo—. En la vida me vuelves a ver.

Cayetano colgó con un golpe seco.

—Ya está bien, Afrodisio, ya está bien. ¿Por qué no te vas a casa? Da un paseo por ahí y cálmate.

—Hombre, si me echáis del despacho, si tanto molesta mi presencia.

Comenzó a recoger los papeles de la mesa.

—A lo mejor mañana no tienes tan encabritada la úlcera —le dije— y se puede hablar tranquilos.

—No tienes por qué meterte con mi úlcera.

—Nadie se mete con nada —le dijo Cayetano.

—Ni tú. ¿Me has oído alguna vez meterme con tus almorranas?

—Vete, vete.

—Sí, señor, claro que me voy. Que venga o no venga mañana eso ya es otra cosa.

Se echó la bufanda al cuello, arrugó el último papel que quedaba encima de la mesa y lo lanzó con furia a la papelera. En ese momento escuchamos la voz desencajada de Benito Calamidades:

—Don Baudilio, por Dios, don Baudilio, ¿qué le pasa?

Y un grito de auxilio que enumeraba nuestros nombres:

—Parra, Celedonio, Afrodisio. Chaval, échame tú una mano.

Salimos los tres del despacho como alertados por un peligro de ruina inminente. Don Baudilio estaba inmovilizado en la silla, rígido, con el cuerpo caído hacia atrás. Benito intentaba incorporarlo y Alipio les observaba asustado sin desprenderse de su tebeo.

—¿Qué pasa? ¿Qué pasa?

—Le dio algo. De pronto le he visto que se ponía así —dijo Benito.

Don Baudilio nos miró con esa avergonzada resignación de los accidentados.

—Nada, no es nada —musitó cohibido—. Dejarme quieto, muy quieto.

—Recostarlo, recostarlo —ordenó Cayetano.

—En el suelo, mejor en el suelo —pidió don Baudilio.

Le tomamos con cuidado por los brazos y los pies, Alipio apartó la silla y le dejamos en el suelo.

—¿No convendría llamar a un médico? —dijo Afrodisio.

—No, no —negó don Baudilio que se había inmovilizado totalmente y permanecía con las manos cruzadas sobre el pecho.

—Pero, por Dios, ¿qué le sucede? —inquirió Benito.

Don Baudilio nos miró con pesadumbre, aceptando la confesión de su desgracia

en todo su sentido penitencial.

—Se me ha salido —musitó y cerró los ojos.

—¿Qué es lo que se le ha salido? —preguntó Cayetano dirigiéndose más a nosotros que a él.

—La hernia, hombre, la hernia, ¿qué va a ser? —les aclaré yo.

—Oye —dijo Cayetano apartando un poco a Benito—, pues eso puede ser grave. Una hernia que se estrangula te puede dar un disgusto de muerte.

—Pero sólo se le ha salido. ¿Quién dice que se le ha estrangulado?

—No se sabe, eso no se sabe. Y si se estrangula o te intervienen urgente o la palmas.

—Venga, no seas cenizo.

—Lo digo porque habría que avisar a un médico.

Don Baudilio volvía a abrir los ojos.

—No apurarse, no apurarse. Estando así quieto se me pasa en seguida.

—Pero ¿cómo le sucede esto a usted? —le preguntó Afrodisio—. ¿Es que no se puso el braguero? ¿Porque no me diga que estando usted así no usa braguero?

—Ayer se me rompió un tirante y esta mañana lo llevé a la guardicionería.

—Pues, hombre, se hubiese quedado en casa.

—Lo que siento es daros la preocupación.

—No diga eso, don Baudilio. ¿Cómo se le ocurre ni pensarlo?

—Es una penitencia que me manda el Señor, y así hay que aceptarla.

—Pero tiene usted que cuidarse más —le ordenó Cayetano.

—Mayormente me cuido pero, claro, desde que murió mi hermana las cosas ya no son como antes.

Arsenio entró en la redacción con unos papeles.

—Vaya corro —comentó jocosamente e inconsciente—. ¿Le quitáis las pulgas al perro o es que va a parir la gocha?

Cuando vio a don Baudilio tendido como un cadáver se santiguó demudado por la impresión.

—Dios, Dios, ¿qué pasó?

—Nada, no es nada —le calmó Cayetano—. Es más el ruido que las nueces.

—Pero ¿qué le dio, don Baudilio? —preguntó inclinándose sobre él.

—La hernia, hijo, la hernia. Que a estas edades ya son muchas las goteras.

—Bueno, pero se le va pasando, ¿no? —inquirió Cayetano.

—Ya, ya me encuentro bien. Quedándome así quieto y tumbado en un instante se me compone.

—Lo que vamos a hacer entonces es pedir un taxi para llevarle a casa.

—No, quíá, no hace ninguna falta. Se me compone y me quedo nuevo. Total, vivo ahí cerca.

—De ir andando ni hablar —advirtió Afrodisio.

—Benito y yo le acompañamos —propuse.

—Pues, hala, chaval, a por un taxi. ¿Cree que pueden llevarle ya?

—Sí, sí, pero de veras que por mí mismo me basto.

—Usted quieto, ni se mueve.

En diez minutos teníamos un taxi esperando abajo.

—Hala, don Baudilio, vamos a llevarle.

Le ayudamos a incorporarse.

—Puedo andar, de verdad que puedo.

Benito y yo le cogimos sobre los hombros. Afrodisio y Arsenio por las piernas.

—La teja, la teja —pidió según le llevábamos.

La casa de don Baudilio, en la Plaza de Serradores, tenía una puerta de madera leprosa y herrajes comidos por el cardenillo.

—La llave está ahí —nos indicó después de ayudarle a bajar del taxi—, debajo de esa losa del poyo.

Benito rebuscó donde le decía y sacó una llave de grandes proporciones. La puerta se abrió tras una sonora operación, al tiempo que aullaban los goznes, como lobos famélicos en la noche inhóspita del monte.

—Andar —nos dijo don Baudilio— que ya os molesté bastante.

—Ni hablar del peluquín —le respondió Calamidades voluntarioso—, a usted lo dejamos hoy metido en la cama.

La penumbra del corredor estaba invadida de un aroma de humedad con ciertas reminiscencias etílicas.

—Ir con cuidado que aquí no hay luz —advirtió don Baudilio, a quien conducíamos en volandas—. Se fundió esa bombilla del techo y miedo me da subir a ponerla.

El suelo empedrado acababa donde nacía la escalera. La penumbra no permitía divisar mucho espacio.

—Esto, como véis, es más viejo que Matusalén. Aquí hay pocas comodidades.

—Huele como a vino —me atreví a decir.

—La casa tenía bodega. Y por ahí quedan los bocois y los pellejos.

Subimos las escaleras con mucho cuidado. El piso de madera crujió y un raro hormigueo de vertiginosas pisadas se escuchó unos instantes.

—Tengo una cruz con los ratones.

—Un buen gato es lo único eficaz —opinó Benito.

—Una gata bien hermosa teníamos cuando vivía mi hermana, pero preñó y curiosamente no volvimos a verla. Mirar, ahí en la pared hay una pera, dar la luz.

Calamidades accionó la pera. La bombilla que colgaba de un cable mugriento vertió una luz miserable. El pasillo se abrió a ambos lados.

—Vamos aquí, al despacho. Y posarme ya, que de veras que ando.

La puerta maciza y desvencijada del despacho chilló como un alma en pena, y el

ruido fue seguido por un sordo revoloteo.

—Pitas, pitas, pitas —canturreó don Baudilio.

Una complicada pestilencia embargaba la atmósfera del despacho. Don Baudilio dio la luz. Otra bombilla pobre, guarecida bajo un sombrerete de latón, colocada sobre la mesa camilla. Los revoloteos se acrecentaron. Calamidades y yo distinguimos cuatro o cinco jaulas de barrotes de madera y de buen tamaño con una o dos gallinas dentro.

—Ostras, don Baudilio, tiene usted montada aquí una avícola.

—Mi hermana que las tenía mucha querencia. Todas son ponedoras y bien que dan para el gasto.

De los estantes de una desventrada librería en la que era difícil distinguir los materiales acumulados, saltó al suelo un gallo cantarín, que avanzó hacia su dueño pavoneándose.

—Este es el que más compañía me hace —dijo don Baudilio al tiempo de sentarse en la mecedora—. Ven aquí, Caporal, ilustre.

El gallo se dejó acariciar las plumas con el mismo arrobo con que un faldero se deja acariciar las lanas.

En la mesa camilla había un breviario, una petaca, unas gafas y varios ejemplares del Reinado Social del Sagrado Corazón de Jesús con huellas de excrementos secos.

—Una copita sí que quiero ofreceros. Mira, Benito, ahí en la estantería, donde esos periódicos.

—Deje, deje, no se moleste.

—Faltaría más.

Benito puso encima de la mesa una botella cubierta de lamparones que contenía un licor amarillento.

—Por las copas hay que bajar a la cocina.

—Yo voy —se ofreció Calamidades.

—Si tenemos que marcharnos.

—¿A qué tanta prisa? Según bajas, a la derecha, y ten cuidado al entrar que puedes darte en la frente —le indicó a Benito—. Algo habrá en el fregadero o en el armario. Y tú, Parrita, arrima esa silla y siéntate.

Le obedeció. El gallo volvió a saltar a la estantería.

—El pobre te extraña. Ahí donde lo ves que se pone, ahí duerme. Mira que les gusta a estos bichos estar arriba.

—¿Se encuentra ya bien de verdad?

—Que sí, Parrita. Si esto de la hernia es un atropo de nada. Para las que pasan los infieles.

Benito subió en seguida.

—Copas no encontré, pero estos vasos sirven.

Don Baudilio descorchó la botella y vertió el espeso licor.

—Lo hacía mi hermana con yemas batidas.

—¿Usted no toma?

—Sólo cuando me duele la barriga o muevo mal el vientre.

—Pues a su salud.

—Que sea a la vuestra.

Benito me guiñó el ojo. El licor parecía un concentrado de yemas, hierbas milenarias, orujo añejo y azúcar quemado.

—Bueno, don Baudilio, pues si otra manita se le puede echar —se ofreció Calamidades.

—Dios os lo pague.

—Descanse y no haga esfuerzos.

—Voy a acompañaros.

—Faltaría más.

—Echáis la llave y me la tiráis dentro por debajo de la puerta.

—Así lo haremos.

Al salir de nuevo al pasillo y hacer crujir las tablas corrieron veloces los ratones.

—Cuidado al bajar —me advirtió Benito—. Antes pisé mierda de gallina y por poco me la pego.

Don Baudilio nos llamó desde el despacho.

—Parrita, Benito.

—Sí.

—Mirar, en la cocina hay un cesto con huevos. Coger media docena para cada uno.

—Gracias, don Baudilio, pero mejor otro día.

—Que éstos sí son de confianza, y al menos uno de cada tres con dos yemas.

—De verdad que otro día.

—Allá vosotros.

Salimos, cerramos la puerta y le metimos la llave por debajo.

3

Los primeros copos de la noche comenzaron a caer cuando bajábamos por la Calle Ancha y, a la altura de la del Cid, Benito propuso tomar unos vinos en la Viña H.

—Se me quedó la lengua pegajosa con el licor de don Baudilio.

La atmósfera se había templado en ese engañoso espacio que arranca la nevada, como si un aliento vertical soprase los copos desde la boca caliente del firmamento.

En la Viña H cantaban Gildo, Verín, y otros aficionados, el improvisado orfeón que hacía las estaciones desde La Esponja, para aterrizar a última hora en las bodegas del Húmedo, afianzadas las gargantas en la pesada exaltación del cancionero, afinado entre el vino y el humo del caldo de gallina.

Lolines nos puso dos vasos en la barra. El orfeón esparcía su concierto por los alrededores de la estufa.

—Están desentonados —opinó Benito.

—Es que se les juntaron dos furrieles de ahí, del cuartel, que no tienen idea —aclaró Lolines.

—Pues los furrieles mejor echándole una mano al de semana, y más si son malos cantantes.

—¿Picáis sangre o picáis mejillones?

—Lo que se te ocurra.

—Hay un chicharro de primera.

Verín arrancaba un solo sobrevolando el armónico destemplado y Gildo le salía a la caza levantando el vaso en la mano derecha y la boina en la izquierda.

—No está lo suficientemente cocido para esa filigrana —opinó Benito.

—Tiene más voz Gildo.

—Voz sí, pero sentimiento.

Bebí el vino y comí el pincho. El reloj de pared que colgaba sobre el espejo de Anís del Mono a la derecha del mostrador marcaba las nueve.

—Me voy a ir pitando.

—No te embales, Marquines. A otro convidado yo.

—Tengo la cena de don Paciano.

—A ésa van clientes poco puntuales. Anda, llénalos, Lolines.

—Colocaron a Isauro.

—Sí, hombre, ¿por qué te extrañas? Concejal más, concejal menos, ¿qué importa?

—¿Tú lo veías tan fácil?

—Hombre, si hay alguien a quien le hayan pisado los pies estos últimos años ese alguien es don Paciano. Pero lo de meter al hijo no estaba mal visto, era buena idea. Otra cosa sería que hubiera querido entrar él.

—No hace mucho lo tenían muy negro.

—Mira, Marquines, ahí el que se bandea es Gabriel Llanos, y ése, te lo digo yo,

es un látigo. Todas las teclas que puedan tocarse las habrá tocado. Todas.

—No creo que hubiera muchas fuera del Gobierno Civil.

—El Gobierno, el Ayuntamiento, si el caso es meter el hocico. Tampoco van a tener aplanado a don Paciano toda la vida. En Madrid alguna agarradera le quedaría. Y una cosa te digo, Gabriel lleva un tiempo trabajándose a Mingo Calero.

—Pero Mingo es un chisgarabís que no se toma en serio ni a él mismo.

—Lo que quieras; pero mientras no se demuestre lo contrario, mientras no lo quiten, sigue de Subjefe Provincial del Movimiento y tiene buena mano con el Gobernador. Aunque ande por ahí perdiendo el tiempo en la Deportiva y en la Venatoria y en el Casino.

—El que de veras se maneja con el Gobernador, Beni, es don Higinio. Todo lo que haya que cocer allí pasa por las manos del ladilla. El pacense no mueve un dedo sin consultarle.

—Pero el ladilla no es tonto y a Mingo lo sabe llevar. Si sólo hay que verlos en la tribuna los domingos. Porque, anda, que el ladilla tampoco es forofo ni nada.

—Hombre, bien es lógico que se lleven. Y para lo que da de sí un cachondo mental como Mingo.

—Mira, Marquines, si Gabriel mete el cazo en el Gobierno, y para sacar a Isaurín eso era imprescindible, lo mete con Mingo. Y te voy a decir más: lo mete soltando la badana, con vista y lo que quieras, pero soltando la badana.

—¿Cómo?

Benito bebió un trago y picó un mejillón.

—Yo tengo entendido que don Paciano, por fin, va a contribuir a las obras del estadio. Que va a soltar una pasta gansa, vamos. Y ese detalle lo tiene por Mingo.

—Ya.

—Mingo ha jugado aquí su carta. Isaurín tiene la concejalía de su mano. Y el ladilla y don Sebastián Riello tendrán que tragar.

—Gabriel tenía cartas para jugar contra ellos como hubiera querido.

—Pues lo habrá hecho, no lo dudes, pero con Mingo por el medio. Vamos, de buenas maneras, quiero decir, y por arriba, a lo grande, en plan démonos todos la mano que a la hora de repartir todos queremos que nos toque. Y es que te digo yo una cosa, Marquines, todos son iguales, y a la hora de la verdad se entienden, vaya que si se entienden. Vamos, que a la fuerza ahorcan, y quien más y quien menos lo que de veras mira es por su carro.

—Tendrás razón.

—Llénalos otra vez, Lolines. Pues claro. Y mejor me iría si además de tenerla anduviera más listo. Y lo mismo te digo, que nos pasamos de cazurros.

—¿Más listo?

—En esta vida o te lías la manta o te quedas a verlas. ¿O no?

—¿Qué quieres que te diga?

—Échate cuentas y verás. Yo lo que te digo es que nosotros estando donde

estamos algo podíamos atropar.

—Pero hay que ser de otra pasta.

—¿Qué pasta? Tú porque todavía eres joven y no puedes quejarte, pero mírame a mí. Si los chavales no me hubieran salido avispados, que ya ellos se lo saben ganar, ¿crees que siquiera me sobraba para un trago? Cuando me vivía la Lola y estábamos todos juntos llegaba al treinta y uno gracias a la reserva de garbanzos de mi suegra. La suerte de haberme casado con una de Campos. Yo, Marquines, de viudo es cuando empecé a ir económicamente con cierta holgura, ¿no me digas que no es una triste gracia?

—Tampoco es para que lo pintes así.

—Del color más penoso, de veras, y bien sabes que no me gusta tocar la triste. Cuando pude trepar, eso sí es cierto, no me dio la gana, y ahora si quiero ya no puedo. Hacer ascos a lo que te ofrecen por ahí es condenarse a quedar en la orilla del reguero.

—Tampoco es que le vayan ofreciendo a uno el oro y el moro.

—Es que las cosas también hay que saber buscarlas. Y tú que de tonto no tienes un pelo no te quedes pasmado. Igual un día, cuando ya no tenga remedio, le estás dando a otro esta misma doctrina.

—No me amueles, Beni. Y ahora sí que se me hizo tarde.

—Por lo menos te invitan a llenar la barriga.

—Me voy.

—Yo quedo un rato. Voy a decirle a Verín cómo se canta la de Debajo del Molino.

Las luces de Ordoño II manaban un fulgor casi fantasmal en el fondo nocturno que poblaban los copos. El reloj de Santo Domingo se parecía a esas señales de los puertos que indican, hasta donde pueden, la espesura de la nieve acumulada. A la ciudad se le había contagiado un prematuro silencio y no era difícil sentir su abandono.

Vas viendo que, como ella, te quedas más solo que la una, en la intemperie de lo que son sus rincones, a los que amas tanto como aborreces, porque es dura y cruel y hermosa la condenada. Todo en la medida en que tú quieras comprenderla o rehusarla. Ese horadado navío de piedra vieja, tallada al paíro de los siglos como por un cincel de glorias y de miserias. Cascajal de recintos que hieden y perfuman, tan entrañables y tan siniestros. La mansedumbre a que uno se liga por estos lugares habitados en el tiempo hasta no se sabe cuándo, como si al echar a volar la imaginación, bajo la nevada, se quedase uno de faro mortecino en la memoria de esto que fue, y bien lo saben los rancios cronistas, después de espacio libre en las ventiscas y en las primaveras de la más remota antigüedad, campamento de invasores, cuartel y guarida de alzados muros inexpugnables.

Crucé Santo Domingo hacia Padre Isla. De las embocaduras de Ordoño, General

Sanjurjo, Ramón y Cajal e Independencia, llegaba a la Plaza el lento aluvión de esas plumas frías que una brisa quieta arrastra insegura, como con una rara intención musical, apenas murmullo de monodia gélida, tan delicada y misteriosa y solemne, en la noche que se va transformando con su cobertura frágil y perenne, igual que pudo suceder en tantos siglos. La misma nieve como las mismas aguas del mismo río, la misma monodia, la misma brisa, nada convierte más a mi noble y odioso y bello recinto en un lugar de encantadas transparencias, sutiles y horrorosas y llenas de peligros para la vana lírica que uno despacha con la necesidad del que vomita, revuelto y perdedor, que esa inquietante paz de la nieve que nos cae como una imposible purificación.

Llegué al Aperitivo entre los primeros. Ursicino Lesmes y Mariano Olmedilla departían con Lebrija, el director de «Afán», y con Carolo, el dueño del restaurante, en la pequeña antesala del comedor.

—Marquines, que te sofoca la nieve.

—Está empezando a caer de veras.

Un camarero se llevó mi abrigo y ante el espejo más cercano me arreglé la cresta. Lebrija me palmeó la espalda con esa camaradería montaraz que sólo se aprende en el Frente de Juventudes.

—¿Cuándo cuelgas a los del bonete y te vienes con nosotros?

—Con «Afán» y el «Vespertino», ni chicha, ni pan, ni vino. ¿Salir de Málaga para meterme en Malagón?

—A Parra le iría mejor la radio —dijo Mariano.

—Si tuviera el pico de oro como tú.

—Con la pluma te basta. ¿Ya viste el fichaje que hicimos?

—No.

—Una nena de Valladolid, bandera. Y con la boca de locutora de verdad. De la escuela de Bobby.

—Pues algo así os hacía falta en el «Vespertino» —apuntó Lebrija—. Alguna falda que no sea la de don Baudilio.

Carolo y Ursicino se movían por el comedor.

—¿No hay modo de ir tomando una copita? —preguntó Mariano.

—Pasar a la barra y pedir allí —contestó Carolo.

Cayetano y Lorenzo Arias, el director de radio falange, entraban sacudiéndose la nieve. Ursicino se apresuró a cogerles los abrigos.

—Una noche para empalmarla, ¿eh? —dijo Lorenzo.

—Hombre, Lebrija, dichosos los ojos —saludó Cayetano—. Con lo poco que nos vemos ya ni parecemos colegas.

—Ya. Antes, con las comidas de la Asociación, la ocasión la pintaban calva, pero ahora estamos como reñidos los profesionales.

—No, no, eso sí que no. Competencia la que se quiera, pero compañeros y caballeros por encima de todo.

—Y es que también llevamos una temporada poco lucida.

—Eso sí que es verdad —opinó Lorenzo—. Hay que ir a por la noticia como el cazador tras la liebre. ¿Cuánto tiempo hace que no nos vemos en un banquete oficial o en algo así, señalado, como hoy?

—Mira, lo de hoy es que es histórico —advirtió Lebrija bajando la voz y concitando nuestra atención en un corro más cerrado—. Don Paciano vuelve a la superficie como esos submarinos alemanes que se daban por perdidos.

—El abrazo de Vergara —ilustró Olmedilla.

—Una cena que no hace ni un mes a todos nos hubiera parecido la broma del siglo.

—Yo me alegro infinito —confesó Cayetano—. A un hombre así no se le puede tener relegado. No estamos precisamente sobrados de empresarios.

—La pena es que Isaurín no da la talla, no nos engañemos —aventuró Lorenzo.

—¿Qué talla ni que ocho cuartos? —replicó Cayetano—. Con su padre y Gabriel detrás ya tiene de sobra. Anda, que échale una ojeada al coro de concejales y mira los que renuevan con él. Dintín, Basilio Perera, el Boni, una colección de cromos.

—Como bien dice Manolo Pistolo —informó Olmedilla imitándole—, para la contemplación, de borregos y cencerros, ya no hay que subir los cerros, mirar la Corporación.

—Oye, ahora que lo mentas —dijo Lebrija—. A ese Pistolo vais a tener que pararle los pies. El otro día se enzarzó con Oliva, que estaba vendiendo «Afán» en el Cantábrico y le hizo una de vergüenza.

—Cuando le dan los esparabanos hay que dejarlo.

—De dejarlo nada, estaría bonito. El pobre Oliva lo que pasa es que la sangre no le riega toda la pelota y así se deja gastarlas el desgraciado.

—¿Pero qué le hizo?

—Una de esas bromas siniestras de Pistolo. Le quitó cinco ejemplares sin que el otro se diera cuenta, embadurnó las páginas centrales en el retrete y se los volvió a poner sin que se enterase. El primer cliente picó allí mismo, en el Cantábrico, y ya os lo podéis imaginar.

—Si es que son así de faltosos.

—Eso es ya una cosa de mala fe, Cayetano. Al menos para el periódico un respeto, digo yo. Luego se agarraron y Oliva salió con un ojo morado.

—Bueno, bueno, lo llamaré al orden —remató Cayetano contemporizador.

—Ya llegan —nos anunció Ursicino cuando Mariano Olmedilla se disponía a conducirnos a la barra para tomar una copa.

Carolo salió tras él y dos camareros sujetaron las hojas de la puerta del vestíbulo.

—¿No me digas que traen al pacense? —preguntó Lorenzo.

—Traerlo no, pero del Gobierno vienen.

—Vivir para verlo. Después de tantos cortes de manga don Paciano pisa las alfombras oficiales.

Mingo Calero cogía del brazo a don Paciano, en cuyo rostro estallaba la sonrisa del campeón en la meta, apenas limada por un raro barniz de la piel, como si las abundancias congestivas se hubiesen aflojado en un desmayado color.

La plétórica presencia de Mingo desahuciaba todavía más al anfitrión, en ese efecto comparativo: el bigotillo reluciente, la generosa salpicadura de colonia abrumando su entorno.

—Señores, perdonen que les hallamos hecho esperar un poco —se disculpó don Paciano—. Nos entretuvimos más de la cuenta con don Salustiano en el Gobierno.

—Pero rápido nos desquitaremos —advirtió Mingo—. Aquí don Paciano anda el hombre un poco desinflado y conviene repostar en seguida.

—El ajeteo y las emociones —confesó el anfitrión.

Tras ellos Isauro y don Higinio Peralta se acercaban como tímidos raposos. Isauro constreñido con el gesto de quien se ve en un embarque superior a sus fuerzas, la sonrisa lela que parecía agrandar la verruga de su labio inferior. Y el ladilla con la mirada de visera, el recelo del taimado conspirador, que disimula con poca confianza de no ser descubierto.

—Parra, qué gusto verle —me dijo don Paciano—. A Gabriel le encargué muy mucho que usted no nos faltara.

—¿Podemos o no podemos dar un viva al nuevo concejal? —preguntó eufórico Mariano Olmedilla después de abrazar a Isauro.

—Podemos —dijo Mingo—, pero bajín, hasta que la Junta proclame.

Isauro se vio vapuleado, como esos corderos que pasan por distintas manos que acarician sus lomos para ver si dan el peso.

Ursicino y Carolo nos iban indicando que pasásemos al comedor.

—Vamos a servirles unos aperitivos y sentados estarán ustedes mucho más cómodos —se explicaba Carolo.

—Parra, Parra —me dijo Mingo guiñando el ojo—, ¿cuándo vamos a ir tú y yo a echar una?

—Cuando quieras.

—Ya me tienes tú que ilustrar, bribón, que seguro que estás al día.

—Tan en ayunas como cualquiera.

—Y yo que me lo creo.

Gabriel Llanos entró en el comedor con don Sebastián Riello.

—Hombre, por fin —dijo don Paciano adelantándose a saludar al concejal del Matadero.

Por unos segundos las conversaciones quedaron heladas, como si la curiosidad de ver a los enemigos estrechándose la mano en público superase cualquier otra atención.

—Buenas noches a todos —saludó don Sebastián con una voz cavernosa, averiada por millones de farías y orujo mañanero.

Un mutuo palmeteo en las espaldas de cara al respetable coronó el encuentro, que

Gabriel parecía dispuesto a celebrar con un aplauso.

—Así da gusto ver a la gente de bien —dijo Mingo Calero con acento rotundo, como el predicador que concluye la encendida homilía.

El respetable se arrancó en ese momento con un aplauso.

—Gracias, gracias a todos —dijo don Paciano—. Riello y yo, contra lo que se quiera, somos, antes que nada, de la misma quinta. ¿Verdad, Sebastián?

—De la misma —confirmó el concejal moviendo la cabeza como un becerro.

—Y más os voy a decir. Batimos el mismo cobre en parte de la contienda, y en un sitio bien duro de pelar, en Belchite.

—Allí mismo, sí señor.

—Pero, hala, que ya estamos todos y Carolo si no nos sentamos se pone nervioso. Tú, Sebastián, vente aquí, uno a cada lado de Mingo, presidiendo.

—No, no, a mí no me hagáis presidir —se quejó Mingo—. Yo ya sabéis que me gusta más el mogollón.

—No te libras —dijo Gabriel.

—Venga, venga, señores, vayan sentándose.

Mingo tomó asiento con don Paciano y don Sebastián abriendo fila a ambos lados.

—Quien de veras preside es Isauro —dijo Mingo—. Aquí todos estamos a las órdenes del concejal novato.

Me senté el último, junto al concejal novato, enfrente de Ursicino que apenas paraba supervisando la acción de Carolo y los camareros.

A mi derecha Gabriel Llanos palmeaba a Lebrija y le reía una gracia al ladilla. La euforia de Gabriel se multiplicaba en todos los frentes.

Las fuentes de ostras poblaron la mesa servidas en bandejas de plata, mientras el vino blanco llenaba generoso las copas.

—Parra, Parra, capullo —me dijo Gabriel colocándose la servilleta como una corbata monstruosa—. ¿Qué te cuentas?

—Poco.

—Te veo apalominado. Venga, levanta el ánimo. ¿Ya felicitaste a Isauro?

El concejal novato ensayó una sonrisa de compromiso mientras devoraba la primera ostra.

—Ya le felicité.

—Ves como todo salió a pedir de boca. ¿Lo ves?

Me dio un golpe con el codo.

—Pues, nada, señores —dijo Mingo alzando la voz y relamiéndose al tiempo que reclamaba la atención—. Reconozcamos que da gusto verse así, confraternizando en tan buena compañía, y que las ostras están superiores.

—Una deuda de amistad tenemos nosotros —comenzó a decir don Paciano con la voz impostada— aquí con el amigo Mingo Calero. Y aunque no sea de ley andar con discursos en los entremeses, yo quiero decir algo.

—Hombre, don Paciano, no se me ponga así tan serio.

—Que sí, Mingo, que sí, que es grande la deuda. Y digo nosotros y digo la gente mía, mi hijo, todos. Yo bien sabéis que aquí llevo invertida media vida y que en esta tierra estoy como el primero que más la quiere. Es de bien nacidos saber agradecer.

—Como el que silba, don Paciano, de verdad. Yo apenas hice de árbitro casero. Y mire, con su permiso, voy a aprovechar la ocasión para brindar por la Deportiva. Que si el domingo le damos al Osasuna.

—No sé yo —dijo Lebrija—. El esguince de Flechilla no me gusta un pelo. Sin un medio así a mí, de veras, se me pone la carne de gallina.

—No es nada. Ya lo vio esta tarde el doctor Viñuela. Linimento y a correr.

—Mucho te envidio la afición que tienes, Mingo —continuó don Paciano—. Es un mérito y un detalle, que pocos habrán bregado como tú por la Deportiva.

—La afición es mucha y está repartida, no se crea —apuntó don Higinio succionando una ostra.

—Sólo hay que ir al campo y verla rugir —dijo Lebrija—. Y es que tenemos equipo para primera. Fichando un extremo, que Pepín, todo hay que decirlo, ya no las huele, y un defensa central, y dándole tiempo a Tino, que todavía anda algo verde.

—Pues eso es lo que da gusto —dijo don Paciano—. Que luego son los colores de la patria chica los que se llevan por ahí, y no hay cosa que dé más honor.

—Yo se lo tengo dicho a Barrientos —señaló Mingo—. Con el nuevo estadio hay que hacer una campaña de socios mayor que las de los capuchinos en misiones. Y, claro, a volcarse en la plantilla.

—Pero Barrientos es un alcornoque, Mingo, no te engañes —apuntó Lorenzo Arias.

—Igual, pero pecha con lo que sea.

—Hombre, en tanto el material de construcción del estadio salga de su almacén. Los centollos habían sustituido a las ostras.

—Parra, que no te veo beber —me dijo Gabriel.

—Pues es lo único que estoy haciendo.

—Ahora con Isauro dentro vamos a tener que seguir hablando, ¿eh?

—¿Todavía?

—Para hacerle una buena cama.

—Don Sebastián os echará una mano.

—¿Ese? Lo mejor es haberle visto tragar quina.

Don Paciano cortaba un inicio de discusión.

—Bueno, bueno, señores, que tampoco vale la pena ponerse así.

—Y era don Paciano el que iba a hablar —advirtió Cayetano, que trabajaba con dificultad su centollo.

—No sé qué veneno tiene el fútbol —dijo don Sebastián—. A mí me aburre más que la misa.

—La pasión que se le echa.

Cayetano golpeó su copa con el tenedor.

—Le escuchamos, don Paciano.

—Gracias, pero mira, ahora me parece que se me fue el santo al cielo.

—Entonces hay que beber para que baje.

—Le estabas dorando la píldora aquí a Mingo —dijo don Sebastián señalando con la mano al Subjefe Provincial del Movimiento.

—Pues a lo mejor tú también tenías que decir algo.

—A mí déjame de discursos que, además, yo soy de los que creen en aquel refrán que dice que oveja que mucho bala boca que pierde. Y los centollos están superiores.

—Yo con permiso de don Paciano, y aprovechando que se le ha ido el santo al cielo —dijo Mariano Olmedilla—, voy a contar una divertida y triste historia, que dentro de unos días puede ser la comidilla de toda la ciudad, pero que hasta el momento anda en boca de muy pocos.

—Oye —le dijo Lebrija—, yo no sé qué pasa, pero en radio falange siempre tenéis la exclusiva de los chismes.

—Lo que llevamos andado —certificó Lorenzo Arias satisfecho.

—Lo único que pido —siguió Mariano—, es que ustedes me la sepan guardar con la adecuada discreción.

—Ya —apostilló Ursicino—, que no se la casquemos a nadie a excepción de la parienta.

—Eso los que tengáis parienta —le salió al paso Mingo—. Que los hay aquí que sólo tenemos derechos y no deberes, ¿verdad, Marquines?

—Un día u otro caeréis —vaticinó Gabriel.

—Habló el último de Filipinas —le respondió Mingo—. Tú Gabrielín, no puedes decir nada sin que se te caiga la cara de vergüenza. Tanto aguantar en la peña de los solteros y de un capotazo al fondo. Eres el peor ejemplo de esta urbe. Mira a Marquines y mírame a mí. Dos perchas.

—Mingo, Mingo, que tú vas para carcamal por mucho que lo disimules.

—Tengo todavía muy largo el tiro. Y si lo dices porque me platean las sienes, vas errado. Y a las gachises les gustan estas entradas más que a los pájaros el alpiste. Al menos a las que yo me llevo al picadero. De las Hijas de María no hablo porque no gasto.

—Si aquí supieran de lo que gastas. Y a Marquines ya lo ves —me señaló Gabriel—. Más hundido en la miseria que don Rufino el día que se le quemaron los tejidos y novedades.

—Marquines está hecho un gallo.

—Sin plumas.

—Oye, ¿por qué no dejáis que Mariano nos cuente el chisme? —intervino Lebrija.

—Venga, venga.

Los camareros retiraban los escombros y renovaban los platos.

Entre los rostros que se adelantaban hacia el locutor se podía distinguir ya el satinado brillo de la libación.

Sólo don Paciano destacaba con su aspecto más lívido, terroso, el centollo casi intacto en su plato y la mano rechazando el movimiento de un camarero que intentaba volver a llenarle la copa.

—Bueno —dijo Olmedilla reduciendo la voz hasta ese tono de las confidencias amorosas en los seriales radiofónicos—. Supongo que todos conocéis a don Abilio, el vinatero, que ahora es vicepresidente del Recreo.

—Padre de tres hijas de las que nos llevaría mucho tiempo cantar aquí las excelencias —señaló Mingo.

—Exacto. Laudelina, Anita y Mavela.

—No caigo —dijo Cayetano.

—Sí, hombre, el de Bodega Galván —le aclaró Lorenzo.

—Estoy tonto —reconoció Cayetano—, si es el vino que bebemos en casa.

—Laudelina, la mayor, se casó hará dos años con un chico de La Garandilla que era facultativo de minas —informó Ursicino.

—Bueno, las que son pura mantequilla son las pequeñas —afirmó Mingo—. Una de ellas, no sé cuál, las dos tienen unas cachas mortales, fue reina de los juegos florales en el Recreo hará dos o tres años, cuando aquel poeta de Palencia se rompió la pata al caer del escenario, que decían que se había dormido. Seguro que os acordáis.

—Esa es Anita —dijo Mariano—. Y la triste historia es que ambas, fijaros bien lo que digo, ambas —acentuó mostrando dos dedos de la mano derecha—, quedaron embarazadas por las mismas calendas, que diría el latino. Y, a lo que parece y por lo que os voy a decir, del mismo bigardo. Ya podéis tocar madera.

—¿Pero no decís que están solteras? —preguntó Cayetano.

—Hombre, Cayetano, por Dios —le dijo Mingo—, que para echar un cohete no hay que pasar por la vicaría, ni siquiera hace falta estar bautizado.

—Bueno, yo me refería a que se me hace raro.

—Pero, vamos a ver, ¿cómo es eso de que las dos se quedaron embarazadas? —inquirió Lebrija.

—Mismamente así.

—Es demasiada casualidad.

—Espera. La semana pasada parieron ambas dos —continuó Olmedilla volviendo a alzar los dedos—. Y agarraros porque aquí viene la bomba. Dos negritos.

Ursicino se atragantó y dejó caer la copa al suelo.

—¿Negritos?

—Negritos.

—¿Quieres decir morenos?

—Quiero decir negros. Negros del África salvaje, vamos, como el betún.

—¿Pero qué historia es esa?

—Los negritos de San Mames los van a llamar, porque el mote del barrio no se lo quitan.

—¿No será que al nacer los bañaron en el Bernesga?

—A lo mejor.

—Pero Mariano, ¿te estás quedando con nosotros o qué?

—Si no es verdad que me muera aquí mismo.

—¿Pero cuándo se ha visto por aquí un negro?

—Lo que sí es cierto —aseguró Mingo— es que las noches en San Mamés son muy oscuras, sobre todo por aquel senderín de los praos.

—Tomarlo a cachondeo, pero ya veréis cómo corre la noticia.

—¿Y las dos lo mismo? —preguntó Cayetano.

—Hostia —dijo Ursicino—, igual fue el negro que tenía el alma blanca, el de la película. Que las pilló en el Alfageme.

—O don Abilio las llevó de safari.

—O que se las tiró algún listo en las carboneras del Recreo. Que hay cosas que dejan huella.

—Mira, Mariano, eso no queda más remedio que verlo para creerlo. ¿Quién os lo contó? Porque en el Gobierno no se sabe nada de tamaña efeméride, ¿verdad, don Higinio?

—Una chica que trabaja en la emisora y es vecina de ellas. Al barrio ya ha trascendido.

—Bueno —dijo Gabriel—, la verdad o la mentira ya se decantará. Y si es así, como dice Mariano, eso demuestra que somos internacionales.

La lubina y los langostinos habían acampado en las enormes fuentes y eran alabadas por Carolo que vigilaba para que no hubiese sobre la mesa ninguna botella vacía.

El vino blanco, en su punto de temperatura, comenzaba a bullir con ese efecto de exaltada liberación entre los comensales, un rumor de conversaciones cada vez más altas, y la disimulada apertura de los cuellos de las camisas, que los dogales de las corbatas anudaban en exceso.

—Atender aquí —pidió Mingo Calero—, que don Sebastián está contando una.

—No pasa de anécdota —se disculpó el concejal que vaciaba la copa de un trago.

—Es muy buena —decía don Paciano, la voz lastrada de una rara soñolencia.

El concejal del Matadero se quedó mirando la copa, que inmediatamente habían vuelto a llenarle, cabeceó hacia los lados y alzó la vista complacido.

El ojo de cristal brillaba en su rostro y casi inconscientemente yo miré el rostro de Cayetano en el que también brillaba el ojo de cristal, como si dos faros muertos hubiesen resucitado en una vaga hermandad. Por un instante me di cuenta de que los

dos tuertos se contemplaban con una mutua complicidad de asombro o de admiración.

—Les contaba aquí a Mingo y a Paciano un robo que descubrimos hace unos meses en el Matadero, una de esas pillerías, que la gente ya ni sabe lo que inventarse para afalampar con lo que sea.

—El hambre, que tienta más que la carne —opinó Mingo devorando un langostino.

—Bueno, de carne se trata también —aclaró don Sebastián—. En el Matadero hay que andar con ojo porque allí no todos son trigo limpio. En toda olla sale el garbanzo negro. La tentación de meterse un filete en el bolso o en la faltriquera le puede dar a uno, y si sólo es eso, pues tampoco vamos a fusilarlo. Yo ya llevo repartidos allí los correspondientes sopapos, y quienes los recibieron van como velas y ni se les ocurrió volver a picar.

—No en vano tienes fama de agarrar bien la vara —le dijo Mingo.

—Y esa fama no la discuto. La de rebuznar en los Plenos, sí, pero esa no.

La concurrencia le rio la gracia.

—A lo que iba. Un celador y un vigilante, que son de los que mejor olfato tienen, me alertaron de que alguien echaba mano un día con otro a algunas tajadas. Estrechamos la inspección y nadie se iba del trabajo sin pasar revista y uno podía jurar que nadie sacaba nada. Por más que quisieras, allí todo el mundo se iba limpio. Yo llegué a pensar que éstos se habían equivocado o querían hacer méritos conmigo pasándose de la raya. El caso es que les di carta blanca, porque también andaba yo con la mosca detrás de la oreja al verlos tan encelados. Y sí, al cabo de dos semanas descubrieron el pastel.

—Los ladrones le echaban imaginación.

—Se la echaban. El mayor disgusto fue que los culpables eran dos mondongueros y un repartidor de los que llevan las reses a las tablajerías, que había contratado yo, recomendados por un primo de mi mujer, de su pueblo.

—¿No se llevarían la carne volando?

—Casi. Cogían las tajadas y en un descuido las tiraban por los albañales. En el colector se apostaban sus mujeres y allí ellas las pescaban y al saco.

—Hay que andar lampando para que a uno se le ocurra eso —dijo Lorenzo—. Porque, anda, que las tajadas llegarían guapas.

—Las paisanas allí cayeron con las manos en la masa, y a ellos me los cogí por el cogote y a patadas hasta el cuartelillo. Para echar a pacer las recomendaciones de la familia, ¿eh, Paciano?

—Cuando no hay vergüenza —dijo el anfitrión en un susurro.

Variaban las salsas sobre la lubina como si cada cual se hubiese hecho promesa de probarlo todo, y al disimulado gesto de liberación de las corbatas sucedía el de los

cinturones, uno o dos ojales para la holgada comodidad que la cena iba pidiendo, habida cuenta de que el aroma sustancioso del lechazo, asado en las doradas perigüelas con una ciencia exacta de tomillos y cebollas, llegaba como esas emanaciones pecaminosas que deciden la caída de los virtuosos en las estampas del santoral.

La línea de comensales a mi derecha parecía haberse acoplado a un mismo ritmo, momentáneamente aislados de la conversación general que dirigía Mingo.

Gabriel, Lebrija, don Higinio y don Sebastián, pasaban de la copa al tenedor como si sus manos volasen bajo una muda melodía. A mi izquierda Isauro, dando frente a la locuacidad del Subjefe Provincial del Movimiento, que de cuando en cuando alzaba la copa dirigiéndose a él, permanecía con la sonrisa engarrotada, tocado por el vino con esa pesadez interna que limita los gestos.

En la línea de enfrente, Ursicino contenía sin mucha reserva los eructos, se le había vuelto a caer media copa en las solapas y una cucharada de vinagreta en la manga, y daba banales instrucciones a Carolo.

Mariano Olmedilla devoraba la docena de langostinos mojándolos directamente en las distintas salsas. Cayetano y Lorenzo comenzaban a derivar en estridentes carcajadas ante las gracias de Mingo, visiblemente tocados, con esa artificial euforia de los bebedores accidentales.

Y don Paciano era ya como un leño en su esquina, hundida la cabeza, las manos reposadas sobre el mantel, los ojos semicerrados, apenas volviendo el cuello con dificultad hacia Mingo, en un estado que me hacía difícil calibrar si de beatífico abatimiento o disimulada indisposición.

La llegada del lechazo motivó cierta conmoción y un despegue de comentarios dirigidos a elevarse mutuamente los ánimos, esa coartada que apenas ilustra una artificial regla de urbanidad y que la avidez y la satisfacción desmiente en los ojos de los comensales.

El vino tinto abría nuevos regueros de placer en la mesa.

—Por Dios, Carolo —dijo Mingo chasqueando la lengua después de probarlo—. ¿Qué virguería es ésta?

—Berciano de diez años. La mejor cosecha que se recuerda en Cacabelos.

—Oye, pues me tienes que conseguir una docenita de botellas.

Por unos instantes el silencio acompañó la libación y las copas se alzaron en las manos inseguras para distinguir al trasluz el misterioso color del vino.

—A don Salustiano también iba a gustarle —observó el ladilla—. Según es él para los vinos.

Gabriel Llanos le hizo una seña a Carolo, que vino en seguida a nuestro lado.

—Mandas dos cajas a Mingo y otras dos al Gobierno —le ordenó.

—No sé si va a haber tantas.

—Las pintas.

—Vale, vale.

—El otro día —siguió don Higinio— tuvimos una reunión en el Gobierno con los alcaldes de La Serena. Andan con las traídas de aguas y ni en un pueblo ni en otro se entienden. Don Salustiano quería leerles la cartilla.

—Buena falta les hará.

—Los peores son los de Olmerín y La Raya que, además, son primos carnales. Un par de tarugos que no pueden ni verse y que al comandante del puesto lo tienen hasta el moño. Don Salustiano los mandó quedarse cuando acabó la reunión. Me había dicho: a esos dos voy a tirarles de las orejas.

—Tienen un lío familiar, de partijas —aclaró Mingo—. Y ahora con eso de las traídas, que los vecindarios están soliviantados, encuentran más ocasiones para buscarse las pulgas.

—Se disputan las fuentes, que si están en un término que si en el otro. Y las zanjas que unos hacen los otros se las tapan por las noches. La caraba.

—Los trapos familiares llevados a la cosa municipal, como decía Lino, el secretario del Ayuntamiento de Tejeras, que pilló un día al alcalde vendimiándose a la cuñada mismamente en el salón de sesiones —contó Mingo.

—Pues nada —siguió el ladilla—, se quedan allí en el despacho los dos y don Salustiano se pone a echarles un sermón de categoría. Yo me salgo con mis papeles y al rato una de las secretarias que me viene toda asustada a decirme que debe estar pasando algo raro allí dentro. Vuelvo al despacho y no veáis el espectáculo. El de Olmerín y el de La Raya a guantazo limpio, hinchándose los morros. Y don Salustiano allí sentado, tan tranquilo, viéndolos untarse. Me mandó cerrar la puerta y quedarme sin decir nada. Estarían como un cuarto de hora más zurrándose. Luego don Salustiano siguió con el sermón y los echó del despacho. A la primera que oiga, les advertió, a la más pequeña, os suspendo la alcaldía. Y cuando ya no podáis más, cuando tengáis tantas ganas de atizaros que ya no podáis aguantar, cogéis el coche de línea, venís aquí, y os seguís rompiendo la crisma en este despacho. Eso si antes no se os cae la cara de vergüenza.

—Hay que ver el pacense —comentó Olmedilla.

—Un sistema para patentar —opinó Mingo—. Y es que don Salustiano tiene su gas, no creáis que no.

—Escondido pero lo tiene —confirmó el ladilla.

—Oye, Marquines —me dijo Gabriel dándome ligeramente con el codo—. Después de acabar aquí había pensado que podíamos seguirla en algún sitio agradable. ¿Qué dices?

—¿Dónde?

—Hombre, no en el Yucatán, que está ahí demasiado a mano. Podíamos ir al Caribe. Ursicino da antes un toque y ya dirá el Pipa cómo está aquello. Si lo cerramos, Mingo se apunta seguro.

—No está la noche muy allá.

—No seas cenizo. Cuando el personal sobrante levante el vuelo nos la

organizamos. Ya hablaré yo luego con Mingo.

A Lebrija le había resbalado la copa entre los dedos y el vino se derramó en el mantel. Mariano Olmedilla acababa de contar un chiste que todos celebraban con estruendosas carcajadas.

—Eso me recuerda —dijo Lebrija— a un compañero que tuve yo en el periódico en Orense, casi recién terminada la guerra, un tipo extravagante al que llamábamos Polilla porque siempre iba con la misma americana llena de agujeros. Y decía que eran de balas, que la americana había pertenecido a un hermano suyo fusilado por los rojos, y él había hecho promesa de llevarla tres años, igual que si fuera un hábito de penitente, pues los rojos a quien habían querido fusilar era a él, que eran hermanos gemelos.

—Un tío macabro, no me digas —opinó Ursicino.

—Como aquel Tarsicio, el de Modas Coimbra, de la calle de Azabachería, que se quedó viudo a los quince días de casarse y dicen que desde entonces en vez de calzoncillos usaba las bragas de su mujer —contó Gabriel.

—Eso es que se le averió el tanque —opinó Mingo.

—Coño, como cuando las chavalas iban a confesarse con don Jesús y las metía mano.

—Infundios —aclaró Cayetano un tanto excitado—. Don Jesús era un santo varón, esas fueron cosas de lenguas mendaces.

—Mira, Cayetano —dijo Gabriel—, tuve yo una novia que me lo confirmó, vamos, que lo sabía por propia experiencia, y no hablo por hablar.

—¿Y qué técnica iba a emplear el pobre don Jesús —preguntó Mingo— para actuar desde dentro del confesionario? Si esos trastos son igual que quioscos.

—La técnica de la trampilla —aclaró Gabriel guiñando el ojo—. Una trampilla en la zona bajera por donde sacar los dedos codiciosos.

—Qué infundio —repitió Cayetano indignado.

Me había ido olvidando del lechazo, que llegaba a producirme cierta rareza en el estómago, acaso ante el espectáculo excesivo de los comensales, expertos devoradores capaces de mondar los huesecillos con pericia de canes, y me dedicaba en exclusiva al delicioso vino tinto, que iba afianzando en mi paladar un sabor de uvas añejas.

La intensidad ética podía medirse en las miradas, en el alterado compadreo que procuraba alrededor de la mesa una especie de vaivén, como el que mueve las barcas amarradas en el puerto.

Carolo pidió permiso al cabo de un rato para retirar las perigüelas, saboteadas hasta el límite de la salsa y las cebollas, y anunció los postres preguntando si deseábamos seguir con el vino o pasarnos ya al champán.

—El vino ni se te ocurra quitarlo —le dijo Mingo.

—Tú trae y no preguntes —le ordenó Ursicino—. Aquí que cada cual decida, pero faltar que no falte.

Tres tartas rebozadas en un merengue salpicado de guindas en almíbar quedaron en fila sobre la mesa. Hojaldres, pastas y yemas, distribuidos en pequeñas bandejas, cubrieron los espacios libres ante los ojos golosos.

Ajena al conjunto alborozado que ramoneaba en los dulces con esa dedicación viciosa con que pecan los que no pueden desterrar la conciencia del pecado, observé la figura cada vez más postrada de don Paciano Abascal, y tuve el certero presentimiento de su ruina.

Apenas unos segundos que nadie debió compartir, como si la maza que fuese a fulminarlo llegara de pronto mezclada en la corriente que se coló por la puerta.

No sé si yo mismo tuve exacta claridad de ese vertiginoso presentimiento, pero debí ser el único en verle alzar la cabeza e incorporarse con un rictus dramático: los ojos levemente desorbitados y una rigidez contra la que parecía luchar, como quien se siente invadido por un dolor imprevisto e insuperable.

Según se fue incorporando, casi hasta alzarse de la silla con los brazos apoyados en la mesa, cada vez más vencido sobre el izquierdo, Mingo Calero, abstraído con don Sebastián y don Higinio que le reían algún chiste, dio unos golpes con la cucharilla en su copa, como solicitando nuestra atención, sin duda confundido ante el hecho de que el anfitrión se fuese a poner de pie y por tanto a pronunciar unas palabras.

Y en ese momento se alteró el bullicio alrededor de la mesa y por unos segundos, los que don Paciano necesitó para caer como un tronco segado por la base, los comensales pasaron del alegre compadreo a la conmoción, urgidos en la trágica sorpresa, con ese desconcierto patético que acompaña los accidentes.

El anfitrión se había sostenido a media altura, crispado y tembloroso, y de repente había caído de bruces, estrellándose sobre la tarta más cercana, que salpicó su merengue como en una película muda.

—Dios, Paciano —exclamó Mingo Calero con el susto en el rostro, las pellas de merengue en la pechera.

En las primeras reacciones se notaba el efecto adocenador del vino en los comensales. Los camareros ayudaron a levantar al anfitrión, cuyos ojos vidriados, abiertos como lunas, tenían esa inquietante señal de los faros sin bombilla, de las miradas vacías.

Isauro y Gabriel contuvieron el cuerpo desmoronado sobre la silla, mientras uno de los camareros le limpiaba el rostro con la servilleta.

—Un médico, hay que avisar un médico —había pedido Gabriel y Carolo había salido corriendo al teléfono.

—Llevarlo allí, al sillón —indicaba Cayetano.

Con grandes esfuerzos el cuerpo de don Paciano quedó tendido en uno de los sillones cerca del ventanal del comedor.

—¿No sería mejor ir directamente al sanatorio —preguntó Lebrija—, al Dieciocho de Julio que está más cerca?

El llanto de Isauro vino como a disuadir las problemáticas esperanzas de quienes formábamos un corro alrededor del cuerpo de don Paciano.

Gabriel había intentado buscarle el pulso y Ursicino le había quitado la corbata y desabrochado los primeros botones de la camisa.

—Está muerto. Sólo hay que verlo —dijo don Higinio a mi lado.

—Esto ha sido un infarto como la copa de un pino —opinó Lorenzo.

Gabriel se había incorporado y asentía pesaroso. El llanto de Isauro cesó por unos instantes.

—Me parece que no hay nada que hacer.

Al cabo de unos minutos llegaba Carolo con el médico, un hombrecillo de barba cerrada que observó a don Paciano moviendo la cabeza y haciendo un gesto de absoluta desconfianza. Todos aguardamos el resultado de su examen, que apenas duró cinco minutos.

—Lo mejor es que se lo lleven para casa —declaró circunspecto—. Está muerto.

El llanto de Isauro estalló con más intensidad, acompañado ahora por el de Ursicino.

—Dios, qué desgracia —exclamó Cayetano.

—Una cosa así, fulminante —dijo Olmedilla.

—Bueno, señores —propuso Mingo—, no nos alteremos, sepamos llevar este trago como corresponde.

—Yo me voy a adelantar —dijo Gabriel— para ir preparando a doña Fermina.

—A lo mejor conviene que vaya yo contigo —se ofreció Mingo.

—Eso va a ser lo mejor —le dijo el ladilla.

—Pues, hala, que nosotros nos encargamos de llevar a don Paciano —dijo don Higinio.

Mingo y Gabriel se fueron. Ursicino salió para aparcar el coche a la entrada del restaurante. El cuerpo de don Paciano, desinflado como un muñeco roto, fue transportado por Lorenzo, Cayetano, Olmedilla y dos camareros. Los demás les seguimos, atendiendo las vagas explicaciones del médico, que detallaba algunos datos técnicos demasiado prolijos para explicar lo irremediable.

Con el cuerpo del anfitrión se sentaron atrás Isauro y Olmedilla y al lado de Ursicino don Sebastián y don Higinio.

El callejón del Aperitivo estaba inundado por la nieve que continuaba creciendo tierna y segura.

Volvimos al interior, recogimos los abrigos. Carolo, los camareros y algunos clientes se agrupaban consternados por el pasillo.

—Ya veis lo que es la vida —dijo Lebrija.

—Un día alegre que hace una noche triste —comentó Cayetano.

—Y ahora que todo le iba a ir sobre ruedas —indicó Lorenzo—. Qué castigo este

valle.

Salimos a Padre Isla por las aceras invadidas.

El silencio nocturno se agrandaba en la placidez de la nevada, como si la ciudad fuera a sucumbir bajo un manto benigno que la librase de sus ajetreos y pesares. La casa de don Paciano quedaba no lejos de la estación de Matallana.

—Yo si os soy sincero —dijo Lebrija— ya lo vi tocado desde que llegó.

—Del corazón avisos ya había tenido. Y poco se cuidaba, porque de las farras del chalé para qué hablar.

—Raro yo algo lo encontré.

—Nada, que está demostrado que esto de la muerte es un negocio sin remedio.

—Y en el caso de don Paciano que le quiten lo bailado, qué coño.

—Ya, por lo menos lo pilló con las botas puestas. Mejor así, en un banquete, que en la cama con la enfermedad.

—Hombre, en la cama hay maneras y algunas tampoco son mancas —opinó Lebrija sonriente—. Acordaros del Piti, el de la chocolatería, un colapso cuando estaba encima de su señora, en el hotel, la misma noche de la boda.

—Las segundas nupcias son así de peligrosas —certificó Lorenzo.

Junto al portal de la casa de don Paciano estaban aparcados el *pato* y el haiga familiar del anfitrión, donde habían traído el cadáver. El portal estaba abierto e iluminado y por las escaleras se escuchaba el trajín de los vecinos curiosos.

—No sé si lo único que vamos a hacer es estorbar —dijo Lebrija.

—Bueno, por lo menos darle el pésame a doña Fermina.

—Hombre, y que se note que no sólo somos estómagos agradecidos.

El portero bajaba con dos hombres, lloroso y angustiado. Nos abrió la puerta del ascensor indicándonos el piso. Cuando salimos al descansillo los llantos y los lamentos formaban un ronroneo tamizado por las explicaciones silenciosas. En el amplio vestíbulo Gabriel Llanos estaba telefoneando. Ursicino salió a nuestro encuentro. Un llanto entre histérico y desconsolado surgía de lo profundo de los pasillos.

—A doña Fermina y a Charito las va a dar algo —nos dijo Ursicino entre lágrimas.

—¿Se las puede ver? —preguntó Lorenzo.

—No, ahora no. Están allí con el doctor Delgado. Si queréis pasar al salón.

El resto de los convidados de la cena estaban allí, silenciosos y cohibidos, como en esas situaciones transitorias que parecen correr el riesgo de no tener fin. Mingo Calero paseaba con las manos cogidas a la espalda.

—Bueno —dijo Lebrija—, yo donde tengo que ir es al periódico. Mira por donde voy a llevar yo mismo la noticia.

—Yo también me paso por la emisora —señaló Lorenzo.

—Claro, todavía nadie habrá dicho nada del entierro.

—Nada, todavía nada —explicó Ursicino—. Llamaron a don Cosme y aquí a la parroquia, pero todavía no llegaron.

Lorenzo y Lebrija se despidieron.

—Yo voy a quedar un rato —dijo Cayetano.

Llegaba más gente y Ursicino iba a atenderla.

—Ven aquí —me ordenó Cayetano llevándome a un rincón del vestíbulo.

Gabriel continuaba en el teléfono, sin duda a la espera de una conferencia. En ese momento llegaba el párroco.

—Toma —me dijo Cayetano dándome el llavín de la puerta del periódico—. Te vas ahora mismo y preparas la necrológica como don Paciano se merece.

—Pero, Cayetano, por la mañana hay tiempo. A primera hora estoy allí.

—Te estoy dando una orden, Parra, no me contradigas. Y no quiero dos folios de esos de cumplir el trámite. Quiero algo serio, sentido y meditado. Que se note lo que don Paciano significaba para el «Vespertino».

—Ya ves cómo está la noche.

—Luego, si quieres, duermes la mañana. Pero cuando yo llegue, a primera hora, quiero ver lo que has hecho encima de mi mesa.

—Está bien, está bien.

—En el archivo tienes datos para la biografía. Y habrá más de una foto, me las sacas también. ¿Estamos?

—Qué remedio.

La nieve continuaba abrumadora, afianzándose en la solemne multitud de los copos que iban arrebatando los territorios de la ciudad como en una siembra prodigiosa.

Sólo la intermitente señal de las farolas rompía con su amarillento fulgor el paisaje asediado.

Todo parecía confundirse en la misma dimensión invernal, la noche y la nieve saturadas en el abrazo sobre la ciudad, relegada con la misma resignación con que uno se queda viendo desde el suelo a los que pasan por encima.

Crucé Padre Isla y Renueva hasta la Colegiata. El gallo dorado de San Isidoro navegaba solitario en el abismo de la torre, con esa petulancia de las veletas que surcan el mar de la noche ajenas a los embates del temporal. Los perfiles de la basílica se sumergían entre las sombras, las verjas armando su cerco de hierro oxidado y piedra decrepita.

Comencé a sentir la humedad calando el abrigo, el peso helado de la nieve en el pelo, la telaraña de los copos en las pestañas y en las cejas.

En un portal sacudí el abrigo y me limpié la cara y la cabeza con el pañuelo. Sobre la fuente helada la nieve crecía amontonándose en el pilón casi hasta alcanzar ya la boca del caño.

Por las callejas de Santa Marina se acentuaba la oscuridad y era fácil hundirse en

las blandas trampas.

Cuando llegué al bulevar tuve esa lastimosa sensación del perro callejero en la inhóspita intemperie, como el náufrago de un innoble viaje en un mar de miserias en el que no queda más remedio que intentar sobrevivir.

Abrí la puerta del portalón del periódico. Di la luz y volví a cerrar por dentro.

Las resmas de papel se amontonaban a la entrada del almacén. En la garita de Donato, sobre la mesa, estaba el guardapolvos de mahón, la petaca y un mendrugo de pan.

Subí las escaleras hacia la redacción. Tanteé el límite de la barandilla para guiarme hasta la puerta, abrirla y encontrar el interruptor de la luz.

Con cierta congoja miré el espacio vacío donde las mesas parecían reposar como fúnebres túmulos en el desván de alguna mala memoria.

Y entonces descubrí al ratón fugitivo encaramado sobre las teclas de mi máquina. La luz parecía desconcertarle y por unos instantes, antes de emprender la huida, se me quedó mirando, y pensé que ambos lo hacíamos con esa desalentada complicidad con que se miran los que se sienten desgraciados.